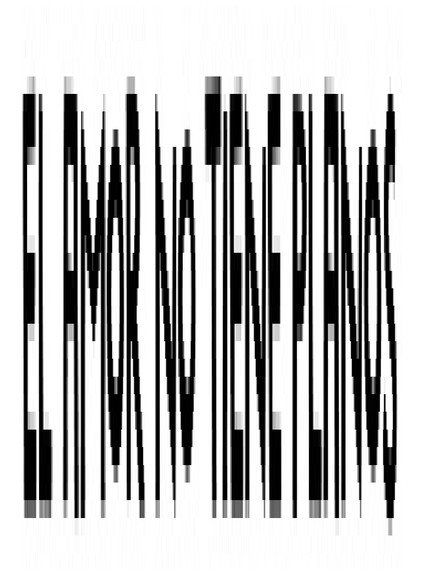
«Una completa, absoluta e implacable delicia.»
Christina Lauren

EL AMOR NO TIENE PLANOS

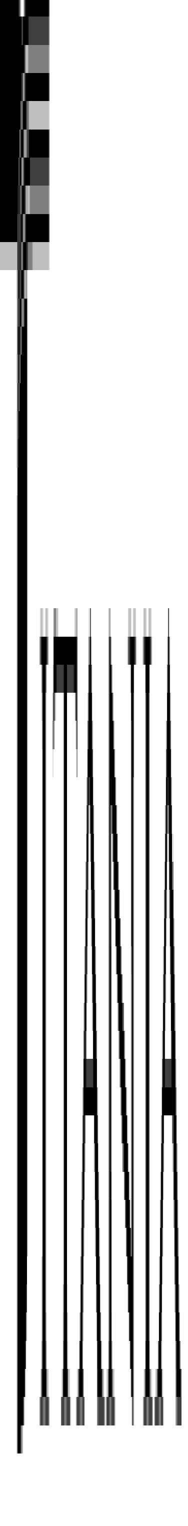
Autora *best seller* del *New York Times*

TESSA BAILEY



EL AMOR NO TIENE PLANOS

TESSA BAILEY



Argentina • Chile • Colombia • España

Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Fix Her Up*
Editor original: Avon, an Imprint of HarperCollins*Publishers*
Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena

1ª. edición Junio 2023

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 978-84-19497-95-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

A los hermanos pequeños de todo el mundo

AGRADECIMIENTOS

Port Jefferson, en Long Island, se convierte todos los años por Navidad en un pueblo de Charles Dickens. Durante dos días, los habitantes se disfrazan de deshollinadores y cantores de villancicos, y saludan a los visitantes con el acento típico de los barrios londinenses. Hay sidra de manzana, patinaje sobre hielo y espectáculos de marionetas a la antigua. Simple y llanamente: es mágico. Llevé a mi familia un año, y desde entonces me encanta la pequeña población ribereña de Port Jefferson. Estoy muy emocionada por ambientar una serie en este pequeño y precioso lugar, y espero haberle hecho justicia.

Gracias, como siempre, a mi familia por animarme cuando estoy deprimida y por quererme durante las semanas de entrega de libros. Gracias a mi editora, Nicole Fischer, por ayudarme a convertir a nuestra antigua y destrozada estrella del béisbol en algo más que un topicazo. Gracias a mi agente, Laura Bradford, por velar siempre por mis intereses y por ayudarme a dar vida a esta serie. Gracias a Dansby Swanson por inspirar a Travis Ford, y a Melissa Benoist por ser Georgie en mi cabeza. Como siempre, gracias sobre todo a los lectores que siguen invirtiendo su tiempo en mis historias: os quiero a todos.

1

¡Ni hablar!

Georgette Castle se metió la llave robada en el bolsillo e hizo una mueca al oír el chirrido de la puerta del apartamento al abrirse. Las latas de cerveza vacías rodaron por el suelo a medida que empujaba, mientras la asaltaba el hedor a hombre sin lavar, abrumándola. Su hermano mayor había intentado advertirla. ¿Le había hecho caso? No. ¿Le hacía caso alguna vez? Otro «no» rotundo.

Sin embargo, en esa ocasión Georgie estaba segurísima de que Stephen se equivocaba. No le parecía posible que la estrella local de béisbol cayera tan bajo. No hacía ni dos años que había visto a Travis Ford batear un *grand slam* en un partido de las Series Mundiales en la tele, en directo, junto con todos los habitantes del pueblo, que se habían reunido bajo la nueva pantalla plana del Grumpy Tom's. Nadie había dudado nunca de que Travis se convertiría en profesional después de su brillante carrera como jugador en el equipo de la Universidad Northwestern.

Nadie había previsto la lesión. Mucho menos el mismo Travis.

Tras un año de fisioterapia y de pasar de un equipo a otro como una patata caliente, Travis volvió a casa, a Port Jefferson. Georgie aún podía ver la angustia en sus ojos durante la rueda de prensa escasamente cubierta por los medios en la que se anunció su retirada a los veintiocho años. Claro que él sonrió. Y bromeó sobre la oportunidad para mejorar jugando al golf. Pero Georgie estaba enamorada de Travis Ford desde que alcanzó la pubertad y conocía sus gestos. Tenía cada una de sus expresiones faciales categorizada en la memoria y había escrito su nombre en todas las páginas de su diario, que nadie podría encontrar más bajo las tablas del suelo de su dormitorio.

Dentro de cincuenta años, recordaría a Travis dispuesto para batear en el campo de béisbol del instituto, levantando el casco para ajustárselo, algo que dejó a la vista parte de su pelo castaño oscuro agitado por el viento antes de que volviera a cubrirlo.

Heroico, guapísimo, con una gran personalidad y engreidísimo. El Travis Ford de antes.

¿Cómo sería el de después?

—¿Hola? —dijo Georgie ya en el oscuro interior del piso—. ¿Hay alguien en casa?

Apartó de una patada una bolsa de plástico llena con envases de comida para llevar y cerró la puerta a su espalda, antes de seguir adentrándose. Sin duda, Stephen había pasado por allí para ver a su amigo de la infancia. Los batidos de frutas sin tocar y la lámpara de sol ultravioleta lo dejaban claro. Al menos, había intentado hacer reaccionar a Travis. Al igual que lo habían hecho algunos feligreses de la iglesia, los antiguos entrenadores de béisbol y la gente que buscaba autógrafos. Sin embargo, en vez de convencerlo de que volviera a la luz, él seguía regodeándose en su desdicha.

Georgie tenía un plan mejor.

—¡Oye, imbécil! —A esas alturas, ya había llegado al salón, donde se agachó para levantar del suelo una tarrina de helado derretida al tiempo que esbozaba una sonrisa torcida. La munición perfecta.

Verás, aunque Georgie había llegado a la madura edad de veintitrés años durante la ausencia de Travis, siempre sería la irritante hermana pequeña. No era un apelativo que se hubiera puesto ella. Pero lo había oído más de mil veces mientras crecía, y se negaba a desaparecer. ¿Qué podía hacer una chica salvo rendirse y apropiarse de él? La compasión no había funcionado con Travis. Así que intentaría su método particular para que reaccionara.

Una de las tablas del suelo crujió bajo su pie al entrar en el dormitorio, donde encontró a Travis tumbado boca abajo y desnudo sobre la cama, con su característico pelo castaño oscuro alborotado en torno a la cabeza. En ese momento, estuvo a punto de echarse atrás mientras se llevaba la tarrina de helado de vainilla al muslo. Menuda tontería que el corazón se le desbocara y que se le secase la boca de golpe. Solo era un culo. En internet se podían ver culos a patadas. Y ya que lo pensaba, que Dios bendijera internet. ¡Qué invento!

En fin. Teniendo en cuenta la considerable altura y el porte atlético de

Travis, a lo que había que sumar unos músculos de infarto y un pelo oscuro, denso y muy masculino… Bueno, a lo mejor su culo sobresalía por encima de otros culos. Todas las personas del pueblo que preferían a los hombres estaban de acuerdo: Travis Ford era extraordinario.

Aunque ese día no lo era. Y no lo había sido durante el último mes desde su regreso prematuro.

Georgie levantó la tarrina de helado y se detuvo un momento para reflexionar sobre la tarea que tenía por delante. No sería fácil. En lo más hondo, quería abrazar a Travis con fuerza y decirle que todo se arreglaría. A lo mejor ya no tendría otra oportunidad para ser una estrella en un campo de béisbol, pero nunca dejaría de ser un héroe. El hombre que salió de ese pueblo e hizo realidad unos sueños a los que la mayoría de los hombres renunciaban de niños.

Por desgracia, jamás dejaría de ser el hombre cuya cara se había imaginado mientras besaba con lengua su almohada durante el instituto. Como ya era adulta, se lo imaginaba en cuestiones mucho menos inocentes, que normalmente requerían un cacharrito con la batería cargada y veinte minutos a solas.

Aunque se estaba yendo por las ramas.

Su enamoramiento de Travis era imposible de pasar por alto. Hasta sus hermanos estaban al tanto, pero le restaban importancia tildándolo como el encaprichamiento tontorrón de su irritante hermana pequeña. Pues muy bien. Sería la peor pesadilla a ese lado de Long Island. Una pesadilla muy eficaz. O eso esperaba.

—¡Oye! —Llevó el brazo hacia atrás y arrojó la tarrina entera de helado derretido hacia esa espalda desnuda antes de observar, fascinada, cómo se le formaba una mancha de Rorschach en los hombros. Y en el pelo. Y en el cabecero. Era casi hermoso—. ¡Arriba!

Travis debió de acostarse borracho, porque tardó cinco segundos enteros en darse cuenta del líquido pegajoso que le resbalaba por la piel hasta las sábanas. Levantó la cabeza y se limpió el helado de la frente con la muñeca derecha.

—¿Qué cojones?

Su voz ronca hizo que Georgie pensara en marcas de dientes y en aceite de masaje (de verdad, que Dios bendijera internet), pero desterró sus pensamientos.

—He dicho que arriba. Das asco. —Se inclinó para levantar unos bóxers tiesos y los sujetó en alto con la punta del índice—. Solo hay dos salidas posibles a esta situación: las ratas se comen tu cara o el departamento de bomberos declara este sitio insalubre.

—¿Georgie? —De nuevo con la cara pegada al colchón, Travis se volvió un poco para confirmar su identidad. Ahí estaba. La expresión con la que había mirado desde que nació. La combinación perfecta de irritación y menosprecio que decía bien claro: «¡Largo, eres irrelevante!».

Si no puedes ganar, únete a ellos, ¿no?

—Me sorprende que reconozcas a otro ser humano, hundido como estás en la autocompasión. —Georgie suspiró y se sentó en el borde de la cama mientras aprovechaba la oportunidad para memorizar esos glúteos duros como piedras—. He visto una caja con fideos *lo mein* de camino al dormitorio. Supongo que será lo próximo que te tire. Quedará estupendo con la vainilla. Creo. No soy chef.

—Fuera, Georgie. ¿Qué cojones haces aquí? Ni siquiera estoy vestido.

—Ya he visto a hombres desnudos. A un montón. —En internet, bendito fuera—. Antes eras un 9.5, pero ahora vas de culo (¡ja!) derecho a un 7.

—¿En serio? Porque me doy cuenta de que me estás mirando el culo.

—¡Huy! Creía que era tu cara.

«Bien. Muy buena. Cinco minutos en su compañía y vuelves a tener diez años».

Travis resopló, y eso hizo que Georgie volviera al salón. Abrió con un pie una bolsa de comida china y confirmó que no tuviera bichos antes de sacar los fideos *lo mein*. Se adentró un paso en el dormitorio y le arrojó la caja de modo que los fideos y el pollo podrido cayeran sobre el amigo más antiguo de su hermano.

—A lo mejor necesita un poco de sal para que maride bien.

—No puedo creer que lo hayas hecho —rugió Travis al tiempo que se sentaba y bajaba las piernas al suelo. La rabia brotaba en oleadas de cada poro de ese cuerpo de jugador de béisbol con las venas hinchadas a ambos lados del cuello y sobre los fuertes bíceps. Nunca lo había visto con barba, pero el estado de la que llevaba le indicó a Georgie que el vello facial era producto de la dejadez y no de un cambio de estilo—. ¡Largo! —gritó antes de bajar la cabeza y sujetársela con las manos—. No me obligues a echarte.

Georgie se negó a reconocer la punzada que sintió en el pecho al oírlo.

—No pienso irme.

—Pues llamo a tu hermano.

—Hazlo.

Travis se puso en pie y echó a andar en tromba hacia ella. Los fideos chinos que tenía en el pelo habrían resultado graciosos en cualquier otra circunstancia. Al caer en la cuenta de que estaba desnudo, agarró una camiseta de una silla cercana y se la puso sobre el regazo.

—¿Qué quieres?

Bueno, esa pregunta tenía miga y se podía contestar en dos partes. Quería que, al menos, una sola persona en la vida la viera como algo más que un irritante añadido. Hasta donde le alcanzaba la memoria, siempre había querido que fuera Travis quien la escuchase. Quien le dijese que era especial. En ese preciso instante, ninguno de sus sueños ni de sus esperanzas serviría de nada. Seguramente nunca lo hicieran.

—Quiero que dejes de comportarte como un imbécil egoísta. Todos están preocupados por ti. Mi hermano, mis padres, tus seguidoras locales más acérrimas… No paran de dar vueltas y vueltas en un intento por averiguar cómo animarte. A lo mejor es que te gusta ser el centro de atención, ya sea positivo o negativo.

Travis puso los brazos en cruz de repente, levantando la camiseta al mismo tiempo.

Pene.

Allí estaba. Largo, grueso y coronado como un rey. Lo llamaban Dos Bates por algo. Desde que los *paparazzi* lo pillaron en una situación comprometida con una estrella sueca del pop durante su primer año como profesional, los medios de comunicación se quedaron fascinados por Travis y documentaron exhaustivamente su interminable lista de rollos de una noche y sus considerables conquistas. «It wasn�t me» de Shaggy sonaba en los altavoces del estadio cada vez que iba a batear. Las mujeres chillaban.

Mientras ella lo veía repantingada en el sofá, delante de la tele en Long Island.

El playboy del béisbol. El que más puntos llevaba en la otra «liga». El rey del asiento trasero de los coches. Aunque estaba guapísimo aun con el aspecto desaliñado, había perdido la pose ufana y atractiva.

—¿Crees que esto me gusta?

—Sí —respondió ella—. Creo que quieres quedarte aquí para siempre

porque eso significa que no tienes que volver a intentarlo. —Se esforzó por salir de la habitación con un contoneo exagerado de caderas y le dijo por encima del hombro—: Creo que eres un gallina. Creo que has estado aquí llorando mientras veías tus mejores momentos y te preguntabas dónde se torció la cosa. Qué topicazo más triste. Voy a decirle a mi hermano que se busque un amigo más apañado.

—Espera un segundo, joder —masculló Travis, que la siguió; el guapísimo y cabreadísimo deportista al que estuvieron a punto de nombrar Novato del Año—. Te comportas como si me hubieran echado de un trabajo normal. Era un jugador de béisbol profesional, Georgie. He dedicado toda mi vida a conseguirlo. Ya solo me queda ir hacia abajo. Así que aquí estoy.

La sorpresa la hizo retroceder un paso. ¿Travis Ford lo bastante inseguro como para tacharse de fracasado? Siempre lo había visto como un tío segurísimo de sí mismo, incluso pasándose de la raya. Su titubeo había conseguido que él retrocediera despacio hacia el dormitorio, así que descartó la compasión y volvió al ataque.

—Pues quédate abajo. Conviértete en el patético deportista acabado que cuenta la historia de su desgraciada lesión cada vez que se toma dos cervezas. —Abarcó el apartamento con un gesto—. Ya casi has llegado a ese punto. No te rajes ahora.

—Ha pasado un mes —protestó Travis con rabia.

—Un mes que podrías haber empleado en trazar un nuevo plan si no fueras un gallina. —Levantó una ceja—. Como ya te he dicho.

—Eres una cría. No lo entiendes.

¡Oh! Eso estuvo a punto de noquearla, porque las conocidas palabras la golpearon en el punto más sensible. De no haber crecido con Travis, se habría marchado para lamerse las heridas. Pero ese hombre se había sentado en su casa al otro lado de la mesa de la cocina un sinfín de veces. Le había alborotado el pelo, había comido palomitas de maíz de su mismo cuenco durante las películas y la había defendido de los matones. Al fin y al cabo, Travis y Stephen podían torturarla, pero ¿consentir que lo hicieran otras personas? ¡Ni hablar! Si no se hubiera pasado toda la vida enamorada de Travis Ford, lo consideraría un hermano. Así que sabía que bajo la superficie de ese monstruo barbudo se ocultaba un hombre fuerte y seguro. Y necesitaba a alguien a quien golpear hasta que se liberara.

—Acabo de comprar una casa. Una casa propia. Ya no soy una cría, pero

aunque lo fuera, tengo la cabeza muchísimo mejor amueblada que tú, ¿sabes? Y también hago de payaso en las fiestas de cumpleaños de los niños… Ve digiriéndolo. —Hizo una pausa para tomar aire—. Ahora mismo, todo el mundo se siente mal por ti en el pueblo. Entienden lo que has perdido. —Le clavó un dedo en el pecho, justo por encima del tatuaje de un diamante de béisbol rojo y negro—. Pero ¿dentro de seis meses? ¿De un año? La gente meneará la cabeza y se reirá al verte por la calle. «Miradlo. No se ha recuperado. ¡Qué desperdicio!».

Cuando dejó de hablar, a Travis le temblaba el pecho por la respiración jadeante y tenía un tic nervioso a ambos lados de la boca.

—¿Por qué has venido? ¿Qué más te da lo que yo haga?

—Me da igual —mintió—. Solo he venido a verte en persona porque no me lo creía. El chico al que todos admirábamos se ha convertido en un sucio borracho. Ahora ya lo sé.

—Fuera —masculló Travis al tiempo que daba un paso hacia ella—. No pienso repetirlo.

—Muy bien. De todas maneras, seguramente tenga que pedir cita para ponerme la vacuna del tétanos. —Georgie se dio media vuelta y esquivó una caja de *pizza* de camino a la puerta—. Ya nos veremos, Travis. Seguramente en el último taburete de la barra del Grumpy Tom's, farfullando sobre tus días de gloria.

—Era…

Ese tono, más cortante, hizo que Georgie se detuviera en seco. Lo miró por encima del hombro justo a tiempo para pillarlo bebiendo de una botella de *whisky* medio vacía.

—Convertirme en profesional era la única manera de ser mejor que él, ¿de acuerdo? Ya no puedo superarlo. No soy nada. Soy él.

—Tonterías, Travis Ford —susurró ella, incapaz de hablar más fuerte—. Lo hiciste. Lograste lo que te habías propuesto. Las circunstancias nos joden a todos de vez en cuando, y a ti te jodieron con ganas. Pero solo serás él si te pasas la vida acostado, haciéndote la víctima. —Se dio media vuelta antes de que él pudiera ver las lágrimas que tenía en los ojos—. Tú eres mucho mejor que él.

Lo dejó allí de pie en medio de la basura, con pinta de que lo hubiera atravesado un rayo.

Y todavía no había acabado con él, desde luego que no.

2

Travis miró hacia el sol a través del parabrisas delantero con los ojos entrecerrados y deseó que estuviera lloviendo. Quizá si el sol no le diera de lleno como un imbécil contento, podría haberse dado una excusa para quedarse en casa un día más. En vez de su rutina habitual de despertarse, pedir a la cafetería que le llevaran el desayuno, zampárselo con seis cervezas y volver a dormirse, se descubrió poniéndose unos pantalones limpios y saliendo a la luz del día. Su repentina motivación no tenía nada que ver con la visita que Georgie le hizo el día anterior, pero nada en absoluto. Sencillamente se había hartado de mirar esas cuatro paredes y necesitaba un cambio.

Aunque… ¿era el cambio adecuado? ¿Un trabajo en la construcción?

No necesitaba el dinero. Si le apetecía pasarse los próximos diez años viviendo como un vampiro antisocial que bebía Bud en vez de sangre, tenía los fondos para hacerlo sin problema. La verdad, la idea la parecía muy atractiva en ese momento.

«Creo que quieres quedarte aquí para siempre porque eso significa que no tienes que volver a intentarlo».

Se obligó a salir de la camioneta con un gruñido irritado. ¿Cuándo se había convertido la pequeña Georgie Castle en una tocapelotas insoportable? La última vez que la vio, seguía en Secundaria. Solo hablaba cuando era necesario, para no tener que enseñar los dientes con la ortodoncia. Aquello era muchísimo mejor que el torbellino que había entrado en tromba en su piso el día anterior y se había dedicado a arrojarle comida encima. Había cosas de Georgie que seguían sin cambios, como ese uniforme consistente en vaqueros rotos y sudaderas anchas, pero no podía

negar que había encontrado la voz. Ojalá la hubiera dirigido a otra parte.

Se dio un tironcito del cuello de la camiseta e hizo una mueca por la humedad. Agosto en Port Jefferson. No llevaba ni cinco segundos fuera del aire acondicionado de la camioneta y ya tenía la ropa pegada al cuerpo. Desde donde se encontraba, veía a los residentes bajar por la pendiente y trazar la curva de Main Street, apresurándose hacia un destino más fresco. Al otro lado de la calle principal del pueblo, se extendía el agua, inmensa y azul, y los barcos se mecían por la corriente. La carretera estaba flanqueada por multitud de banderolas que anunciaban actividades de la iglesia y las elecciones para el presupuesto del Ayuntamiento. Quisiera o no volver, el tiempo y la distancia le habían ofrecido la perspectiva suficiente para admitir que Port Jeff no era un mal sitio. Solo que haría más calor que en el puto infierno hasta el otoño.

Se detuvo en la acera y miró a través del enorme ventanal de Brick y Morty. A través de las letras doradas que no habían cambiado desde que era joven, podía ver a su amigo Stephen Castle al teléfono, seguramente dándole órdenes a algún pobre empleado. A su mejor amigo lo habían moldeado desde el instituto para que se ocupara del negocio familiar de reformar casas para venderlas y al heredar la empresa de su padre, Morty, había dado el salto sin problema. Justo antes de que ascendiera a las grandes ligas, sus llamadas a Stephen eran lo único que conseguía mantenerle los pies en la tierra. Cuando toda la fanfarria del Novato del Año amenazó con subírsele a la cabeza, Stephen no tuvo problema en recordarle que era el mismo imbécil que le partió el brazo a los nueve años mientras intentaban bajar de espaldas en monopatín el camino de entrada a su casa. Al final de su carrera, no necesitó a Stephen para desinflarle el ego.

El destino se encargó de hacerlo muy amablemente.

¿Se mantendría igual la sencilla amistad entre ellos después de que le hubieran arrebatado su identidad? La muerte de su carrera parecía proyectar una sombra sobre cualquier interacción con los demás. Siempre había sido un jugador de béisbol. Llevaba el deporte en las venas. Siempre había sido lo primero de lo que hablaban con él. «¿Cómo está el hombro? Mejor que nunca. ¿Cómo pinta el equipo para la próxima temporada? Estamos concentrados y preparados para ganar partidos. Lanza una fuera del campo por mí. Lanzaré dos». Las pocas veces que había salido del piso desde que volvió a Port Jefferson, el tema del béisbol se había evitado con

habilidad allá donde fuera. Si alguien le volvía a preguntar por el tiempo o lo halagaba por el inexistente nuevo corte de pelo, le iba a explotar la puta cabeza.

¿En eso se había convertido su vida? ¿En fingir que su carrera de cinco años en el béisbol nunca había existido? Algunos días, eso era lo que deseaba. Quería entumecerse para no recordar la lesión y el consecuente declive. Los continuos traspasos de un equipo a otro como si fuera una colilla. Y por fin la llamada del director deportivo del equipo que era el equivalente a dispararle a un caballo cojo. Otros días, en cambio, fingir que su carrera nunca había tenido lugar lo acojonaba. ¿Qué sentido tenía haberse esforzado tanto para acabar de nuevo en Port Jefferson, yendo a ver a su amigo para que le diera trabajo, tal como su padre siempre había predicho?

Ese día en concreto, podría haberse ahorrado el recordatorio.

A sabiendas de que necesitaba un minuto antes de hablar con un ser humano de verdad, suspiró y se apartó del ventanal para apoyarse en la pared de hormigón del edificio. Quizá debería dejarlo para el día siguiente. No era exactamente una reunión, dado que Stephen se había pasado por su casa hacía una semana… o tal vez dos. Le costaba recordarlo, porque en aquel momento estaba empinando una botella de Jack Daniel's. Tener una conversación cara a cara estando sobrio con la persona más directa que conocía tal vez no fuera la mejor idea con su deprimente estado de ánimo.

—¿Travis Ford?

Se volvió hacia la bonita rubia que no reconocía y que se acercaba a él por la acera. Ella se rio al ver que solo atinaba a saludarla con la cabeza.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

—La verdad es que no —contestó sin devolverle la sonrisa—. ¿Debería?

Aunque se le descompuso un poco la cara y dio un pequeño tropiezo, la rubia se recuperó enseguida.

—Bueno…, fuimos juntos al instituto. Tracy Gallagher. Estuve sentada detrás de ti en clase durante el último año.

—Ah, claro —replicó con voz plana—. Ya.

Port Jefferson era una especie de burbuja. Lo que sucedía en el mundo exterior solo importaba si afectaba directamente a sus residentes. Pero la conocida mezcla de interés y censura en la cara de Tracy dejaba una cosa muy clara: su reputación como mujeriego empedernido había penetrado la

burbuja. Allí seguía plantada, esperando que él contestara con algo más que monosílabos, tal vez incluso que le tirase la caña, y se iba a llevar un buen chasco.

—Esto… —siguió Tracy, la mar de tranquila—. Llevas de vuelta en el pueblo una semana y no te he visto por ahí. ¿Has…? —Se cuadró de hombros y se puso colorada—. ¿Necesitas ayuda para familiarizarte de nuevo con el pueblo?

—¿Por qué iba a necesitarla? No ha cambiado nada. —¡Por Dios! Estaba comportándose como un imbécil. Seis meses antes, ya estarían yendo hacia su piso a esas alturas. El bueno de Dos Bates, siempre dispuesto para echar un polvo. Hasta que dejó de ser interesante. Todo el mundo quería estar con él hasta que la cosa se puso seria, ¿no? En cuanto empezaron los traspasos y su valor bajó, el teléfono dejó de sonar. Allí tenía a una mujer mostrando interés. Joder, parecía bastante agradable. Quizá tenía buenas intenciones. Pero después del estilo de vida ilusorio y temporal que había llevado los últimos cinco años, era incapaz de emocionarse por algo. Nada de lo que había experimentado tenía valor alguno.

—Oye, he quedado con un amigo…

—Tracy. Trabajo en la *boutique*. —Señaló hacia el sur—. Al final de Main Street. Tendencias para Brillar.

Travis se obligó a esbozar una sonrisa tensa.

—Si alguna vez necesito un vestido negro ideal, te lo diré.

Ella se echó a reír como si hubiera hecho una broma graciosísima en vez de un comentario sarcástico muy borde.

—¿Por qué esperar para quedar? A ver, hay un parque nuevo cerca de la playa. Si te apetece echarle un vistazo, podría preparar un pícnic o…

Soltó una carcajada carente de humor al oírla.

—Un pícnic.

Al captar por fin que no le interesaba, Tracy guardó silencio y adoptó una expresión desdeñosa. Irritada. Una parte de él se sentía mal por ser maleducado, pero ¿la otra parte? Se sentía bien por no ser el mujeriego que solo se tomaba en serio su media de bateo.

—Mira…

—Hola, Travis —dijo una voz a su espalda que le trajo recuerdos de chupachups y rodillas desolladas, pero había cambiado un poco. Era más ronca y había perdido el ceceo. Georgie apareció con una gorra de béisbol

calada sobre el pelo suelto, que salía por debajo en todas direcciones—. ¿Estás listo?

Miró a la hermana pequeña de Stephen sin comprender.

—¿Para qué?

—¡Uf! Para tu cita con el médico, tonto. —Le clavó un dedo en las costillas—. Venga, que vamos a llegar tarde.

¿Había aparecido Georgie para salvarlo de Tracy? Sí. Eso parecía. Y a caballo regalado no se le miraba el diente. La idea de un pícnic con cualquiera (sobre todo con esa mujer que, seguramente, esperaba que la obnubilase con historias de famosos a los que había conocido) le resultaba tan atractiva como la peor de las torturas.

—Claro. Mi cita con el médico.

Georgie miró a Tracy con una mueca.

—Cuando le expliqué los síntomas, me pidió que le llevara una muestra de heces inmediatamente. Tenga lo que tenga, no han visto nada igual desde los noventa.

«¡Madre del amor hermoso!».

Tracy levantó una ceja con gesto escéptico.

—A mí me parece que está bien.

—Así es como empieza. Te sientes bien y de repente... —Georgie hizo el ruido de una explosión al tiempo que daba una sonora palmada—. Pus por todas partes. Es que ni te imaginas la cantidad de pus. No se quita con el detergente normal.

—Te has pasado de la raya —le susurró Travis a Georgie—. Muchísimo.

—A ver, que soy nueva en esto —replicó ella con disimulo para que solo la oyera él.

Tracy se percató del numerito improvisado y se subió más el asa del bolso por el hombro.

—Sé captar una indirecta, Travis Ford. Y, por cierto, no eres tan guapo en persona.

—Pobre, dale un respiro. Ha tenido un mes malo.

Ese comentario hizo que Tracy la fulminara con la mirada.

—Ni se te ocurra entrar en la *boutique,* Georgie Castle. Tienes las piernas demasiado cortas..., incluso para las tallas pequeñas.

La confianza de Georgie se desinfló, pero alzó la barbilla para compensarlo.

—En la sección infantil de Gap no me tratan así. Ya podrías aprender un poquito de ellos.

Travis se dio cuenta de que estaba mirando a Georgie con el ceño fruncido. Su coronilla solo le llegaba al hombro. Pequeña, pero matona. Otra vez se asombró al comprobar que aquella niña callada que apenas era capaz de mantener la mirada se hubiera convertido en esa peleona defensora… suya. ¿Por qué se molestaba siquiera en hacerlo, eh? No lo sabía, pero se sintió obligado a devolverle el favor de alguna manera. Seguramente porque era la hermana pequeña de Stephen.

—Tus piernas son de un tamaño normal.

Ella lo miró como si le hubiera lanzado un piropo muchísimo mejor. Aunque no tardó en poner los ojos en blanco.

—Anda, cierra la boca.

Tracy se dio media vuelta y se alejó hecha una furia por la acera.

—¿Sabes una cosa? ¡Espero que sí pilles una enfermedad de los noventa, Travis Ford! —le dijo por encima del hombro—. No entiendo por qué todas las mujeres de este pueblo están decididas a echarte el guante. Ni siquiera mereces que se depile una las piernas entre semana.

—Un comentario original. —Travis y Georgie miraron a la rubia hasta que ya no pudo oírlos—. Aunque, ¿de verdad la he oído invitarte a un pícnic?

Él suspiró.

—Pues sí.

—¿Se habría presentado con una cesta como el Oso Yogui? ¿Habría llevado un jamón cocido enorme como los de los dibujos animados? ¡Qué pena que no hayas aceptado solo para satisfacer mi curiosidad!

Travis sabía que debería darle las gracias, pero no quería que Georgie se llevara la impresión de que deseaba o necesitaba más intervenciones suyas. No quisiera Dios que acabara debiéndole algo. Ya nadie confiaba en él para nada, de la misma manera que él tampoco confiaba en los demás. Los compromisos eran temporales, así que no se molestaba en comprometerse. Cuando se hizo profesional, se permitió confiar en sus compañeros de equipo, en los entrenadores y sus asistentes, pese a la lección que había aprendido de pequeño. No cometería el mismo error una tercera vez. La única excepción a esa regla lo estaba esperando en la oficina, e incluso a Stephen lo mantenía a una cómoda distancia.

—Voy a ver a tu hermano, Georgie. —Se volvió y abrió la puerta, y el aire

acondicionado salió de Brick y Morty para recibirlo—. Lárgate.

Georgie lo siguió al interior.

—¿Qué te ha hecho salir en este bonito día estival? No tendría nada que ver conmigo…

—No.

—¿Estás seguro? Porque…

Travis se dio media vuelta y la visera de la gorra de Georgie se le clavó en el pecho. Con el impacto, la gorra se cayó al suelo. Abrió la boca para decirle que no, que nada de lo que ella había dicho o hecho había provocado que saliera de su cueva para reunirse con Stephen. Era pura coincidencia. Pero la gorra caída había permitido que la melena castaña se soltara por completo. Le cayó por los hombros, por la espalda y por delante de media cara. Uno de sus ojos verdes lo miraba a través de los mechones ondulados, y eso lo distrajo.

Sí, desde luego que había… cambiado.

Georgie apartó la mirada al agacharse para recuperar la gorra y volver a ponérsela, pasando esa abundante melena por la abertura posterior.

—¿De qué vas a hablar con Stephen?

Su voz ronca lo descolocó todavía más, aunque no sabía el motivo.

—¿Te importa salir a jugar mientras los adultos hablan?

Parecía aburrida, pero a Travis le dio la impresión de que todo era pura fachada.

—Todavía no es mi turno para el columpio.

El sonido del auricular al colgar el teléfono resonó por la oficina.

—Georgie —dijo Stephen a la espalda de Travis—, ya está bien. Hablaremos luego.

—Claro —masculló ella con una sonrisa tensa—. Yo también sé captar una indirecta.

Una sensación incómoda le recorrió el pecho mientras Georgie retrocedía hasta la puerta. Cuando él la trataba con paternalismo como un imbécil, no sonaba tan mal como cuando lo hacía Stephen, ¿verdad? Sí. Seguramente sí. Y era lo mejor. Hacer que esa chiquilla se sintiera cómoda no era tarea suya, sobre todo cuando su propio hermano no lo veía necesario.

—¡Ah! —Georgie se detuvo y se dio media vuelta, con una mano en el pomo de la puerta—. Stephen, voy a empezar una nueva tradición este fin de semana. Un *brunch* los sábados. ¿Puedes venir?

Travis se volvió y vio a su amigo escribiendo algo en un cuaderno, sin apenas prestarle atención a su hermana.

—Claro, claro. Hablaré con Kristin.

—Estupendo. —Georgie pareció armarse de valor—. Travis, tú también estás invitado.

—No cuentes conmigo.

Ella le guiñó un ojo con gesto exagerado.

—Es la casa azul al final de Whittier. Con un enorme olmo en el patio. Nos vemos allí.

—No, no nos veremos.

—Pues yo creo que sí —murmuró en voz baja mientras salía a la luz del sol.

Travis observó, exasperado, que Georgie pasaba por delante del ventanal mientras fingía estar bajando unas escaleras.

—¿Siempre se comporta así?

—¿Quién?

La sensación incómoda intentó atravesarlo de nuevo, pero la descartó.

—Tu hermana.

—¿Georgie? Casi siempre. —La voz de Stephen le llegó justo desde detrás, lo que lo llevó a darse media vuelta y a estrecharle la mano a su amigo—. Sigues teniendo un aspecto horrible, pero ahora ya no pareces un cadáver.

—¿En serio? Ya se me pasará. —Se obligó a sonreír—. Tú tendrás esas pintas para siempre.

Stephen, con su rictus serio y cariacontecido, no era un hombre dado a la risa. El resoplido que soltó era lo más cerca que estaba de indicar buen humor. Tras hacerle un gesto con la barbilla, regresó a su mesa y bebió un buen sorbo de lo que parecía un batido de frutas.

—Te he visto hablando con una chica ahí fuera. —Lo miró con expresión siniestra—. ¿Se ha hecho con la codiciada primera cita?

Travis se dejó caer en la silla emplazada delante de la mesa de su amigo.

—¿Cómo?

—Kristin me ha dicho que hay una especie de competición no oficial en Port Jeff. Ahora que por fin has salido de tu pocilga, supongo que han empezado a jugar.

Al oírlo empezó a latirle una vena detrás de un ojo.

—A ver si lo he entendido: ¿hay una competición y el objetivo es salir

conmigo?

—Más o menos, sí.

—Lo que yo hago es lo contrario de salir con alguien. Las citas románticas no son lo mío.

—Yo tampoco las practicaba hasta que conocí a Kristin. —Asintió con la cabeza, preparándose claramente para contarle la misma historia que había contado varias veces por teléfono y que seguro que le contaría otras nueve mil veces a lo largo de toda su vida. ¡Por Dios! Su mejor amigo actuaba ya como un carcamal y él ni siquiera era capaz de comprometerse con la misma marca de pasta dentífrica—. Estaba de vacaciones en Nueva York, de visita desde Georgia. La vi cruzando la calle en Manhattan. Aparqué, la invité a cenar y nunca volvió a casa.

—Ya te lo he dicho, colega. Eso parece más un secuestro.

Stephen lo dejó pasar sin replicar.

—¿En qué puedo ayudarte, Travis? Supongo que no has venido buscando trabajo.

Sintió una punzada en el pecho por la idea de firmar un contrato para trabajar todos los días. De establecer una rutina. Esas cosas implicaban un compromiso. Tener a gente que contaba con él. Formar parte de un equipo. Sabía muy bien lo que pasaba cuando la utilidad de un hombre llegaba a su fin, pero no le quedaba alternativa. Pudrirse en un piso de un dormitorio no era una opción, por más que quisiera que lo fuese.

—Pues la verdad es que sí. He venido buscando trabajo.

Su amigo se echó hacia delante en la silla.

—Sé muy bien cuántos ceros llevaban detrás los contratos que firmaste, colega. No necesitas trabajar.

—¿Necesitarlo? No. —La voz de Georgie lo pilló desprevenido por enésima vez ese día. «El chico al que todos admirábamos se ha convertido en un sucio borracho»—. Solo necesito algo con lo que mantenerme ocupado hasta que tenga claro qué voy a hacer a continuación —se apresuró a añadir en un intento por erradicar las palabras de su cabeza—. No hace tanto que manejaba el martillo para sacarme un dinero extra en verano. Tu padre nos enseñó carpintería a la vez. Si se me ha olvidado algo, seguro que lo aprendo sobre la marcha.

—Solo contrato a candidatos formales. —Stephen extendió los dedos de las manos y unió las yemas—. A hombres que quieran crecer con la empresa

y permanecer en ella a largo plazo.

—No me caso con nadie a largo plazo.

Un tic nervioso apareció en la mejilla de su amigo mientras se miraban con la mesa entre ellos. Al final, Stephen usó un bolígrafo para escribir algo en un papel que después deslizó por la mesa.

—Aquí tienes la dirección de la casa que estamos reformando ahora mismo. Es donde empezarás a trabajar.

Travis levantó la nota y la leyó con rapidez. Y después la releyó mientras se le abría un agujero enorme en el estómago.

—Esto es enfrente de…

Stephen lo miró con expresión apenada.

—Lo sé. La coincidencia es una putada —replicó—. ¿Será un problema?

—No. Es agua pasada. —Se metió el papel en el bolsillo y se puso en pie—. Nos vemos allí.

Sabía que si se daba media vuelta, la expresión de Stephen le dejaría bien claro que no se lo tragaba, de modo que siguió andando mientras intentaba por todos los medios deshacerse del mal presentimiento que tenía en la boca del estómago.

3

Georgie removió por última vez la compota de arándanos y se apartó de la encimera mientras se limpiaba las manos en el delantal. El beicon seguía calentito en el horno, junto con los gofres belgas. Había trasnochado para montar la nata con sus nuevas eléctricas manuales y solo le había metido el dedo siete veces desde que se despertó esa mañana, pero ¿quién llevaba la cuenta? Lo había preparado todo al milímetro con gran emoción porque era la primera vez que cocinaba para más de una persona… dada su dolorosa soltería.

Era la primera vez que recibía visitas en casa, punto.

Aún no se lo creía. Por fin tenía una casa. Cierto que el negocio de la familia Castle se especializaba en encontrar chollos inmobiliarios, así que había comprado ese bungaló de dos dormitorios por una minucia y todavía quedaba mucho trabajo por hacer. Pero era suya. No estaba mal para alguien que hacía de payaso en fiestas de cumpleaños. Y eso le recordó que debía devolver un montón de llamadas en cuanto terminase el *brunch*. Port Jefferson contaba con un solo payaso, y estaba disputadísimo. Así era como había conseguido dar la entrada para la casa. Por desgracia, la mitad de las llamadas eran de nuevos clientes que querían una máquina de algodón de azúcar, paseos en poni, magos y princesas.

Y tendría que rechazar esos trabajos.

El conocido pánico le atenazó la garganta. Su incipiente negocio como payaso, junto con un poco de ayuda de sus padres, le había permitido pagar la universidad, pero ya no parecía tan sostenible. Se esforzaba por hacer que sus actuaciones fueran novedosas y se mantenía al tanto de las nuevas tendencias, pero las fiestas de cumpleaños infantiles eran un nicho de

mercado muy competitivo. Los padres que querían quedar por encima de los demás empezaban a buscar fuera de Port Jeff el entretenimiento que contrataban. ¿Qué podía hacer ella al respecto? Con una hipoteca, el futuro de su espectáculo en solitario le suponía una carga mental cada vez más pesada.

«No te preocupes por eso ahora. No cuando hay compota para comer, padres y hermanos a los que impresionar, y mimosas para beber. Y Travis».

Como si pudiera olvidarse de Travis y de su enorme, guapísima y malhumorada persona.

¿Iría?

No. Pues claro que no. Apenas la había mirado de pequeña. ¿Por qué pensaba que ese hombre al que habían invitado a la Casa Blanca para cenar estaría interesado en ir al *brunch* de la chica que le había tirado comida podrida a la cabeza? En fin. Tampoco pasaba nada por imaginárselo entrando por la puerta de la cocina con esa maravillosa elegancia animal, esa lengua pegada al labio inferior como si tuviera que usarla en cualquier momento. ¡Uf!

Se llevó las manos al corazón desbocado y miró el reloj del horno. Pronto descubriría si Travis aparecía o no. Solo faltaban diez minutos para que todos empezaran a llegar.

Les ordenó a sus nervios que se largaran y sacó la jarra de mimosas del frigorífico antes de colocarla en un bonito ángulo en la mesa de la cocina. No dejaba de sacar el móvil y de hacer fotos en modo retrato.

—Muy bien —susurró entre dientes—. Me he convertido en uno de esos obsesos de la comida.

Antes de publicar la foto en Instagram, sonó la notificación de un mensaje entrante. Era de su hermana, Bethany.

B: No puedo ir. El imbécil del director del teatro comunitario cortó conmigo anoche durante los entrantes y me he automedicado con José Cuervo. ¿Lo dejamos para la semana que viene?

Georgie se dejó caer en una de las sillas de la cocina, con los dedos preparados para contestar. Tecleó un mensaje en el que le suplicaba a su hermana que fuera, pero lo borró y le mandó un puño con el pulgar arriba. No pasaba nada. Stephen y Kristin iban a ir, ¿verdad? Su hermano sería

capaz de comerse una vaca entera, era un invitado muchísimo mejor que Bethany, que siempre estaba a dieta.

Un cuarto de hora después, la jarra de mimosas empezaba a sudar. Al mirar el horno, comprobó que los gofres comenzaban a secarse. Empezó a pasearse de un lado para otro por la cocina con el móvil en la mano y estuvo así cinco minutos antes de mandarle un mensaje a Kristin.

G: ¿Vais a venir al *brunch*?

Diez segundos después le llegó la respuesta:

K: ¿Qué *brunch*, cariño?

Cerró los ojos despacio al tiempo que dejaba caer el brazo a un lado. A su hermano le importaba tan poco el *brunch* que ni siquiera se había acordado de comentárselo a su mujer. ¡Dios! Su padre empezaría a dar más vueltas que un trompo por el suelo si se presentara en ese momento. Sin Stephen presente para hablar de Brick y Morty, su nerviosismo sería evidente, aunque intentaría ocultarlo. Su madre le daría codacitos y lo fulminaría con la mirada hasta que se relajara, pero ¿de verdad quería incomodarlos tanto?

Le mandó un mensaje de texto a su madre a toda prisa.

G: Mamá, retrasamos el *brunch* al finde que viene. Me he quedado dormida.

Añadió un emoji aturdido para darle realismo.

Le vibró el móvil.

M: ¿Estás segura, cariño? Ya vamos de camino. Puedo ayudarte a preparar algo.

Georgie titubeó.

G: Estoy segura. Id a por vuestras tortitas favoritas en el Waterfront ;)

Ya estaba. Se había dado un trabajazo y nadie iba a aparecer.

Se llevó los pulgares a los ojos y suspiró. Había albergado la esperanza de que comprar la casa los obligaría a todos a reconocerla como una adulta más, pero tal vez semejante hazaña fuera imposible a esas alturas de la película. Su padres la querían, pero estaban exhaustos cuando llegó su tercera hija. Aunque sus hermanos recibieron atentos cuidados y sendos lugares en la empresa familiar, a ella la dejaron para que se las apañara sola. Dado que siempre la tomaron por la payasa de la familia, se apropió del papel. Le gustase o no el trabajo, quizá su elección profesional había cimentado la aparente falta de cariño que le demostraban.

La cocina vacía parecía darle la razón.

Sin molestarse en tragar saliva para aliviar el nudo que tenía en la garganta, se acercó arrastrando los pies hasta la compota y se preparó para tirarla a la basura, con el cuenco barato incluido. Pero el timbre sonó antes de que pudiera hacerlo.

¿Quién...?

¡No, ni hablar!

No podía ser Travis.

Recorrió la cocina con la mirada en busca de un lugar donde esconderse. Dejar entrar al dios local del béisbol para que presenciara su humillación no era una opción en ningún universo. Se acercó a la ventana de la cocina y echó un vistazo a través del visillo de encaje...

La estaba fulminando con la mirada.

Muy bien, de acuerdo. No podía evitarlo. Su lenguaje corporal no podía dejar más claro que preferiría estar a un millón de años luz de allí, así que se limitaría a despacharlo y después se pasaría la tarde comiendo beicon y arrepintiéndose por hacerlo.

Tomó varias bocanadas de aire mientras se dirigía a la puerta principal, sin dejar de retorcerse los dedos en el delantal. ¡Por el amor de Dios! Travis Ford estaba al otro lado de su puerta. A dos metros. Tal vez incluso menos. Seguramente debería tomarse un segundo para saborearlo, ya que llevaba soñando con el momento desde la pubertad, pero no podía perder más tiempo. Se tragó un gemido, abrió la puerta y apoyó una cadera con gesto relajado en el marco. La viva estampa de la complacencia. Con suerte.

—Hola. Lo siento mucho. El *brunch* se ha cancelado. —Señaló con un pulgar por encima del hombro e hizo una mueca—. Ese viejo cacharro que

tengo por horno me falló anoche. No tenía tu número, así que no pude mandarte un mensaje. A ver, si lo tuviera jamás abusaría del privilegio ni nada parecido. —Su carcajada sonaba tan forzada que daba grima—. Pero te habría mandado un mensaje por cortesía.

Sus ojos quedaban ocultos por unas gafas de sol de montura dorada, pero era consciente de que tras ellas la estaba observando sin perder detalle.

—Si el horno te falló anoche, ¿por qué llevas un delantal manchado de fruta y masa?

—Lo ves desde ahí, ¿eh? —Dado que la había pillado, decidió echarle cara e hizo un mohín. No le quedaba más remedio que seguir adelante—. ¿Llevo un tiempo sin lavarlo?

—Ya me huelo lo que ha pasado —siguió él, que apoyó la lengua en el interior de un carrillo—. No se ha presentado nadie, ¿verdad?

¡Ah, no! No era el momento de que el nudo que tenía en la garganta aumentara de tamaño. En absoluto. Pero se formó a lo grande, haciendo fuerza en todas direcciones. Empezaron a escocerle los ojos, y eso era un desastre. Sus hermanos se habían echado atrás, sus padres casi ni habían protestado cuando lo canceló… y todos habían confirmado lo que ella ya sabía: no la tomaban en serio. Iba a echarse a llorar delante de su héroe infantil convertido en amor absoluto convertido en objeto de todas sus fantasías sexuales. De verdad, Travis era el motivo de que no pudiera oír «Take me out to the ball game» sin ponerse cachonda. Al contrario de lo que le sucedería a él si la veía llorar en ese momento, que seguramente no podría oler arándanos durante el resto de su vida sin que se le bajara al instante. Por supuesto, mientras le pasaban todas esas cosas por la cabeza, no dijo nada de nada, se limitó a mirar fijamente al que fuera el parador en corto de los Hurricanes mientras le ardían los ojos.

—Más comida para mí —dijo Travis al final al tiempo que entraba—. Apártate.

—¿Qué? —Fue incapaz de ocultar la nota esperanzada de su voz—. ¿Te quedas?

—Llevo alimentándome un mes de comida para llevar. —Se volvió y la señaló para que lo asimilara—. Es el único motivo de que haya venido. ¿Entendido?

Georgie corrió para mantenerse a su altura.

—Para que te dé de comer. Sí.

—Supongo que huele bastante bien.

—Estaba a punto de tirarlo todo a la basura —susurró mientras se secaba un ojo con la manga.

Él se dio cuenta de lo que hacía mientras entraban en la cocina y la miró con el ceño fruncido.

—¿Necesitas un momento o algo?

—¿Por qué? No se llora en...

—¡Dios!

—Mira, te ayudo: béisbol. —Georgie se acercó al horno y sacó los platos a rebosar de beicon y gofres—. Esto es una transición. Estoy siendo una buena anfitriona al sacar temas de conversación sobre nuestros intereses mutuos. A ti te encanta el béisbol. A mí me encanta Tom Hanks. Si nos encontramos en un punto medio, tenemos *Ellas dan el golpe*.

Travis se sentó en una silla y extendió las largas piernas por delante, como un príncipe preparado para que lo entretuvieran.

—Solo quiero beicon.

Georgie preparó un plato lleno de gofres, nata, compota y beicon, que le colocó por delante.

—Muy bien, de acuerdo. En ese caso, no hablaremos de lo infravalorada que está Geena Davis.

—Menos mal —dijo mientras dejaba un trozo de beicon a medio camino de su boca—. Porque Lori Petty era la que destacaba.

—No. —Meneó la cabeza despacio—. En mi cocina, no.

Travis resopló y se metió la tira de beicon entera en la boca antes de cortar un enorme trozo de gofre con el tenedor, pasarlo por la compota y la nata montada, y metérselo también en la boca.

—Joder, ¡qué bueno está!

Hasta que no habló con la boca llena, Georgie no fue consciente de que le estaba mirando la boca como una serpiente hipnotizada miraría un reloj que colgase de una cadena. Se apartó de la mesa y empezó a prepararse un plato mientras el placer de su halago la recorría por entero, aunque lo hubiera dicho a regañadientes.

—Gracias. ¿Un mimosa?

Pareció pensárselo.

—No, no me apetece.

—¿Ya no empinas el codo en busca de respuestas?

—¡Ajá! Ya sabía que estabas por ahí.

—¿A qué te refieres?

Vio su nuez subir y bajar mientras tragaba un bocado.

—La chica que me tiró los fideos chinos encima mientras estaba en bolas no es la misma que me ha abierto la puerta.

Se sentó a la mesa y clavó el tenedor en el centro del gofre.

—Mi hermano y mi hermana me han dejado tirada, y mis padres seguramente estén aliviados por haberles ofrecido una excusa para no venir. Perdona por tener un momento de debilidad.

—Sé algo sobre eso de que te dejen tirado. —Como si se hubiera sorprendido por contarle algo tan íntimo, Travis encogió un hombro—. Al final, te acostumbras.

Georgie sintió un vuelco en el corazón.

—No quiero acostumbrarme. Y tú tampoco deberías hacerlo. —Al igual que sucedió la mañana que se enfrentó a él en su piso, se sorprendió por la posibilidad de que Travis no fuera el gigante invencible e infalible que había creído de pequeña. ¿Sabía algo sobre eso de que lo dejaran tirado? ¿Cómo? Debía de referirse a los equipos profesionales que lo habían traspasado sin cesar antes de su retirada—. Los Hurricanes son idiotas por cambiarte por Beckman. No le daría a la bola ni con tres bates en la mano.

Travis dejó la mano en el aire cuando estaba a punto de levantar una servilleta, pero ella creyó ver un atisbo de interés en sus ojos antes de que lo ocultara con un encogimiento de hombros.

—¡Qué va! Es un jugador decente.

—Díselo a su media de bateo. —Tardó unos segundos en percatarse de la sorna de Travis—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Soltó el tenedor—. Pocas personas me sacan a la cara el tema de los traspasos.

—¡Oh! —Sintió que le ardía la base del cuello—. No era mi intención…

—No he dicho que me importe —la interrumpió Travis de inmediato—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Cuatro meses. —Aliviada al ver que no se había ofendido por su verborrea, se metió un arándano en la boca y se echó hacia atrás mientras recorría la cocina con la mirada—. Quiero hacer un montón de cosas, pero todavía no me he puesto a ello.

Travis se zampó una segunda tira de beicon.

—Sabes que tu familia es la dueña de una empresa de reformas, ¿verdad?

Al recordar el mensaje de texto de su cuñada, Georgie le quitó importancia al comentario con un gesto de la mano.

—Están ocupados.

El silencio se alargó y, cuando levantó la cabeza, vio a Travis observándola. Con expresión pensativa. ¿Lo había hecho antes?

—¿Cuál sería el primer proyecto si pudieras elegir?

—La chimenea. —Se echó a reír, un poco sorprendida—. Ni siquiera sabía cuál era hasta que lo he dicho en voz alta. Pero desde luego la chimenea. Es de ladrillo desgastado y antiguo…

—Enséñamela.

—Pero estás comiendo… —No quedaba ni una migaja en el plato—. ¡Oh!

Travis se apartó de la mesa y, sin esperarla, salió de la cocina. Lo encontró en el salón, pasando una mano grande de dedos largos por la vieja repisa de la chimenea.

—¿Vas a poner piedra y colocar una repisa flotante?

Fue incapaz de ocultar la sorpresa.

—Es justo lo que estaba pensando —susurró mientras fruncía el ceño—. ¿Por qué lo preguntas? No vas a hacerlo por mí, ¿verdad?

—No, pero puedo convencer a tu hermano de que lo meta en la agenda. —Una sonrisa burlona asomó a su cara—. Estoy en nómina. De momento. Y puedo darle la lata sin que me despida. Si me despide, le contaré a todo el mundo que se emocionaba mucho con las reposiciones de *Chicas con clase*.

—¿Estás trabajando para Brick y Morty? —Se le escapó una suave carcajada—. ¿A qué viene la repentina necesidad de trabajar? ¿Es porque fui a tu apartamento y…?

—Nanay. Sigue soñando.

—Es por eso —insistió ella, esperanzada en su fuero interno—. Sé que lo es.

—No lo es.

—Perdona que te lleve la contraria. ¿Quieres ver el resto de la casa?

Su cara decía que no, pero le hizo un gesto para que abriera la marcha. Un poco aturdida y muy orgullosa, Georgie lo tomó de la muñeca (¡Por Dios, qué gruesa!) y tiró de él para atravesar el salón.

—Por aquí se va al patio —dijo al tiempo que señalaba con el brazo libre

la puerta corredera de cristal y el patio que había al otro lado—. Un día de estos voy a tener un enorme perro baboso y aquí es donde le tiraré la pelota.

¿Eran cosas suyas o eso lo hizo sonreír un poquito?

—Tal vez deberías ajustar tus aspiraciones a un perro mediano o pequeño. —La miró de arriba abajo—. Uno grande te pasearía a ti.

—Lo siento, pero estoy decidida a tener un Beethoven.

Se quedó callada, con la esperanza de que él recordara que vieron la película juntos varias veces en el sofá de sus padres hacía muchos años, con varios niños del vecindario tirados en el suelo comiendo palomitas. Cuando su cara dejó claro que había pillado lo que decía, a ella se le aceleró el corazón.

—A la primera señal de algo raro, se larga de aquí —dijo él despacio, citando un diálogo de la película.

—¿Algo raro? ¿Qué debo vigilar, cariño? ¿Si se pone mi batín de andar por casa?

—Es un clásico. —Travis hizo un gesto impaciente para que se pusiera en marcha de nuevo, pero Georgie se dio cuenta de que le temblaban los labios por la risa—. Enséñame el resto. No tengo todo el día.

—Muy bien. —Tuvo que obligarse a no recorrer el pasillo dando saltitos, pero aminoró el paso conforme se fueron acercando al dormitorio. Travis Ford iba a mirar su dormitorio. A verlo. A estar cerca. ¿Las fantasías que tenía continuamente con él serían visibles, como lianas colgadas del techo? —. Mmm… Este es mi dormitorio.

—¡Ah! Mmm… —Asintió con un gesto seco de cabeza, sin apenas mirar por la puerta—. Estupendo.

—Pasemos al siguiente —dijo de forma apresurada al tiempo que dirigía su atención a la diminuta habitación, casi un armario, situada al otro lado del pasillo—. Esta es mi zona mágica.

—Mágica ¿en qué sentido?

—Es donde guardo lo que uso en las actuaciones. —El interés que brilló en sus ojos entrecerrados le aceleró el pulso—. Normalmente, te cobraría por la actuación, pero como te has atrevido a probar mi comida, al menos te debo un truco.

Travis apoyó el hombro en la pared del pasillo y cruzó los brazos por delante del pecho.

—Adelante. Pero te aviso de que soy escéptico.

Georgie fingió un jadeo sorprendido.

—¿Escéptico tú? ¿De verdad? —Apretó los labios mientras abría la puerta despacio, despacio, como si albergara los secretos del universo. Sin perder el contacto visual, se coló en la habitación y se fue perdiendo tras la puerta poco a poco hasta que desapareció—. Estoy alargando el efecto dramático —dijo al tiempo que se agachaba en busca de varios objetos—. ¿No te intriga?

—Me muero de la curiosidad.

Georgie salió de nuevo al pasillo con un pañuelo azul de seda en una mano y cerró la puerta. Tal como esperaba, Travis lo miró con suspicacia. Ella lanzó el pañuelo al aire, dejó que cayera y lo atrapó.

—No es más que un pañuelo normal y corriente que le robé a mi hermana.

—Muy bien. ¿Qué vas a hacer con él?

Ella ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Oyes el repiqueteo de la lluvia? Creo que está lloviendo.

Hasta con actitud paternalista Travis estaba buenísimo. Juraría que sus ojos relampaguearon mientras esos sensuales labios esbozaban una sonrisilla torcida.

—Yo no oigo nada.

«¿En serio? ¿Ni mi corazón?».

—Por si las moscas, deberías llevarte un paraguas. —Con un giro de muñeca y un rápido movimiento, apareció un paraguas con los colores del arcoíris debajo del pañuelo, que cayó flotando al suelo. ¡Ajá! Él intentó ocultar el desconcierto, pero no lo consiguió, algo que seguramente consiguió que su vida por fin tuviera sentido—. Sé lo que piensas. ¿Podré actuar en tu fiesta de cumpleaños? Normalmente solo actúo en eventos infantiles, pero haré una excepción.

Él meneó la cabeza y la observó un instante.

—Antes no eras así, ¿verdad?

—¿Maravillosa?

—Claro. —La miró con una sonrisa demasiado breve antes de apartarse de la pared y de regresar al salón con esas largas zancadas—. Vamos a decir «maravillosa» por no decir «rara».

Georgie lo alcanzó delante de la chimenea, justo a tiempo para verlo pasar la mano por los ladrillos.

—¿No habrás...? Esto... ¿Sabes algo sobre la competición que hay en el

pueblo…?

—¿La competición por salir contigo?

Echó la cabeza hacia atrás con un gemido.

—¡Por Dios! Es real.

—¿Y no te hace mucha ilusión? —Georgie repasó las conversaciones que había oído por todo el pueblo. En la pastelería, en una fiesta de cumpleaños, paseando por Main Street—. A ver, aunque no te haga ilusión, al menos estás acostumbrado a recibir este tipo de atención de las mujeres, ¿no?

Su expresión se ensombreció.

—Sí. Algo así.

Georgie sintió que en su interior surgía el manantial de los celos, pero lo tapó con una roca. El monstruo de los ojos verdes era inútil en lo que a Travis Ford se refería, y siempre sería así. En cambio, se concentró en lo que le decía su lenguaje corporal. Los hombros tensos, los dientes apretados.

—No te hace ni chispa de ilusión.

Él clavó la mirada en la chimenea.

—No.

—¿Por qué?

Tardó un momento en responder.

—Supongo que ya no quiero ser una novedad. Alguien con quien pasar un buen rato. Algo fácil, al que no se toman en serio. —Se pasó una mano por ese pelo cobrizo oscuro—. La culpa es solo mía. Yo mismo me convertí en un chiste verde de los malos, ¿no?

—No pienso en ti de esa forma. Nunca serías un chiste —susurró ella, sorprendida—. Siento si los comentarios crueles que te hice en tu piso te hicieron sentir así.

—No. Eso es distinto. Me hacía falta. —Extendió un brazo y le pellizcó la nariz—. ¡Ea! Por fin has conseguido que admita que tirarme comida encima y leerme la cartilla es el motivo de que haya vuelto al mundo de los vivos.

Si no acabara de pellizcarle la nariz como si tuviera cinco años, podría haberlo besado allí mismo por la alegría. Pero lo había hecho. Así que se contuvo.

—De nada. —Arrugó el delantal con las manos—. Pasar de la competición solo va a conseguir que redoblen los esfuerzos, que lo sepas. Las mujeres de Long Island se toman muy en serio las apuestas.

—Deja que yo me preocupe de eso. —Como si se hubiera dado cuenta de

la hora que era y de dónde estaba, Travis carraspeó y echó a andar hacia la puerta—. Hablaré con Stephen de la chimenea, ¿te parece? Gracias por el *brunch*.

—¿Travis?

Se detuvo con una mano en el pomo de la puerta, pero solo se volvió en parte.

—Gracias por quedarte.

La puerta se cerró en respuesta.

4

—¡Quítate la camiseta!

Travis hizo caso omiso del grito, apretó con los dientes el lápiz que se había colocado en la boca y se concentró en el nivel láser que tenía en la mano, tras lo cual lo bajó y anotó unas medidas. Lo peor de trabajar reformando una casa era, sin duda, la falta de ventanas: no había nada que amortiguase el ruido exterior. Un grupo de personas compuesto por más de diez mujeres y unos cuantos hombres se había congregado en la acera, delante de la casa, y lo estaban fotografiando con los móviles. A juzgar por el dispensador portátil de café de Dunkin' Donuts, pensaban ponerse cómodos. Sí, podía decir sin temor a equivocarse que la competición «Salir con Travis Ford» estaba en pleno apogeo.

Con el rabillo del ojo vio que una pelirroja menuda se separaba del grupo y se acercaba con aire despreocupado a Stephen, que sujetaba un portapapeles.

—Bueno..., estaba pensando en renovar mi cocina este otoño. —Ensanchó la sonrisa—. ¿Crees que podría hacerle unas preguntitas a Travis? No acabo de decidirme entre el vinilo y las baldosas cerámicas.

Totalmente ajeno al hecho de que intentaban engañarlo, Stephen se golpeó un muslo con el portapapeles.

—Pues no busques más. Yo soy capaz de hablar de suelos durante horas.

La sonrisa de la pelirroja se transformó más en una mueca que dejaba los dientes a la vista mientras Stephen le soltaba una presentación de los productos en toda regla, con muchas gesticulaciones y la galería de su iPhone incluidas.

—Oye, Ford —dijo uno de los trabajadores independientes al tiempo que

se limpiaba el yeso en la camiseta—. Hay tanta gente ahí fuera deseando verte desnudo que podrías lanzarte y que te llevaran en volandas. Me ofende personalmente ese aburrimiento tuyo.

—Y yo que pensaba que estaba siendo educado al no dejarte en evidencia.

—¡Venga, ponme en evidencia! —Señaló hacia la multitud—. Estás despreciando un regalo que viene directo de Dios.

Travis resopló y siguió tomando medidas. En otro tiempo, habría estado en primera línea, disfrutando de la atención. Regodeándose. En cuanto su último equipo lo despidió, descubrió bien prontito que esa admiración superficial era barata y pasajera. Las mujeres que antes revoloteaban a su alrededor se fueron en busca de la siguiente estrella, lo mismo que su entrenador personal, el resto de los entrenadores del equipo y sus propios fans. Nada había sido real… y tampoco lo era en ese momento.

Eso sí, que hubiera espectadores fuera tenía algo bueno. O pasaba de ellos o los alentaba, y antes se congelaría el infierno que hacer eso último. Fingir que no veía al grupo de admiradores le impedía mirar hacia fuera. Hacia el otro lado de la calle, hacia la vieja y destartalada casa donde había crecido.

En realidad, tampoco hacía falta mirar. Se imaginaba cada centímetro de la casa. Si levantaba la cabeza y miraba por la ventana, sus chillones admiradores quedarían recortados contra el tejado medio hundido. Contra el jardín lleno de malas hierbas secas. Menuda ironía, ¿no? A sus espaldas tenían un recordatorio de cómo funcionaba el mundo. En el caso de sus padres, el amor se había convertido en resentimiento y al final lo había destruido todo. Para Travis, el afecto solo se ofrecía en función de su éxito. En cuanto desapareció, lo habían dejado solo. Otra vez. Ni siquiera su estrellato había cambiado las reglas.

Horas más tarde, Stephen consiguió dispersar a la multitud tras darles un tostón de clase magistral sobre materiales de aislamiento, lo que le permitió a Travis escapar de la obra sin tener que rechazar a nadie. Pasar de desplazarse en un SUV con chófer a tener que compartir el monovolumen de otra persona era humillante. Resistió el impulso de ocultar la cara cuando Stephen dobló a la derecha y después recorrió alegremente Main Street durante la hora feliz. Los habitantes de Port Jefferson estarían o bien pidiendo la cena, o bien dirigiéndose a los bares para beber en vez de comer.

Después de pasar los últimos días trabajando enfrente de la casa donde se crio, Travis no le habría hecho ascos a unos tragos de *whisky*, pero se los tomaría en la intimidad de su casa o no se los tomaría. Aunque hubiera escapado sin un rasguño del incómodo interés público de ese día, la presencia de la gente lo había agotado mentalmente.

—¿Te importa decirme por qué tienes una puta Dodge Grand Caravan?

Stephen subió el aire acondicionado, que ya llevaba bastante alto.

—Tengo una camioneta que uso para transportar materiales.

—¿Por qué no vamos en ella?

—¿Siempre te has quejado tanto? —le soltó Stephen, y Travis decidió que no hacía falta contestar; y de todas formas, su amigo no esperaba que lo hiciera—. Intento que Kristin… piense seriamente en tener hijos. Supuse que esto la animaría.

Travis frunció el ceño al ver que una mujer que esperaba para cruzar la calle le lanzaba un beso.

—Esta conversación no la cubre mi sueldo. —Consciente de que Stephen quería añadir algo, suspiró—. ¿No quiere tener hijos todavía? ¿No es en lo primero en lo que piensa cualquier mujer casada que viva en Long Island?

—Kristin es complicada —respondió su amigo con paciencia—. Quiere que me lo curre.

—¡Dios! ¿Quiere que te curres algo que no va a darte más que trabajo? —Travis soltó una risilla—. ¿Cuántas pruebas pasaste para que te diera el sí?

Stephen gruñó.

—Mejor no te lo digo.

—Tienes razón, eso es lo mejor. Me quedaré aquí sentadito dándole las gracias a Dios por no ser tú.

—Precioso epitafio —susurró Stephen antes de señalar con la cabeza al grupo de mujeres que saludaba con la mano desde la acera—. Podrías estar mirando a tu futura esposa ahora mismo. —Se echó a reír al ver que Travis se estremecía—. Ya te tocará. Mientras no sea ninguna de las mujeres de mi vida, no pasará nada.

La idea de que sentara cabeza era tan descabellada que Travis ni se molestó en replicar. Aunque la mención a las mujeres de la vida de Stephen sí lo llevó a pensar en alguien. En Georgie, para ser exactos. Durante los dos últimos días, se había colado en su subconsciente en los momentos más raros. La nariz enrojecida y los ojos brillantes por las lágrimas cuando abrió

la puerta. El alegre delantal amarillo al que se le había olvidado quitarle la etiqueta. No le parecía bien que su familia no hubiera demostrado más entusiasmo por sus ridículos gofres cuando incluso él había conseguido levantarse de la cama para ir. Se dijo que no le correspondía a él mencionarle el olvido a Stephen, pero ya era miércoles, y saltaba a la vista que Georgie no pensaba cantarle las cuarenta a su hermano por el plantón.

Creía que podía sentirse… dolida. O algo igual de desagradable.

¡Qué irritante que eso lo molestase! Solo quería agachar la cabeza, pasar como buenamente pudiera la depresión que había pillado después de que lo echaran de la liga y seguir con su vida sin mirar a derecha o a izquierda. No debería preocuparse por los sentimientos heridos de la hermana pequeña de su amigo. Casi habían llegado a su casa. Si pudiera pasar un solo día más sin sacar el tema, al final acabaría por olvidarse de toda la comida que seguramente se pasó horas preparando para que nadie la probara.

—Hablando de las mujeres de tu vida, se te olvidó el *brunch* de Georgie del sábado.

Joder. ¿De verdad lo había dicho en voz alta?

—¿Qué *brunch*?

Una espinita se le clavó en la piel.

—Que yo estaba allí delante cuando te invitó, colega. Estábamos en tu oficina…

—Ya. —Stephen frunció el ceño—. ¿Y fue el sábado pasado?

Travis resopló.

—Olvídalo.

—¿Tú fuiste?

Tosió en un puño.

—¡Ajá!

—¿Estuviste a solas con mi hermana pequeña?

Estuvo a punto de quedarse bizco para siempre al poner los ojos en blanco.

—Suelta ya el collar de perlas, abuela. No fui a su casa sabiendo que estaríamos a solas. Solo estuve media hora con ella. —Le dirigió a su amigo una mirada elocuente—. Un poco de seriedad. No estoy buscando a ninguna mujer, mucho menos a la niña que nos espiaba con prismáticos desde el árbol de tu patio trasero. La virtud de tu hermana estuvo a salvo en todo momento.

Stephen abrió la boca.

—Confío en ti.

Travis soltó el aire que ni se había dado cuenta de que había contenido. Una cosa era ser un mujeriego para el mundo del deporte y otra muy distinta que su mejor amigo desconfiara de él por esa reputación bien merecida. ¿Era demasiado esperar que una sola persona lo creyera redimible? No pudo evitar que Georgie acudiera a su mente una vez más. «Nunca serías un chiste».

—Puedes compensar a Georgie por no ir al *brunch* renovándole la chimenea. Quiere cambiar el ladrillo.

Casi podía oír los cálculos que Stephen estaba haciendo en su cabeza.

—Quiero hacerlo, pero vamos muy justos de tiempo con tres reformas a la vez. Dos de mis mejores trabajadores no volverán hasta después del verano, así que vamos cortos de personal incluso contigo ofreciéndonos tu hosca ayuda. Va a tener que esperar.

Travis asintió con la cabeza. Ya estaba. Había cumplido con su deber al decírselo. Listo.

Dejaron atrás Main Street y enfilaron una de las calles secundarias hasta la casa de tres plantas en cuyo último piso Travis vivía de alquiler. Los dueños, una pareja de ancianos que vivía en la planta baja, lo dejaban tranquilo y la intermedia estaba desocupada. Muy lejos de los rascacielos en los que había vivido por todo el país, pero en ese momento, la tranquilidad era lo que quería.

—Te veo mañana en el trabajo —dijo Travis cuando su amigo paró junto a la acera—. Imposible subirme en esta trampa de estrógenos un día más sin perder el respeto que me tengo.

Stephen se encogió de hombros.

—Tú mismo. No llegues tarde. —Se frotó las manos—. Mañana toca demolición.

—No voy a pegar ojo —replicó Travis con sorna al tiempo que cerraba la puerta del acompañante—. Gracias.

Stephen hizo sonar el claxon mientras se alejaba, y Travis meneó la cabeza al oírlo. Entró en la planta baja y subió la escalera hasta la puerta de su piso, que abrió al instante. Apenas había conseguido quitarse las botas de trabajo y la camiseta polvorienta, y abrirse una cerveza, cuando llamaron a la puerta. ¿Quién sería? Había pagado el alquiler con dos meses de adelanto,

así que no podían ser los dueños. A menos que hubiera una fuga de agua en su planta… Se pasó una mano por el pelo, abrió la puerta… y descubrió a Georgie mirándolo, con un montón de bolsas de comida.

Otra gorra de béisbol le cubría los ojos en esa ocasión, con la habitual coleta sacada por la abertura trasera. Llevaba un peto con una camiseta ancha de manga corta debajo. Casi le cerró la puerta en la cara al ver lo que tenía escrito. «¡LA CLASE DE 2012 ES LO MÁS!».

Aunque la pobre criatura intentaba no mirarle el torso desnudo, estaba fracasando estrepitosamente. La mezcla de sus recuerdos de instituto y de las pecas que le salpicaban la nariz hacía que se sintiera como un exhibicionista por darle un espectáculo, voluntario o involuntario.

¡Por el amor de Dios! No tenía tiempo para eso. ¿Ni siquiera podía beberse una cerveza en paz y olvidar que había vuelto a su pueblo natal para trabajar en la construcción? Levantarse por las mañanas y ponerse las botas de seguridad ya le costaba demasiado cuando su corazón seguía en el banquillo y ansiaba ponerse las zapatillas con tacos. En ese momento, ya no le quedaban fuerzas.

—¿Por qué has venido?

—Esto… —Georgie entró y pasó a su lado antes de que pudiera impedírselo—. En primer lugar, hola. En segundo lugar, no sé si eres consciente, pero es muy difícil cocinar para una sola persona. Venden las cosas en dos tipos de porciones: bufé familiar y justo para dos. Así que acabo con muchas sobras. —Lo miró con nerviosismo por encima del hombro y empezó a vaciar la primera bolsa, dejando unos platos cubiertos con papel de aluminio en la encimera—. Hay límite para la comida china, ¿no?

El comentario le recordó el momento en el que le tiró la caja de fideos *lo mein*. El dichoso piso no estaba en mejores condiciones que la última vez que estuvo allí. La ropa sucia seguía amontonada en la cesta, en la puerta del dormitorio; había cartas sin abrir y publicidad chillona desperdigada por todas partes, círculos pegajosos de los culos de las bebidas, polvo, caos. Era asqueroso.

—Travis, ¿no vas a cerrar la puerta?

—No. —Señaló el pasillo con la barbilla—. Porque no te vas a quedar.

Ella se dio media vuelta y apoyó una cadera en la encimera.

—¿Te da miedo que te cante más verdades?

—No.

—Porque tenemos que hablar de tu infestación de ratas.

Se le erizó el vello de la nuca al oírla.

—No tengo ratas.

—Todavía no. —Siguió sacando comida—. Pero ¿estando tan cerca del agua? Tendrás compañeras de piso en una semana. Serán incluso más molestas que yo.

Que Georgie se llamara «molesta» a sí misma lo llevó a cerrar la puerta por alguna razón que se le escapaba.

La visera de la gorra no consiguió ocultar del todo su sonrisa.

—Muy bien, tenemos ravioli con carne…

—Eso me vale —gruñó.

—O pastel de carne con chipotle.

Dejó la cerveza a medio camino de la boca.

—¿Se puede saber qué es eso? Da igual, me lo comeré de todas formas.

—¿Las dos cosas?

Hizo un gesto con el botellín de cerveza para señalar su diminuto tamaño.

—Una porción para ti no es del mismo tamaño que una porción para mí, chiquitina. —El apelativo cariñoso le salió solo, sin pensar, y a Georgie casi se le cayó uno de los platos que estaba sacando. ¿Por qué la había llamado así? De vez en cuando, usaba apelativos cariñosos, aunque nunca había llamado a nadie así antes. De todas formas, Georgie no era una de las mujeres que entraban y salían de su vida a la velocidad de las bolas rápidas. Ni siquiera debería estar en su casa. Y, joder, no debería mencionar su diferencia de tamaño ni hablar de su tipo de cuerpo. Aunque no podía ver una sola curva con el peto y la camiseta tan anchos que llevaba. Eso no lo decepcionaba en absoluto, por supuesto que no—. Oye, gracias por venir a traerme comida. Pero no creo que a tu hermano le guste que pasemos tiempo juntos.

Ella hizo un mohín con la nariz.

—¿Por qué?

Travis se pasó una mano por la cara.

—Por favor. Seguro que sabes que tengo cierta… reputación en lo que al sexo contrario se refiere. —Esperó a que Georgie lo mirase—. Digamos que bien merecida.

—Sí, Dos Bates. Soy consciente. —Se encogió de hombros como si no acabara de hablar del tamaño de su miembro—. Pero ni que fuéramos a…

—No, desde luego que no.

—A ver… —Le guiñó un ojo—. Creo que estoy a salvo.

—Estás a salvo al mil por mil.

—Muy bien, tampoco tienes que ponerte así. Tengo un resquicio de vanidad y me gustaría conservarla.

Travis se echó a reír. Una carcajada real que le salió del estómago. ¿Cuánto llevaba sin reírse de esa manera? Meses. Por lo general, no le hacía gracia que invadieran su espacio personal, pero tener a Georgie en su apartamento era… de lo más natural. No tenía ni que ser amable con ella para que se quedara. Si tuviera que entretener a una visita o ser amable se llevaría una decepción tremenda, pero Georgie no parecía esperar nada de eso. Quizá podía permitir que se quedara un rato.

Diez minutos como máximo.

—Muy bien, no te montes películas, pero he encontrado este DVD… —Como si estuviera abriendo la caja del nuevo iPhone, la vio sacar una copia de *Ellas dan el golpe* con una floritura—. Podemos tenerla de fondo mientras limpiamos esta zorrera.

Soltó el botellín de cerveza vacío en la encimera.

—Estás loca si crees que voy a limpiar esta noche. Acabo de pasarme ocho horas apuntalando un añadido de dos plantas… —Retrocedió—. No me mires así, Georgie. Estoy que me caigo.

—En la construcción no se llora.

—No tiene gracia.

—Tienes razón, no ha estado a la altura. Yo también estoy cansada. —Se puso de perfil, pulsó un par de botones en el horno, abrió la puerta y después colocó dos de los platos en la rejilla central—. Bueno, esta semana he actuado en una fiesta de cumpleaños. El pequeño de los Miller.

Travis fue al frigorífico en busca de otra cerveza.

—No tengo ni idea de quién es.

—¿En serio? Creo que los padres se graduaron en tu misma promoción. Él es pelirrojo. Ella fuma mentolados y siempre dice que va a dejarlo mañana.

Un recuerdo enterrado del instituto subió a la superficie: un grupo de alumnos del último curso fuera del baile de bienvenida, pasándose una bolsa marrón con una botella de licor de malta dentro. Casi podía oler el humo del tabaco, el mentol que le bajó por la garganta cuando le dio una

calada. Esbozó una sonrisa torcida.

—La verdad es que eso me suena un poco.

—Los oí hablar en la fiesta. El padre pelirrojo es ahora el director del colegio, y esperan que hagas una demostración para el equipo. Ya sabes, a modo de inspiración.

Eso le cayó como una piedra en el estómago.

—¿En serio? —Pegó la lengua al interior del carrillo con fuerza hasta que le dolió—. ¿Delante de un montón de críos? No me va mucho ese rollo, la verdad.

—¡Qué curioso! —masculló ella—. Porque es precisamente lo que me va a mí.

—Ya. —Se masajeó los ojos—. Las fiestas de cumpleaños.

—No solo las fiestas de cumpleaños. —Georgie se encogió de hombros—. Me encantan los niños. Básicamente son bolitas mágicas de optimismo que te quieren de forma incondicional. Me muero por tener hijos. —Como si acabara de darse cuenta de que estaba hablando en voz alta, soltó la cuchara a toda prisa—. Esto... No tienen que gustarte los niños para organizar un campamento de béisbol.

Anonadado todavía por el anuncio de Georgie de que quería tener hijos, le preguntó:

—¿No eres un poco joven para desear tener hijos con tantas ganas?

—Algunos sueñan con jugar en las grandes ligas, otros soñamos con ver dibujos hechos con pintura comestible secándose sobre el fregadero. —Hizo una pausa—. También quiero trabajar, pero... sí, quiero una familia grande, ruidosa y feliz. ¿Nunca has querido todo eso?

—No —contestó él sin titubear mientras se preguntaba por qué la palabra había caído como un yunque entre los dos. La verdad, la idea de ser responsable de un niño lo enervaba. Estaba allí, de vuelta en Port Jeff, tras haber dejado atrás su carrera como jugador profesional de béisbol. Sin perspectivas de futuro. Ya había demasiadas cosas que le recordaban a su padre como para no llegar a la conclusión de que también sería un desastre en ese papel. Intentó retomar el tema de conversación, pero le costó.

¿Montar un campamento de béisbol? Joder. Le sorprendió comprobar lo poco que le apetecía volver a tener un bate entre las manos. ¡Dios! No quería ni imaginarse el momento de volver a jugar al deporte para el que vivía antes. ¿Por qué tomarse la molestia cuando se había alejado tanto que ya ni

siquiera era una sombra de lo que fue?

—Tu hermano me ha dicho que esta es la época del año de más trabajo. —Al darse cuenta de la expresión inquisitiva de Georgie, empezó a andar de un lado para otro en el salón mientras recogía calcetines sucios—. Todos están haciendo reformas antes de que bajen las temperaturas en otoño, y le faltan un par de hombres. No puedo dejarlo en la estacada.

—Podrías enseñarles más cosas en una hora de lo que aprenderían en meses con otra persona. Tampoco tendría que ser ahora mismo. Hay tiempo de sobra antes de que empiece la temporada. —Le sonrió por encima del hombro—. Te adoran. Sería como un sueño hecho realidad.

—Déjalo estar, Georgie.

Una expresión dolida asomó a su cara antes de que pudiera volverse para ocultarla, y siguió metiendo cosas en el frigorífico, llenándolo con comida de sobra para unas cuantas noches. Travis se puso de vuelta y media en silencio. ¿No quería que la gente hablara de béisbol con él y dejara de ir con pies de plomo a su alrededor? Georgie lo había hecho ya dos veces sin necesidad de insistirle. ¿Por qué siempre le saltaba a la yugular por meter el dedo en una llaga que ni siquiera sabía que tenía?

Georgie y él podrían ser amigos. Eso era lo malo. No quería amigos, mucho menos tratándose de ella. Era demasiado joven y demasiado optimista, y era la hermana de su mejor amigo. Sin embargo, y por algún motivo, fue incapaz de no agradecérselo a su manera. Por pensar que se merecía sus esfuerzos para espantar la tristeza.

—Oye… —le dijo, y ella se volvió hacia él con expresión esperanzada. La miró con el ceño fruncido y añadió—: Elige un día de la semana que viene para que vaya a medir lo de la chimenea.

Georgie se llevó las manos al pecho y extendió los dedos.

—¿Vas a renovar mi chimenea?

—Si no me obligas a limpiar… —replicó al tiempo que cruzaba los brazos por delante del pecho.

Georgie abrió el armarito de debajo del fregadero y empezó a buscar entre los productos de limpieza que hubiera dejado atrás el anterior inquilino, dado que él ni se había molestado en comprar.

—Limpiaré este sitio de arriba abajo si así consigo una chimenea. ¿Te viene bien el martes para nuestra cita?

—El martes, bien. Pero ¿te das cuenta de que me estoy ganando una

paliza por parte de tu hermano si cocinas para mí y me limpias la casa? ¡Ni hablar!

Ella se enderezó mientras examinaba una botella de limpiacristales.

—Pareces tener la idea equivocada de que a mi hermano le importa lo que hago con mi tiempo. Solo quiere perderme de vista.

El tema no era asunto suyo. Para nada.

—Stephen se preocupa por ti.

Georgie hizo un mohín con los labios, y se descubrió mirándoselos más tiempo de la cuenta. Al parecer, eso era lo que sucedía cuando pasaba meses sin echar un polvo. Que la mujer que tenía más a mano empezaba a parecerle bien. Ese era el único motivo de que le ardieran los dedos por las ganas de desabrocharle el peto a Georgie para echarle un buen vistazo a lo que había debajo. Aliviado por esa lógica aplastante (o casi), le dio la espalda.

—Muy bien, vamos a limpiar este puto sitio. Es la única forma de que esto no se vuelva en mi contra.

Georgie ladeó la cabeza.

—Te refieres a las ratas. Que son las que se van a volver en tu contra si…

—Cierra la boca, Georgie.

—Hecho —replicó, tras lo cual empezó a meter basura y envases de comida para llevar en una bolsa negra mientras él se comía otro de sus increíble platos, sin molestarse en ocultar la exasperación cuando puso *Ellas dan el golpe* en su reproductor de DVD.

En varias ocasiones, cuando lo pilló mirando la pantalla y levantó la barbilla para recriminárselo con ironía, Travis sintió ganas de hacerle cosquillas. O de alborotarle el pelo. Cosas que nunca habría dudado en hacer cuando eran más jóvenes. Sin embargo, esa vez algo hacía que dejara las manos quietecitas. La intuición le decía que un roce inocente podría llevarlos por un camino nada inocente…, y no pensaba dudar de dicho instinto ni analizarlo más a fondo.

—¿Has conseguido evitar la competición? —le preguntó Georgie mientras metía unas revistas viejas en otra bolsa de basura.

—Más o menos —contestó con sorna, mientras recordaba los silbidos y los comentarios que le habían hecho en la obra—. Ahora que lo pienso, ¿cómo sé que no eres una espía? O, peor todavía, una competidora. —Al ver que ella estaba a punto de atragantarse, le guiñó un ojo para indicarle que estaba bromeando—. ¿Qué me dices de tu situación sentimental?

Antes de poder ponerse a caldo por haberle preguntado algo que no era asunto suyo ni por asomo, ella se echó a reír.

—¿En resumidas cuentas? Inexistente. La mayoría de los hombres con quien me relaciono son padres fuera de juego. No hay muchos solteros jóvenes en fiestas de princesas. —Levantó un calcetín petrificado y golpeó la pared con él al tiempo que lo miraba con una ceja arqueada. Él se encogió de hombros—. A lo mejor deberías dejar que las competidoras vieran tu casa. Problema solucionado.

—Si sugieres que dejemos de limpiar, por mí perfecto.

—Que te lo has creído —repuso ella, que tiró el calcetín a la bolsa de basura—. Vamos a seguir hasta el final. Sobre todo ahora que has sacado el tema de mi nula vida sentimental. Tengo que mantenerme ocupada para no echarme a llorar.

—¡Anda ya! —Travis limpió una sustancia desconocida de la mesa del sofá—. Diría que el problema es que todos conocen a tu hermano en este pueblo y no quieren cabrearlo.

—Pues te aseguro de nuevo que mi hermano ni se daría cuenta si empezara a salir con alguien.

Travis la observó limpiar un rato mientras recordaba no solo el almuerzo, sino también la conversación con Stephen en el monovolumen.

—¿Tan malo es, Georgie?

Ella se enderezó, y su aspecto le resultó tan joven y vulnerable que se preguntó qué estaba haciendo allí, a solas con ella. Percatándose de cosas sobre ella.

—¿A qué te refieres?

¿Por qué narices se estaba involucrando? No lo sabía, pero parecía incapaz de detenerse.

—A que… Esto… A que parece que se olvidan de ti a menudo. O que no te tienen en tanta consideración como deberían. —Siguió limpiando la mesa—. Empiezo a creer que no exagerabas.

El silencio momentáneo de Georgie hizo que levantara la vista, y la descubrió con la mirada perdida.

—¿Recuerdas el otro día cuando estuviste en mi casa y dijiste que no era culpa de nadie, que tú te habías convertido en un chiste?

—Sí —contestó con voz ronca.

—En mi caso también es un poco así. La familia ya estaba consolidada

cuando yo fui lo bastante mayor para aportar mi granito de arena. Como a todos los niños pequeños, me mandaban callar a menudo, por lo que tenía que insistir y molestar para hacerme oír. Era una pesada. —Se encogió de hombros—. Ahora ya soy mayor, pero la dinámica es la misma. Supongo que es más fácil dejar que sigan así a intentar cambiarlos. Porque ¿y si fracaso? O ¿y si realmente soy una pesada?

Travis quería decirle que no era una pesada, a pesar de cómo la había tratado él. Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero ¿y si decirlas hacía que ella se sintiera más cómoda con él? ¿Y si hacía que se apoyara más en él o que lo considerase un amigo? No quería un amigo en ese momento, ¿verdad? No quería a nadie cerca.

—Las familias son complicadas —dijo, aunque no le parecía del todo adecuado. El comentario no consolaba como sí lo habían hecho las palabras que ella le dijo—. Seguramente ni sepan que están hiriendo tus sentimientos, chiquitina.

Ella suspiró.

—No, creo que tienes razón.

—He estado en equipos donde siempre se pasaba por alto una voz. Cuando jugaba en los Hurricanes, contrataron a un jugador de las ligas menores. Un veterano. Estoy hablando de que tenía cuarenta y tantos años, y seguía en activo. Los nuevos talentos, entre los que me incluyo, no le hacían el menor caso por viejo. A una persona que necesitó décadas para ser relevante. —Movió los hombros—. Justo después de la lesión, estuve sentado en el banquillo a su lado varios partidos y me di cuenta... de que sabía más del deporte que todos nosotros juntos. Señalaba cosas que yo no habría visto en la vida. —Georgie lo miraba en silencio desde el otro extremo de la habitación—. No deberías rendirte ni dejar de pedir que te presten atención —siguió, porque necesitaba animarla aunque no sabía el motivo—. A lo mejor solo necesitas encontrar otra manera para conseguir que te hagan caso.

Georgie parpadeó despacio.

—Te lo agradezco mucho.

Se negó a admitir el alivio de, al parecer, haber dicho algo bien, y gruñó antes de seguir limpiando. Un par de horas después, empezaron los créditos de la película con la voz de Madonna de fondo, y se dio cuenta que llevaba de pie en su salón, con el cepillo en la mano, veinte minutos. El piso había

quedado prácticamente como los chorros del oro. ¿Dónde estaba Georgie?

La encontró tirada boca abajo en los pies de la cama. Dormida como un tronco.

Esperaba sentirse molesto. En cambio, se quedó allí plantado mientras se percataba de que le faltaba un calcetín, como si se lo hubiera quitado con el otro pie mientras dormía. No llevaba las uñas pintadas. Tenía la cara girada contra el cobertor, lo que hacía que la tuviera torcida en un mohín. Si le quedara un corazón operativo en el pecho, esa imagen le habría resultado enternecedora. Pero como no lo tenía, necesitaba averiguar cómo sacarla de allí. Ya habían pasado demasiado tiempo juntos. Permitir que se quedara a pasar la noche en su casa traspasaba una línea..., y ni una sola alma sobre la faz de la tierra creería que Dos Bates solo había estado limpiando con ella.

—Oye. —Tragó saliva para mitigar el sentimiento de culpa y le dio un empujoncito en un hombro—. Georgie. Espabila pero ya.

—¿Has visto a Dale? —masculló Georgie en sueños, ni mucho menos a punto de despertarse—. Necesito a Dale.

—¿Quién es Dale?

Georgie abrió los ojos al punto. Agitó las piernas, pero como estaba demasiado cerca del borde de la cama, no encontró apoyo para la rodilla y se cayó al suelo antes de que él pudiera soltar el cepillo y atraparla.

—¡Ay!

Muy bien. Tal vez sí quedaba un cachito muy chiquitín de corazón latiendo en su interior, porque ver a una Georgie desorientada y medio dormida con la coleta casi deshecha hizo que se arrodillara antes de pensárselo bien, con una mano levantada para pasársela por el pelo.

—¿Estás bien, chiquitina?

Ella abrió tanto la boca al bostezar que le vio hasta las amígdalas.

—¿Ya hemos terminado de limpiar?

Por segunda vez esa noche, sintió ganas de echarse a reír.

—Hemos terminado.

—Debería irme.

Tragó saliva con fuerza al oírla.

—Es lo mejor.

La ayudó a ponerse en pie y no le quedó más remedio que aferrarla de la cintura cuando ella se tambaleó. «No estás imaginando lo que hay debajo de la ropa. No, señor, no lo estoy haciendo». Estaba preparado para insistir en

llevarla a casa, pero ella se espabiló del todo cuando llegaron a la puerta principal, como si nunca se hubiera dormido. La verdad, le puso un poco los pelos de punta. Antes de salir por la puerta, Georgie se dio media vuelta y lo miró con una sonrisa.

—Te he pillado viendo la película.

—No, de eso nada.

—Buenas noches —se despidió mientras bajaba la escalera—. Las ratas ya deberían dejarte tranquilo.

Suspiró al oírla.

—Gracias, Georgie.

—Mi chimenea y yo te veremos el martes.

Cuando cerró la puerta, se percató del amago de sonrisa que intentaba desfigurarle la cara.

La borró mientras soltaba un taco y echó a andar hacia la cama.

¿Quién cojones era Dale?

5

Georgie rodeó un perchero mientras rebuscaba entre la ropa usada. Al llegar a una camiseta gris con el emblema del instituto de Port Jefferson, la sacó de la atestada percha y la levantó al tiempo que miraba a la mujer que estaba detrás de la caja registradora.

—¡Oye, creo que esto era mío!

A cambio, recibió un pulgar hacia arriba, antes de que Zelda, la dueña de la tienda de ropa de segunda mano, siguiera leyendo su novela romántica. Esa era su dinámica. Georgie se preguntaba a veces si Zelda prefería tener la tienda completamente vacía a tener que lidiar con un cliente que interrumpiera su lectura. Al cabo de unos minutos, terminaría el capítulo, pasaría la página y se dispondría a hablar. Ese era su proceso. Georgie ya estaba acostumbrada, teniendo en cuenta que La Segunda Oportunidad de Zelda llevaba años comprándole su ropa.

Ser la menor de la familia Castle significó que mientras crecía su armario estaba lleno de prendas ya usadas por Bethany... ¡y Stephen! Iba al colegio con vaqueros remendados, sudaderas descoloridas y zapatillas de deporte que ya tenían cinco temporadas. El problema no era que sus padres no pudieran permitirse comprarle ropa nueva, sino que Morty Castle tenía orígenes humildes y no creía en lo de deshacerse de lo que no estaba roto. Ese credo fue lo que lo ayudó a tener tanto éxito en el negocio de la reforma y venta de casas. Hacer solo los cambios necesarios, centrándose en el atractivo de la fachada y arreglando lo ya existente, le había servido de mucho.

¿Le había servido a ella esa lógica? Sus compañeros de clase se habían burlado más de una vez de su ropa, que le quedaba demasiado grande o

estaba pasada de moda; pero, como en la mayoría de los pueblos pequeños, la popularidad de sus hermanos había ayudado a frenar el acoso. También la ayudó que la estrella local, Travis Ford, fuera un amigo íntimo de la familia. Hasta que un buen día llegó a un punto en el que ya no había más prendas usadas de sus hermanos. Ya las había heredado todas, literalmente.

Habían pasado casi cinco años desde que se montó en la camioneta de su madre de camino a la tienda de Zelda por primera vez. La parte trasera iba a rebosar con toda la ropa infantil de los Castle, lista para ser donada. El plan era aventurarse después en el centro comercial para comprarle por fin algunas prendas de su propia elección, pero no pasó de los estantes abarrotados de Zelda. Era demasiado tarde. La ropa de segunda mano se había convertido en su zona de confort. Camisetas suaves y viejas, camisas de franela, vaqueros descatalogados. ¿Había algo mejor?

De un tiempo a esa parte, había empezado a preguntarse eso mismo: ¿había algo mejor?

Tenía dos uniformes: un disfraz de payaso y la ropa de la tienda de segunda mano. ¿Era esa una de las razones por las que su familia no la tomaba en serio? ¿Porque seguía vistiendo igual que cuando estaba en el colegio?

Pasó el dedo por el pliegue de una falda larga plisada y luego la soltó.

Después de morderse el labio durante un minuto, sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros y abrió los contactos, con la intención de llamar a Bethany. Pedirle consejos de moda a su hermana, que tenía un estilazo, no estaba en su lista de tareas pendientes, pero no tenía a nadie más a quien llamar. Después de graduarse en el instituto de Port Jefferson, la gente tenía dos opciones: quedarse y casarse con alguien de la zona o irse a la universidad, darle después un golpe a su pareja en la cabeza y arrastrarla al pueblo. Si se nacía en Port Jeff, siempre se volvía a sus costas. Por desgracia, sus dos mejores amigas de la infancia no habían logrado encontrar todavía a un incauto al que atacar y seguían solteras, viviendo bastante lejos del pueblo.

Bethany trabajaba como interiorista y decoradora para Brick y Morty, lo que significaba que solo tenía luz verde cuando una casa estaba terminada. La mayor parte de su tiempo lo dedicaba a pedir materiales por internet o a buscar piezas únicas en centros comerciales de antigüedades de Long Island. Era muy probable que estuviese por allí.

Se atrevió a tocar el nombre de Bethany.

G: Oye, ¿podemos vernos? Necesito ayuda.

B: ¿Con qué?

G: Ropa. Para…

Detuvo los pulgares sobre la pantalla. Debería haber planeado mejor su estrategia. La razón por la que quería ropa nueva tenía más capas que un cuenco con frutos secos y palomitas para picar el domingo de la Super Bowl.

La más importante era que el negocio de la animación infantil estaba disminuyendo. De las llamadas telefónicas que devolvió el sábado solo dos habían acabado con un trabajo. Sus fiestas de cumpleaños eran de primera categoría, le habían asegurado las ocho personas que le habían dicho que no, pero buscaban algo… más grande. Georgie sabía que le costaría mucho convertir un pequeño negocio unipersonal en algo respetable. En una empresa real que se anunciara e hiciera ofertas. Por el momento, dependía de las recomendaciones del boca a boca y de los clientes habituales que ya la conocían, que estaban al tanto de su reputación y, en la mayoría de los casos, que eran amigos de la familia Castle.

La familia Castle. No la tomaban en serio. ¿Cómo pretendía que los demás lo hicieran?

Miró sus Levi's 501 desteñidos que seguramente habían pertenecido a un leñador fallecido. Sus botas desgastadas asomaban por los bajos deshilachados, burlándose de ella. ¿Qué veía la gente cuando la miraba? No a una mujer de negocios.

Tampoco era una mujer sexualmente deseable. Y quizá, solo quizá, cuando Travis fuera el martes para planificar la reforma de la chimenea, quería que viera a una. Alguien por quien mereciera la pena acicalarse los bajos. Miró con cautela a Zelda, como si hubiera dicho ese pensamiento tan inapropiado en voz alta. De un tiempo a esa parte se le escapaban muchas cosas sin darse cuenta.

«¿Has visto a Dale? Necesito a Dale».

¿De verdad le había pedido su vibrador a Travis Ford?

Hundió la cara en una chaqueta con forro polar. ¡Por Dios! Esa había sido

simultáneamente la mejor y la peor tarde de su vida. Lo hizo todo con su mejor intención. Solo quería llevarle unas sobras de comida a un hombre que no tenía familia en el pueblo y que acababa de ver cómo se estrellaba su carrera profesional. Habría hecho lo mismo aunque no llevara mucho, muchísimo tiempo, encaprichada de él.

En vez de marcharse, que era la opción más decente, se había pasado dos horas viendo a un Travis Ford sin camiseta agachándose para recoger la basura y estirándose para quitar el polvo de las superficies altas. No había movimiento que no necesitase que algo se flexionara. ¡Era algo casi constante! Su intención fue la de tumbarse solo unos segundos después de cambiarle las sábanas, porque ¿quién podía resistirse a unas sábanas recién lavadas? Pero resultó que toda la contemplación de esos músculos atléticos había avivado su subconsciente, porque cayó directamente en un sueño sexual. Al igual que sucedía con todas sus fantasías más picantes desde el principio de los tiempos, el protagonista era Travis Ford. Sin embargo, y como la mayoría de sus fantasías, esa también implicaba el uso de Dale (el sucedáneo en vez del producto real), de ahí que hubiera pronunciado el nombre de su amigo naranja fosforito.

Durante una fracción de segundo, cuando se despertó, habría jurado que Travis la miraba con algo parecido a la ternura. Un producto de su imaginación, estaba claro, pero no dejaba de recordarlo y de revivir la calidez que le provocó. El calor que Travis le provocaba en general. Y no solo en plan «tengo un calentón». Travis bajó la guardia sin querer un par de veces cuando estaban solos y le permitió ver a alguien diferente de la infalible superestrella de sus sueños. ¡Se mostró humano! Debería estar preocupada por el hecho de que ese detalle no hubiera hecho mella en la admiración que sentía por él. No, al contrario, parecía haberla aumentado. ¿Por qué?

En ese momento le llegó un mensaje al móvil.

B: ¿Con qué necesitas ayuda? ¿Te han secuestrado?

G: No. Da igual. Solo quería un consejo sobre ropa.

B: Te prestaría algo, pero todos mis trajes de payaso están en la tintorería.

«Ya está. No debería haberme molestado». Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo con una mueca. Los mensajes despectivos de sus hermanos no eran nada nuevo. Pero el deseo de demostrarles que era una adulta competente aumentaba por momentos. Y quizá, solo quizá, también tenía algo que ver con el deseo de que Travis la viera como algo más que la molesta hermana pequeña de su mejor amigo.

—Ya hablaremos la próxima vez, Zelda —dijo a modo de despedida mientras salía por la puerta.

Zelda se limitó a pasar la página como respuesta.

Travis se sentó en la entrada de la casa de cuatro dormitorios y se sacudió el polvo que la demolición le había dejado en los vaqueros. Mientras hacía todo lo posible por no mirar siquiera la casa de enfrente, abrió una lata de *ginger-ale* y le dio un buen trago. ¿Por qué no rechazó el trabajo cuando Stephen le dio la dirección de la casa en obras? Su amigo era la única persona de Port Jefferson que lo habría entendido. Pero de esa forma habría admitido una debilidad y, en ese momento, ya tenía demasiadas, ¿no? Además, vivir en el pueblo significaba estar rodeado de su pasado. No necesitaba tenerlo a la vista desde la mañana hasta la noche. No. Desde luego que no lo necesitaba.

Su padre ya no vivía en la destartalada casa de estilo colonial del otro lado de la calle, pero como no habían llegado a venderla, mostraba todas las señales de abandono. Los aleros del tejado se inclinaban sobre las ventanas cubiertas de mugre como un par de cejas tristonas. En otra época, los árboles que rodeaban la casa eran altos y orgullosos. Sin embargo, hacía tanto tiempo que no los podaban que habían formado una especie de barrera verde y frondosa alrededor de la casa. Una bendición, ya que bloqueaba parcialmente la vista de la casa desde la calle. De repente, se levantó una fuerte brisa que hizo que una de las contraventanas de su antiguo dormitorio se estampara contra la pared, algo habitual cuando dormía en él y que lo asustaba en plena noche.

Si cerraba los ojos, podía ver a su madre aparcando el viejo Ford Explorer blanco en la puerta de la casa cuando lo llevaba los fines de semana. Podía verla suspirar y dudar. Mientras tanto, él rezaba para que diera media vuelta y no lo obligara a soportar el fin de semana con su padre, haciendo caso

omiso del régimen de visitas establecido. Sin embargo, ella nunca cedía y le decía que saliera y que fuera a esperar en el porche hasta que su padre volviese a casa. A veces, se quedaba allí sentado esperando hasta bien entrada la noche.

Oyó que alguien abría una lata a su espalda y se volvió para descubrir a Stephen apoyado en la barandilla de hierro forjado, bebiendo *ginger-ale*, la bebida favorita en el trabajo desde que se prohibió la cerveza. Nada de cerveza con Stephen presente.

—Nos queda una hora más antes de irnos. —Se sacudió un poco de polvo del pelo—. Quiero abrir esa pared del comedor y ver si es un muro de carga o no. Es posible que nos fastidie la idea del espacio diáfano, a menos que queramos derribarlo y añadir una viga.

—¡Uf! Una viga te costaría un riñón.

—En todas las reformas aparece un gasto extra. —Stephen bebió despacio y se demoró a la hora de tragar el líquido—. ¿Te resulta raro trabajar tan cerca de la vieja casa?

—Raro es quedarse corto. —Travis se puso en pie y entró en la casa en obras—. Volvamos al trabajo.

—¿No eres el dueño ahora? ¿Por qué no la derribas? —le preguntó su amigo, que lo siguió al interior, donde el tercer miembro del equipo, Dominic Vega, estaba renovando las juntas de una pared de ladrillo visto, despacio y de forma metódica. Muy concentrado—. Podría resultar catártico.

«O podría hacer que los demonios afloren».

—No compartimos la misma definición de «catártico» —murmuró Travis.

—¿Te refieres al sexo? —preguntó Stephen—. Conduzco un monovolumen a tiempo parcial, así que necesito que me expliquen los chistes verdes.

—Cuando me refiera al sexo, lo entenderás sin problema.

Dominic dejó la paleta y se cruzó de brazos, con las piernas separadas al estilo militar en una pose que dejaba claro que iba en serio.

—¿De qué estamos hablando?

—De nada —respondió Travis, haciendo caso omiso del impulso de volver a mirar por la ventana hacia el santuario de su infancia situado al otro lado de la calle—. El jefe no para de meter las narices donde no debe.

Stephen suspiró.

—Saberlo todo es una dura carga, pero no me rindo.

Dom tosió en un puño. Tenía los tatuajes azules de los nudillos cubiertos de suciedad y mortero.

—¿Por qué no la vendes? Así le pasas el problema a otro.

—Si hace algo con la casa, podría dar la impresión de que todavía se preocupa por algo —dijo Stephen, que concluyó la afirmación con un resoplido engreído—. No lo quiera Dios.

A Travis no le hizo gracia oír la risa hueca que brotó de sus propios labios. No pensaba decirles a Stephen y a Dominic que, aunque la casa fuera suya, el nombre de su padre seguía figurando en la escritura. Solo le faltaba meter de nuevo en su vida a ese viejo cabrón. Sin embargo, no pensaba decirlo en voz alta, porque a oídos de cualquiera podía parecer que tenía miedo de enfrentarse a su padre. No era el caso. No era tan fácil. La última vez que lo vio fue cuando se fijaron en él los ojeadores de la Universidad Northwestern contra todo pronóstico. Lo único que quería era evitar a toda costa oír un «Te lo dije» después de su fracaso.

—Me importa todo una mierda. Deberíais probar mi estrategia alguna vez —respondió al final. Sin saber por qué, la cara de Georgie apareció en su mente. El extraño momento lo llevó a agarrar una maza y a estamparla contra la pared del comedor—. Vamos, chicos. El agua aquí está estupenda.

—No, gracias. —Stephen inspeccionó la pared a través del agujero—. Me gusta el agua caliente en la que Kristin me hierve vivo. Me mantiene joven.

—Te mantiene al borde de un ataque, querrás decir.

—Es posible —replicó su amigo, a punto de sonreír. Sin embargo, lo que vio en la pared hizo que acabara frunciendo el ceño—. Tendremos que traer una viga.

Dom se acercó por detrás de ellos.

—¡Mierda!

—Sí. —Stephen se pellizcó el puente de la nariz—. Pero si colocamos un pilar nos cargamos el espacio diáfano de Bethany y tendrá que cambiar todo el diseño.

—Y tú tendrás que buscarte otras pelotas, porque te va a arrancar las que tienes —murmuró Dom.

—Si no ha cambiado desde el instituto, me parece posible. —Travis dejó caer la maza y empezó a recoger sus herramientas, consciente de que sería inútil seguir adelante hasta que trajeran una cuadrilla para reforzar la

estructura—. ¿Os apetece una cerveza?

—Me apunto —contestó Dom mientras se quitaba los guantes de trabajo y se los metía en el bolsillo trasero—. Rosie tiene clase en el gimnasio esta noche, así que vuelo solo. Otra vez —dijo, frunciendo mucho el ceño.

Travis recordaba que siempre habían sido una pareja sólida que parecía hablar su propio idioma, sin que existiera nadie más en la habitación cuando estaban juntos. Se cubrían las espaldas mutuamente, les ponían nombres a sus futuros hijos y siempre se les votaba como los más seguros para acabar casados. Después de la graduación, Dom hizo realidad la predicción del anuario y le propuso matrimonio a Rosie, allí mismo, en el centro del campo de fútbol, ambos con toga y birrete. Meses después, ya con un anillo de compromiso en el dedo de Rosie, se alistó en los Marines y pasó una temporada en el extranjero, pero volvió más tranquilo. Más serio.

Travis no pretendía diagnosticar a Dom como podría hacerlo Stephen, pero estaba claro que había problemas en el paraíso matrimonial. Ni siquiera él, que veía el matrimonio como una institución irreal, quería verlos divorciados. Porque todo el mundo había dado siempre por sentado que eran una pareja ganadora.

Al menos, si acababan divorciándose, no tenían hijos. Él sabía muy bien de qué manera el divorcio convertía a un niño en un peón en una desagradable partida de ajedrez. Al fin y al cabo, tenía justo delante el infierno que sus propios padres habían creado para él.

Sí, definitivamente había llegado la hora de tomarse una cerveza.

Se marcharon al centro del pueblo conduciendo cada uno su propia camioneta y se detuvieron en el aparcamiento emplazado detrás del Grumpy Tom's, donde entraron por la puerta trasera, reservada para los clientes habituales. Port Jefferson era un pueblo pequeño, pero con los años se había convertido en un destino cada vez más popular. La mayoría de los visitantes se quedaban cerca del agua, tras bajarse del ferry, o iban a las tiendas de Main Street. Algunos entraban de vez en cuando en el Grumpy Tom's, pero la mayoría de los clientes del bar eran lugareños. Algunos obreros y otros, oficinistas, pero todos con un objetivo: ver el partido de béisbol y relajarse. Esa noche en concreto, eso era justo lo que Travis necesitaba.

Antes de que pudiesen pedir las bebidas, un hombre se colocó junto a ellos en la barra, golpeando con un puño la madera y llamando la atención

con una estruendosa carcajada.

—Aquí está. Sabía que Dos Bates volvería a asomar si le dábamos tiempo. —El hombre echó un vistazo por el bar—. Esta noche hay pocas opciones, pero en cuanto las mujeres se enteren de que estás por aquí, no habrá sitio ni para un alfiler. Todos nos beneficiaremos.

Que glorificara su sórdido pasado no le sentó bien. A lo largo del último año, lo habían trasladado a Chicago, San Diego y Miami. Durante las noches de fiesta, o incluso en entornos profesionales, los hombres se le acercaban y le pedían detalles de sus hazañas. Travis les daba el gusto sin ofrecerles información real. La vieja costumbre de no mencionar el nombre de las mujeres a las que besaba por deferencia. Pero incluso eso le parecía mal a esas alturas. Ya no estaba dispuesto a hacerlo. Además, el recuerdo de su reputación le molestaba más de lo habitual esa noche, con Stephen al lado, el hombre cuya hermana pequeña se había quedado dormida en su cama la semana anterior.

Miró al hombre con una sonrisa distraída, esperando que captara la indirecta y se fuera a la mierda.

—Muy bien, colega. Los chicos me dijeron que no habías levantado ni una falda desde que volviste a casa, y yo les dije… —Hizo una pausa para beber un trago de cerveza—. Les dije que seguramente habías estado frecuentando Manhattan para encontrar buena calidad y…

—Muy bien, amigo, hasta aquí hemos llegado. —Travis se bajó del taburete, evitando mirar a Stephen a los ojos—. Pídeme una cerveza. Voy a hacer una llamada.

Stephen estaba mirando con asco a ese idiota.

—Claro.

En realidad, no tenía que llamar a nadie. Pero necesitaba un poco de aire. El salitre y la humedad llenaron sus pulmones cuando salió por la puerta trasera del bar. El viento soplaba desde el mar y le agitaba el pelo. Por suerte, el callejón trasero del Grumpy Tom's estaba vacío, así que pudo disfrutar de un minuto a solas. Se sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros para comprobar la hora, y se sorprendió al descubrir una llamada perdida de su representante.

La esperanza hizo que enderezase la espalda antes de poder evitarlo. ¿Era posible que se hubiera abierto un puesto de parador en corto y que hubieran pensado en él? Hacía semanas que habían agotado todas las

opciones, y su representante le había dicho que volver a la liga profesional era imposible. Pero ¿y si hubiera cambiado algo? ¿Tal vez una oferta en el extranjero?

Pulsó el botón para devolver la llamada y se llevó el teléfono a la oreja mientras empezaba a andar en círculos.

Su representante contestó al segundo tono.

—Ford, colega.

—Donny. —Intentó librarse de la esperanza, pero no lo consiguió—. ¿Qué pasa?

—Antes de nada, no es lo que piensas. Lo siento. Las cosas siguen igual —lo oyó decir por encima de los fuertes latidos de su corazón—. Pero creo haber encontrado algo mejor.

Travis se apretó el puente de la nariz con la palma de la mano.

—¿Mejor que jugar al béisbol?

—Joder, sí. ¿Tengo que recordarte lo de los baños de hielo, la fatiga de la carretera y las inyecciones de B12 en el culo? Lo sé, lo sé. Me vas a decir que eso te parece el paraíso, pero ¿y si te dijera que puedes sentarte en un palco del estadio con aire acondicionado y ejercer de comentarista trajeado?

La idea lo pilló tan desprevenido que solo acertó a menear la cabeza.

—¿Cómo?

—Los Bombers de Nueva York están buscando una nueva voz. Un hombre joven y guapo. Tienen una pequeña lista de candidatos, y tú estás en ella. —Oyó a su representante teclear de fondo en el ordenador—. El sueldo lleva seis ceros y solo tendrás que trabajar en los partidos jugados en casa. Televisión nacional. ¿Quién sabe adónde puede conducir? A ver, es lo más parecido a estar en el campo. Estarás en el estadio, hablando del deporte que tanto te gusta. ¿Qué te parece?

Travis se descubrió pensando en la vieja casa de estilo colonial con las contraventanas desvencijadas. En los ecos de las voces del pasado en la cocina, en la sensación de las toscas tablas de madera del porche bajo él. En el hombre que le había dicho que al final volvería arrastrándose como un fracasado. Tal vez no había conseguido el tipo de carrera que había soñado, pero ¿eso? Eso podría ser una tabla de salvación. Nunca se le había ocurrido acabar de comentarista. Pero en ese momento le parecía algo brillante y reluciente que le ofrecía de nuevo la oportunidad de demostrar su valía.

—Has dicho que estoy en una lista. ¿Cómo llego a lo más alto?

Donny suspiró.

—Ya sabes cómo funciona esto. Siempre hay un «pero», amigo mío. —Su representante dejó de teclear y, seguramente, adoptó esa pose tan suya de «Voy a decirte las cosas claras»—. Estamos hablando de una cadena de televisión. Quieren una imagen decente. Quieren a alguien que no aparezca con resaca y con unas bragas colgando del bolsillo.

—Eso solo ocurrió una vez.

—En un acto benéfico de un hospital infantil.

Una punzada de arrepentimiento lo llevó a cerrar los ojos. Esa fue una de las numerosas ocasiones en las que había estado a la altura de su reputación de Dos Bates.

—Ya no soy ese hombre.

—No lo eres ahora. Porque estás de bajón. Pero la cabra siempre tira al monte. —Se produjo un silencio calculado—. Solo tenemos que hacerlos creer que has cambiado de verdad.

Travis negó con la cabeza.

—¿Cómo se supone que voy a conseguirlo?

—Estoy intentando conseguirte una invitación para cenar con el presidente de la cadena. Puede que tarde un par de semanas. Pasa desapercibido hasta entonces. O, mejor aún, sienta la cabeza y sácate de la manga un hijo o dos.

—Ni aunque los Bombers me ofrecieran un contrato de diez años, Donny.

Su representante soltó una carcajada.

—Valía la pena intentarlo. Y ahora ya en serio. Encuentra la manera de demostrar cierta estabilidad en tu vida y estarás cerca de conseguirlo. La cámara te adora. La gente lo sabe. —Se oyó otro teléfono sonando de fondo—. Tengo que atender esa llamada. Te mantendré informado sobre la invitación a cenar.

—De acuerdo, adiós.

Regresó al interior del bar sintiéndose un poco como un sonámbulo. Era demasiado pronto para hablar con Stephen y Dominic sobre el posible trabajo de comentarista. No quería gafar la oportunidad que se le había presentado, así que se sentó de nuevo en su taburete y se hizo con la cerveza, contento de ver que su indeseado invitado había vuelto a su lado de la barra. Debería tener la mente trabajando a toda máquina con las posibilidades de conseguir un trabajo relacionado con el béisbol, una opción

que había descartado hacía ya más de un mes. En cambio, tenía otra cosa en el subconsciente que lo distraía. Como si se hubiera presentado a un partido sin su guante favorito.

—Oye, ¿qué día es?

—Martes —respondió Dominic.

«¡Joder!».

Los escasos sorbos de cerveza que había bebido se le agriaron en el estómago.

Había olvidado la cita de la chimenea.

Se sacó el móvil del bolsillo, dispuesto a pedirle a Stephen el número de Georgie para poder llamarla y quedar otro día, pero se detuvo.

«Recapitulemos. Estás a punto de pedirle a tu mejor amigo el número de teléfono de su hermana pequeña. ¿Te has vuelto loco o qué, joder?».

Sí, se había vuelto loco. Para empezar, no deberían haber pasado tiempo juntos. Eso era exactamente lo que necesitaba: una llamada de atención. Si Stephen se enteraba de que se habían visto, le daría una paliza. Y bien merecida, además. Ya se disculparía por haber faltado a la cita la próxima vez que ella apareciera para molestarlo. Y luego la mandaría a tomar viento fresco. En esa ocasión, para siempre. Sin embargo, cuando devolvió el móvil al bolsillo, la culpa y el malestar se negaron a desaparecer.

6

Georgie se apretó los cordones de la capucha al entrar en el palacio de la tortura, también conocido como Dale Fuerte al Fitness. Ya había estado en ese lugar una vez para una clase de introducción al yoga, y en aquella ocasión también por culpa de su cuñada. Al parecer, Kristin no podía dejar de obtener certificados. Yoga. Zumba. Asesora de vida. A ver…, un poco de seriedad. Ya podía decidirse por algo. En el continuo empeño de su hermano por hacer feliz (tan feliz como una perdiz) a su mujer, les había exigido a sus hermanas que hicieran acto de presencia en la primera clase oficial de Kristin como instructora de Zumba. ¡Y el momento no podía ser peor!

Se registró en la recepción y recorrió el pasillo, deseando haber tenido la suerte de contraer la malaria. Una enfermedad infecciosa era la única forma de que Stephen la dejase tranquila, aunque seguramente se ofendería por su no asistencia. La familia Castle se regía por un estricto conjunto de reglas tácitas que nunca debían cuestionarse. Una: su madre era una santa y había que tratarla como tal y obedecerla en todo, no fuera a ser que el cielo se viniera abajo. Dos: en ausencia de su madre, Stephen era el heredero al trono. Así había sido desde que ella era pequeña, y aunque le pareciera una tontería, seguir sus directrices era algo tan arraigado como la música de *Bob's Burgers.*

Se detuvo frente a la oscura y vacía sala de aeróbic, preguntándose si se había confundido de día. No, no. Definitivamente era martes. El día que se suponía que Travis iría a ayudarla a hacer realidad sus sueños para la chimenea.

La opresión que sentía en el pecho había ido empeorando desde la tarde. A esas alturas, tenía la impresión de que le estaban estrujando el corazón

con unos alicates.

«¡Por Dios, qué tonta soy!».

Se había dejado el pelo suelto y todo. Había preparado una tabla de quesos. Había limpiado.

Solo de pensarlo le daban ganas de morirse.

Encendió la luz de la sala de aeróbic dándole rienda a la necesidad de mantenerse en movimiento, arrojó el macuto cerca de las colchonetas apiladas y se dejó caer con las piernas cruzadas en el centro de la sala. Tal vez la sesión de Zumba le fuera bien. A lo mejor se le pasaba la vergüenza sudando.

Giró la cabeza y, al verse en la pared de espejo, se sobresaltó porque descubrió a una chica con los ojos hinchados por las lágrimas. A una chica que se había pasado una hora llorando por un hombre que la consideraba una hermana pequeña y una tonta, como todos los demás.

Había guardado en un cajón su título de graduada en Administración y Dirección de Empresas y se había convertido en payaso por una razón: hacer reír a la gente y repartir alegría la hacía feliz. Sobre todo cuando se trataba de niños. Quizá su condición de hermana menor la hacía empatizar más con los niños pequeños. Siempre les hablaban con desprecio y les reprochaban su inocencia dándoles órdenes, como a ella. Pero dejando de lado la razón de su inusual trayectoria profesional, adoraba a los niños y soñaba con tener los suyos propios algún día. Actuar en fiestas de cumpleaños y *bat mitzvahs* nunca dejaría de ser el mejor momento de su semana.

Le encantaba ejercer de payaso. Sin embargo, no le gustaba que la menospreciaran, algo que de un tiempo a esa parte parecía ocurrir con mayor asiduidad.

La opresión del pecho aumentó justo cuando Bethany entraba en la sala agitando su melena rubia y enseñando sus blanquísimos dientes.

—Pero ¿qué es esto? ¿Solo estamos nosotras dos? —Soltó la mochila negra de Chanel al lado de su antiguo macuto y se dejó caer en el suelo a su lado, donde se estiró con gran elegancia. Con estilo. Así era Bethany—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Estás segura? Pareces más deprimida de lo que merece la situación.

—Ya te he dicho que no me pasa nada. —Separó las piernas en uve y se inclinó hacia delante, disfrutando del doloroso tirón en los isquiotibiales—.

¿La primera en llegar no debería ser la instructora?

—Cambiamos de tema. Tomo nota. —Bethany le clavó un dedo en el costado—. ¿Tienes la regla?

—No.

—Yo tampoco.

—¿A qué viene eso?

Bethany se encogió de hombros.

—Solo estoy hablando de temas aleatorios hasta que me digas qué te pasa. Te has secado el pelo con el secador, y sé que no es para esta gilipollez. —Su hermana se inclinó hacia delante para poder mirarla a la cara—. Dímelo.

—¡Travis no ha aparecido hoy para la reforma de mi chimenea! —explotó al tiempo que se presionaba con los dedos ese lugar del pecho donde le dolía—. No sé por qué esperaba que se acordara. Tampoco es que fuera cuestión de vida o muerte. Pero se acordó del *brunch* al contrario que todos los demás y pensé que...

—Espera. Espera, espera. Retrocede. ¿Qué Travis? ¿¡Travis Ford!? —Bethany la miró de arriba abajo dos veces de forma exagerada—. ¿Qué le pasa a tu chimenea y por qué ese imbécil mujeriego va a acercarse a ella?

—Quiero renovar la chimenea, y no lo llames así.

—¿Por qué no? Tú no fuiste al instituto con él, Georgie. Se cepilló a la mitad de la clase de último curso. Antes de los exámenes parciales. Lo que pasó después de la graduación lo sabe todo el mundo. Dejó bien claro que merecía el título de mujeriego. —La relación de amor-odio de Bethany con los hombres siempre salía a relucir, pero en ese momento parecía que el odio ganaba la partida después de su reciente ruptura sentimental—. Es el ejemplo de todos los imbéciles. Lo sé porque, básicamente, he salido con todos los que aspiran a ser como él. Y ahora que ha vuelto al pueblo las cosas empeorarán. —Tras calmarse un poco, inclinó la cabeza hacia Georgie—. Pero estoy divagando. Por favor, dime por qué estás confraternizando con Travis Ford.

Era bastante posible que por la mañana se arrepintiera de haberse desahogado con su agresiva y valiente hermana, pero en ese momento le resultaba imposible contener la humillación.

—Estoy enamorada de él desde que tengo uso de razón. Obviamente, es imposible que se interese por mí de esa manera. No soy una boba, pero

parecía que necesitaba un amigo y yo también lo necesito. Nos hemos visto un par de veces. —Miró a su hermana con cara de «Como digas algo te mato»—. No pasó nada, así que, por favor, no le cuentes nada de esto a Stephen.

—Sabía que ibas a decir eso. —Bethany se golpeó las rodillas con los dedos—. Pero, a ver..., Travis no debería acercarse a ti en absoluto. A Stephen le explotaría el cerebro.

—Todo el mundo parece pensar lo mismo.

—¿Esto es...? ¿Es la clase de Zumba? —preguntó una voz suave y titubeante desde la puerta.

Allí estaba Rosie, la mujer de Dominic, para sellar por completo su vergüenza. Sobre todo si la comparaban con su serena y deslumbrante belleza. Esa luz tan fuerte resaltaba su palidez, mientras que Rosie, que trabajaba en la perfumería de unos grandes almacenes, tenía un tono de piel dorado y precioso. Ni siquiera llevaba un sujetador deportivo, solo uno de esos tops de tirantes finitos con sujetador incorporado que ella nunca se había atrevido a ponerse. A Rosie le quedaba de maravilla, pero parecía un poco cohibida al verlas, como de costumbre. Seguramente porque su marido era un empleado de la empresa familiar. En el pícnic anual de Brick y Morty, estuvo hablando un rato con ella (a esas alturas todo el mundo estaba al tanto de los rumores de que su matrimonio hacía aguas), pero nunca habían mantenido una conversación en profundidad. Siempre lo había lamentado. Sobre todo porque Rosie parecía carecer de amigas cercanas como le pasaba a ella.

—Bueno, pues entonces... —Rosie se colocó un mechón de pelo negro detrás de una oreja y retrocedió hacia el pasillo, con los hombros encorvados—. Esperaré aquí fuera sin problema.

—No —dijo Georgie mientras intentaba con desesperación enjugarse las lágrimas con las mangas de la sudadera—. Entra, Rosie. ¿Nos has oído hablar?

Rosie entró en la sala, incómoda a juzgar por sus movimientos, y se sentó despacio sobre el montón de esterillas.

—Un poco.

—Lo has oído todo, ¿verdad?

Distraída por la recién llegada, Georgie tardó un momento en darse cuenta de que Bethany no había dicho nada. Volvió a mirar a su hermana y

descubrió que tenía el ceño fruncido.

—¿Por eso querías ayuda para elegir ropa? Parece que esperas algo más que una amistad. —Bethany cambió de postura—. Deberías haberme dicho la verdad.

—Tampoco es que tú y yo seamos confidentes.

Ni en un millón de años habría esperado que su hermana pareciera tan dolida. Bethany iba por la vida de punta en blanco. Su función en Brick y Morty consistía en redefinir los espacios que luego decoraba, y el producto final siempre dejaba boquiabiertos a los posibles compradores. Libros apilados por color. Elegantes lámparas de techo. Un cuenco de cruasanes con mantequilla y un jarrón de flores frescas sobre la mesa para que la gente se sintiera como en casa. Su hermana era infalible, salvo en lo tocante a los hombres. Sin embargo, bajo el resplandor infernal de las lámparas de la sala de aeróbic, Bethany parecía haberse quedado muda.

—Georgie, siempre te lo tomas todo a broma. A veces, es difícil saber si de verdad estás molesta o si estás siendo sarcástica. Pero soy tu hermana —añadió con voz un tanto titubeante—. Se supone que debes hablar conmigo de estas cosas, sobre todo si se trata de un amor no correspondido, pero de todo lo demás también.

Georgie sintió que se le abría un boquete en el estómago.

—Lo siento. Pero tú no me hablas precisamente de tus chascos con los hombres. Tengo que enterarme por mamá.

Bethany la miró en silencio antes de decir:

—Porque me da vergüenza. Todos los hombres con los que salgo me engañan o no pueden comprometerse. O ya están demasiado comprometidos con su madre. O con la PlayStation. Aunque sea yo quien los deje, siento su rechazo. No es algo de lo que me apetezca hablar, sinceramente.

—Me encantaría que me hablaras de esas cosas que te dan vergüenza. —Agitó una mano en el aire al ver que Bethany arqueaba una ceja rubia—. Tú ya me entiendes.

Su hermana se mordió el labio, con actitud pensativa. Tras ponerle una mano en el brazo, se inclinó hacia un lado y le dijo a Rosie:

—Rosie, si ya te has cansado de estar ahí hundida sobre las esterillas, puedes acercarte a nosotras. Georgie solo muerde si te llevas la última loncha de beicon.

—Tenía cuatro años —protestó ella—. Olvídalo ya.

Rosie se movió de forma tan silenciosa que Georgie no supo que había decidido acercarse hasta que se dejó caer cerca con las piernas cruzadas, enfrente de ellas.

—Es que me parece que es un momento privado… —se excusó la recién llegada.

Bethany le restó importancia con un gesto de una mano.

—¡Anda ya! Las tres tenemos problemas con los hombres. No es un secreto.

El intenso tono de la piel de Rosie adquirió un tinte rosado.

—¿No lo es?

—Pues no —murmuró Georgie, que miró a su hermana—. No lo es, pero nadie te va a obligar a admitirlo. Hemos venido a hacer Zumba, no a una terapia de grupo.

—Es cierto. —Rosie clavó la mirada en el suelo, pero le temblaban los dedos, que tenía unidos sobre el regazo—. Estoy casada con un hombre al que no reconozco. Dormimos en la misma cama (cuando no se queda dormido en el sofá) y es como si fuera un desconocido.

Bethany y Georgie intercambiaron una mirada de sorpresa. Rosie acostumbraba a mantener las distancias cuando estaban en grupo. O, en honor a la verdad, los Castle nunca se callaban lo suficiente para que alguien pudiese meter baza en la conversación. Pero esa confesión de Rosie era, como poco, inusual.

—Siento que te enfrentes a eso —dijo Bethany—. ¿Discutís mucho?

Rosie soltó una carcajada y luego se tapó la boca con una mano para detener el sonido.

—Apenas me habla desde que volvió de Afganistán —murmuró al tiempo que bajaba la mano—. Es difícil encontrar cosas sobre las que discutir con todo ese silencio. Casi siempre nos evitamos. Es más fácil así.

—¿Más fácil que qué? —preguntó Georgie.

—Que descubrir que se ha acabado, supongo. —Rosie cambió de postura de repente, como si fuera consciente del lugar donde se encontraba—. No pretendía convertirme en la protagonista de este momento.

—Protagonistas somos todas —replicó Bethany despacio. Mientras Rosie hablaba, Georgie se había dado cuenta del nerviosismo cada vez más evidente de su hermana. En ese momento parecía estar a punto de dar

brincos—. Señoras, vaya cuadro. —Bethany se levantó de un salto y señaló con un dedo a Rosie y Georgie—. Tres mujeres inteligentes y trabajadoras, de capa caída en el suelo por un único motivo: los hombres. Nos han fallado. Pero estoy segurísima de que, en su opinión, la culpa es nuestra. Vamos, que no veo yo a Travis, a Dominic y al rebaño de mis ex sentados de bajón y preguntándose de qué manera han metido la pata. ¡Qué va! Estarán bebiendo cervezas y consolándose con YouPorn.

Georgie levantó una mano.

—Para ser justas, ese es mi método de consuelo favorito —replicó Georgie, y Rosie se llevó una mano a la boca para ocultar una mezcla de bufido y carcajada—. ¿Adónde quieres ir a parar, ¡oh!, sabia anciana? —siguió, dirigiéndose a su hermana.

—Lo que quiero decir es que… —Bethany se puso de rodillas y las tomó a cada una de un hombro—. ¡A la mierda… con ellos! Deberíamos salir a beber cervezas y pasar de sus sentimientos. Deberíamos ser nosotras las que decidiéramos lo que queremos en nuestras relaciones, de amistad o de otro tipo. No esperar a que esos imbéciles espabilen y se enteren de lo que tienen delante.

Georgie estaba preparada para reírse cuando Bethany comenzó su apasionada diatriba. Sin embargo, no podía negar que, después de oírla, sentía una especie de agotamiento. Como si hubiera corrido mucho y muy rápido, y hubiera acabado allí sentada. La sonrisa irónica había desaparecido de sus labios. Bethany tenía razón. Mientras ella lloraba y se consolaba con una infusión esa tarde, ordenando hecha una furia el maquillaje de payaso, Travis ni se habría acordado de ella. ¿Qué sentido tenía toda esa tristeza? No cambiaría el curso de la historia ni haría mella en su cerebro masculino. No tenía ningún sentido.

Travis no le debía nada. En el fondo, lo sabía. Pero que hubiera faltado a su cita solo era otra decepción en una larga lista con la que había aprendido a vivir. De su familia. De sus amigas, que se habían mudado y empezaban a llamarla cada vez menos. Del bajón del negocio. Había permitido todo eso por temor a comprobar que solo era la última e insignificante persona en la línea de sucesión al trono.

—Vamos a ponerle fin a esto, pero ya —añadió Bethany—. Aquí mismo, ahora mismo. Vamos a liberarnos de una puta vez. No solo de asistir a una clase de Zumba obligadas por los hermanos, sino de los hombres que nos

hunden en la miseria. Vamos a empezar a tomar decisiones que no nos provoquen estos bajones. —Meneó las cejas mientras hacía una pausa dramática—. Ha llegado el momento de que nos pongamos las pilas, señoras. Porque, mirad a vuestro alrededor: estamos solas. Estamos más solas con ellos en nuestras vidas que estando solas de verdad.

—Mejor solas que mal acompañadas, ya que estamos. Podemos hacer cosas que nos hagan felices —repuso Georgie, asintiendo con la cabeza—. Nadie va a hacerlo por nosotras.

—Sí. —Su hermana soltó el aire despacio, le dio un apretón en el brazo, y luego hizo lo mismo con Rosie—. Un club. Propongo crear un club de mujeres, del que seamos las fundadoras, joder. Todas queremos cosas. Vamos a conseguirlas juntas.

—No puedo… —dijo Rosie, que meneó la cabeza—. Estoy de acuerdo con todo lo que dices, pero yo no estoy en la misma situación. Dominic es mi marido.

—Tienes razón. Tu situación es diferente. —Bethany se agachó delante de Rosie y sonrió—. Pero puedes formar parte del dichoso club. Seguro que tienes algo en mente que quieres hacer, Ro.

Rosie tardó un momento en hablar, pero su pecho empezó a subir y bajar más rápido.

—Siempre he querido tener mi propio restaurante. Argentino. Lo soy por la rama materna de mi familia. —Soltó una carcajada—. Nunca se lo he dicho a nadie más que a Dominic, y hace años que no hablamos del tema. Es como si lo hubiera olvidado.

—Pero tú no lo has olvidado —señaló Georgie.

—No. Pienso en eso todos los días.

Aunque no eran amigas íntimas, Georgie no pudo contenerse y se acercó a ella para tomarla de la mano, un gesto que Rosie aceptó encantada. No sabía mucho su pasado, pero recordaba a la mujer menuda a la que Rosie acompañaba por el pueblo y a su padre, un hombre negro llamado Maurice que regentaba un taller mecánico. También había fallecido. Bethany tomó la mano libre de Rosie, y las tres quedaron unidas, allí sentadas en el suelo.

—¿Y tú, Bethany? —preguntó Rosie—. ¿Qué quieres?

—¿Yo? Voy a renunciar a los hombres. Punto. Es la última vez que me dejan tirada. —Meneó esas cejas rubias—. Quiero derribar algo con una maza.

El comentario le arrancó una carcajada a Georgie.

—¿Qué?

Bethany suspiró.

—Estoy cansada de hacer cosas bonitas. Hace tiempo que estoy harta, la verdad, pero nuestro hermano no me deja poner un pie en una obra hasta que la casa está lista para amueblarse. —Chasqueó los dientes como si tuviera delante a Stephen—. Nos hicimos cargo juntos de la empresa de papá. Llevo el mismo tiempo que él dedicándome a esto. Quiero mis propios proyectos. Si Stephen no me los da, encontraré otra forma de conseguirlos.

Georgie negó con la cabeza.

—No tenía ni idea. Creía que te gustaba amueblar y decorar las casas.

—Hay muchas cosas que no sabemos la una de la otra. Vamos a solucionarlo —le dijo su hermana en voz baja—. ¿Puedes perdonarme por no haberte prestado atención?

—Sí —consiguió decir Georgie, mientras la esperanza aleteaba en su pecho—. Si pude perdonarte que te cargaras la ropa que luego iba a heredar yo experimentando con los tintes, puedo perdonarte cualquier cosa.

Bethany se echó a reír.

—Estupendo. —Intercambiaron una sonrisa—. Y me encanta el interiorismo y la decoración, pero quiero más. Quiero mirar una casa y conocer su estructura, sus huesos. Si quiero llegar a ese punto, tendré que construirlas yo misma. —Le dio un empujoncito a Georgie con la rodilla—. ¿Y tú, hermanita? ¿Cuál es tu gran sueño?

La hora de la verdad.

—Me gusta hacer de payaso. —Se encogió de hombros y permitió que sus ideas se transformaran en palabras. En posibilidades. Algo que nunca había hecho, salvo para garabatear y dibujar en un cuaderno, pero que no se atrevía a expresar en voz alta por si alguien le decía que era demasiado joven o demasiado ingenua. O simplemente pasaba de ella por completo—. Pero acabo rechazando la mitad de las llamadas. O ya tengo el día reservado o también buscan alguien que trabaje con globos. Y que haga paseos en poni. Si quiero que me sigan contratando, o si quiero trabajar fuera de Port Jeff, tengo que expandirme. Convertir mi negocio unipersonal en una empresa de animación en toda regla.

Bethany le dio un apretón en la mano.

—¿Qué te lo impide?

«Nadie me toma en serio. Me daba miedo que todos se rieran», pensó.

—Nada, supongo —dijo, en cambio. Esa noche ya había avanzado más de lo que creía posible—. Bueno, ¿cuándo es nuestra primera reunión?

—Lo mejor es no perder velocidad. —Bethany pareció hojear un calendario en su cabeza—. ¿Qué os parece el viernes por la noche? A las siete en mi casa. Tendré tequila a mano y ya se nos ocurrirá un nombre, en fin, para hacerlo oficial. Pero lo más importante es que encontraremos la forma de alcanzar nuestros objetivos. Solas, pero unidas.

—Solas, pero unidas —susurraron Georgie y Rosie, repitiendo el lema.

Se soltaron las manos enlazadas y las colocaron en el centro del triángulo, unas sobre otras.

—Podría dejar esto para el viernes por la noche, pero soy muy lista y ya he pensado en un nombre —dijo Georgie, mirando a las otras dos integrantes del club con una sonrisa—. La Liga de las Mujeres Extraordinarias a la de tres. Y esperemos que nadie venga a pedirnos explicaciones por infringir derechos de autor.

Rosie y Bethany se rieron y levantaron las manos.

—¡La Liga de las Mujeres Extraordinarias!

—Siento llegar tarde —gritó Kristin, que entró en la estancia a toda prisa.

La cuñada de Georgie y Bethany llegó como una princesa de las primeras películas de Disney, tarareando y reflejando la luz con sus pendientes de diamantes. Irradiaba luz y amabilidad sureña. Hasta que alguien la cabreaba o no se salía con la suya. De ahí que Georgie asistiera a su clase de Zumba, aunque preferiría estar sentada delante de la tele con su tabla de quesos. Si se saltaba la clase, Stephen sufriría las consecuencias, y solo era cuestión de tiempo que dichas consecuencias se extendieran. En una ocasión, rechazó una magdalena que su cuñada acababa de sacar del horno porque contenía ralladura de limón. Y a ella le parecía asqueroso.

Kristin se pasó seis meses añadiéndole ese polvillo amarillo a todo lo que cocinaba.

—Vuestro hermano tiene las manos muy sueltas después de unas cuantas cervezas —dijo Kristin—. No conseguí llegar a la cocina antes de…

Georgie gimió.

—No necesitamos saberlo.

—Muy bien —replicó Kristin con desparpajo mientras conectaba su iPod a un adaptador. Pasó el dedo por la pantalla y empezó a sonar un ritmo

latino—. ¿Quién está preparada para hacer Zumba?

Las tres se pusieron en pie como zombis malhumoradas, pero consiguieron pasar la hora sin tirarse por la ventana a la calle para escapar. De hecho, Georgie incluso se sintió… revitalizada al terminar la clase, algo que no tenía nada que ver con los sugerentes movimientos de cadera. A partir del día siguiente, las cosas iban a cambiar.

¿Lo primero de la lista? Arreglar su dichosa chimenea.

Y, después, a lo mejor hasta se cortaba el pelo como gesto simbólico.

7

Travis contempló el frigorífico vacío y oyó el gruñido de su estómago.

En ese momento, se comería hasta la puta suela de un zapato, pero no le apetecía nada de los menús para llevar que tenía guardados en el cajón. Le dolía admitirlo, pero lo que quería era comida preparada por Georgie. El pastel de carne con chipotle había acabado siendo su favorito, porque había escondido los guisantes debajo del puré de patatas, de modo que las bolitas verdes estaban presentes en cada bocado aunque no pudiera verlas. Como una forma furtiva de obligarlo a comer verduras.

Cerró el frigorífico con el ceño fruncido y se apoyó en él. Habían pasado dos días desde que faltó a la cita de la chimenea, y ella no había vuelto a aparecer. Casi esperaba que irrumpiera en el piso y le lanzara más comida china a la cabeza. En realidad, ¡eso era lo que deseaba cada día que pasaba! Que apareciera enfadada y le tirara encima unos fideos *lo mein*. Era peor preguntarse si había herido sus sentimientos. Y justo por eso quería que lo dejara en paz. A esas alturas estaba mirando la pared en blanco de su dichosa cocina, preocupado por una mujer con quien no debería haberse relacionado en primer lugar.

Su cerebro se vio asaltado por una imagen de Georgie con el delantal manchado mientras abría la puerta y trataba de contener las lágrimas porque nadie había aparecido a su *brunch*. Él había acabado entrando en esa categoría, ¿verdad?

Sintió un nudo en el estómago. La cocina le parecía muy pequeña y oscura de repente.

—¡Mierda! —murmuró, pasándose una mano por el pelo.

Lo más irónico de todo eran las ganas que tenía de contarle a Georgie lo

del posible trabajo de comentarista. Le apetecía muchísimo hablarlo con ella más que con Stephen o con Dominic. ¿A qué cojones venía eso?

Pues porque ella le diría la verdad sin paños calientes. Por eso. Su reacción sería sincera. Y en ese momento de su vida, cuando nada tenía sentido, valoraba muchísimo esa sinceridad. Los entrenadores le habían sonreído a la cara mientras por detrás negociaban para sorprenderlo con un traspaso. Algunos compañeros de equipo le habían dado palmadas en el hombro y le habían dicho que tendría otra oportunidad, cuando sabían perfectamente que no era cierto. Saber con total seguridad que Georgie sería sincera con él… le provocaba el intenso deseo de tenerla delante. Aunque fuera solo un ratito.

Si tuviera su número de teléfono, la habría llamado para quedar y ver lo de la chimenea. Pero no lo tenía. Y no iba a pedirle a Stephen que le pasara el teléfono de su hermana pequeña. No le cabía duda de que su amigo pensaría lo que no era, cuando su interés no iba más allá del hecho de reformarle esa chimenea para la que nadie parecía tener tiempo…. y quizá confiarle cosas que no pensaba contarle a nadie más. ¡Y punto!

—¡Por Dios! Necesitas que te examinen la cabeza —dijo en voz alta mientras se daba media vuelta y abría un armarito en busca de algo que pareciera comestible.

No era un inútil absoluto en la cocina. De niño, había pasado muchos días y muchas noches valiéndose por sí solo. Cuando su padre estaba demasiado deprimido y borracho para cocinar, él se preparaba sus huevos revueltos y sus almuerzos escolares. Sus hamburguesas. Siempre había elegido la comida sin pensar mucho, hasta que leyó un artículo en *Sports Illustrated* que describía la ingesta diaria de proteínas de Sammy Sosa. Carne magra, verduras, pescado, arroz integral. Todo lo que a él le faltaba.

Convencido de que nunca llegaría a nivel profesional sin una buena dieta, empezó a repartir periódicos, solo para poder comprar los alimentos adecuados. Hacía la ruta a pie, ya que sus padres no podían permitirse comprarle una bicicleta, pero se levantaba antes que los demás repartidores y lograba completarla. Después de salir de clase, iba a la tienda y volvía a casa cargando con dos bolsas en los brazos durante casi un kilómetro. Todavía sentía la mirada desdeñosa de su padre desde el arco de la cocina mientras probaba la temperatura de su primer filete de ternera.

«Algún día te darás cuenta de que has perdido el tiempo para nada».

Rodeó la mesa de la cocina mientras tragaba para deshacer el nudo que sentía en la garganta. Sí, el problema no era su falta de mano en la cocina. Salvo por el mes que había estado en el limbo después de que lo despidieran de su último equipo (un mes que había pasado entregado al alcohol y a la comida para llevar), siempre se las había apañado bien. No necesitaba que Georgie le llenara el frigorífico de sabrosos manjares.

Sin embargo, había sido muy agradable abrirlo y saber que alguien se preocupaba por él. Porque nunca antes lo había experimentado. Salvo cuando se hizo amigo de Stephen y los Castle lo invitaban a cenar al menos dos veces por semana. Esas noches eran un regalo caído del cielo cuando se le acababa el dinero del reparto de periódicos, pero durante los últimos años, Vivian Castle empezó a repartirse la tarea con la madre de Dominic. «¿Quién se encarga de darle de comer a Travis esta noche?». Pese a todas sus buenas intenciones, lo habían convertido sin querer en un caso de caridad.

Aunque nada era permanente, las pocas noches en las que había vuelto a casa y sabía que tenía comida preparada en el frigorífico, había sentido que había algo constante en su vida. Algo tangible.

No se dio cuenta de que se había trasladado al dormitorio hasta que empezó a ponerse unos pantalones de deporte. Después eligió una camiseta gris de las Series Mundiales que se dejó por fuera del pantalón y volvió a colocarse las botas de trabajo. Mientras intentaba librarse del incómodo temor que lo invadía, se hizo con las herramientas y con un bloc de notas que había dejado cerca de la puerta y salió en dirección a la camioneta. Solo tardaría diez minutos en medir la chimenea de Georgie y luego podría volver a disfrutar de su noche a solas.

Dobló la esquina de la calle de Georgie y vio la casita de ladrillo de una sola planta al final de la calle sin salida. El sol poniente la bañaba con un resplandor rosado. No sabía cuánto dinero ganaba Georgie con sus fiestas infantiles, pero la influencia del apellido Castle seguro que la había ayudado a conseguir la casa por una ganga. No era la más bonita de la manzana, pero sí la más colorida. Había flores rojas, blancas y amarillas plantadas a lo largo del camino de entrada. En vez del típico aspersor, una rana gigante giraba en el centro del césped. Unas chanclas descansaban olvidadas en el porche, iluminadas por el resplandor de la lámpara. Una casa acogedora. Rebosante de carácter, como su dueña. Algún día, un grupo de niños jugaría al pilla-pilla en el patio.

Sin embargo, lo más probable era que eso no sucediese hasta dentro de unos diez años. Por lo menos, ¿verdad?

Un bocinazo lo sobresaltó y se descubrió parado en medio de la calle. Intentando averiguar por qué había pasado de estar famélico a tener cero apetito, siguió hacia delante y dejó que el vecino pasara y girara hacia su propia entrada. Sin embargo, se sorprendió al encontrar otra camioneta aparcada en el lugar donde él pensaba aparcar la suya, enfrente de la casa de Georgie, tal como había hecho el día del *brunch*. Una camioneta igual que la suya.

¿De quién sería? ¿De algún hombre?

¿De Dale?

Empezó a latirle el pulso con fuerza en la base del cuello, pero no sabía por qué. Georgie debía de tener amigas. Chicas con las que había ido al colegio y que aún vivían en el pueblo. La camioneta seguramente fuera de una de ellas. Con la caja de herramientas en la mano, pasó por detrás del vehículo, momento en el que vio una pegatina en el parachoques que rezaba: «PREFERIRÍA ESTAR PESCANDO PERCAS», y se detuvo. De acuerdo, no parecía que fuera de una chica.

Georgie no tenía novio; se había lamentado de ello en su cara. ¿Habría conocido a alguien desde entonces? ¿No debería pasar por algún tipo de proceso de investigación cualquier hombre que entrara en su vida? Llegó a la puerta y se rio al darse cuenta de que se estaba preparando y había cuadrado los hombros. ¿Para qué? ¿Se podía saber por qué le importaba que Georgie estuviera escondiendo guisantes debajo del puré de patatas para otra persona?

Culpó a la humedad de que el sudor empezara a cubrirle el nacimiento del pelo.

Georgie abrió a la puerta, pero con un aspecto un poco diferente. En plan de que no parecía la misma. En plan de que la coleta despeinada que se pasaba por detrás del hueco de la gorra había desaparecido. Llevaba el pelo ondulado, de color chocolate y le llegaba justo a los hombros. Y lo llevaba suelto. Se había soltado el pelo. ¿Se lo había cortado además? Por delante sí, porque le llegaba por encima de los ojos. Flequillo. Se llamaba «flequillo» y dejaba a la vista esos ojos verdes, al contrario de lo que sucedía con la gorra, que siempre los ocultaba. No, esos ojos estaban al descubierto, grandes e interrogantes.

Aunque había algo más. El entorno era más suave y una luz cálida la cubría de pies a cabeza. Estaba descalza y llevaba una taza de té en la mano. Además del flequillo. Y unos pantalones cortos vaqueros deshilachados con los bolsillos asomando por el bajo. Esa no era la cría del peto ancho ni la estresada cocinera de los sábados por la mañana con harina en el pelo. Era una mujer relajada que estaba muy buena (lo mejor era reconocerlo, la verdad), de pie en el vano de la puerta de su propia casa.

—¿Travis? —Agitó una mano delante de su cara—. ¿Te has dado algún golpe en la cabeza o algo? ¿Llamo al médico?

«¿Qué te pasa?», pensó y salió del trance.

—He venido a ver la chimenea.

La vio beber un buen sorbo de té.

—No hace falta.

Joder. Estaba muy cabreada.

—Se me olvidó. Soy humano. ¿De quién es esa camioneta? —preguntó, señalándola con un hombro—. ¿Es de Dale?

¿Era producto de su imaginación o acababa de ponerse colorada?

—No, Dale está… de vacaciones. Es de Pete. El chico que me va a hacer la reforma de la chimenea.

Eso sí que lo dejó como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. Durante unos segundos, incluso dejó de respirar. Seguramente la había escuchado mal.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No —respondió ella, que hizo ademán de entrar y cerrar la puerta de nuevo—. Te has librado de esta. Pero tengo que volver…

Se sorprendió a sí mismo metiendo la bota en la rendija de la puerta.

—Te dije que lo haría yo.

—Y yo te acabo de decir que ya no te necesito.

No podía explicar por qué era tan imperativo que fuera él quien le reformara la puta chimenea, pero lo era. Imperativo de cojones. Un pescador llamado Pete no iba a tocar esa monstruosidad de ladrillo cuando él era perfectamente capaz de hacer el trabajo. La idea de defraudarla lo inquietaba, pero eso era lo que había hecho. De acuerdo. Muy bien. Podía admitir que esa chica había hecho lo imposible por sacarlo de la cama y que regresara al mundo. Lo había hecho reír. Le había llenado el frigorífico. Y como no le permitiera demostrarle lo agradecido que se sentía, se iba a

cabrear muchísimo.

Admitir para su fuero interno que Georgie era la responsable de que hubiera regresado al mundo de los vivos le provocó una especie de desesperación. Sin pararse a pensar, se lanzó a poner en práctica la mala idea que se le había ocurrido: tiró de Georgie para abrazarla y frunció el ceño al ver que ella ni siquiera se molestaba en rodearlo con el brazo libre. Frunció el ceño al comprobar que encajaba perfectamente contra él. En resumen, que frunció muchísimo el ceño.

—Oye. —Le plantó un beso en la coronilla—. Lo siento, ¿sabes? Debería haber venido antes.

Georgie siguió en silencio, así que la estrechó con más fuerza y se percató de que olía como a melocotón ahumado. ¿Era así como olía siempre o eso también era nuevo?

Dudó un segundo antes de colocarle unos mechones de pelo detrás de la oreja izquierda… e intentó pasar por completo de la repentina erección que tenía. ¡Por Dios! ¿Se estaba empalmando por Georgie? ¿¡Por la hermana pequeña de Stephen!? «Relájate», se dijo. Llevaba meses sin mojar. Esa era la única razón por la que le afectaba la cercanía de Georgie. En cualquier otro momento, ese tipo de contacto sería totalmente platónico. Tragó saliva.

—Me… Me gusta tu nuevo corte de pelo.

—Gracias. —Georgie se zafó de sus brazos con la cara como un tomate—. Vete. Ya lo tengo todo solucionado.

Experimentó algo parecido al pánico.

—Lo dices en serio, ¿verdad? No me vas a perdonar que no apareciera el martes.

—Te perdono, pero no voy a aceptar un cheque en blanco. —Retrocedió hacia el interior de la casa—. Si no quieres irte, estupendo, pero mis planes con Pete siguen adelante. —Dicho lo cual, se dio media vuelta y desapareció en el interior de la casa.

Travis la siguió, aturdido por la relevancia que había cobrado la situación, que se le había escapado por completo de las manos. Al entrar en el vestíbulo, lo primero en lo que se fijó fue en el *collage* de fotos que había en la pared, junto al perchero. Georgie sentada en el árbol del patio trasero de los Castle, con esas piernas tan blancas colgando, como si sus recuerdos acabaran de conjurarla. La familia Castle apiñada en torno a un pavo el Día de Acción de Gracias. Georgie en pleno salto, sujetando las llaves de su

nueva casa. Empezó a alejarse, pero algo le llamó la atención. ¿Una foto suya? Sí. Allí estaba él, con el uniforme del equipo de béisbol, sentado en lo alto de las gradas del instituto. Stephen estaba a su lado, pero ni siquiera miraba a la cámara, dejándolo a él como protagonista absoluto.

Entró en el salón con un nudo en la garganta.

Que aumentó de tamaño cuando vio a Pete. Se esperaba a un lugareño de Long Island entrado en años y graciosete. En cambio, se encontró con un hombre más o menos de su edad, enseñándole a Georgie un muestrario mientras se pegaba a su costado. Calvo por elección. Con barba.

—¿Puedo ver su licencia de contratista, por favor?

Georgie estampó un pie en el suelo.

—¡Travis!

—Su familia tiene una empresa de reformas. Conoce al menos a cuatro hombres que podrían hacer este trabajo. —La señaló con la barbilla—. Esto solo ha sido un pequeño acto de rebeldía, pero ya lo ha superado.

Georgie lo miró con la indignación pintada en la cara.

—Yo no trabajo para Brick y Morty. Soy una persona más con casa propia, capaz de encontrar a un albañil que le haga una reforma, y ya he comprobado su licencia, por cierto. —No le gustó ver que se le ponía el cuello tan colorado—. Ni siquiera sabrías que he contratado a una persona si no te hubiera dado por venir. Soy una mujer adulta, Travis. No me rebelo para llamar la atención.

—De acuerdo. ¡Ha quedado claro! —gritó. ¿Había gritado? Sí. Había algo en juego y no alcanzaba a entender de qué se trataba. Solo tenía claro que una semana antes consideraba a esa chica una pesada y, a esas alturas, no le gustaba la idea de dejar de verla. Tampoco le gustaba la idea de dejarla con ese hombre. En absoluto—. ¿Es prudente que estés sola con un desconocido en la casa?

—No es un desconocido. Actué en la fiesta de cumpleaños de su hija.

—¡Ah! —Travis carraspeó—. Estás casado.

Pete meneó la cabeza y levantó un dedo anular sin anillo, como si le dijera: «Lo siento, pringado».

—Soy padre soltero. —Se apoyó el portapapeles en la cadera—. Si fuera mi hija, a mí me preocuparía más dejarla sola con Dos Bates.

Travis sintió que un ácido caliente burbujeaba en su estómago.

—¿Seguro que quieres ir por ahí, amigo mío?

Pete dio un paso hacia él, pero Georgie lo detuvo poniéndole una mano en el brazo. Dado que podría escribir perfectamente una puta guía de cinco tomos sobre sexo, no le costó trabajo reconocer el interés en los ojos de Pete el Calvo cuando Georgie lo tocó.

—¿Te importa dejarnos solos, Travis?

Cruzó los brazos por delante del pecho.

—Estoy bien aquí.

Esos ojos verdes lo miraron con expresión calculadora un segundo antes de que se acercara a él, meneando un índice como si tuviera un secreto. Sin quitarle la vista de encima a Pete, Travis se inclinó para que ella pudiera susurrarle al oído:

—Dale es mi vibrador.

Travis se atragantó. ¿Había oído bien? Su sonrisa ufana le decía que sí. El inocente recuerdo de Georgie tumbada en su cama y murmurando que necesitaba a Dale adquirió un significado totalmente nuevo. Antes de que pudiera detenerse, su mente enferma conjuró esos pantalones cortos deshilachados bajados por los muslos mientras sujetaba en la mano derecha el vibrador que tenía entre los muslos. Con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Un gemidito escapó de la boca de la Georgie de sus sueños… y su propia mano se hizo con el control del juguete.

—Estaré fuera.

Georgie se dejó caer de nuevo sobre los talones, ya que había tenido que ponerse de puntillas.

—Ya me parecía a mí…

Salió de la casa aturdido. ¿Desde cuándo lo aturullaba una mujer que hablara de sexo? En lo referente a los placeres carnales, nada lo perturbaba. Lo había visto, hecho y oído todo. Pero no si se trataba de Georgie. En su mente, ella estaba congelada en el tiempo como una adolescente desgarbada. Y ya no era así, la verdad. Esa imagen que había mantenido de ella durante tanto tiempo empezaba a descongelarse. Con rapidez. En ese momento, era una mujer que… se masturbaba. Una mujer que no esperaba las migajas de la atención que decidieran prestarle su hermano y el mejor amigo de este. Acababa de transmitirle ese mensaje alto y bien claro.

Al cabo de un minuto, se subió a su camioneta y observó a Georgie y a Pete a través de la ventana delantera de la casa. La vio relajarse de nuevo poco a poco después del encontronazo con él y empezar a entusiasmarse con

el diseño, asintiendo y sonriendo mientras Pete señalaba la vieja chimenea de ladrillo. Él conocía bien el lenguaje corporal de un hombre cuando invitaba a salir a una mujer. Pete lo estaba demostrando. A modo de respuesta, Georgie se metió las manos en los bolsillos y, seguramente, tartamudeó una respuesta.

Joder. Aquello no era asunto suyo. Ella no lo quería allí. ¿Por qué no giraba la llave en el contacto y se volvía a casa?

En vez de hacer lo lógico, esperó a que Pete saliera de la casa y se enfrentaron en un duelo de miradas a través del parabrisas delantero. ¿Habría aceptado Georgie salir con él? La cara de póquer del tal Pete no le transmitió nada, salvo sorpresa al ver que todavía seguía allí de pie, o más bien sentado, vigilando la casa.

«Ya somos dos».

8

Como prueba de las elecciones inusuales que tomaba en la vida, ni Bethany ni Rosie pestañearon cuando Georgie entró en su primera reunión de la Liga de las Mujeres Extraordinarias vestida de payaso. No había tenido tiempo de cambiarse ni de lavarse la cara después de la fiesta de cumpleaños de una niña de siete años. Las toallitas para bebés podrían haber sido una solución, pero, la verdad, ese día no le importaba esconderse detrás de la máscara.

Las desgracias nunca llegaban solas, estaba claro.

La fiesta de cumpleaños había empezado bien. Un caos de chillidos estridentes, por supuesto, pero eso era lo normal. Sin embargo, más o menos a la mitad de la fiesta, empezó a sentirse como una niña más. En un momento dado, la anfitriona le dio una palmadita en la cabeza y le entregó un ponche en un vaso desechable. Georgie entendía perfectamente que la hubieran contratado para entretener a los niños, pero de un tiempo a esa parte era mucho más consciente de la separación que existía entre ella y los demás adultos. Mientras los demás se quedaban a un lado bebiendo sangría y recomendándose a sus fontaneros, electricistas y demás manitas de confianza, ella estaba relegada a comer medias porciones de *pizza* en la mesa de los niños. Los padres no lo hacían con mala intención; eran gente muy agradable.

El problema era que la miraban y veían a un payaso. Solo un payaso. No una mujer con un negocio.

Ni siquiera veían a otra adulta.

Justo después de que Travis apareciera el mismo día que Pete había quedado en ir a su casa para ver lo de la chimenea y le clavara un cuchillo donde más le dolía, ni las risas de los niños habían logrado calmar su

atribulada alma.

«Esto solo ha sido un pequeño acto de rebeldía, pero ya lo ha superado».

Georgie se sentó en un taburete al lado de Rosie y rechinó los dientes. No estaba segura de haberse sentido nunca tan indefensa como Travis había logrado que se sintiera, y eso era mucho decir. Había sido una idiota al pensar que podía verla como una amiga. Como una igual. Menos mal que había revelado la verdadera identidad de Dale y así se había ofrecido a sí misma una excusa para evitarlo hasta el día de su muerte. «¡Ay, madre!». ¿De verdad lo había hecho? Se lo había echado en cara, a sabiendas de que Travis preferiría no ver a la hermana pequeña de su mejor amigo como un objeto sexual, confiando en que se sentiría tan incómodo que saldría pitando.

Pensándolo bien, tal vez había revelado el secreto para que se viera obligado a tratarla como una adulta. Una adulta que contrataba por sí misma a la persona que le iba a reformar la chimenea, joder. ¡Qué pena no haber desenmascarado a Dale antes de que la hiciera sentirse del tamaño de un dedal!

—Pareces demasiado deprimida para estar vestida de payaso —comentó Bethany desde el lugar que ocupaba, sentada a la isla de la cocina—. ¿La madre que organizaba la fiesta ha vuelto a repartir pistolas de agua y a colocarte una diana en la espalda?

—No. Y la Gran Empapada de 2017 es un tema tabú.

—Bien —replicó Bethany, mientras se apartaba de la isla para ir al congelador, del que sacó una botella de tequila fría y tres vasos de chupito helados, que dejó sobre la encimera de granito con una floritura—. Iba a proponer que iniciáramos la tradición de empezar las reuniones de la Liga de las Mujeres Extraordinarias con un chupito de Patrón, pero no me di cuenta de que sería tan necesario. Las dos parecéis las solteras que se quedan sin rosa en el programa ese de televisión.

Georgie le echó una mirada a Rosie y se percató de que parecía un poco… congelada. Pese a su elegancia natural, Rosie se estaba abrazando la cintura con los hombros encorvados, algo poco habitual. La única de las tres que parecía animada era Bethany. Sin embargo, eso no era nada nuevo. Su hermana era la personificación de la palabra «optimismo», tanto si hablaba de una ganancia de quinientos dólares en los cupones de rasca y gana como de un exnovio infiel. Ya estuviera alegre o cabreada, jamás perdía el aplomo, mucho menos cuando estaba en su elemento. Y esa elegante y sofisticada

cocina blanca era, sin duda, su elemento.

—Secundo la propuesta del tequila —murmuró Georgie—. Lléname el vaso.

—Pues claro —repuso su hermana, que abrió la botella y sirvió el líquido dorado en los vasos de chupito helados—. De un trago, señoras de la liga. Tenemos mucho que discutir.

Las tres brindaron haciendo chocar los vasos, y cada una reaccionó de una manera al líquido que bajaba por sus gargantas. Bethany sonrió, Georgie hizo una mueca y Rosie tosió.

—Bueno —dijo Rosie con voz ronca—, ¿qué otras tradiciones tenías en mente, Beth?

Georgie sintió el asomo de una sonrisa en los labios.

—Ya lo tienes todo planeado, ¿verdad?

—Solo en términos generales. —Bethany levantó la botella de nuevo y ellas acercaron los vasos sin decir nada—. Empecemos compartiendo una cosa buena y otra mala que nos haya pasado esta semana. Empezaré yo, ya que la brillante idea es mía. —Se echó el pelo rubio hacia atrás—. Una cosa buena: por fin le he dicho a Stephen que quiero dirigir íntegramente la reforma de una casa.

Rosie se acercó a la isla y le dio una palmadita en una mano.

—Bien por ti.

—Lo malo: me ha dicho que no.

Georgie tarareó la típica musiquilla de haber fallado en un juego.

—Estoy segura de que ni siquiera te ha dado una explicación. —Bajó la voz—. Stephen Castle no se rebaja a dar razones.

—Ni una sola, joder. A menos que cuentes los gruñidos cavernícolas.

—Lo siento. —Rosie hizo girar su vaso de chupito sobre la isla—. ¿Y ahora qué?

Bethany se bebió su segundo tequila.

—Ahora me estoy planteando… perseguir mi objetivo lejos del redil de Brick y Morty.

Rosie se quedó boquiabierta, igual que Georgie.

—¿Competir contra el negocio familiar? —Soltó un suspiro—. Todo el mundo sabe que Brick y Morty son los amos del negocio inmobiliario en Port Jeff. Eres una mujer valiente.

—Creo que lo que quieres decir es que está loca —dijo Georgie—. Beth,

¿de verdad estás preparada para mirar a papá a los ojos y ver el impacto de la traición? La empresa lo es todo para él. Para toda la familia. Renunciar o buscar otra línea de trabajo es una cosa, competir es otra.

—Sí, bueno. —Su hermana se encogió de hombros—. Es posible que yo también me sienta traicionada cuando me descartan tan fácilmente. —Se movió sobre los zapatos de tacón—. ¿Me entiendes?

—Sí —se apresuró a contestar Georgie, que sentía algo ardiente retorciéndosele en el pecho—. En realidad, sé exactamente lo que quieres decir. Me han descartado más veces que a un recordatorio de actualización de software.

Bethany guardó silencio un momento.

—Tienes razón. Lo siento.

Georgie temía acabar llorando si ahondaba en esa disculpa, así que lo dejó para hacerlo más adelante.

—Te cubriré las espaldas con papá. Juntas resistiremos la fuerza de la decepción paterna. A ver, que soy un puto payaso, a estas alturas soy prácticamente inmune a la decepción.

Las tres se echaron a reír, y Bethany se sirvió otro trago. El comentario de Georgie sobre la decepción de su padre era una broma a medias. Pero lo cierto era que… nadie le había pedido que formara parte de Brick y Morty. Si quería un puesto en la empresa, le buscarían uno. No le cabía la menor duda. Pero todos los puestos relevantes parecían estar cubiertos. Lo último que quería era que la complacieran inventándose un papel de secretaria glorificado. Su madre se encargaba de la contabilidad; su padre los asesoraba aunque se había jubilado; Stephen se encargaba de las obras en las casas, y Bethany se hacía cargo del interiorismo y la decoración. Si necesitaban un payaso que hiciera malabares en la acera para atraer a posibles compradores, ella era su chica. Sin embargo, de momento era la rara. La hermana pequeña que siempre les había dejado el trabajo importante a los adultos y a los niños grandes, y a ojos de su familia eso no cambiaría nunca.

—Rosie —dijo Georgie, que le dio un golpecito con la rodilla a la única casada del trío—, le toca, señora.

—¿Ya? —El gemido de Rosie se convirtió en una carcajada—. Parezco un disco rayado. No ha cambiado nada. En mi vida no hay cambios. Esta semana no hay nada malo ni bueno.

—Inténtalo —la animó Bethany, apartando los vasos de chupito vacíos

para inclinarse sobre la isla—. Seguro que ha habido algo.

—Mmm… —Rosie cerró los ojos y tomó una honda bocanada de aire—. Lo malo: le eché perfume a un cliente en un ojo durante el primer turno. Se agachó en mal momento y ¡zas! Tuve suerte de que me reconociera de la iglesia o me habrían despedido.

Bethany y Georgie se miraron con una mueca.

—Lo bueno… —Rosie guardó silencio durante unos segundos, al tiempo que se agarraba la falda con fuerza—. He comprado un periódico y he marcado los anuncios de locales vacantes para restaurantes.

—¡Eso es increíble! —exclamó Georgie mientras la zarandeaba con suavidad—. ¿Hay alguno bueno en el pueblo?

—Sí, pero… —Rosie puso los ojos en blanco—. El trabajo que necesita para que llegue a ser lo que imagino es abrumador. Y caro.

—¿Y un contrato de alquiler? —sugirió Bethany.

—No —respondió Rosie, mostrando una determinación rara en ella—. Cuando por fin lo haga, quiero que el lugar sea mío. —Parpadeó varias veces para ocultar la mirada—. Dominic y yo tenemos dinero ahorrado. Él no ha tocado el dinero que ganó cuando estuvo en Afganistán. Y Brick y Morty paga muy bien. —Se alisó la manga—. Mis padres también me dejaron un poco. Teniendo en cuenta que escondí el periódico debajo del colchón para que Dominic no lo viera, estoy muy lejos de comentarle que quiero usar nuestros ahorros.

Georgie frunció el ceño.

—¿Cómo reaccionaría?

Rosie hizo ademán de responder, pero acabó cerrando la boca.

—A estas alturas, ni idea. Creo que tengo miedo de decirle que quiero algo. Cualquier cosa. Porque es posible que todas las demás cosas que quiero… las que echo en falta… salgan a borbotones y será imposible retirarlas. —Miró a Georgie con una súplica silenciosa, como si estuviera alarmada por haber revelado demasiado—. Te toca.

Sus problemas parecían empequeñecer en comparación con los de Rosie. Pero, como siempre, su impulso fue el de aligerar el ambiente como fuera.

—Lo bueno: me han invitado a salir.

Bethany golpeó la isla con las manos.

—¿¡Qué!?

—Gracias por reaccionar como si acabase de decir que voy a participar en

el circuito profesional de golf.

—Cállate. Es que no has salido con un chico desde… ¿Has salido alguna vez con alguien? En fin, lo estoy empeorando por momentos. No importa. —Su hermana se acercó de nuevo los vasos de chupito y volvió a servir tequila —. Danos los detalles.

Cuando intentó recordar al hombre que la había invitado a salir, solo logró ver la cara de Travis. «Olvídalo», se dijo, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Llevaba toda la vida imaginándoselo cada vez que sentía un impulso romántico.

—Se llama Pete. Creo que anda por los treinta y cinco. Padre soltero. Vino a hacerme un presupuesto para arreglar la chimenea.

Bethany silbó por lo bajo.

—La que decía no sé qué de traicionar el negocio familiar…

—Si contratara a Brick y Morty para hacer el trabajo, lo verían como un favor. No quiero favores. Y no quiero lo que Stephen, Dom y Travis creen que es lo mejor, que es exactamente lo que pasaría.

Se bebieron el tercer tequila las tres a la vez.

—En fin. —Georgie se limpió la boca con el dorso de la muñeca y recordó demasiado tarde que todavía llevaba el maquillaje de payaso. Bethany le ofreció una servilleta, y se limpió los restos blancos y rojos de la manga del disfraz, mientras seguía con la historia—. No le he dicho ni que sí ni que no, pero he prometido llamarlo para darle una respuesta. Así que tengo que decir que no, ¿verdad? El objetivo de este club es evitar a los hombres.

—Evitarlos, no. Solo… compartimentarlos. —Bethany hizo un mohín con los labios—. El objetivo de este club es apoyarnos y animarnos mutuamente. Sí, también adoptamos una postura firme contra los hombres de nuestras vidas que son imbéciles y los dejamos atrás si es necesario, pero debemos darles a los hombres nuevos la oportunidad de ser imbéciles antes de rechazarlos.

Georgie la aplaudió con retintín.

—Tiene sentido en cierto modo.

—Dile que sí, Georgie, pero mantente firme en todo momento —le aconsejó su hermana al tiempo que golpeaba la encimera con una uña de punta cuadrada—. A lo mejor si pruebas lo que hay por el mundo, se te pasa la tontería por Travis. Creo que deberías haberlo olvidado hace tiempo.

—Pues sí. —Georgie hizo una mueca—. Hablando de Travis…

Rosie se giró en su taburete.

—¡Oooh!

—Lo malo: Travis apareció con sus herramientas mientras Pete estaba en mi casa y me exigió que le permitiera cumplir su palabra y reformarme la chimenea. Fue un momentazo en más de un sentido.

—¡Por Dios! —Bethany echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. Esto es increíble.

—Me alegro de que lo disfrutes. —Ver que sus dos compañeras se quedaban boquiabiertas hizo que asimilara de golpe la realidad de lo que había hecho—. Lo eché de mi casa.

Su hermana dio una vuelta triunfal alrededor de la cocina.

—¿Hubo enfrentamiento? —quiso saber Rosie, con voz suave y preocupada.

—Sí. Hicieron el bailecito de cortejo del macho alfa de la construcción. Yo arreglo la chimenea. Tú vete a casa. Mira. Un martillo. —Georgie suspiró—. Travis se puso muy raro al verme a solas con Pete...

Bethany se apoyó sobre la isla, con la barbilla en los puños.

—¿Ah, sí?

—No en ese sentido —resopló Georgie—. En serio, a Travis Ford le importa un comino que yo salga con otro. No sé por qué razón, decidió aparecer y hacerme sentir como una niña incompetente. —Tragó saliva con fuerza—. Y ya estoy harta de que la gente me haga sentir así.

El triunfo de su hermana se desvaneció.

—Yo también soy culpable de hacerlo, Georgie. A veces, es difícil pensar en ti como en algo más que mi hermana pequeña —reconoció, y ella asintió con la cabeza—. Voy a esforzarme más, ¿de acuerdo?

Georgie no sabía cómo expresar con palabras lo que significaba que reconocieran esas inseguridades, así que se quedó callada. Hasta que Bethany apareció a su lado y le dio un golpe en la cadera que casi la tiró del taburete.

—Mándale un mensaje a Pete. Hazlo ahora delante de nosotras para que no te acobardes.

—¿Qué...? ¿¡Ahora!?

Bethany levantó una elegante ceja. Rosie también se inclinó cuando Georgie sacó su teléfono y tecleó un breve mensaje de texto. La vibración que notificaba la llegada de la respuesta fue casi inmediata.

—Ya está —dijo—. Hemos quedado para almorzar.

—¡Genial! Ahora cuéntame otra vez cómo echaste a Travis. Habla despacio. No te olvides de nada. —Bethany se rio cuando Rosie y ella la miraron decepcionadas—. Muy bien, tendré que imaginármelo. Y lo haré. Pero, mientras tanto, vamos a hablar de la empresa de animación de Georgie y del restaurante de Rosie…

9

Georgie nunca había pisado la *boutique* local de ropa femenina. Pero desde fuera podía decir que no se parecía en nada a La Segunda Oportunidad de Zelda. Sí, estaba a punto de pasar por la puerta de Tendencias para Brillar por primera vez, algo que no debería parecerle tan desalentador. La mayoría de su ropa consistía en vaqueros usados y jerséis que no quería, pero la ropa era ropa, ¿no?

Aun así, titubeó.

Había llegado el momento de jugar a «¿Qué haría Bethany?».

Su hermana entraría directamente en el probador y diría su talla sin levantar la mirada del teléfono. Le llevarían la ropa al probador, nada de rebuscar entre los percheros siendo Bethany Castle. ¡Ni hablar! Bethany no compraba ropa. Se la vendían.

Para ser justa, ella podía hacer cosas que su hermana era incapaz de hacer. Sabía hacer malabares con cinco naranjas, sacarle a la gente pañuelos de las orejas y, además, tenía la capacidad de lograr que un niño dejara de llorar en menos de cinco segundos. Sus otras habilidades no relacionadas con los payasos incluían hacerse sus propias bombas de baño, la jardinería y recitar diálogos de la clásica película de Tom Hanks *Un, dos, tres... Splash.* Sin embargo, ninguna de ellas le dio el empujón que necesitaba para entrar en la tienda. Aquello debería ser fácil. Incluso había llevado regalos.

Bajó la mirada hacia el café moca con caramelo y sal marina que tenía en la mano derecha, esperando que Tracy la Dependienta, no fuera intolerante a la lactosa. Eso sí que le estropearía la disculpa. Y definitivamente le debía una. La reunión de la Liga de las Mujeres Extraordinarias la había dejado con muy buenas vibraciones. El apoyo de dos mujeres la había sacado de su

pesimismo. Y en ese momento allí estaba, a las puertas de un entorno intimidatorio e hiperfemenino, dispuesta a seguir progresando.

—Voy a contar hasta tres —susurró—. No llegaré al cuatro.

En cuanto terminó de contar, se impulsó hacia la tienda, pero se detuvo en cuanto se dio cuenta de que Tracy la Dependienta la había estado observando desde el otro lado del escaparate todo el tiempo.

—En fin. —Georgie le ofreció el café—. Empezamos fenomenal.

Tracy miró el vaso de café para llevar como si contuviera babosas.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Solo he venido a disculparme. —Giró en círculo, buscando un lugar donde dejar el café, y se decidió por una bonita estantería llena de diademas o pañuelos para el pelo, lo que fuesen, y un montón de ejemplares del último número de la revista *Cosmopolitan* que llevaba la temática sexual en la portada—. Estás en tu derecho a no aceptar mis disculpas. Pero lo que hice estuvo muy feo. No debería haber mentido y haberte puesto en una situación embarazosa. Lo siento.

Tracy ni se inmutó. No movió ni un pelo.

—Vale, pues… es un moca con caramelo y sal marina, y está de muerte. Beberé un sorbo si quieres asegurarte de que no está envenenado.

—No hace falta.

Más silencio.

—Entendido. Me marcho y seguiré con lo mío.

Ni siquiera había llegado a la puerta cuando Tracy la tomó por el codo.

—Espera —le dijo, moviendo los pies con nerviosismo—. No dije en serio lo de que tienes las piernas cortas. —Resopló—. Es que los pantalones que llevas no te favorecen nada. Pero puedo ayudarte con eso. Ya que me has traído mi bebida favorita.

—Está buenísimo, ¿verdad? —susurró Georgie.

—Deberían prohibirlo.

Y así fue como arrastró a Georgie al probador. Sin embargo, aquel no era un probador normal con dos perchas y un taburete. Había un sillón antiguo en un rincón junto a un espejo muy favorecedor y el suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra de color pastel. Y la luz. ¡Por Dios! Ese probador era un filtro de Instagram donde cualquier mujer querría quedarse a vivir. El olor a popurrí de madera flotaba en el ambiente, pero por más que mirara por todos lados, le resultó imposible averiguar dónde estaba el ambientador.

En general, era agradable. Muy agradable. El simple hecho de estar allí hacía que se sintiera importante.

—A ver, guapa —dijo Tracy mientras entraba a través de la pesada cortina de terciopelo cargada con blusas, vestidos, faldas y eso que no sabía bien si eran diademas o pañuelos para el pelo—. ¿Por qué sigues vestida?

El pánico redujo la emoción de Georgie a la mitad.

—No me había dado cuenta de que tendrías que verme desnuda. Llevo la peor ropa interior que hayas visto en la vida.

Tracy suspiró.

—¡Jessica! ¡Bragas!

Y así comenzó la transformación. En el transcurso de la siguiente hora, Georgie se despojó de todas las prendas de vestir que llevaba, incluidas las bragas básicas de algodón, el sujetador deportivo, sus viejas zapatillas Skechers, los vaqueros y la sudadera con capucha. En su lugar, le pusieron un conjunto morado de sujetador y bragas de seda, una falda negra de tubo, una blusa sin mangas de color azul intenso y unas bailarinas plateadas de punta. Según iban añadiéndole prendas al conjunto, enderezaba más la espalda. No podía ser tan fácil, ¿verdad? ¿Dejaban que cualquiera vistiera así de elegante? Estaba… guapa. Estaba estupenda.

—Esto me va a costar mucho, ¿verdad? —preguntó, mientras miraba a la chica del espejo sin reconocerla.

Tracy le quitó una pelusa del hombro.

—No pienses en el dinero. Piensa en cómo te sientes.

—Para ti es fácil decirlo, persona que trabaja a comisión. —Aunque le resultó imposible admitir que… En fin. Ya no parecía tener las piernas cortas. ¿Su cuerpo siempre había tenido esa forma, o el espejo poseía cualidades mágicas y transformadoras? La falda le acentuaba las caderas y se ceñía a su cintura. Además, ¡tenía unas tetas bastante decentes! ¿Quién iba a pensarlo? Definitivamente no se sentaría en la mesa de los niños con ese atuendo. Sin embargo, no podía vestirse así en las fiestas de cumpleaños de los niños—. ¿Dónde voy a ir vestida así?

Tracy gimió.

—¿Por qué creemos que es necesaria una ocasión especial para arreglarse? ¡Arréglate porque estás viva, por favor! —Una vez concluido el exabrupto dramático la miró a través del espejo—. ¿Para la próxima cita que tengas, quizá?

—¡Ah! Pues sí. —Se sintió bien al poder decirlo, aunque no estuviera convencida del todo con Pete.

—En fin, pues ya lo tienes. —Tracy se movió a su alrededor, colocándole y alisándole la ropa—. Combinado con una americana, podrías ponértelo para entrevistas de trabajo, reuniones de empresa… o simplemente para poner celosa a cierta persona.

—¿Como quién?

El resoplido despreocupado de Tracy no resultó convincente.

—Lo ayudaste a fingir que tenía una cita médica. He pensado que a lo mejor es por algo.

—¡Qué va! —se apresuró a corregirla Georgie, que sintió que le ardían las orejas—. No. Solo es un amigo de mi hermano. He quedado con otro.

Una sonrisa lenta y traviesa iluminó el rostro de Tracy.

—¿Ah, sí?

¿Por qué todo el mundo parecía estar al tanto de un gran secreto, salvo ella?

—Pues sí. —Se giró un poco, alarmada al ver lo ajustada que le quedaba la falda en el culo, que parecía una magdalena expuesta en un escaparate, pero podía soportarlo—. Creo que no me he regalado ropa bonita desde hace… nunca. Nunca había hecho esto. —Se llevó una muñeca a la frente con gesto teatral—. Dime los daños y acabemos con esto.

—Todavía no —replicó Tracy mientras le bajaba la cremallera de la falda —. Te quedan muchas cosas por probarte.

—¡Mierda!

Cuando Georgie salió de Tendencias para Brillar, su tarjeta de crédito ya tocaba a rebato. En cada brazo llevaba una bolsa llena de ropa preciosa, muy impropia de ella, mientras caminaba por Main Street con el original atuendo de la falda de tubo. ¿Eran cosas suyas o la gente la miraba? No. Definitivamente, eran cosas suyas, ¿verdad? Sí, conocía a casi todos los habitantes del pueblo y nunca la habían visto con otra cosa que no fuera jerséis enormes y vaqueros de rebajas. Pero al ver que uno de sus clientes habituales pasaba por delante de ella y no la saludaba, se vio obligada a preguntarse si se había vuelto irreconocible. De ser cierto, ¡qué emocionante!

Claro que la gente no tenía por qué arreglarse con ropa cara y bragas de encaje para ser importante. Ni siquiera para sentirse bien. Pero ella llevaba toda la vida enterrada debajo del maquillaje de payaso y de las gangas que

encontraba en los mercadillos, así que esa versión nueva y más expuesta de sí misma hacía que el pulso le latiera más rápido en las muñecas y le provocaba un hormigueo en la espalda. Por primera vez desde que tenía uso de razón… se sentía guapa. Sumado a que acababa de plantarle cara a Travis, sintió que había comenzado una nueva etapa.

Empezando por la cita de ese día para almorzar.

Sin embargo, al girar hacia el aparcamiento municipal, su entusiasmo se atenuó un poco. Pete parecía buena gente. Un hombre tan entregado a su hija como para contratar a un payaso para su fiesta de cumpleaños y grabar las tres horas de fiesta con su GoPro. Sin embargo, cuando se imaginaba sentada delante de un hombre con su ropa nueva, a quien veía era a un mujeriego de ojos azules mirándola fijamente. ¡Joder!

Con la imagen de Travis flotando en la cabeza, tardó un minuto en darse cuenta de que el hombre en cuestión se encontraba a cincuenta metros de distancia, flanqueado por dos mujeres. Llevaba el móvil pegado a la oreja y saltaba a la vista que estaba cerca del límite de aguante, aunque ellas seguían hablando con él de todos modos. O más que hablar con él, simplemente le hablaban. Ella había presenciado esa escena muchas veces en su juventud. Ver que lo estaban adulando fue como recibir una patada en el estómago, más fuerte y desagradable que nunca. Y sí. ¡Mierda! Debía de estar irreconocible, porque al acercarse a Travis, que estaba al lado de la plaza donde ella había dejado el coche, él la vio, apartó la mirada y luego la miró de nuevo.

De repente, bajó el brazo que sujetaba el teléfono.

—¿¡Georgie!?

Sintiéndose como una impostora con la ropa nueva, mientras que las mujeres que rodeaban a Travis parecían comodísimas con sus atuendos, se acercó al coche para abrirlo. ¡No quería ver cómo lo adulaban! Solo quería largarse de allí.

—Hola.

—¿Cómo que hola?

Travis le bloqueó el camino hacia el maletero y le alzó la barbilla con un dedo, reduciendo su universo a ese contacto. Al asomo de barba que se veía en su mentón y al olor a limpio de su loción para después del afeitado. ¡La madre que lo parió!

—¿Quién eres y qué has hecho con Georgie Castle?

—Está aquí en alguna parte. —Georgie se apartó tragando saliva, pero el calor de ese dedo quedó impreso en su piel. Con Travis allí enfrente era imposible fingir que estaba emocionada por su cita con Pete—. He decidido enviar mi ropa ancha de vuelta a los años noventa.

Las dos mujeres se demoraron un instante detrás de Travis, pero acabaron alejándose susurrándose entre aspavientos. Él no pareció darse cuenta de nada mientras le preguntaba con expresión un poco aturdida:

—¿Por qué vas vestida tan… tan…?

Las asas de las pesadas bolsas empezaban a dejarle marcas en los brazos, así que las dejó en la acera.

—¿Tan qué?

—Tan guapa —contestó él con voz ronca.

¡Ah! Por eso muchas llevaban vibradores de viaje. Unas palabras con voz ronca surgidas de los labios de Travis y ya le temblaban los muslos. Sintió que se le mojaban las bragas nuevas. «¡Por Dios, no pienses en azotes!». ¡Uf! Demasiado tarde. Las manos de Travis eran muy grandes. Sin duda le dejarían una marca. «¿No vas demasiado rápido?». Ni siquiera se había desnudado con un hombre, ni mucho menos había recibido un azote. Tal vez ni siquiera le gustase. Pero no cabía duda de que estaba pensando en eso. ¿Era posible que la ropa elegante la pusiera más cachonda de lo normal? No, no era eso. La culpa la tenía Travis Ford, que acababa de decir que estaba muy guapa y que había dado la impresión de querer añadir mucho más. ¿Aquello era la vida real?

—Gracias. Resulta que hacen ropa que de verdad se ajusta al cuerpo de las personas. Todos los días se aprende algo nuevo. —¿Por qué le estaba hablando a Travis de su cuerpo? Iba a pensar que estaba llamando su atención a propósito. Como si quisiera tontear con él. Y un hombre que, seguramente, tenía más experiencia con los tonteos que cualquier otra persona sobre la faz de la tierra le quedaba muy grande—. Tengo que irme. —Pulsó un botón del llavero para abrir el maletero, pero Travis se adelantó y levantó del suelo las bolsas de la compra—. ¿Por qué no las guardas y…?

Lo que vio en la bolsa hizo que frunciera el ceño. Georgie apostaría cien dólares a que se trataba de las bragas con el estampado de rosas doradas, porque así era la vida. Sin embargo, ya sabía lo de Dale, así que ¿qué más daba una humillación más a esas alturas? En vez de las bragas, sacó un ejemplar de la revista *Cosmopolitan,* que ella no recordaba haber aceptado

comprar. Tracy la Dependienta atacaba de nuevo. Travis le dio la vuelta a la brillante revista, en cuya portada se podía leer en letras rosas fosforitas: «Practica el sexo como una estrella del porno».

—¿Estudiando un poco? —No le dio la oportunidad de responder, porque de repente pareció encendérsele la bombilla—. ¿Por qué vas vestida así? ¿Cuál es la ocasión?

—¿Tiene que haber una ocasión especial para arreglarse? —replicó, agitando la mano con rapidez—. Lo siento. Llevo una hora en un santuario femenino con olor a popurrí. Las feromonas me han afectado.

Travis, que se mantenía en silencio y no dejaba de mirarle las piernas con el ceño fruncido, seguía esperando una respuesta. Aunque no le debía ninguna ni mucho menos, no estaría de más separarse en términos amistosos.

—Entré en Tendencias para Brillar porque quería disculparme con Tracy la Dependienta, y ella me hecho un cambio de estilo en pago de un café moca con caramelo y sal marina, ¿sabes? Y… me gusta. Me dijo que en realidad no tengo las piernas cortas, un detalle que me avergüenza admitir que me ha obsesionado un poco.

—¿No te dije que tenías las piernas…?

—De un tamaño normal. Dijiste que eran de un tamaño normal. —Se apartó de ese ceño cada vez más fruncido y cerró el maletero con sus compras—. Llego tarde a una cita. Ya nos veremos, Travis.

Estaba a punto de abrir la puerta del conductor cuando la mano de Travis apareció por encima de su cabeza e impidió que lo hiciera.

—Un momento, chiquitina. No hemos terminado.

Georgie se dio media vuelta y se sorprendió al descubrirlo tan cerca.

—Mmm… ¿Qué pasa?

—A ver. Lo del otro día en tu casa. Me comporté como un imbécil. —La sinceridad de sus ojos la petrificó. La mantuvo inmóvil mientras trataba de no desmayarse allí en el aparcamiento desde donde el viento la arrastraría hasta el mar—. Lo siento, ¿de acuerdo? Ya puedes dejar de castigarme por eso.

La confusión se apoderó de ella.

—¿Cómo te estoy castigando?

Travis apartó la mano del coche y cruzó los brazos por delante del pecho.

—Antes no podía andar dos pasos sin tropezarme contigo. Ahora ni te

veo. —Le latía una vena en una sien—. ¿Qué es eso de que tienes una cita?

Georgie no sabía bien en qué concentrarse. ¿En la disculpa o en el hecho de que se hubiera percatado de su ausencia y pareciera no gustarle? ¿O en la actitud de oso gruñón? Que se preocupara lo suficiente como para interrogarla le parecía surrealista.

—Me dio la impresión de que no me querías cerca.

—¿En serio? —Un tic nervioso apareció en una de sus mejillas—. ¡Ah!

La alarma del móvil empezó a sonar desde su bolso, alertándola de que le quedaba un cuarto de hora para el almuerzo con Pete. La verdad era que agradecía lo oportuno del momento para salir pitando. La vida había dejado de tener sentido. Debía de estar malinterpretando la disculpa de Travis. Era imposible que la echara de menos. «Deja de soñar, Georgie». Había un caballero agradabilísimo esperándola. Un hombre que nunca la había tratado como una niña rebelde ni la había decepcionado. Sí, debería contener la creciente emoción que le provocaba el hecho de que Travis por fin parecía haberse fijado en ella y largarse. Antes de que se le ocurriera avivarla.

—Llego tarde.

Le costó un enorme esfuerzo apartarse del escrutinio de Travis, pero consiguió volverse y abrir la puerta del conductor. Por desgracia, Travis se acercó a ella en ese preciso instante y la puerta lo golpeó con fuerza en un hombro. Lo oyó aspirar el aire entre dientes. El corazón dejó de latirle. Volvió a darse media vuelta y descubrió a Travis aferrándose el hombro derecho. ¡El hombro derecho! El hombro en cuyo manguito rotador había sufrido la lesión y por el que había pasado en numerosas ocasiones por el quirófano hasta que al final los Hurricanes se habían deshecho de él.

—¡Ay, Dios! —¿Acababa de herirlo de nuevo sin querer?—. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¿Estás bien? —Le temblaban las manos cuando se acercó a su hombro —. Lo siento, yo…

Travis negó con la cabeza, pero no apartó sus manos.

—Tranquila, no ha sido nada. —Levantó la mirada y pareció darse cuenta de lo alterada que estaba—. Llevo tantos clavos y tornillos en el hombro que no lo rompería ni una bola de demolición. Solo necesito un poco de hielo.

—Se supone que hay que ponerle hielo a una lesión de inmediato. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde has aparcado?

—He venido andando.

—Vamos. —Lo tomó del codo bueno y lo guio hasta la puerta del acompañante, que procedió a abrir—. Ha sido culpa mía. Te llevaré a casa.

—No, no hace... —Se interrumpió al oír que sonaba de nuevo la alarma de su móvil (din, din, din) y frunció el ceño—. ¿Vas a cancelar la cita?

—Obviamente. —Impaciente por arreglar el daño que había causado, Georgie lo empujó hasta que él cedió y acomodó ese enorme cuerpo en el asiento—. Ahora sí que no llego a tiempo de ninguna de las maneras. —Sacó el móvil y le envió una rápida disculpa a Pete—. Vámonos.

Travis estiró esas largas piernas y se abrochó el cinturón de seguridad con un clic. Por raro que pareciera, Georgie empezaba a creer que el golpe lo había relajado, pero él desterró semejante idea al soltar un sufrido suspiro.

—Si insistes, Georgie...

10

Aunque hizo como que miraba el paisaje, Travis aprovechó el cristal de la ventanilla para contemplar el reflejo de las piernas de Georgie. ¡Por Dios! Sí que habían cambiado las cosas. Había creído que la erección que le provocó la otra noche fue una casualidad. Ya no. Esa atracción prohibida era real, joder, y por raro que pareciera, se había intensificado durante la separación. ¿Qué sentido tenía eso? Según decía el refrán, «Ojos que no ven, corazón que no siente». Sin embargo, la otra noche estaba preparándose un filete de ternera en la cocina y se descubrió con la mirada perdida mientras recordaba el bajo deshilachado de sus pantalones cortos.

De acuerdo, más bien recordaba la piel que rozaban.

Se volvió para observar su perfil con la excusa de ajustar el aire acondicionado. Joder, ¿siempre había tenido el labio superior tan carnoso?

«Piensa en ella como en una cría desgarbada. Piensa en ella como en una cría desgarbada».

Respiró hondo por la nariz y cerró los ojos mientras rebuscaba en la memoria algo que le recordase que no debía pensar en la hermana pequeña de Stephen como en un ente sexual. De inmediato, acudió a su cabeza una imagen de Georgie con trece años, saludándolo desde las gradas mientras la luz se reflejaba en los *brackets* de su ortodoncia y sostenía unos nachos en el regazo. Muy bien. Un aparato dental y los nachos no eran sexis. Pero el recuerdo le provocó… ternura. Consuelo. Hasta ese momento, nunca había reparado en que ella había asistido a prácticamente todos sus partidos. En casa y también fuera. Ni sus propios padres lo habían hecho.

En aquel entonces, su apoyo era incuestionable, pero él nunca le había devuelto el sentimiento. Nunca se lo había devuelto a nadie. Joder, no tenía

la menor idea de cómo hacerlo siquiera. De ejemplo tenía a dos adultos amargados que no se molestaron en protegerlo de la crudeza de su divorcio. ¿A qué estaba jugando para permitir que Georgie se sintiera lo bastante culpable como para llevarlo a casa?

—¿No deberías llamar a Stephen y decirle que no vas a volver al trabajo?

La pregunta de Georgie evitó que ahondara más en el pasado.

—No tengo que trabajar. Es día de inspección.

—Ah, muy bien. —Se quedó callada un momento mientras tamborileaba con los dedos en el volante—. Me ha parecido que tenías club de fans.

Tardó un segundo en darse cuenta de a quién se refería. A las dos mujeres que le habían pedido autógrafos y que se negaban a aceptar las indirectas para acabar con la conversación. Cuando al final se dio por vencido y se decantó por alejarse, ellas parecieron encantadas de acompañarlo incluso después de que contestara con mala educación una llamada de Donny. Su agente lo había llamado para decirle que habían tachado un nombre que se encontraba en la corta lista para el trabajo de comentarista por culpa de un monólogo borracho en la puerta de una discoteca que se había hecho viral. Eso solo los dejaba a él y a dos candidatos más. Y, joder, era agradable no ser quien cometía una indiscreción en público por una vez.

—Me pidieron que les firmara las pelotas… Les hizo mucha gracia —masculló—. La verdad es que ahora mismo me perjudica que me sigan así.

—¿En qué sentido te perjudica?

Fue consciente del ramalazo de expectación que sintió en los huesos. Llevaba días guardándose las noticias sobre el puesto de comentarista. Pero ya era imposible negar que quería contárselo a Georgie. Que ella le diera su opinión. Nunca había deseado eso de otra persona. Si le sumaba el hecho de que reaccionaba a sus atributos físicos, se estaba adentrando en terreno peligroso.

—Mi representante tiene en el aire un trabajo de comentarista para los Bombers. Para mí.

El coche dio un giro brusco, y Travis ni se lo pensó, extendió el brazo por delante de Georgie para protegerla. Ella chilló. El coche derrapó lateralmente con un chirrido ensordecedor de las ruedas y se salieron al arcén, y allí se descubrió de repente tocándole una teta a la hermana pequeña de Stephen.

—¡Por Dios, Georgie! —La soltó como si se hubiera quemado, pero no

antes de darse cuenta de ese pecho tan turgente que le rellenaba la mano como un melocotón dulce y de que se le había endurecido el pezón por el contacto—. ¿Qué haces?

—Me he emocionado. —Con la cara colorada, clavó la mirada al frente, a través de la luna delantera—. No pasa nada. Sé que ha sido un accidente.

A cierta parte de su anatomía le importaba un comino catalogar la caricia. Solo quería reaccionar al tamaño y la forma de lo que Georgie tenía en el sujetador, de modo que la sangre le bajó de golpe y acabó empalmándose. ¿Por un rocecito de nada? ¿En qué se había convertido?

—Joder, y tanto que ha sido un accidente.

Vio que se le movía la garganta al tragar saliva con dificultad.

—Es demasiado pronto después de haberte contado lo de Dale.

Travis ocultó la cabeza entre las manos.

—¡Por Dios! No saques ahora el tema.

—He supuesto que sería lo mejor. Ya sabes, para hablar del enorme vibrador que flota sobre nosotros. —Bajó la voz hasta susurrar—: No lo ha sido, no ha sido lo mejor.

—Conduce, Georgie.

—Buena idea.

El motor del coche aceleró con suavidad, y regresaron a lo que por suerte era una carretera desierta. Aunque él se dio cuenta enseguida de que Georgie era incapaz de quedarse quieta en su asiento. ¿Por qué no se quedaba quieta? La falda que llevaba estaba perdiendo la batalla de cubrirle los muslos. Se vio obligado a aferrarse a su propio asiento para no extender una mano y estirar la tela de forma que la cubriera hasta las rodillas. Al paso que iba, sería incapaz de salir del coche y ponerse derecho.

—Travis, es enorme.

«¿Me lo dices o me lo cuentas, Georgie?».

—¡Los Bombers! A ver, Garland está haciendo la mejor temporada de su carrera. Núñez ya ha logrado que nadie consiguiera un *hit* dos veces. Todo el mundo está viendo los partidos. ¿De verdad me estás diciendo que podrías comentar la retransmisión?

—Es una posibilidad. —Fue incapaz de contener la sonrisa guasona—. No sabía que estabas tan al tanto de las estadísticas.

—Pillé la costumbre de memorizarlas cuando jugabas con los Hurricanes —replicó ella con indiferencia, antes de cerrar la boca de golpe—. A ver, que

no podías ir a ninguna parte del pueblo sin ver un partido. Estaba en todas las teles.

—¿En serio? —Al pensar que había dado por sentado semejante apoyo, sintió una punzadita en el pecho, pero tosió para sobreponerse. La verdad, podría pasarse horas hablando de béisbol con Georgie, disfrutando cada vez que ella salía en su defensa y no se mordía la lengua sobre otros jugadores. Parecía normal. Ella hacía que se sintiera normal. Pero no sabía cuánto tiempo tenían para estar juntos, sobre todo si conseguía el trabajo. Claro que era una posibilidad remota.

—Los dos sabemos que yo salía en esas teles por un montón de motivos. Eso es lo que tal vez me impida conseguir el trabajo.

Percibió la mirada elocuente de Georgie desde el otro lado del coche.

—Pero ya no te interesa ser así, ¿verdad? Ser… Dos Bates. A menos que ahora pienses de otra manera…

—No. —Se miraron a los ojos durante un intenso segundo—. De todas maneras, no quieren en su cadena al hombre que acostumbraba a invitar a salir a las reporteras durante las ruedas de prensa. —Meneó la cabeza por el vergonzoso recuerdo—. Es una cadena de corte familiar, y quieren una imagen familiar.

—Entiendo. —Georgie aparcó junto a la acera delante de su casa—. ¿Cómo vas a apañártelas?

Travis soltó el aire antes de contestar:

—No tengo ni la más remota idea. A lo mejor me busco un gato.

—Un gato te ayudaría con la plaga de ratas, desde luego.

—No… —Travis se interrumpió y abrió la puerta del coche—. Da igual. Compruébalo tú misma.

¿Qué estaba haciendo? No tenía que invitarla a subir. Era más que capaz de llegar a casa solo; el hombro ya apenas le dolía. Pero en vez de darle las gracias por llevarlo y animarla a marcharse, se descubrió guiando a Georgie al interior. Muy bien. Solo le demostraría que había mantenido el piso inmaculado y la despacharía. Pasarían juntos veinte minutos, media hora como mucho. Lo justo para que no pudiera llegar a su cita con Pete.

«Eres un cabrón». Un cabrón al que no se le había perdido nada manipulando la vida social de Georgie. Joder, pero… la idea de que saliera con otro no le sentaba bien por algún motivo. Era incapaz de explicarlo.

¿En serio? Porque su reacción corporal a su culo debajo de esa falda

mientras subía las escaleras era una explicación de lo más efectiva, joder, ¿a que sí? No tenía sentido fingir que no estaba rezando para que la costura central que le corría entre las nalgas se rompiera. Bien. Georgie Castle estaba cañón. Con un toquecito dulce. Un culo hecho para que se amoldara a su regazo… y pecas. Si esa combinación no estaba diseñada para volver loco a un hombre, que bajara Dios y lo viera. ¿Dónde había aprendido a andar así? ¿O estaba andando como siempre y él acababa de darse cuenta del contoneo de sus caderas, de las curvas de sus muslos y de sus pantorrillas?

Cuando llegaron al final de la escalera, se sacó las llaves del bolsillo y se devanó los sesos en busca de la forma de no pensar en su culo.

—Bueno…, ¿un café moca con caramelo y sal marina es la versión femenina para romper el hielo?

—Rosie, Beth y yo solemos echarle un chorrito de tequila para arrancar, pero un café te hace el apaño.

Travis metió la llave en la cerradura y abrió la puerta antes de invitarla a pasar primero.

—Para arrancar. ¿A qué te refieres?

—¡Ah! Es que ahora echamos horas como vigilantes.

—¿En serio? —Travis la siguió mientras intentaba ver su piso a través de los ojos de Georgie. No mentía al decir que lo había mantenido limpio y organizado, casi presa de los nervios por la posibilidad de que ella volviera y se sintiera decepcionada. En ese momento, ella dio una vuelta completa y lo miró con los pulgares hacia arriba, provocándole una oleada de satisfacción. Joder, le gustaba verla feliz con él, sobre todo después del desastre de la chimenea. Sin embargo, solo atinó a gruñir en respuesta—. Espero que no hayas estado luchando contra el crimen por las noches con tu disfraz de payaso, porque eso es terrorífico.

—Tú dices «terrorífico»; yo digo «eficaz».

Georgie se acercó al frigorífico y sacó unos cubitos de hielo que envolvió en un paño de cocina. Estaba haciendo lo que él había tenido que hacer siempre solo. Lo que siempre había querido hacer solo, porque detestaba la idea de depender de otra persona. ¿Por qué no le molestaba que Georgie hiciera todo eso?

—De todas formas, los payasos no dan miedo. Vivimos para hacer reír a los demás.

—Tienes razón —repuso él con voz ronca—. Nunca podrías dar miedo.

—¿Cómo lo sabes? —Retorció el paño que envolvía los cubitos de hielo y se acercó a él para colocárselo con cuidado en el hombro, lo que provocó que algo se le atascara en la garganta—. Nunca me has visto en directo.

—No necesito ver tu actuación para saber que eres incapaz de dar miedo. Eres la dulzura personificada.

Esas palabras que no había planeado decir le arrancaron un jadeo.

—¿Te olvidas del lanzamiento de los fideos *lo mein*? —susurró ella—. No soy dulce.

Mientras hacía caso omiso de la advertencia de su cerebro para que dejase de tontear con Georgie (¡a la de ya!), ladeó la cabeza hacia la improvisada bolsa de hielo.

—¿Estás segura?

Ella soltó el paño como si le hubiera mordido, obligándolo a atraparlo con el brazo sano.

—Muy bien, ya me voy —dijo al tiempo que retrocedía con una sonrisa burlona poco convincente, pero de todas formas él captó la preocupación en su mirada mientras le observaba el hombro—. Asegúrate de dejarte el hielo y…

El pánico lo pilló desprevenido. ¿Por oír que se marchaba? Una semana antes, se moría por librarse de ella; en ese momento, era ella quien iba a dejar marcas de derrape en su prisa por irse.

—Un momento. Quiero saber más sobre el club ese.

—¿En serio? —Georgie se frotó las manos en la falda mientras saltaba a la vista que se estaba devanando los sesos en busca de la explicación adecuada —. Es… un club de lucha —dijo.

—No cuela.

—Estamos empezando con nuestra propia línea de higienizante de manos.

—No.

—¿Somos operadoras de un teléfono erótico?

—No tiene gracia. —Por primera vez en varios días, sintió unas incontenibles ganas de reír. Ese parecía ser su estado perpetuo cuando ella estaba presente—. Cuéntamelo. O iré a ver a tu madre y le pediré que te lo sonsaque.

La indignación asomó a la cara de Georgie.

—Eso es una crueldad. Sabes que no podemos mentirle.

—Y ella nunca me negaría nada.

Georgie meneó la cabeza.

—¡Ah, ya! Usarías la sonrisilla pícara. Un golpe magistral. —Puso los ojos en blanco, se dio media vuelta y echó a andar por el pasillo—. ¿Dónde guardas el ibuprofeno?

—En la mesita de noche. En el dormitorio.

Travis la siguió en esa dirección, encontrándose con una pared invisible en la puerta del dormitorio. Allí inclinada sobre la mesita de noche, su figura adquiría un nuevo significado, recortada como estaba contra la cama. Un mechón de pelo se le había deslizado desde el hombro, de modo que sus labios resaltaban contra el fondo oscuro. La última vez que estuvo en la habitación, él seguía considerándola una pesada. La hermana pequeña adormilada de Stephen. ¿En ese momento? Se estaba convirtiendo en una tentación sensual en su dormitorio a pasos agigantados. La cremallera se le amoldaba a la curva del trasero de un modo que no dejaba nada a la imaginación. Se moría por bajársela y descubrir cómo encajaba ese culo entre sus manos. Por aprender los secretos de su cuerpo y complacer algunos más personales con su boca. Y, además, esa era la primerísima vez en su vida que estaba ansioso por saber lo que pensaba una mujer.

—Toma. —Georgie se enderezó y le dio dos pastillas de ibuprofeno—. Tómatelas. Prométeme que llamarás al médico si te sigue doliendo por la mañana.

Aceptó las pastillas y se las tragó en seco.

—No vas a escaquearte, que lo sepas.

Georgie gruñó con la mirada clavada en el techo.

—Es la Liga de las Mujeres Extraordinarias, ¿de acuerdo? Hemos creado un club.

Travis lo asimiló.

—El nombre se te ha ocurrido a ti, ¿a que sí? Tiene su aquel.

—¿Verdad? —Lo miró con una sonrisa—. A mí también me lo pareció.

—De verdad —repuso con voz ronca porque, sin duda, una de las pastillas se le había quedado atascada en la garganta, ¿no? Ese debía de ser el motivo de que su voz se asemejara al sonido de una llave inglesa que arañase el hormigón—. Me encanta.

Se sonrieron unos segundos antes de que Georgie saliera del ensimismamiento.

—Que sepas que todas tenemos unos objetivos. —Se puso colorada—. Solo nos estamos ayudando a conseguirlos.

—¿Cuál es tu objetivo?

—¿Por qué quieres saberlo?

—A lo mejor puedo ayudarte.

Ella se mordió los labios de forma que, cuando se los soltó, quedaron el doble de carnosos. «¡Mierda!».

—Quiero ampliar mi negocio y pasar de ser un negocio unipersonal a crear una empresa de animación en toda regla. Pero primero —se apresuró a añadir antes de que él pudiera replicar—, antes de que eso pueda hacerse realidad, necesito que la gente deje de tratarme como a una niña. Si mi propia familia, si este pueblo, no me toma en serio, es imposible que… Es imposible…

Travis esperó a que siguiera hablando, pero parecía hipnotizada por algo que estaba por encima de su hombro. Levantó una ceja.

—¿Sigues ahí, chiquitina?

—Se me ha ocurrido una idea loquísima —susurró—. A lo mejor solo necesito otra forma de conseguir que me escuchen. ¿No fue eso lo que me dijiste?

Sí. Recordaba la historia que le había contado mientras limpiaban el piso. Desde luego que le había dicho eso. Al parecer, ella se lo había tomado a pecho. No sabía si sentirse conmovido o lamentarlo.

—Tú necesitas que la cadena de televisión crea que te has convertido en un hombre de familia. Travis, eso soy yo. Soy tan poco amenazadora que doy pena, si hasta me dan capones en la cabeza en el pasillo de los tampones. Es demasiada información, lo sé, pero escúchame un momento…

—Georgie… —Una sensación de peligro le subió por la espalda—. No sé adónde quieres ir a parar con esto, pero me da que tendré que negarme.

—Si fingieras salir conmigo…

—¡No!

Ella le tapó la boca con una mano.

—El tiempo justo para que la cadena crea que has sentado cabeza y que no vas a salir todo ufano de la habitación de hotel de Britney… otra vez. ¿Cuánto haría falta? ¿Dos semanas como mucho? —La emoción hizo que sus ojos adquirieran una brillante tonalidad verde agua, y fue incapaz de apartar la mirada—. Mataríamos dos pájaros de un tiro. Tú conseguirías el

puesto de comentarista. Y mi familia, el pueblo entero, dejaría de considerarme la irritante cría de los Castle.

Travis la sujetó por la muñeca para apartarle la mano de la boca, sorprendido al descubrir que se le había disparado el pulso y que respiraba con dificultad.

—Ni en un millón de años.

—¿Por qué?

—Georgie, porque tu valor se hundiría demasiado —le soltó—. No te tomarían en serio, te tacharían como la última de las conquistas de Travis Ford. La gente se sentiría decepcionada y todos dirían que creían que tenías la cabeza mejor amueblada. —La señaló con un dedo—. ¿Quieres que te vean como a una adulta? Lo harán. Como a una que toma malas decisiones.

—¡Uf! —susurró ella—. Sí que tienes mala opinión de ti mismo. ¿Te preocupa que la gente pueda pensar que he tomado una mala decisión… o de verdad te lo crees? —Fuera lo que fuese que vio en su cara, logró que suavizara la expresión. Que se volviera un poco tristona—. Y yo que creía que eras engreído.

Travis tiró de ella hasta que sus caras quedaron muy cerca y oyó que Georgie contenía la respiración.

—Hay un montón de cosas que no sabes.

—Pero podría saberlas. —Pasó un segundo—. Podrías contármelas.

Travis se apartó con un gran esfuerzo y se pasó una mano con gesto frustrado por la nuca. ¿Cuándo se le había ido la conversación de las manos? ¿Esa criatura de repente creía que podía echarle la bronca? ¿Intentar analizarlo? ¡Y una mierda! Ni siquiera tenía valor para analizarse él. En definitiva, esa farsa que le estaba proponiendo no iba a tener lugar. De ninguna de las maneras.

—En realidad, no lo… Ya sabes. —Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro—. No lo haríamos. Evidentemente.

Travis resopló.

—Serías la primera en querer salir con Travis Ford sin los beneficios.

Ella entornó los párpados.

—No me ha parecido que me los estuvieras ofreciendo.

Travis se acercó a ella tanto que se coló en su espacio personal y dijo con brusquedad:

—No lo voy a hacer.

—Muy bien —repuso ella en voz tan baja que casi no la oyó—. De todas maneras, no sabría cómo sacarle todo el provecho.

«Virgen». Sonaron las alarmas, pero se quedó donde estaba, oyendo las respiraciones agitadas de ambos. Recordarse que era la hermana pequeña de su mejor amigo no ayudaba cuando la tenía tan cerca, tanto como para tocarla. Para saborearla. Era tan incapaz de alejarse de esos labios que cada vez tenía más cerca como de derrotar a un ejército de mil hombres. Si no la besaba, otro reclamaría ese primer beso. No. No, no lo quería. ¡Joder! ¡Mierda!

Sus bocas se rozaron.

Se separaron durante dos sorprendidos segundos.

Y se fundieron de nuevo.

11

Uf. ¡Uf!

Era evidente que la había drogado Tracy la Dependienta y que eso era una alucinación. Había sido tonta al creer que Tracy la perdonaría tan fácilmente. Seguro que le estaban robando los órganos mientras soñaba que besaba a Travis en su dormitorio. Muy bien, pero ¿cómo explicar la textura de su boca? La textura nunca había entrado en sus fantasías, a menos que se contaran las pocas veces en las que había practicado con su propia mano. Pero no lo hacía desde que tenía trece años.

De acuerdo. Dieciséis. Daba igual.

En el pasado, había visto la escena mientras se besaban casi desde un punto de vista exterior, como si sucediera en una película. ¿Lo que sucedía en ese momento? Era un cambio radical.

«Estoy besando a Travis Ford».

Y la estaba saboreando como algunas personas saboreaban el primer bocado del tiramisú en un restaurante. Llevándose un buen trozo a la boca y degustándolo con lentitud antes de soltar un gemido ronco de satisfacción. Tenía la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados, como si sospechara que el beso pudiera ser una trampa y ella le fuera a robar los órganos si se dejaba llevar y disfrutaba. Pero se dejó llevar de todas formas, y en sus ojos brilló el ansia. La sorpresa. Le metió los dedos entre el pelo y le agarró la cabeza, inclinándosela para facilitarle la labor. Sus muslos se tocaron y él le metió la lengua antes de detener el movimiento justo cuando se rozó con la suya… para después apoderarse de su boca con una fuerza destructiva y sensual.

Y ese era el efecto que tenía. Sin dudarlo. Se le aflojaron las piernas como si fueran de mantequilla; sintió que le ardía la piel y que una oleada de calor

la recorría por entero. ¡Dios! Era mucho más alto que ella. Siempre lo había sabido, pero nunca se había parado a pensar en cómo la diferencia de altura afectaba a los besos. Era consciente de que el pelo le caía hacia delante y se mezclaba con su flequillo, una suave intrusión comparada con la de su boca, que había empezado a moverse… más deprisa. «Por Dios, no pienses más y síguele el ritmo».

Tenía que dejar de pensar en lo que significaba el estremecimiento que recorrió a Travis. O el afán de pegarse a ella, tanto que tuvo que ponerse de puntillas para seguir besándolo, con la cabeza totalmente echada hacia atrás, dejando al descubierto la garganta y quedando en posición vulnerable. Vulnerable a la mano que le soltó el pelo y le recorrió el cuello, mientras un pulgar encallecido le acariciaba la base de…

¡Por Dios! Ese leve movimiento del pulgar le provocó una salva de fuegos artificiales por debajo de la cintura. Y él lo sabía, porque emitió un sonido para animarla. Para transmitirle: «Deja que suceda, chiquitina». Y eso estaba haciendo. Estaba permitiéndose besar a Travis. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿La estaba besando porque le gustaba? ¿O porque ella era la única disponible? Demasiadas preguntas, y todas quedaban sofocadas por las sensaciones que le corrían por las venas, por las caricias de los labios de Travis y por el hecho de que su lengua parecía saber exactamente dónde estaría la suya para poder frotarla.

Travis le puso fin al beso, y sintió la fuerza de sus jadeos contra los labios.

—Vamos a frenar un poco, chiquitina. No hemos… Esto… Joder. —Se mordió el labio inferior y le miró la boca mientras meneaba la cabeza—. Creo que se supone que debe haber más preliminares antes de hacer lo que hemos hecho.

—¿Ah, sí? —¡Por el amor de Dios! Su calor corporal era como estar envuelta en una cálida prenda de cachemira delante de una chimenea encendida—. Se supone que tú eres el experto.

Travis soltó una carcajada carente de humor.

—No en cuanto a besos.

En otras palabras, sus talentos residían en las artes sexuales más avanzadas.

—¡Ah!

Los celos le atenazaron el estómago, sorprendiéndola. Jamás había sido

tan masoquista como para tener celos por Travis Ford. ¿Qué sentido tenía vivir a todas horas en diferentes estados de celos? Esa punzada desagradable era nueva, pero profunda. Real. A lo mejor tenía que ver con su forma de mirarla, con el ceño fruncido y sin dejar de tragar saliva. Las líneas de su relación se habían difuminado irrevocablemente, pero detestaba la idea de que mirase a otra después de haber probado un poquito de lo que ofrecía. Antes no tenía motivos para tener celos por un hombre que, en el fondo, era como una estrella de cine intocable para ella. En cambio, ese hombre… era su estrella por el momento. De nadie más.

Si al arranque de celos le añadía el repunte de confianza de esa mañana… estaba ansiosa por dejar su huella. Podría despertarse en cualquier momento. O, una posibilidad que debía considerar, Travis podría perder el interés, rechazar su proposición de fingir que estaban saliendo y buscarse a otra más parecida a Tracy. Culpar del beso a una locura transitoria. ¿Por qué no aprovechar al máximo esa oportunidad para conseguir la fantasía que llevaba imaginándose desde la pubertad?

—Enséñame en qué eres un experto.

Travis dejó de respirar y le bajó las manos a los codos. Se los agarró con fuerza, pero no la apartó.

—Georgie —su nombre fue solo un susurro, pero Georgie vio algo atávico cobrar vida en su mirada—, te comeré viva. ¡No!

—No lo harás. —Se zafó de sus manos y, mientras rezaba al santo que favoreciera el valor, buscó la cremallera que tenía en la espalda y se desabrochó la falda—. ¡Oh! —Frunció el ceño—. En mi cabeza, la falda se caería al suelo y yo sacaría cadera con pose seductora.

Él separó los labios.

—¿Cómo lo haces? Ponerme tan cachondo y que tenga ganas de reír al mismo tiempo.

—¿Lo ves? Te estoy enseñando algo nuevo. —Era muy consciente de la vulnerabilidad que llevaba escrita en la cara—. Te toca.

La indecisión se debatía con el deseo en su cara, y era algo tan embriagador a esa distancia que a Georgie le temblaron las rodillas.

—Pero en cuanto descubramos lo que se siente… —Travis mantuvo los puños al lado de sus caderas, sin tocarla, titubeantes, abriéndose y cerrándose, hasta que por fin colocó las manos sobre ella—. No podremos olvidarlo.

—Te preocupa que nunca me olvide de lo malo que eres. Lo entiendo.

Él levantó la ceja derecha hasta casi el nacimiento del pelo.

—¿Ahora estás usando psicología inversa para llevarme a la cama? Me impresionas.

Georgie encogió un hombro.

—No está mal para una virgen.

—Ahí está. —Echó la cabeza hacia delante—. ¡Dios! Me daba en la nariz que eras virgen, pero no estaba seguro.

—Me alegro de haberte despejado la duda. No hace falta que...

—No vamos a hacerlo.

—Genial. Pero ¿vamos a...?

—Solo cosas por encima de la ropa.

—¿Las bragas cuentan como ropa?

—No lo sé. Sí.

—Estupendo. —Antes de poder echarse atrás, Georgie se bajó la falda por las caderas y la apartó de un puntapié mientras sentía que le ardía la cara, pero hacía lo indecible para pasar del tema—. Estoy lista.

El mundo se torció cuando Travis la levantó por la cintura y la lanzó al centro de la cama como si no pesara más que una pluma. Acto seguido, subió por su cuerpo despacio.

—No, no lo estás.

—Me doy por corregida —murmuró.

—No te hagas la graciosilla. —Sin apartar los ojos de ella, le desabrochó la blusa. Todos los botones en cuestión de segundos, con rápidos movimientos de los dedos—. El sujetador también cuenta como ropa.

Asintió brevemente con la cabeza.

—Tú pones las reglas.

—Eso es. —Se irguió sobre ella y gruñó contra sus labios—: Ya no soy el entretenimiento de nadie. ¿Quieres jugar? Yo decido cómo.

Esas palabras atravesaron la oleada de lujuria que la recorría. Era una declaración que no encajaba en absoluto con el Travis de sus recuerdos. El arrogante jugador de béisbol que se había dirigido con paso ufano hasta el triángulo de bateo, quitándose el casco para la multitud. Aceptando peticiones sobre a qué parte más allá del campo apuntaba. Quería explorar en más de una ocasión el cambio que acababa de demostrarle en ese momento.

La boca de Travis dominó la suya, marcando el baile, sin darle cuartel. Casi como si quisiera asustarla. Aunque su cuerpo decía que la necesitaba. En su opinión, tuviera o no experiencia, Travis mostraba todos los indicios de un hombre excitado. Y ya era una experta, porque esa mañana había hojeado el ejemplar de *Cosmo* entre prueba y prueba de ropa en la *boutique*. Pupilas dilatadas. Respiración agitada. Y lo más importante: un creciente bulto a la altura de la bragueta. «¡Por Dios! Tengo a Travis encima con un pene duro. Está pasando».

—Joder, Georgie. No vayas a distraerte ahora.

—No lo estoy. Estoy muy atenta. Atentísima.

Travis apoyó la frente en el hueco de su cuello. La sensación fue tan agradable que sus muslos se movieron para rodearle las caderas por voluntad propia. A él le gustó. Gimió sin abrir la boca y se movió entre sus piernas.

—No tengo derecho a estar entre estas piernas, joder.

—Sí que lo tienes. Yo te lo he dado. —La última palabra acabó en un jadeo cuando él le mordisqueó el hombro al mismo tiempo que se movía contra ella, entre sus muslos—. ¡Ay, por Dios!

—Intenta no parecer tan inocente mientras hago que te corras —jadeó él contra su oreja mientras le mordisqueaba el lóbulo—. ¿Qué te parece?

—Sí, Travis.

El nombre que había pronunciado miles de veces a lo largo de su vida sonaba muy distinto cuando lo pronunciaba con un hilo de voz mientras sentía sus costados en la cara interna de las piernas. Temblaba de la cabeza a los pies, excitada por su experta agresividad, con el abdomen tenso por la expectación, los dedos de los pies encogidos y los pezones duros. Que Dios la ayudara, porque la rabia que Travis sentía hacia sí mismo tenía un punto excitante. Ese hombre tenía una voluntad de acero y la concentración de un deportista de élite, pero al parecer había perdido una batalla consigo mismo por ella. ¡Por ella! Por más que lo intentó, fue incapaz de controlar la emoción.

—Sí, Travis —repitió él mientras movía las caderas despacio. Haciendo que ella se retorciera—. ¿Por qué no te has mostrado así de dispuesta todas las veces que te dije que te fueras a tu casa?

—Tengo una disponibilidad selectiva.

Esa réplica descarada le valió un movimiento brusco de caderas.

—Mira adónde nos ha llevado. Tenías que recordarme lo bien que has crecido. Ahora estamos casi follando.

¡Por Dios! La cabeza empezó a darle vueltas y la cara de Travis se transformó en dos que después volvieron a fusionarse. ¿De verdad se suponía que debía mantener una conversación mientras ese hombre guapísimo que le decía guarradas se movía entre sus muslos?

—Yo también te mandé a casa una vez —se apresuró a protestar—. Te dejé tranquilo. No es todo culpa mía.

Si hasta ese momento había creído que los besos apasionados de Travis eran alucinantes, el beso lento que le dio entonces la hizo ver estrellitas.

—La tranquilidad me parecía demasiado silenciosa cuando llegabas y te ibas. —Otro lánguido beso que la dejó jadeante—. ¿Cómo te atreves?

Antes de que pudiera contestar, él se movió y la llevó consigo para cambiar de postura. Georgie perdió el equilibrio unos segundos mientras su cuerpo anhelaba seguir sintiendo su peso encima. Que la aplastara. Tal vez incluso lo dijera en voz alta, porque Travis soltó un taco y cerró los ojos mientras le apretaba las caderas con las manos.

—Sube un poco, chiquitina.

«Chiquitina». Le encantaba que la llamara así. Seguramente porque siempre que lo hacía acababa torciendo el gesto, como si el apelativo cariñoso se le escapara sin querer. Fue subiendo por su cuerpo, arrastrando las rodillas por la cama, hasta colocarse a horcajadas sobre su regazo…

—¡Ah! —Se inclinó hacia delante, apoyándose en sus hombros—. Eso… Eso…

—Mmm… —Travis la levantó por las caderas y la hizo rebotar una vez—. ¿Notas lo dura que la tengo, Georgie?

¡Uf, sí! ¿El enorme apéndice que la hacía sentir como si se hubiera sentado sobre un rollo de papel de aluminio?

—Sí, lo siento.

Esas enormes manos le recorrieron las nalgas y provocaron un increíble e intenso ramalazo que le bajó por el abdomen y se detuvo entre sus muslos.

—Cierra los ojos y haz lo que quieras con ella.

Esas palabras le arrancaron un gemido ronco.

—No sé qué hacer con ella.

—Sí que lo sabes. —Travis levantó un brazo de repente y le rodeó el cuello con una mano para obligarla a agachar la cabeza y darle un beso lento

y húmedo—. Virgen o no, llevas mucho tiempo soñando con montártelo conmigo, porque de lo contrario no te habrías quitado la falda. Dime que tengo razón.

¡Oh! Solo lo había pensado como cuatrocientas mil veces.

—Ti-tienes razón.

Travis abrió la boca y gimió.

—Pues empieza, para que pueda olvidar que soy un cabrón por tocarte. —Le colocó de nuevo las manos en el trasero, deslizándole los dedos por debajo de las bragas nuevas para poder agarrarle bien las nalgas—. A lo mejor necesitas un poco de ayuda. —Con la respiración agitada, empezó a mecerla adelante y atrás. Y Dios... ¡Dios! Durante años se había consolado diciéndose que su vibrador era tan bueno como cualquier hombre, pero se equivocaba. No había sustituto posible para la sensación de tener la erección de un hombre pegada a las delgadas bragas mojadas. Ni para oírlo mascullar un taco cuando ella se movió de tal manera que presionó el clítoris contra la bragueta de sus vaqueros, frotándose sin vergüenza alguna, como hacía en ese momento.

Quería ver más de su cuerpo, de modo que le subió la camiseta hasta el cuello, dejando su abdomen al descubierto. Esos abultados pectorales con los pezones marrones. ¿Por qué fingir que no le gustaba lo que veía cuando era evidente, a juzgar por el movimiento de sus caderas, que su físico le encantaba? Y Travis también sabía lo mucho que su cuerpo la afectaba. Lo veía en esos ojos vidriosos. Se humedeció el labio inferior antes de flexionar los abdominales para ella, haciendo que sus pectorales se movieran. Madre. Del. Amor. Hermoso. Sí, todavía quedaba parte del hombre arrogante, y estaba para comérselo. Sintió que todo el cuerpo le ardía y cobraba vida mientras observaba esos músculos bailar solo para ella. Pero aunque se aferraba a sus enormes hombros y se frotaba con ahínco contra su cremallera, el orgasmo seguía lejos. Fuera de su alcance.

—Vamos, chiquitina —mascullò Travis—. Estamos en el mismo equipo. Los dos queremos aliviar el dolor. Necesito ocuparme del tuyo primero, pero esas caderas tuyas me tienen a punto, joder.

«¡Ay, Dios! Uf. ¡Uf!». Oírlo admitir eso casi se lo provocó. Casi la arrojó al precipicio. Estaba consiguiendo que Travis tuviera un orgasmo. Y, pese a su inexperiencia, había visto lo suficiente en internet para saber que los hombres no acostumbraban a correrse en los pantalones. Eso debía de ser

bueno. Le temblaban los muslos muchísimo, y sentía la tensión que crecía y crecía con fuerza, pero no alcanzaba ese último y poderoso espasmo. ¿Por qué? ¿Por qué? Al final, se dejó llevar y cerró los ojos para imaginarse a Travis sobre ella, aprisionándola. Exigiendo el control de la situación. De ella.

—Te veo —jadeó él—. Joder, Georgie. Tenías que ser justo lo que necesito, ¿verdad?

En un abrir y cerrar de ojos estaba de espaldas, con un hombre muy cachondo convertido en todo su mundo. Llenando por completo su campo de visión. Aprisionándola. Travis le bajó de un tirón el sujetador y se metió un pezón en la boca, arrancándole un grito. Una zigzagueante bola de energía empezó a formarse en su interior, cada vez más y más grande. No podía respirar ni pensar. ¿Estaba gimoteando el nombre de Travis?

—Te gusta tenerme encima, ¿verdad, chiquitina? —Las caderas de Travis golpeaban una y otra vez entre sus muslos, y su erección encontraba siempre ese lugar donde más lo necesitaba mientras le decía montones de guarradas al oído—. Gimiendo y temblando encima de mí, demostrándome que estás deseando que te folle, pero mi chiquitina no puede hacerlo sola, ¿verdad? Necesita que la aprisione y que le diga que se corra mientras me froto contra sus preciosas bragas, ¿a que sí? Pues venga. —Movió las caderas trazando una especie de ocho hasta pegarse de nuevo a ese punto tan sensible. Con los ojos cerrados y la frente sudorosa, procedió a encadenar una serie de golpes de caderas, tan fuertes y seguidos que ella acabó apretando los dientes—. Diciéndome que no sabes qué hacer con mi pene. Puede que no lo sepas. Puede que necesites que la use contigo.

—Úsala conmigo —consiguió decir con los labios trémulos y entumecidos—. La necesito.

El gemido de Travis flotó en el aire cuando se abalanzó contra su cuello, pasándole la lengua por el lateral antes de pegar los dientes por debajo de su oreja. Le levantó las manos por encima de la cabeza para inmovilizarle los brazos en esa posición por las muñecas, y ella se dejó hacer. Un terremoto. El orgasmo la hizo estallar en mil pedazos, y los estremecimientos la asaltaron sin fin mientras intentaba encontrar apoyo con las piernas contra el abrumador asalto.

—¡Por Dios, Georgie! Mírate. Siéntete. —Travis le pegó la boca al pelo mientras continuaba frotándose de forma lenta e insistente contra ella—. Ver

cómo te corres tan bien en mi cama. ¿Qué cojones voy a hacer ahora? ¿Eh?

Fue incapaz de contestar mientras seguía presa de las convulsiones por el clímax más intenso de toda su vida, pero una idea se abrió paso en su cabeza como un agudo silbido. «Complácelo también. Complácelo también».

—Travis —consiguió decir al tiempo que bajaba las piernas y las separaba antes de mover las caderas en círculos—, me necesitas.

Un deseo doloroso se reflejó en su cara al tiempo que se tensaba por completo al oírla.

—Chiquitina, como me mueva una vez más contra tu sexo, el único sitio en el que me voy a correr es bien dentro. Esas bragas son historia. ¿Me entiendes? ¿Ves lo mal que estoy?

—Sí… —¿Eso era normal? ¿Siempre acababa perdiendo el control? Era demasiado esperar que solo sucediera con ella, pero podía fingir que sí. Podía fingir que ella era lo único que se interponía entre Travis y la locura—. Haz lo que quieras —murmuró.

Si algo había sacado en claro de su primer encuentro sexual, era que solo había arañado la superficie de su persona. Sí, sus fantasías siempre habían tenido un punto violento y nunca había sido capaz de correrse sin imaginarse la cesión gradual del control, pero cuando Travis se sentó sobre los talones y la obligó a colocarse boca abajo, la sensación de entregarse a él la dejó sin sentido común. El orgasmo ya había pasado, pero el deseo de complacerlo parecía casi… mental. Como si pudiera oír y contestar lo que él pensaba y necesitaba con el cuerpo.

Observó con la visión reducida al máximo que Travis se inclinaba sobre su espalda y sacaba algo de la mesita de noche. Nunca lo había visto así. Con los dientes apretados y los músculos rígidos. Tenso. Muy tenso. La erección era evidente detrás de la bragueta de los vaqueros y parecía dolorosa. Se había quitado la camiseta, y una fina capa de sudor le cubría los hombros y el estómago, excitándola de nuevo. «¡Por Dios! ¿Cómo puede estar tan bueno?».

Ese fue su último pensamiento coherente antes de que Travis se colocara de nuevo detrás de ella. Se oyó un tic del reloj. Seguido del tac. Y después él le deslizó los dedos por debajo de la parte trasera de las bragas de seda, arrugando la tela entre las dos nalgas. Tirando de ella. Tal vez se podría considerar un tanga, pero se había puesto unos cuantos y eso… no se parecía en nada. La simple idea de que Travis le estuviera tocando la ropa interior

hizo que se mojara de nuevo. En cuanto tuvo la seda morada arrugada en el centro del trasero, esas callosas manos le acariciaron la piel y le aferraron las nalgas con un gruñido.

—Dios Todopoderoso. ¿Dónde tenías metido este culo?

No le dio oportunidad de responder. Oyó un chasquido a su espalda, como el de un bote al abrirse, seguido de un sonido líquido. Con el corazón en la garganta, Georgie esperó y jadeó contra la colcha al sentir que unas manos habilidosas le untaban algo húmedo y espeso en el culo, haciendo que algunas gotas se concentraran en la tela.

—¿Qué es eso? —susurró Georgie mientras su cuerpo se movía solo y alzaba las caderas para ofrecerse a él por completo.

—Me has dicho que haga lo que quiera. —La voz de Travis sonó muy ronca junto a su oído mientras se colocaba sobre ella, con los fuertes muslos rodeándole las caderas—. No puedo seguir frotándome contra tu sexo sin averiguar lo estrecho que es. Y las bragas se tienen que quedar puestas…

—Esa regla es tuya, no mía.

Él le tapó la boca con una mano y soltó un taco al oírla gemir, mientras empezaba a mover la parte inferior del cuerpo, excitada.

—Debería mandarte a casa con tu bonito orgasmo, pero no soy ese tipo de hombre, Georgie. —Le apartó la mano derecha de la boca y la deslizó bajo sus caderas, a fin de masajear la sensible piel a través de las bragas mojadas —. Soy del tipo que está a punto de usar tu culo para correrse en tu espalda. Ahora mismo, estoy demasiado cachondo como para que me importe una mierda que seas la hermana pequeña de mi mejor amigo. Y eso debería molestarte.

—Cierra la boca —susurró ella mientras el deseo le subía por la espalda y hacía que dejara de ser una chica tímida para convertirse en una mujer deseable. Levantó el culo sin pensar y lo frotó contra la dura bragueta—. Quiero todo lo que has dicho. Te digo que sí. No pares, por favor.

Travis la aplastó con el cuerpo. Con fuerza. El aliento la abandonó. Le costó oír la cremallera mientras se la bajaba por encima de los atronadores latidos de su corazón, pero se aferró al sonido y saboreó el hecho de haber conseguido llevar a un hombre hasta ese punto. A un hombre sexualmente experimentado. A Travis.

Cuando lo tuvo entre las nalgas, se quedó boquiabierta y hundió las manos en la colcha. Sintió el roce cálido de su aliento en la base del cuello,

seguido de un largo gemido cuando empezó a mover las caderas. Los movimientos empezaron como embestidas titubeantes, de prueba, pero no lo fueron durante mucho tiempo. En un abrir y cerrar de ojos, hundió las manos en la colcha, al lado de las suyas, mientras se movía entre sus nalgas con frenesí. Cada vaivén de sus caderas iba acompañado de un sonido gutural que pronto se convirtió en el motivo de Georgie para vivir. Separó los muslos todo lo que pudo y se ofreció cual sacrificio.

Y Travis lo aceptó. Sin el menor arrepentimiento.

No lo estaban haciendo, pero sus cuerpos imitaban el acto de la forma más desesperada, mientras el sudor los cubría y sus jadeos resonaban en la habitación. ¡Dios! ¿Qué se sentiría si lo tuviera dentro de verdad mientras embestía con las caderas y gruñía de esa forma? ¿Sobreviviría a esa experiencia? Empezaba a tensarse de nuevo por la simple fricción de la parte inferior de sus cuerpos, con la ayuda del líquido que Travis había usado, mientras los músculos de su torso y de su abdomen subían y bajaban por su espalda al tiempo que aumentaba el ritmo, cada vez más, y más… hasta que ella tuvo que agarrarse a la cama para no acabar en el suelo.

—¿Esto es lo que te gusta, chiquitina? ¿Enseñarme el culo y hacer que me muera por probarlo?

—Sí —gimió ella al tiempo que alzaba las caderas todo lo que pudo… y, por Dios, Travis cambió de postura y embistió de nuevo, dejando que su dura erección le rozara la parte delantera de las bragas mientras le ordenaba entre dientes que levantara el culo. ¡Ya! Cuando obedeció, se coló entre sus muslos y embistió hasta llegar a su clítoris—. Sí, por favor, sí, por favor.

Travis enredó una mano en la tela arrugada que tenía entre las nalgas y la usó para inmovilizarla mientras seguía embistiendo, con la cama crujiendo bajo los dos.

—Puede que seas virgen, pero llevas un tiempo soñando con hacerlo, ¿verdad? —Bajó las caderas sobre ella con fuerza al tiempo que le deslizaba una mano por debajo del cuerpo para acariciarle el clítoris con bruscos movimientos circulares sin dejar de embestir en ningún momento—. Así, chiquitina. A lo bestia, como los putos animales. Corrernos como buenamente podamos. Eso es lo único que sé hacer.

—No —consiguió replicar, aunque el asalto de tantas sensaciones hizo que su voz pareciera distante—. Pu-puedes hacer cualquier cosa.

Travis soltó un gruñido ronco contra su cuello y le presionó el clítoris

con dos dedos rígidos mientras empezaba a mover las caderas con un ritmo frenético.

—Vamos. Empapa las bragas de nuevo. Quiero que estés tan mal que no puedas salir a la calle. De vuelta a casa con esa falda, chiquitina.

¿Fue la orden lo que la llevó al precipicio? ¿O sus caricias? Georgie no lo sabía y tampoco le importaba, solo atinó a gritar contra el colchón mientras se estremecía una y otra vez en rítmicas oleadas. Sintió un líquido caliente en la base de la espalda poco después, y el aullido desgarrado de Travis resonó por las paredes. Su orgasmo fue más intenso por la prueba de que él también había alcanzado la satisfacción, y se frotó contra el colchón sin el menor atisbo de vergüenza.

—Mírate —dijo Travis con una voz rarísima. Le asestó un sonoro azote en el culo, que hizo que oyera un pitido en los oídos al tiempo que sentía la satisfacción más absoluta—. ¿Cómo te atreves a hacer que me corra tanto con las bragas puestas? —Le dio un apretón en las nalgas que acababa de azotar y luego le dio un guantazo más suave—. ¿Cómo voy a volver a mirarte a la cara sin saber lo mucho que necesitas esto?

Al intuir que todo había acabado, Georgie esperó a que Travis le limpiara la espalda con la camiseta antes de darse media vuelta y tumbarse de espaldas, desmadejada. Él estaba de rodillas, guardándose ese impresionante apéndice en los vaqueros antes de subirse la cremallera. Soltando el aire. Las arrugas de su frente la ponían nerviosa. ¿Cuándo iba a mirarla? Necesitaba saber qué estaba pensando después de lo que habían hecho. Travis era famoso por enarbolar la bandera contra los compromisos, así que desde luego que no esperaba una declaración de… de que le gustaba… No esperaba nada, ¿verdad?

La expresión taciturna de Travis le dijo que actuara sin darle importancia. Si no volvía a pasar en la vida, quedaba la remota posibilidad de poder retomar su relación anterior. Al menos para él. En cuanto a su propuesta de fingir que estaban juntos, había una alta probabilidad de que fuera imposible después de lo que acababa de suceder. El plan era que fuese algo platónico. Sin beneficios extra. Pero acababan de beneficiarse a lo grande.

—Pues creía que el sexo de las pelis porno tenía muchos más ángulos de cámara —consiguió decir antes de soplar para apartarse el pelo de la cara—. Ni siquiera he conseguido ver el plano principal.

Eso hizo que Travis soltara una carcajada sorprendida.

—Hazme caso, ha tenido calidad profesional. —Meneó la cabeza sin dejar de mirarla—. Anda, ven.

El corazón comenzó a latirle a mil por hora.

—¿Por qué?

—No tenemos por qué levantarnos enseguida… —Se interrumpió con un sonido impaciente—. Deja de hacer preguntas y ven.

Le resultó imposible contener el entusiasmo al oírlo. La emoción surgió en su interior como un géiser al pensar que Travis iba a abrazarla… estando los dos casi desnudos. De manera que se incorporó y se lanzó a sus brazos, haciendo que cayeran los dos de costado sobre las almohadas. Evidentemente, lo había pillado desprevenido, pero él se recuperó con un suspiro exasperado que le agitó el pelo. Con cara de no estar muy convencido, al final acabó rodeándola con un brazo que le colocó en la base de la espalda para pegarla contra la calidez de su torso.

—Unos minutos no le harán daño a nadie —masculló, más para sí mismo.

Georgie le acarició el vello del pecho con la nariz para ocultar la sonrisa.

Estuvieron por lo menos diez minutos allí tumbados. Se oía el tictac de un reloj a lo lejos, al compás de los latidos del corazón de Travis contra su oreja. Cada vez que lo sentía cambiar de postura, ella creía que se había acabado el momento abrazo, y también parecía creerlo él. Parecía sorprenderse al deslizar los dedos arriba y abajo por su espalda, con la cabeza apoyada en su coronilla. Había imaginado un millón de veces el momento se sentirse rodeada por los fuertes brazos de Travis, pero la realidad había resultado muchísimo mejor que las fantasías. Era un hombre real con complicaciones. Con un pasado. Con un futuro que empezaba a labrarse.

«Ya no soy el entretenimiento de nadie».

¿Así era como lo habían tratado? ¿Así era como ella misma había pensado en él antes de que volviese a casa?

Guiada por un impulso, lo besó en el centro del pecho y percibió el vuelco que le dio el corazón.

—A veces, cuando actúo en alguna fiesta, intento iniciar una conversación con uno de los padres, pero sé que solo quieren que entretenga a los niños. Me miran con una sonrisa tensa característica y mueven la

cabeza para que capte la indirecta y vuelva al trabajo. Para que siga haciendo lo que se me da bien.

—¿Por qué me lo cuentas?

—¿Crees que soy más que un payaso? —Tragó saliva—. Profesional y… figuradamente.

Travis le acarició el pelo.

—Pues claro que lo creo, Georgie.

El alivio que la invadió fue como un soplo de aire fresco.

—¿Lo ves? La gente puede equivocarse. Pueden tratarte de una manera cuando te mereces que te traten de otra, pero es culpa suya. No tuya. —Al notar que se tensaba contra ella, se apresuró a terminar—: Siento que te trataran como si fueras menos de lo que eres en realidad.

Durante unos tensos segundos, Travis no se movió ni respiró.

—Muy bien —dijo al cabo de un rato, apartando el brazo de ella y tumbándose de espaldas—. Se acabó.

Georgie pasó por alto la punzada de dolor.

—No seas tan romántico.

Él se colocó las manos detrás de la cabeza.

—Te has equivocado de hombre para eso.

—Lo sé. —Georgie se incorporó y se sentó al borde del colchón con las piernas cruzadas—. Sé que no eres romántico. No espero nada. —Lo miró por encima del hombro—. Por eso nuestro trato será perfecto.

—¿Te has vuelto loca, Georgie? —Se le escapó una carcajada seca y carente de humor—. Después de lo que acaba de pasar, ¿de verdad crees que es posible? No. ¡Dios! Me estoy comiendo la cabeza porque no sé cómo voy a poder mirar a tu hermano a la cara en la vida.

La irritación la abrumó. Aunque antes había sido un tranquilo estanque, acababan de lanzar una piedra al centro.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que lo olvides. —Se levantó de la cama de un salto y se puso la ropa mientras buscaba los zapatos por el suelo—. Acabo de tener la experiencia más adulta de mi vida, pero solo sigo siendo la hermana pequeña de otra persona, ¿no? Vuelve a ser un payaso, Georgie. ¡Vete a la mierda!

—Oye, espera un momento, joder.

Travis se levantó de la cama, y ella retrocedió hasta la puerta del dormitorio por puro instinto de supervivencia. Vestido únicamente con los

vaqueros y el pelo revuelto, era una figura autoritaria, hipnótica y sexual. Si le pedía que volviera a meterse en la cama, se olvidaría de su rabia y lo haría en un segundo. No podía negarlo.

—Joder, hay reglas para estas cosas y se aplicarían aunque tuvieras cuarenta años, chiquitina. No te atrevas a cabrearte conmigo.

—Demasiado tarde. —Dejó el dormitorio, decidida a salir por la puerta antes de que Travis pudiera seguirla. Al final, resultó una esperanza vana, porque la atrapó en cuanto dio dos pasos. La aferró del codo y la obligó a volverse. ¿Lo que acababa de ver en sus ojos antes de que lo ocultara era pánico?

—Quieres que finjamos salir para que todos dejen de considerarte una cría…

—Y para que tú consigas el trabajo.

—Muy bien. Hagámoslo. —Señaló hacia el dormitorio con expresión seria—. Pero eso no puede volver a pasar. No vamos a confundir las cosas y el motivo de que hagamos esto. Si nos acostamos, alguien se confundirá.

—Dilo sin tapujos: te refieres a mí.

—Sí, de acuerdo: me refiero a ti. —Se acercó a ella tanto que pudo oler el olor a sudor, y la nota almizcleña de lo que habían hecho. Junto con su cercanía, ese olor fue como una caricia entre las piernas. Y qué irritante resultaba que pudiera excitarla mientras se mostraba condescendiente con ella—. Yo no tengo problemas para alejarme de unos cuantos ligues y no echar la vista atrás. Tú todavía no sabes si eres capaz. —Cerró los ojos—. ¡Dios! Es que no debería ni pensarlo, vamos.

A lo mejor tenía razón. Georgie intentó imaginarse cómo sería salir con él en público y también pasar tiempo en su cama. Cuando consiguiera el trabajo de comentarista y todo llegara a su fin, le dolería si le daba la patada… o más bien cuando lo hiciera. ¿Qué pasaría si el Travis real del que apenas había arañado la superficie resultase… igual de increíble que el Travis estrella del béisbol de sus sueños? Costaba admitirlo, pero tal vez él tuviera razón.

Podría acabar herida si se acostaban. Y mucho.

Aunque ¿no merecía la pena correr ese riesgo a cambio de que la respetasen el resto de su vida? Sí. Un poquito de dolor en ese momento contra décadas durante las cuales su familia, sus amigos y sus clientes la tratarían como a una adulta. No tenía ni que pensarlo. Además, ya era

mayorcita. Aunque los demás no se dieran cuenta, ella sí lo hacía. Podría meterse en eso con los ojos bien abiertos y salir casi indemne, ¿verdad?

—Muy bien. Una relación. Sin sexo. No vaya a ser que mi pobre cerebro femenino acabe confundido por un orgasmo. Es posible que me aparezca de repente un vestido de novia cosido al cuerpo por arte de magia. —Travis la miró con expresión torva—. ¿Lo ves? Ridículo. ¿Aceptas o no?

Lo vio pasarse una mano por la cara que después dejó un momento sobre la boca. Mientras pensaba.

—La única manera de que una relación contigo me ayude a conseguir el trabajo pasa por que la prensa se entere. —Apartó la mano y torció el gesto con una mueca adusta—. No me hace gracia que las cámaras te sigan.

—Puedo soportarlo.

La tensión hizo que le temblara un músculo en el mentón.

—Sabes que, si queremos engañar a las cámaras, tendremos que pegarnos mucho. No será real. —Bajó el tono de voz—. Cuando te bese, no será real, Georgie. Y no podemos ir más allá. ¿Lo recordarás?

Se le abrió un boquete en el estómago, pero hizo acopio de valor y se acercó a Travis de todas formas.

—¿Y tú?

Él tardó un segundo en contestar, ya que había bajado la mirada a su boca.

—Sí.

—Pues trato hecho —murmuró ella al tiempo que le tendía la mano.

—Un momento. Tenemos que detallar la letra pequeña. —Travis cruzó los brazos por delante del pecho—. Mi representante está moviendo hilos para conseguir una invitación a cenar con el presidente de la cadena dentro de un par de semanas. Una vez que cene con él, sabré si he conseguido o no el trabajo. No habrá motivos para…

—Seguir con esto. Entendido. —Georgie se humedeció los labios—. Ese tiempo debería bastar para que todos dejen de verme como un payaso tonto. —Abrió los ojos de par en par y le hizo otro gesto para que le estrechase la mano—. Después de la cena, cortamos sin tonterías.

Después de varios segundos, esa cálida palma se deslizó contra la suya y le aferró la mano, aunque seguía mirándola con expresión recelosa.

—Trato hecho.

12

«Tengo novia. Una novia de pega».

Travis apagó la sierra de mesa y retrocedió mientras se quitaba las gafas de seguridad y se las colocaba en la cabeza. No debería estar manejando maquinaria pesada mientras seguía tan predispuestísimo a empalmarse. Podría pasar una desgracia absoluta. Tendría un nuevo mote: Un Bate.

Esa aterradora posibilidad debería haber bastado para reducir la presión que sentía entre las piernas, pero tal como descubrió la noche anterior después de cascársela tres veces, no había alivio posible. Cada vez que su mente divagaba, volvía a ver las nalgas prietas de Georgie. El brillo del lubricante en esas tersas curvas mientras se deslizaba por el centro para que lo absorbieran las bragas de seda. El día anterior no había estado fino. Fue a saco. En cuanto ella se ofreció, fue incapaz de detenerse. O de tomar aliento. O de hacer otra cosa que no fuera «hasta el final, hasta el final, hasta el final».

Lo que más lo asustaba era que se había puesto así por besarla.

En cuanto sus lenguas se rozaron, lo abrumó una sensación urgente. De apoderarse de cuanto pudiera. De saborear cada centímetro de ella y esperar que su boca no lo olvidara. ¿Alguna vez lo habían besado con tanta confianza? No. Nadie besaba ni se exponía como Georgie, con sinceridad y sin cortapisas. Nadie lo había atraído tanto. Había olvidado el trabajo, la responsabilidad y la vanidad. ¡Dios! Ni siquiera le importó abrazarla cuando terminaron.

«¡Ah! ¿No te importó? Claro».

De un tiempo a esa parte, era un cúmulo de contradicciones, ¿verdad? ¿Liarse de nuevo con Georgie? No. Mala idea. Pero tampoco quería que otro

le pusiera un dedo encima. Joder, ni siquiera le hacía gracia la existencia de su vibrador, Dale. No tenía el menor sentido para él.

Era una relación falsa, así que ¿de dónde salía ese afán posesivo? Era casi como si estuviera… celoso. Georgie era una preciosidad, graciosa y merecedora de que cualquier hombre saliera con ella antes de ese inconveniente cambio de imagen. En ese momento, deambulaba por Port Jefferson con el aspecto de la chica buena que había decidido hacer realidad todas las fantasías de un hombre convirtiéndose en la bibliotecaria traviesa. Al menos, ese aspecto tenía el día anterior. Pero había mirado en las bolsas. Había toda clase de cosas femeninas. En esos momentos, bien podía estar en la plaza del pueblo con pezoneras y un tutú mientras él tragaba serrín.

«Para el carro, hombre. ¿Te estás escuchando?».

Se quitó las gafas de la cabeza y las tiró en el banco de trabajo. Se masajeó el puente de la nariz e intentó centrarse tal como hacía en el vestuario antes de un partido importante. Pensar. Soltar la negatividad. Concentrarse.

Se sentía atraído por Georgie. Atraído en plan de que no se le bajaba ni para atrás. Pero ya se le pasaría esa parte. Como no habían llegado al plato principal, seguramente lo que le pasaba era que tenía un dolor de huevos extremo. Si eso implicaba que tenía que hacerse un esguince en la puta muñeca, tarde o temprano arreglaría el problema. Sin embargo, no lo arreglaría tocándola de nuevo. Lo que dijo el día anterior no fue cosa de la arrogancia, simplemente era más habitual que las mujeres establecieran una conexión cuando había sexo de por medio. Ciencia básica, ¿no? La idea de hacerle daño a Georgie era como si la sierra estuviera girando en su estómago, así que no iba a pensar en eso.

Salir con ella podría ayudarlo mucho a la hora de conseguir el trabajo de comentarista. Su familia era muy respetada en Port Jefferson. Ella era la viva estampa de la decencia. Hasta que la tumbaba de espaldas, al parecer. En la cama no tenía nada de decente.

Al sentir que se le ponía dura contra la cremallera, soltó un taco.

Iba a salir con Georgie para conseguir el trabajo. Esa debía ser la única razón para llevar a cabo el trato. De pequeño, el campo de béisbol era el único sitio en el que se sentía en casa. En paz. Lo abrazaba cuando nadie se molestaba en hacerlo dentro de las cuatro paredes de su casa. Con gesto titubeante, se permitió oler la hierba recién cortada, el polvo, el sudor, la

cerveza derramada y el tabaco. Le habían arrebatado todo lo que conocía, y eso le seguía doliendo. Si no podía ser el mejor, ¿por qué molestarse? El deporte que quería se había convertido en una herramienta para decepcionarse a sí mismo. Pero, en cierto sentido, convertirse en comentarista era su forma de regresar al campo sin tener que acercarse demasiado y sentir de nuevo ese fracaso. Lo necesitaba. Lo necesitaba para evitar convertirse en un fracasado a los veintiocho años, tal como su padre supuso que sucedería.

Fingir que salía con Georgie no podía ser sinónimo de disfrutar de esas sensuales curvas bajo su cuerpo de nuevo. Ni mucho menos de desear pasar tiempo con ella sin más. Ni tampoco se debía a que, cuando bajaba la guardia con ella, experimentaba la misma sensación de paz que en el campo de béisbol.

Temporal. Solo sería temporal. El béisbol era para siempre.

Al oír el crujido de la gravilla, se dio media vuelta y miró por la ventana, desde la que vio a Stephen llegar en su espantoso monovolumen. Su amigo obsesionado con los bebés se bajó del vehículo con una bandeja llena con cafés, y se detuvo para hablar con Dominic. La energía le tensó los hombros a Travis como hacía meses que no pasaba. El espíritu que le faltaba había vuelto, insuflándole oxígeno en un cuerpo que había sentido alicaído y lento desde que lo expulsaron de la liga. El catalizador para el cambio debía de ser la posibilidad de un nuevo trabajo. Un nuevo objetivo. En eso era en lo que debía concentrarse. En conseguir que su nombre fuera el primero de la lista.

Le habían ofrecido una alternativa. Conseguirla no iba a ser nada fácil.

Poco después, Travis saltó del nuevo porche y aterrizó con las botas de seguridad sobre una mezcla de polvo y escombros. Stephen asintió con la cabeza a modo de saludo mientras esbozaba una sonrisa. Travis solo atinó a hacer una mueca mientras se reunía con los demás, porque el sentimiento de culpa se le enroscaba en el estómago como una serpiente. La queja de Georgie del día anterior encerraba una gran verdad. Era mucho más que la hermana pequeña de alguien. Muchísimo más. Eso no cambiaba el hecho de que él hubiera traspasado una línea muy clara. Habría consecuencias.

—Te he traído uno —dijo Stephen—. Negro, ¿verdad?

—Sí. Gracias.

Su mejor amigo se dio un tirón del cuello de la camisa.

—Estaba contándole mi teoría a Dominic.

Travis levantó una ceja.

—¿Qué teoría?

—Ha habido desplazamiento en el universo. —Stephen meneó la cabeza—. Kristin tiene un secreto. No deja de cotillear con mi madre por teléfono. —Bajó la voz y siguió con un susurro teatral—: Las mujeres traman algo.

La mirada de Dominic se tornó perdida.

—Rosie ha estado escondiendo periódicos debajo del colchón. ¿Eso apoya tu teoría?

—Puede. —Stephen frunció el ceño—. ¿Por qué lo hace?

Dominic se encogió de hombros a modo de respuesta y se encendió un cigarrillo, cuyo humo soltó en dirección al sol poniente.

Por supuesto, Travis sabía de qué se trataba. La Liga de las Mujeres Extraordinarias. En cualquier otro momento, se habría guardado lo que sabía, pero no era el día adecuado para mentirle a Stephen. No cuando ya estaba metido en un buen marrón.

—Han creado un club. Que yo sepa, solo lo forman Rosie y tus hermanas. Pero no creo que lo hayan creado para hacernos la vida imposible. Es más como… una especie de sororidad entre adultas.

—Mi mujer pertenece a un club —masculló Dominic al tiempo que apretaba los dientes—. ¿Y dices que solo para mujeres?

Travis asintió con la cabeza, y Dominic se relajó.

Sin embargo, Stephen estaba tenso y lo miraba fijamente, sin duda preguntándose cómo sabía lo del club. Consciente de que ya no podía retrasar la confesión, le dijo a Dominic sin mirarlo:

—Oye, colega, ¿nos dejas un momento?

Se percató de que Dominic los miraba, primero a uno y luego al otro.

—Claro.

—Casi mejor te llevas el café caliente.

Eso hizo que los otros dos se quedaran quietos un segundo, pero Stephen pareció desterrar cualquier sospecha que hubiera imaginado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó al tiempo que soltaba la bandeja con los cafés en el techo del monovolumen en vez de dársela a Dominic—. No te he visto tan nervioso desde que rompiste el eje de mi bici intentando saltar aquella zanja en primero de Secundaria.

—Al final lo conseguí. —Travis esperó a que Dominic se marchara, pero se dio cuenta de que no parecía querer alejarse mucho. Muy listo—. Stephen,

ha pasado algo con Georgie.

Su amigo se quedó blanco.

—¿A qué te refieres? ¿Está bien?

—Sí —se apresuró a contestar al darse cuenta de que lo había dicho de la peor manera posible—. ¡Dios! Sí, está bien. —Él mismo tenía el corazón en la garganta al imaginarse que Georgie estaba herida o algo peor. Eso lo alteró tanto que tardó un minuto en continuar e incluso después le latía el corazón a mil por la preocupación—. Al menos, lo estaba cuando se fue ayer de mi casa.

—¿Qué? —preguntó Stephen en voz baja, con un deje peligroso—. Espero que estés bromeando.

—No bromeo. Me llevó a casa desde el pueblo y... —Se pasó una mano por la cara para no ver la expresión traicionada en la cara de su amigo—. Las cosas no llegaron tan lejos como podrían haber llegado, pero eso no lo excusa. Asumo toda la responsabilidad.

Cuando volvió a abrir los ojos, Stephen estaba andando en círculos.

—¿Qué cojones, Travis? ¿Por qué? Se ha abierto la veda contigo en este puto pueblo, ¿y eliges a Georgie? Puedes conseguir a la que quieras.

—No quiero a otra.

Stephen levantó las manos.

—¡Madre del amor hermoso!

Travis meneó la cabeza.

—No he querido decir eso. —Porque no había querido decirlo, ¿verdad?—. No me he expresado bien. Me refiero a que no me interesa nadie. Mucho menos las mujeres que me persiguen por una apuesta. Georgie y yo... nos hemos hecho amigos. Y, créeme, estoy tan sorprendido como tú. —Un recuerdo de Georgie al entrar en su casa con las bolsas de la compra y una sonrisa forzada lo obligó a hacer una pausa—. Una cosa llevó a la otra. No lo vi venir.

¿Se refería a la amistad o al rollo que habían tenido?

¿O de algo totalmente distinto?

—Joder, Travis.

—Lo sé. —Desterró el recuerdo y cuadró los hombros—. Venga, dame un buen puñetazo, pero en la cara no. Estoy intentando conseguir un puesto de comentarista en una cadena familiar, y no me dejarían ponerme delante de una cámara si creen que voy a salir con los ojos morados.

Su amigo mostró un pelín de interés a su pesar.

—¿Un puesto de comentarista?

Travis asintió con la cabeza mientras agradecía que, al menos, le dirigiera la palabra.

—Para comentar los partidos de los Bombers en casa. Tengo que superar a unos cuantos rivales, pero estoy en ello.

En ese preciso instante, podría contárselo todo a Stephen. Tal vez incluso solucionar el problema de Georgie de una misma tacada. «No la tratas como a una adulta independiente y madura. Nadie lo hace». Eso le ahorraría a Georgie tener que fingir que salía con él. Sin embargo, estaría traicionando su confianza si le contaba a su amigo los motivos de su hermana para llegar a ese trato con él. Era físicamente incapaz de hacerlo.

No. La familia era el principal problema de Georgie. Si él le suplicaba a Stephen que empezara a tratarla con más respeto, podría salirle el tiro por la culata. Quizá incluso provocaría que los Castle se burlaran todavía más de ella. No pensaba ser el responsable de eso. De hecho, la simple idea de que alguien se metiera con ella hacía que le hirviera la sangre. La única manera de mantener el secreto de Georgie pasaba por conseguir que su familia también se creyera la farsa. No había vuelta de hoja. Como tampoco había manera de mitigar el sentimiento de culpa por mentirle a su amigo.

—Estamos saliendo. En plan relajado. —Miró a Stephen con expresión elocuente—. Ella lo entiende. Sabe que no busco nada serio.

Stephen se quedó boquiabierto.

—Travis, ¿de verdad eres tan imbécil? Mi hermana pequeña lleva enamorada de ti desde Secundaria.

Lo cegó un fogonazo. Se vio lanzado a un vacío sin sonido, como si se hubiera caído a un lago. Pero nadó hasta la superficie todo lo deprisa que pudo, porque seguro que no lo había oído bien.

—No, qué va. —La voz le sonaba rara. Ronca—. ¿Georgie? Te lo estás inventando.

—Me robó tantas veces el anuario para jurarle amor eterno a tu foto de último curso que acabé por darle el dichoso libro. —Se bebió medio café de los que había dejado en el techo del monovolumen—. Tenía tu póster de novato en el techo y todo. Y no me hagas hablar de los días de partido. Como alguien hablara cuando ibas a batear, le arrancaba la cabeza.

La imagen de Georgie sentada en las gradas con nachos en el regazo

acudió a su mente a través de un filtro totalmente distinto, acompañado de una floreciente comprensión. ¡Ah, sí! Por aquel entonces sentía algo por él. No había duda. ¿Cómo no se había dado cuenta? Claro que, a lo mejor, estaba tan acostumbrado a ser el centro de atención que lo había identificado como algo que merecía y no le había dado más importancia.

Estuvo a punto de cancelarlo todo en ese preciso instante. De ninguna de las maneras iba a ser el novio de esa chica, de pega o no, si estaba enamorada de él.

Sin embargo, Georgie no estaba enamorada de él. La idea era ridícula. Se había quedado colgada de la superestrella, no era más que un encaprichamiento adolescente. Él ya no era esa superestrella. Nada más lejos de la realidad. Y ella tampoco era ya la adolescente desgarbada de entonces. Si trataba a Georgie como si siguiera siendo aquella chica con *brackets* en los dientes, se pondría al mismo nivel que todos aquellos a los que ella quería dejarles las cosas claras. Los dos eran adultos. Distintos de los adolescentes que fueron cuando ella miraba el póster del techo. Joder, él había caído demasiado bajo para merecerse semejante devoción, mucho menos procedente de Georgie. Seguramente se reiría del encaprichamiento que sintió de pequeña. Antes de que lo descubriera durmiendo la mona y tentando a la población de ratas.

Decidió pasar de la espina que se le había clavado en la garganta al pensar en Georgie riéndose de su enamoramiento.

—Mira, no me van las relaciones serias. Y se lo he dejado bien claro a tu hermana. Si decide pasar de la advertencia, es cosa suya. Pero no creo que estés siendo justo con ella si no la crees mayorcita para darse cuenta de las cosas.

—¿Y si no lo hace y…?

Travis lo interrumpió, presa de la inquietud y el nerviosismo.

—¿Vas a pegarme o no?

Aunque dio la impresión de que Stephen quería añadir algo más, se encogió de hombros y soltó el café en el techo del monovolumen.

—Creo que tengo que hacerlo. —Levantó los puños y movió el cuello de un lado a otro—. Va a dolerme a mí más que a ti.

—Joder, hazlo de una vez.

Su amigo lo miró durante tanto rato que Travis se preguntó qué cojones estaba viendo. Al final, Stephen bajó los brazos.

—No, paso. Creo que vas derecho a algo mucho más doloroso.

Travis se quedó de pie junto al monovolumen con la sensación de que le habían pegado un puñetazo de todas formas.

13

Georgie rodó hasta quedar de espaldas en la hierba, riéndose a carcajadas mientras seis niños de cinco años se lanzaban sobre ella. El impacto de sus cuerpos le arrancó la peluca roja e hizo que el pelo saliera disparado en todas direcciones, tapándole la mitad de la cara y casi quitándole la esponjosa nariz roja. Un perro se unió a la fiesta y empezó a lamerle la cara mientras arrancaba risas a niños y padres por igual. Esa era la parte que más le gustaba de las fiestas de cumpleaños. El subidón de azúcar. Cuando los niños se volvían locos y perdían la timidez. Sí, la segunda mitad de la fiesta siempre era la mejor. También era la parte de la actuación en la que se hacía real la posibilidad de acabar con heridas físicas, pero eso eran menudencias.

Hablando de menudencias, habían pasado cuarenta y seis horas desde la última vez que vio a Travis. Habían acordado fingir que mantenían una relación y se habían dado un apretón de manos para sellar el trato, pero parecía que esperaban que el otro diera el primer paso. Si seguían la costumbre, sería ella quien iría a buscarlo y le impondría su presencia. Nunca había tenido reparos en hacerlo. ¿Tan malo era querer que fuese él quien diera el primer paso en esa ocasión?

¿Qué decía de su personalidad que hubiera tenido que crear distracciones para no ir a buscarlo? ¿Que era proactiva? Menos mal que dichas distracciones habían sido superproductivas. En los dos últimos días, había hablado con un diseñador que se encargaría del nuevo sitio web para su empresa y había publicado anuncios en busca de trabajadores autónomos. Todavía no tenía dinero para pagar una nómina, pero ya llegaría. Tener un plan la llenaba de confianza y le daba la sensación de estar consiguiendo cosas.

Sintió una especie de caricia en la nuca y miró a su alrededor, suponiendo que uno de los padres intentaba llamar su atención. Pero no. Todos estaban junto a la mesa de los aperitivos, cotilleando. Así que ¿por qué sentía ese hormigueo en la piel?

Miró hacia la puerta de entrada y vio a Travis observándola por encima de los postes blancos, con una sonrisa torcida en esa cara tan masculina y atractiva. Empezó a vibrarle todo el cuerpo y se le secó la boca. ¡Madre del amor hermoso! Su imaginación lo había conjurado.

Travis estaba dando el primer paso.

—Este va a ser tu futuro, Georgette Castle —dijo una de las madres mientras pasaba por el montón de niños tirados en el césped, con una caja de *pizza* en las manos—. Seguidme, juerguistas.

La sonrisa de Travis se esfumó enseguida. Levantó una mano para quitarse las gafas, y allí estaban sus ojos. Muy intensos. Atravesándola como si ella fuera un puzle de mil piezas y provocando el caos en su caja torácica.

—¿Travis? —susurró al tiempo que se sentaba para colocarse bien la peluca mientras los niños la abandonaban en pos de la *pizza*—. ¿Qué haces aquí?

—He visto tu coche —contestó él con voz gruñona.

No añadió nada más y Georgie se percató de la incomodidad cada vez más evidente de su cuerpo, de manera que se echó a reír para rebajar la tensión.

—Parece que se te haya colado un parto en directo en tu muro de Facebook.

La broma no consiguió que relajara los hombros. Claro que ella tampoco estaba muy tranquila. Al menos por dentro. Su corazón se sacudía como un pez moribundo. La última vez que lo vio, estaban medio desnudos en pleno orgasmo, así que era de esperar que hubiera nervios, ¿no?

¡Dios! Estaba para comérselo. La camiseta de manga corta de color gris jaspeado se amoldaba a la tableta de chocolate que tenía por estómago, y en su cara se veía el asomo de barba y unos ojos cansados. Parecía muy fuera de lugar en esa urbanización de casas unifamiliares, como uno de esos programas de caridad en los que un famoso deportista visitaba a un fan en su casa. Con esos hombros anchos y esos brazos fuertes. Ese era Travis Ford. Un soltero guapísimo con mucho talento llamado a una vida más ostentosa, pero al que habían mandado a vivir entre los mortales.

Y allí estaba ella, tirada en el césped con su disfraz de payaso.

Su sudoroso revolcón debió de ser un sueño.

Sin embargo, había soñado bastante con Travis como para saber distinguir la fantasía de la realidad. La realidad era muchísimo más práctica. Y no se trataba de una práctica en solitario, como era habitual.

Desde luego que quien estaba allí delante era el Travis Real, porque el Travis de sus Sueños nunca tenía los ojos cansados ni parecía titubeante. Pero ese hombre, sí. Y era el que ella había echado de menos.

Había echado de menos a su novio de pega.

¿Estaría loca por embarcarse en esa misión?

Nunca había temido que el Travis de sus Sueños le hiciera daño. Siempre podía meterse en otro sueño, ¿no? Uno mejor que terminase con él besándola bajo la lluvia de confeti durante el desfile por haber ganado las Series Mundiales. Pero cuanto más conocía al Travis Real, más empezaba a desvanecerse el Travis de sus Sueños, dejando al hombre real de carne y hueso, con sus complicaciones. Ese hombre la atraía mucho más.

Muchísimo más.

Travis parecía estar bloqueando con el cuerpo algo que tenía detrás, lo que la llevó a apretar los labios.

—¿Qué pasa? ¿Más fans en busca de autógrafos?

—Me está siguiendo un fotógrafo. —Levantó una ceja al ver que se quedaba boquiabierta—. Es ahora o nunca, chiquitina.

¡Dios! Tenía que llamarla justo así. Menos mal que llevaba el disfraz de payaso, porque el apodo hizo que se le erizara el vello de los brazos.

—¿Un fotógrafo? ¿Hablamos de un *paparazzi*? ¡Qué rapidez!

—Ya. —Carraspeó y apartó la mirada—. La cadena anunció anoche la lista de candidatos para la nueva voz de los Bombers. —Tenía una expresión algo desconcertada—. Yo... sigo en ella.

—¡Travis, qué bien! —Georgie se levantó de un salto, y la alegría hizo que quisiera abrir la puerta y estrecharlo entre sus brazos. En cambio, cuando vio la cámara en alto, chilló y se escondió detrás de su impresionante cuerpo —. ¡Uf! Ni siquiera pregunta.

—No, hay vía libre. —Esos ojos azules se desviaron hasta su boca y parecieron oscurecerse mientras levantaba la mano derecha para tomarle la cara por encima de la puerta—. Pero, aquí en la calle, podemos decidir lo que ven.

—Ah —susurró ella al tiempo que aspiraba su masculino olor—. Eso es bueno.

—¿Bueno? Puede. —Se pasó la lengua con gesto tentador por el carnoso labio inferior—. Los dos sabemos que puedo ser un poco malo —añadió y Georgie estaba segurísima de que iba a besarla, pero él acabó frunciendo el ceño—. ¿En el pueblo saben todos que quieres un montón de niños?

¿Qué tenía eso que ver con besarla?

—No todos —contestó con sinceridad mientras miraba esos ojos impenetrables—. Solo cualquiera que me vea con niños. Algo que pasa a menudo, porque, a ver… hago de payaso.

—Sí —replicó él en voz baja—. Es como si cobraras vida con ellos, ¿no? Más de lo habitual incluso. —Georgie quería regodearse con el cumplido, pero era evidente que estaba molesto por algo—. Relacionarte conmigo podría estropeártelo, Georgie. Podría resultarte difícil encontrar a un buen hombre después de estar conmigo. Aunque solo sea una fachada para las cámaras.

Solo para las cámaras. Cierto. ¿Por qué le costaba tanto recordarlo cuando lo tenía tan cerca, mirándola con algo parecido a la ternura? Su evidente preocupación hizo que tragar le resultara casi imposible.

—Si usa eso en mi contra, no sería un buen hombre para empezar. Y desde luego no sería alguien…

—Con quien formar una familia —terminó él en voz baja.

—Eso.

Siguieron mirándose fijamente por encima de la puerta, acercándose más poquito a poco. ¿Por culpa del fotógrafo? ¿O porque ella era físicamente incapaz de no gravitar hacia él?

—¿Travis Ford? —El hechizo en el que la había atrapado sin esfuerzo se rompió cuando el padre del cumpleañero la apartó a un lado y le tendió la mano a Travis—. Nadie me dijo que habían invitado a la leyenda local.

—No lo han hecho —replicó Travis, que le estrechó la mano, aunque seguía mirándola a ella—. Aquí mi novia es la encargada del entretenimiento, y nunca he tenido la oportunidad de verla actuar. ¿Te importa si…?

—Pues claro. —El hombre abrió la puerta de par en par—. Vamos. Te traeré una cerveza.

Travis le guiñó un ojo.

—Perfecto. Gracias.

Georgie lo miró con la boca tan abierta que podría cazar moscas mientras él se adentraba en una fiesta de cumpleaños infantil, haciendo que los padres le dejaran paso como sucedería con una estrella del pop en un estadio lleno. De la misma manera que cuando Travis paseaba por el pueblo, su presencia suscitó diferentes reacciones: entre los hombres, o bien querían estrecharle la mano con fuerza (más de la cuenta mientras separaban las piernas, como si estuvieran preparándose para hacerse colegas hablando de béisbol), o bien se alejaban en busca de sus esposas mientras intentaban no parecer inseguros. Entre las mujeres, algunas fingieron que no existía, seguramente porque no querían darle la satisfacción de saber que podría vender un millón de ejemplares del especial Body Issue de la revista *ESPN*; pero otras esbozaron sus mejores sonrisas y ladearon la cabeza en su afán por deslumbrarlo.

Y luego estaba ella, de pie en mitad del patio con la boca abierta de par en par, viendo a Travis ponerse cómodo, como si estuviera en su casa. Volvió de golpe a la realidad cuando una niña le dio un tirón de la manga de poliéster.

—¿Podemos tener ahora la fiesta de las pompas?

—¡Sí!

Tres niños que tenía detrás empezaron a gritar.

—¡A ver, que todo el mundo prepare las manos para atrapar las pompas! Voy a poner a punto la fábrica de pompas mágicas…

Cinco minutos después, Georgie corría de un lado para otro del patio con una máquina para hacer pompas por encima de la cabeza mientras dejaba tras de sí una estela de burbujas transparentes. Diez niños de cinco años la seguían entre carcajadas, aunque uno de ellos se separó del grupo para bailar al son de la canción de Kidz Bop que sonaba a todo trapo en la radio. Siempre había uno así.

—Muy bien —jadeó al tiempo que se colocaba las manos en las rodillas—. ¿Quién quiere que le pinte la cara? Puedo pintar dragones o zapatillas de ballet…

—¡Mi madre dice que me saldrá un sarpullido y que no puedo!

Una niña con rizos pelirrojos hizo un puchero.

—No quiero un sarpullido.

—Yo tampoco —dijo un niño, que se separó del grupo.

Acostumbrada al efecto dominó, Georgie sonrió y se arrodilló para quedar a su altura.

—¿Y si os pinto las manos para probar la pintura? Así veréis que no os sale ningún sarpullido.

—¡Prueba con mi madre!

—No la pruebes con mi madre. ¡Mi padre dice que es muy sensible!

Georgie miró con guasa al grupo de padres que los observaba, pero se quedó sin aliento cuando se percató de que Travis lo hacía con expresión inescrutable y los brazos cruzados por delante del pecho.

—Mmm... ¿Qué tal si le pinto la cara a un adulto? ¿Eso haría que os diera menos miedo?

Tal como sabía que sucedería, los niños estuvieron todos de acuerdo.

—¡Sí!

Antes de pensárselo bien, le hizo un gesto a Travis.

—Al señor Ford le encantará ofrecerse de voluntario. Saludad al señor Ford.

Se oyó un coro de saludos en el patio, mezclado con la carcajada queda de Travis.

Él soltó la cerveza y se acercó a ella con paso ufano. Un poco antes, había preparado la zona de maquillaje, con su mesita plegable y su taburete. Travis miró el banco de tamaño infantil con escepticismo.

—No esperarás que me siente ahí, ¿verdad?

Georgie parpadeó.

—Pero tienes que hacerlo. Es el taburete para pintarse la cara.

—Claro. —Se rascó el mentón, y a ella le dio un vuelco el estómago por el sonido que hizo, porque conocía muy bien la aspereza de esa barba en el cuello. Travis la miró a los ojos mientras se sentaba, con una sonrisilla en los labios, como si pudiera leerle el pensamiento—. Ya me tienes donde querías. —¿Cómo se atrevía a convertir en un momento sensual el hecho de sentarse en un taburete infantil?—. ¿Puedo elegir el diseño?

Georgie señaló hacia el hechizado grupo de niños.

—Deberíamos dejar que elija el cumpleañero.

Los labios de Travis temblaron por la risa contenida.

—Parece peligroso.

Jamás había trabajado en una fiesta en la que los padres dejaran de hablar para prestar tanta atención. Se podía oír el vuelo de una mosca en el

patio. Invitar a Travis a pintarle la cara era una mala idea. Pésima. Se daba cuenta de que estaban analizando cada uno de sus actos. ¿Por qué tenía que elegir Travis ese preciso instante para mostrar su lado juguetón?

En un intento por ocultar los nervios, Georgie miró al cumpleañero.

—¿Carter? ¿Qué me dices? ¿Le pintamos una mariposa? ¿O un minion…?

—¡Un perro!

Travis suspiró.

—Estoy encasillado.

Georgie contuvo una carcajada.

—Pues que sea un perro.

Mientras hacía todo lo posible para pasar de los ojos de Travis, que parecían clavados en cada uno de sus movimientos, mojó el pincel en pintura negra con la intención de empezar por la nariz. Dejó el pincel suspendido en el aire varios segundos, negándose a moverse aunque eso era lo que su cerebro le ordenaba que hiciera. Seguramente por su cálido aliento en la muñeca. Y por el roce de esa rodilla en la suya, con esas enormes manos de jugador de béisbol preparadas. Como si fueran a sentarla en su regazo al menor estímulo. ¿O eran imaginaciones suyas? Era muy posible que Travis estuviese sufriendo mientras ella experimentaba una sobrecarga hormonal.

—¡Yo tengo perro! Se llama Lola.

—El perro de mi primo mordió a una persona.

«Gracias, niños». De nuevo en su papel gracias a las voces, Georgie deslizó el pincel por la nariz de Travis a fin de pintar un triángulo invertido.

—El señor Ford es más de lametones. —Cerró la boca de golpe—. Qui-quiero decir…

Travis echó la cabeza hacia atrás, estallando en carcajadas, junto con varios de los padres.

—Cierra la boca —susurró ella con la cara como un tomate—. Ayúdame a salir de esta.

Él bajó la mirada a su cuello.

—¿Les digo cómo lo sabes?

¡Uf, por Dios! Aquello no estaba sucediendo. Se estaba convirtiendo en un payaso cachondo. Tenía los pezones tan duros que le dolían, y la voz sensual de Travis resonaba en su cabeza. «Virgen o no, llevas mucho tiempo soñando con montártelo conmigo, porque de lo contrario no te habrías

quitado la falda. Dime que tengo razón». Una gota de sudor le bajó por la columna y fue absorbida por las mallas de ciclista que llevaba debajo del disfraz. Eso era lo que pasaba cuando una chica llegaba virgen a una edad más que adulta, cataba a Travis y después volvía a estar a dieta. Que explotaba. No necesitarían una piñata en la fiesta, podrían recoger sus pedacitos del suelo.

Al cabo de un rato, Travis pareció darse cuenta de su problema, porque fue perdiendo la sonrisa poco a poco.

—Oye —se humedeció los labios, con la mirada un poco desenfocada—, piensa en aquella vez que te pasaste una hora dibujando la rayuela perfecta en el suelo antes de que Stephen y yo la borráramos a manguerazo limpio.

Al ver que el recuerdo no conseguía disminuir su excitación, Georgie supo que estaba en apuros, pero se esforzó por fingir que su método había funcionado a la primera.

—Tienes razón. Voy a convertirte en un perro feísimo —susurró—. Con gases.

—Así me gusta. Aunque no sé muy bien cómo vas a plasmar eso con pintura.

—Si se quiere…

Resultó que lo quería con muchas ganas, porque consiguió que Travis fuera feísimo por primera vez en la vida. Gracias a la magia del arte, hizo que sus mejillas parecieran belfos descolgados y que tuviera una nariz chata. La mueca que hizo al mirarse en el espejo provocó que tanto los padres como los niños estallaran en carcajadas, proporcionándole a ella una gran satisfacción. Pero nada cortó la atávica atracción física que sentía por él. Ni siquiera la cara perruna. Siempre le había parecido el hombre más atractivo de la Tierra, pero a esas alturas sabía que no hablaba de boquilla. Sabía que podría saciar los anhelos que llevaba dentro, de los que ni siquiera había sido consciente.

Aunque fuera en contra de la única regla que habían establecido, su cuerpo quería otro asalto.

Claro que su cuerpo no era su mayor preocupación. Era su corazón. Era una chica lista capaz de ser objetiva, ¿verdad? Así que solo tenía que mantener dicha objetividad mientras Travis la miraba como si fuera un manjar y todo saldría bien. ¿Era el único hombre capaz de llevarla a ese estado? Mientras guardaban todas sus cosas en silencio, ni siquiera logró

recordar una imagen nítida de la cara de Pete. Aunque ya no sería una opción en cuanto se corriera la voz de que estaba saliendo con Travis, ¿no?

Esperó la aparición del remordimiento, pero no hizo acto de presencia.

—Oye —dijo Travis al tiempo que se colgaba su maleta al hombro y echaba a andar a su lado mientras salían del patio—, me alegro de haberme colado en la fiesta. Sabía que eras buena, pero no que hacías el espectáculo completo de esta forma. Es mucho trabajo.

—Gracias. —Sintió el aleteo del placer sorprendido en el pecho—. No siempre ha sido tan organizado. Mi primer año como payaso fue más una serie de motines. Todavía sigo traumatizada.

—Los niños son duros de pelar. —Pasó un segundo—. ¿El trabajo con niños no ha hecho que descartes la idea de tener hijos?

—¡Qué va! —contestó sin titubear, con una sonrisa en los labios—. Hace que los quiera con más ganas. Verles la cara cuando sale la tarta y todos cantan el cumpleaños feliz… Es como si pudieras ver el recuerdo mientras se forma en su cabeza. Es mágico.

Percibía que Travis la observaba con atención. ¿A qué se debía el repentino interés?

—Tu madre me hizo una tarta cuando cumplí los trece —dijo él—. La única que he tenido en la vida.

Georgie se paró mientras sentía un nudo en la garganta.

—¿En serio? —Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no plantarle la cara en el pecho y echarse a llorar—. ¿De qué color era la cobertura?

Él soltó una carcajada carente de humor y apartó la mirada.

—Amarilla. Con las letras en blanco.

El lenguaje corporal de Travis le indicó que no hiciera más preguntas. Que ya le había hecho más que suficiente de momento. Pero, Dios, quería preguntarle cosas. Quería revivir todos los recuerdos en los que él estaba presente, pero para conocer su punto de vista.

—¿Lo ves? Recuerdos mágicos.

—Ya. —Tragó saliva, haciendo que su nuez se moviera, y soltó la maleta junto al maletero de su coche—. ¿Cómo me quito la pintura de la cara?

—No puedes. Cambié a pintura permanente cuando me diste la espalda. Buena suerte haciendo de comentarista con cara perruna.

—¡Qué graciosa!

—Tengo preguntas sobre nuestro plan.

—¡Vaya! Sí que te lanzas de cabeza. —Se acercó a ella—. Dispara.

Georgie se llevó una mano al estómago, que le daba vueltas.

—Vamos a darnos bastante el lote, por decirlo de alguna manera, para las cámaras —dijo en voz baja, consciente del hombre que hacía fotos con no demasiada discreción junto a su Honda azul a unos cuarenta metros de distancia—. Digamos que me llevas a casa y que alguien nos está siguiendo. Van a esperar que entres. Y… ¿qué pasa si hay s-e-x-o…?

—Dime que no acabas de deletrear la palabra «sexo».

—Lo siento, sigo en modo fiesta de cumpleaños. —Enderezó la espalda—. Si hay sexo…

Un padre carraspeó a su espalda. Con la cara como un tomate, Georgie se dio media vuelta.

—Solo queríamos una tarjeta —dijo un hombre con una gorra de los Giant que se negaba a mirarla a los ojos—. Ya sabes… esto… para el futuro.

—Sí, claro —repuso Georgie con un hilo de voz al tiempo que se sacaba una tarjeta del bolsillo y se la daba—. Hacemos fiestas especiales por Navidad. Espero su llamada. —Un segundo después, estaba a solas con Travis, que intentaba controlar la risa con un puño—. No tiene gracia.

—¡Venga ya! Sabes que sí la tiene.

—Intento mantener una conversación seria.

—Vas vestida de payaso y yo tengo la cara pintada de perro, chiquitina. Va a ser que no. —Travis le quitó las llaves del coche de la mano, abrió el maletero y metió sus cosas dentro. En cuanto todo estuvo guardado, rodeó el coche llevando en la mano la caja de toallitas húmedas que ella tenía en el maletero—. Ven.

—Puedo… —«Limpiarme la cara yo sola». Claro que no iba a hacerlo, porque era demasiado increíble que Travis le echara la cabeza hacia atrás para pasarle las frías toallitas por la boca, eliminando la enorme sonrisa roja de payaso. Después se las pasó por las mejillas, por la nariz y por la frente, y con más cuidado alrededor de los ojos. En realidad, no debía de haber tardado ni un minuto, pero fue una eternidad, porque su cerebro funcionó a cámara lenta, contando pestañas y preguntándose si había nacido con ese lunar debajo del ojo derecho o si le había salido algún verano de pequeño, y ninguno de esos pensamientos era productivo. Como tampoco lo era la corriente eléctrica que chispeaba entre ellos, acumulando energía de los cables de teléfono y de las casas cercanas, más y más energía, hasta que tuvo

que apartarlo de un empujón o arriesgarse a una multa por escándalo público—. Mu-muy bien, ya me encargo yo del resto.

¿Por qué de repente le estaba mirando Travis la boca de esa manera? Como un lobo que hubiera visto un cordero. ¿Había sentido tanto como ella lo que habían hecho? No le parecía posible cuando él había disfrutado de tantas mujeres. De mujeres que sí sabían lo que estaban haciendo. El sutil sonido de una cámara al hacer fotos le recordó a Georgie que solo era una farsa. Travis quería un trabajo en una cadena de televisión de imagen familiar y ella quería respetabilidad como adulta. Necesitaba recordarlo.

Travis carraspeó.

—Eres buena. —Sacó unas cuantas toallitas y devolvió la caja al maletero. La miró de reojo mientras se limpiaba el maquillaje con ayuda del reflejo de la luna trasera—. ¿Qué estabas diciendo?

—¡Ah, sí! —El valor necesario para mantener esa conversación se había alejado en una góndola de lujuria, pero le suplicó que volviera—. Esto… Muy bien, ya has oído lo que he dicho antes.

—Lo de acostarnos. —Apretó los dientes—. Sí, lo he oído.

—En fin, no vas a poder ver a nadie más para nada. Mientras esto esté en marcha. —¡Por Dios! ¿Qué estaba haciendo? Tenía que parar. No. Siguió—: ¿No vas a necesitar algo de… acción?

—Sí, Georgie. Mi supervivencia depende de ello.

—¿Te estás riendo de mí?

—Sí.

Le costó la misma vida no sacarle la lengua en respuesta.

—Solo digo que somos muy compatibles en las artes adultas y que seguramente podrías enseñarme mucho. De arte. Para pasar el tiempo.

—¡Dios! La de cosas que se pueden rascar de ahí. —Se pasó una mano por la cara mientras soltaba una carcajada carente de humor—. No he cambiado de idea. No vamos a repetirlo. Si queremos seguir adelante, los límites van a estar muy claros. —Apretó los dientes mientras la miraba de arriba abajo—. Da igual si hay cierta… atracción. Vamos a mantener la relación platónica. ¿Te parece bien?

Se sintió aliviada y decepcionada al mismo tiempo. Sin la magia de sus caricias, era bastante más probable que conservara intacto el corazón. ¿Por qué había insistido con el tema? Seguramente porque la otra tarde en su cama la había mirado como si fuera la última mujer sobre la faz de la tierra…

y no podía dejar de pensar en eso.

De acuerdo, muy bien. Mantener la relación platónica era necesario para su supervivencia.

Durante las próximas semanas, sería la novia de pega de Travis Ford. De pega. Mientras no se le olvidara, podría terminar ese acuerdo con la reputación de una mujer de mundo. Y su corazón tampoco acabaría hecho añicos. Mientras contuviera esa otra parte de su persona.

—¿Por qué parece aliviarte que no haya sexo? —Travis se masajeó la frente—. De verdad, Georgie, me desconciertas.

—¿Cómo quieres que reaccione?

—No tengo ni puta idea —masculló él, más para sí mismo que otra cosa —. Vamos a tomar algo.

—¿Qué? ¿¡Ahora!?

—Sí. —Tras un brevísimo titubeo, se inclinó hacia delante y la besó en la frente, y el sonido que hizo al tragar saliva podía compararse con el que hizo ella—. Nos sigue una cámara. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—¡Ah, claro! —Se obligó a esbozar una sonrisa coqueta, pero la expresión no se reflejó en su mirada—. Ya estoy hechizada.

—Estupendo —repuso él con sequedad—. Te veo en el Waterfront.

—¡Aaah! —Se giró de un lado a otro—. Elegante, elegante…

—Demasiado.

Lo miró con el ceño fruncido.

A Travis le temblaron los labios por la risa.

—Te quedas corta.

—Anda, vete ya —masculló ella al tiempo que lo apartaba de un empujón.

—¡Así estás perfecta! —le gritó Travis mientras se acercaba a su camioneta y le regalaba una sonrisa por encima del hombro que casi la derritió allí mismo—. Cuidado con el coche, chiquitina.

14

Travis tenía un motivo oculto para invitar a Georgie a tomarse algo mientras seguía con el disfraz de payaso: sería mucho más fácil no tocarla con esa tienda de campaña de poliéster. Por desgracia, le había mandado un mensaje para decirle que iba a pasarse por casa para cambiarse, así que llevaba esperando veinte minutos en el aparcamiento del restaurante con una creciente sensación de desasosiego mientras se preguntaba si aparecería de nuevo con la falda del otro día. La que se había quitado en su dormitorio antes de que él la tirase en la cama y la llevara al orgasmo a golpe de cadera. De un tiempo a esa parte, había estado pensando en meter las manos por debajo de esa falda más de la cuenta.

Como en ese preciso instante.

¿La cámara le había ofrecido la excusa perfecta para acercarse más a Georgie de lo que debería? Seguramente. Sin esa red de seguridad a cincuenta metros, lo más probable era que no se hubiera arriesgado a levantarle la barbilla para desmaquillarla. No besarla había supuesto una batalla, con cámara o sin ella. Descubrió que quería inclinarse hacia delante y preguntarle qué estaba pensando.

¿Se le habría pasado el encaprichamiento?

Sí. La respuesta era un rotundo sí. Había estado con mujeres que sentían algo por él y ninguna le había cantado las cuarenta como Georgie. Ninguna lo había desafiado ni lo había motivado. Cuando una mujer deseaba a un hombre, coqueteaba, ¿verdad? Había cierta danza. Desde luego que no se plantaba delante para proponerle que le enseñase las artes adultas. ¿No implicaba eso que usaría dichas lecciones… en otra parte en algún momento?

Se dio cuenta de que apretaba con todas sus fuerzas el volante y se obligó a soltarlo.

Sí. No tenía nada de lo que preocuparse por el enamoramiento de Georgie. Él no era el chico al que ella había observado desde las gradas. Ni el hombre al que había visto batear *home runs* desde su salón. Era un cabrón tridimensional que no pintaba nada con ella: una chica que aspiraba a formar una familia y a crear recuerdos mágicos.

No pintaba absolutamente nada con nadie.

Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el asiento. Caminaba por una peligrosa línea al fingir que salía con Georgie. Necesitaban ser convincentes cuando estuvieran en público, pero no en privado. Eso no era negociable, por más que lo contrario lo tentara. Y, joder, sí que lo tentaba. Bien podía admitirlo. Era capaz de excitarlo con un dichoso disfraz de payaso. Y como si eso no bastara para asustarlo, desde que conocía a la Georgie adulta, había pasado por todo un sinfín de emociones: desde el afán protector, pasando por el posesivo, hasta llegar a echarla de menos sin ambages.

Sin embargo, tenía un plan trazado. Solo hacía falta que lo siguiera. Lo más importante era no acostarse con ella si acababan a solas. De hecho, necesitaba evitar quedarse a solas con ella a toda costa. No había motivos para tentar a la tentación personificada. Si era capaz de mantener los pantalones en su sitio durante dos semanas, como máximo, sería Don Decente y ganaría el puesto de comentarista. Y podría largarse sin la preocupación de que Georgie se quedara colgada de él.

Listo.

Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y miró por el espejo retrovisor. El periodista del Honda azul estaba al acecho detrás de unos cuantos coches, en el aparcamiento, seguramente repasando las fotos que ya les había hecho. Ya estaban metidos de lleno. No había marcha atrás. Si no se habían convertido en la comidilla de todo el pueblo después de la fiesta del cumpleaños, lo serían en cuanto entraran en el restaurante juntos. Había elegido el Waterfront porque era el más concurrido de Port Jefferson, algo que era así desde que él era pequeño. Con una zona de comedor en la parte trasera y un bullicioso bar en la delantera, era punto de encuentro para jóvenes y mayores. Al atardecer de esa tarde de sábado, todos se reunirían en el Waterfront para una cena rápida y unas copas antes de que emprendieran la ruta de *pub* en *pub* hasta la meta que era la resaca del domingo: una

tradición de Long Island.

Las luces de unos faros iluminaron el interior de la camioneta. El coche de Georgie.

Travis abrió su puerta y salió, tras lo cual se dio media vuelta para apoyarse en la camioneta. Meneó la cabeza al ver que Georgie intentaba aparcar marcha atrás por tercera vez.

Estaba preparado para preguntarle por qué no aparcaba de cabeza sin más, pero se quedó sin palabras al verla. No llevaba falda esa vez, pero de todas maneras sintió el tirón en el estómago. Tal vez incluso más fuerte en esa ocasión. Había cambiado el disfraz de payaso por un vestido veraniego suelto y unas sandalias cuyas tiras le subían por las piernas para atarse bajo la rodilla. Se había recogido el pelo que llevaba escondido poco antes bajo la peluca naranja con una trenza, que le caía por un hombro. Mientras se acercaba a él, se percató del brillo de sus labios, que lo hacía pensar en bocados de fruta fresca.

La viva imagen de la chica buena de al lado…, hasta que se permitió mirarle las tetas. «Mátame, camión». Las tenía levantadas y bien pegaditas para enseñarlas por el escote en uve de su vestido. ¿Por qué no podía mirarle el cuerpo y mantener la objetividad? Jamás había tenido ese problema. Había pasado gran parte de su vida cruzándose con mujeres despampanantes, pero esa hacía que tuviera la sensación de que la ropa le quedaba demasiado estrecha.

Un chico que se cruzaba con ella en el aparcamiento se paró a mirarla. Después de sacarse un auricular de la oreja, dijo «Hola». Pero en plan «Hooola».

—Hola —contestó ella, que aminoró el paso hasta detenerse para mirarlo sin pisparse de nada—. ¿Necesitas algo?

Evidentemente sorprendido al comprobar que su baboso saludo hubiera obtenido una respuesta positiva, el chico retrocedió como un perro que hubiera visto un premio perdido.

—Ahora que lo dices…

—No, no necesita nada. ¡Dios! —Travis se interpuso entre ese idiota y Georgie, tras lo cual la pegó a su costado. Su irritación desapareció casi por completo cuando vio que estaba perpleja de verdad—. Cree que eres atractiva, Georgie. Solo que te lo ha dicho de puta pena.

—¡Aaah! —exclamó ella, justo cuando localizaba al reportero varios

coches más allá—. Y… —dijo antes de darle un codazo con gesto cómplice— ¿cuál sería la forma adecuada de hacerlo?

Todavía no habían entrado en el restaurante y ya corría el peligro de traspasar los límites. Bastaba con entrar en el local de la mano de Georgie. Invitarla a unas copas. Rodearle los hombros con un brazo. Las personas que había dentro captarían el mensaje, como también lo haría cualquiera que viese las fotos resultantes. No necesitaba inclinarse hacia ella como estaba haciendo, deslizándole la mano por el brazo desnudo para entrelazar sus dedos. No necesitaba llevarse dichos dedos a la boca y besárselos. Dos veces. Despacio.

—Estás preciosa, joder.

—Tienes razón —murmuró ella con la mirada clavada en los dedos que él seguía agarrando—. Esa es la forma correctísima de hacerlo.

Todavía con su sabor en los labios, atormentándolo por su falta de control, se dio media vuelta y la arrastró hacia el restaurante.

—Pues ya lo sabes.

—Un momento —dijo ella, como si le faltara el aliento—. ¿No deberíamos… hacer un reconocimiento?

Travis se detuvo y la miró.

—¿Cómo?

—Hacer un reconocimiento. Ya sabes… —Bajó la voz y dijo hablando entre dientes—: Reconocer el terreno. Ver quién hay dentro. Para trazar un plan.

—Ya he trazado un plan.

Lo miró con los ojos como platos.

—¿Te importa contármelo? Porque soy la mitad de este equipo.

Por encima del hombro de Georgie, se vio un fogonazo.

—Parece que estemos discutiendo.

—Problemas en el paraíso. Hoy en TMZ. —Lo miró con los ojos bizcos y él se descubrió conteniendo una sonrisa—. Vamos a discutir como no me pongas al tanto. Nunca he tenido un novio de verdad, mucho menos uno de pega.

—No tienes que recordármelo.

—¡Qué cruel!

Dejó de sonreír al oírla.

—No he querido ser cruel, Georgie. Solo soy muy consciente de que

tengo mucha más experiencia que tú.

Georgie se tiró suavemente del lóbulo de una oreja.

—¿Y tú has tenido una novia oficial?

A sabiendas de que le había ganado la mano, la miró con los ojos entrecerrados.

—Muy bien. Pero sé cómo convencer a quienquiera que nos vea de que eres mía.

¿Se había imaginado el estremecimiento que la recorrió?

—¿Cómo?

La respuesta de su cuerpo a ese monosílabo fue química. Esa mujer, cuyo cuerpo lo tentaba hasta un punto indecible, quería saber, con pelos y señales, cómo pensaba reclamarla a ojos de todos. Cómo podía hacer que todos creyeran que estaban revolcándose en la cama juntos. Por parte de Georgie solo era curiosidad, pero él no pudo evitar que le hirviera la sangre por el aparente desafío. Que no lo abrasara el deseo al mirarla por entero. Esos inquisitivos ojos y la sonrisilla traviesa que, joder, hacía que tuviera la sensación de que sí formaban un equipo. Esas tetas. ¡Dios, sí, sus tetas! El brillo de las farolas a ambos lados de la entrada hacía que parecieran suaves y muy tocables. La certeza de que nadie le había chupado los pezones antes de que él lo hiciera y que hubiera jadeado y se hubiera retorcido la primera vez que lo hizo no lo ayudaba en nada. Tal vez no volvería a chupárselos más, pero tendría que conformarse con lograr que todos lo creyeran.

—Ven aquí.

En esa ocasión, sí le quedó claro que Georgie se estremeció ante el cambio en su tono de voz. Dio un paso hacia delante mientras se tocaba la punta de la trenza, y él se quedó donde estaba, con la cabeza ladeada, hasta que no habría cabido ni una hoja de papel entre ellos. El calor corporal de Georgie se le coló en el estómago y descendió, despertando un ansia de la que debería avergonzarse, pero que al parecer no podía controlar cuando estaban cara a cara. Su brazo se movió por voluntad propia, rodeándole la cintura y pegándola a su cuerpo.

—Así que quieres saber cómo voy a hacer que todos sepan que eres mía, ¿verdad?

Georgie le puso las manos en el torso y lo empujó para apartarse.

—No.

El estómago se le revolvió en protesta.

—¿No?

Ella le dirigió una mirada elocuente.

—¿Ya se te ha olvidado que el trabajo que quieres es en una cadena de imagen familiar? —Batió las pestañas—. No deberías mirarme así.

Joder. ¿Por qué siempre perdía el sentido común cuando estaba con ella? ¿Por qué no podía mirarla y ver todos los motivos lógicos por los que entablar una relación física con ella sería algo malo?

Por no mencionar que tenía razón. Que la cámara lo pillara dándose el lote con una mujer más era la mejor forma de que tacharan su nombre de la lista.

«Con una mujer más».

No quería admitir que le parecía que Georgie no era nada de eso.

Asintió con un gesto seco de la cabeza y la condujo al interior del Waterfront, mientras los flases de la cámara estallaban a su paso. Salvo por la música que salía por los altavoces de la zona de bar, la estancia se fue quedando en silencio. Nadie habló ni se movió mientras la conducía a los taburetes libres que había más cerca. Notaba los ojos clavados en ellos (sabía que ella también debía notarlos), pero Georgie no apartó la vista de él ni un segundo. Eso hizo que el órgano que tenía en el pecho se le desbocara, y cuando por fin la sentó de lado en el taburete, la conversación que habían estado manteniendo se le había olvidado por completo.

—Esto… —Tragó saliva—. ¿Qué te apetece beber?

—He perdido la costumbre de pedir copas. En la mayoría de las fiestas a las que me invitan, solo sirven zumos de frutas. —Se humedeció los labios a cámara lenta. Al menos, así pasó en su cabeza mientras la miraba—. En la universidad siempre bebía vodka con limonada.

—¡Qué dulce!

—No me llames «dulce» cuando llevo mis sandalias de gladiador. —Lo miró con seriedad—. Más tarde voy a enfrentarme a un león; deberías venir.

Sintió que la calidez se le extendía por el pecho.

—No tiene nada que hacer.

Apartó los ojos de su sonrisa complacida y le pidió las bebidas al camarero. En ese momento fue cuando ella pareció darse cuenta de que todos los ojos estaban clavados en ellos. La vio quedarse sin aliento, de modo que se acercó a ella por instinto al tiempo que le colocaba una mano en el hombro.

—Esto se te da muy bien —susurró ella.

—¿El qué? —Cuando bajó la mirada, se descubrió pegado a ella mientras jugueteaba con su trenza—. ¡Ah! Sí, muchísima práctica —mintió sin alterarse, muy consciente de que jamás se había mostrado tan afectuoso. Se puso de vuelta y media por dentro al ver que a ella se le apagaba un poco la mirada por esa respuesta, así que se apresuró a remediarlo—. Háblame del club. —El camarero les puso las bebidas por delante y le ofreció el vodka—. La Liga de las Mujeres Extraordinarias. ¿Tenéis ya un lema?

—Todas para una. Y una para Paul. Paul es el *stripper* que contratamos para las reuniones.

Travis dejó una carcajada en suspenso.

—Es broma, ¿verdad?

—Pues claro. Nadie contrataría a un *stripper* llamado Paul. Tendría que hacerse llamar «Machoman Superdotado» o algo por el estilo. —Terminó con una carcajada—. La cara que has puesto...

—La misma que cualquiera que oiga eso de «Machoman Superdotado».

—Lo siento. —Sonrió con la pajita en la boca mientras bebía su primer sorbo—. No debería contarte información secretísima del club. ¿Se puede quedar entre nosotros?

Otra vez. La misma sensación de formar un equipo. Le... gustaba experimentarlo con ella.

—Soy una tumba, chiquitina.

Ella emitió un sonido débil.

—No me siento muy mal por hablar de mi hermana, ya que me robaba los caramelos de Halloween, pero la situación de Rosie es harina de otro costal.

—¿Tiene algo que ver con los periódicos que Dom ha encontrado debajo del colchón?

—¿Lo sabe y no ha dicho nada? —Asimiló esa información y se recompuso con evidente esfuerzo—. Pasando a otra cosa, ¿sabías que Bethany quiere dirigir su propia reforma?

Travis levantó una ceja.

—¿En serio? Creía que le gustaba encargarse del interiorismo y la decoración.

—Y le gusta, pero también quiere tomar decisiones sobre los cambios y usar un martillo.

Joder, eso lo entendía perfectamente. El día de la demolición era como el cielo en la tierra para los albañiles. Dejarse llevar mientras se derribaba una pared o se partía hormigón era una terapia cojonuda. No podía ser tan distinto para una mujer que quisiera liberar estrés.

—¿Ha hablado con Stephen?

Ella hizo un mohín con la nariz.

—Rechazó la idea.

—¿Stephen no quiere desviarse de la tradición? —resopló—. No te creo.

—¿No? Ya ha comprado la pegatina de bebé a bordo para el monovolumen. —Pasaron unos segundos—. Tradicional o no, debería darle a Bethany una oportunidad.

—¿Y si no lo hace?

—La buscará en otra parte. Y vamos a ayudarla. —Recorrió el borde de su vaso con un dedo—. Es el objetivo del club.

—Y Paul.

—Paul siempre.

Se miraron con una sonrisa. Que se desvaneció mientras se miraban fijamente. Demasiado tiempo. Hasta que una alarma empezó a sonarle en el estómago. Nada parecía fingido en esa situación, ni por asomo. La parte buena era que estaban logrando que los vieran como pareja, desde luego que sí. Parecía incapaz de mantener las manos lejos de ella. Sin una orden directa del cerebro, su pulgar siguió acariciándole el cuello al tiempo que pegaba el muslo a una de sus rodillas. Tenían las cabezas inclinadas hacia la del otro para hacerse oír por encima de la música, pero estaba tan cerca que podría oír un susurro. Joder, ¡qué bien olía!

—¿Y qué me dices de ti, Georgie? ¿Has hecho algún progreso con lo de la empresa de animación?

Su expresión se tornó deslumbrante, allí con la cara pegada a la suya, ofreciéndole un primer plano de cómo se movían sus pecas y de cómo sonreía.

—La verdad es que me ha tocado la lotería. Puse un anuncio en una web de empleo y he encontrado a varios artistas autónomos. El dueño de la empresa para la que trabajaban se mudó a Las Vegas, y buscaban un nuevo hogar. Me voy a reunir con ellos la semana que viene. —Agitó los hombros—. Si conectamos y son tan buenos como dicen sus referencias, podré empezar a aceptar el doble de fiestas.

—Es increíble —dijo con voz ronca—. Buen trabajo.

En ese momento, Georgie miró la mano que él le tenía puesta en la rodilla y pareció perder el hilo de lo que estaba diciendo.

—Ya. Esto… Y estoy trabajando con un diseñador para hacer un nuevo sitio web, y también voy a hacer un webinario de publicidad. Así que ahora básicamente me he convertido en Michael Douglas en *Wall Street*.

Así de preciosa estaría cuando saliera con otros. Cualquier hombre con el gen del compromiso activo y medio cerebro funcional le propondría matrimonio antes del postre. Y las ganas que tenía de besarla por culpa de los celos que le provocaba esa idea eran malísimas.

—Michael Douglas no estaría tan bueno como tú con ese vestido —replicó, ya que era evidente que la cabeza que tenía sobre los hombros no era la que hablaba.

—Tendría que quitármelo para que se lo probara él —susurró ella, y fue como si el bar que los rodeaba se difuminase—. Solo para asegurarme.

Sintió un deseo palpitante en las pelotas.

—¿Debería preocuparme por estar excitándome mientras hablas de Michael Douglas con un vestido?

—No. —La oyó tragar saliva—. Porque estás pensando en mí desnuda, no en el señor Zeta-Jones.

«Ahora sí que lo hago, chiquitina». Estaba pensando en ella con ese tanga dorado que había visto en una de las bolsas, en vérselo entre las nalgas. Estaba pensando que iba de camino a una cita con otro hombre con esas bolsas. Los celos le atenazaron de nuevo el estómago, una emoción a la que ni estaba acostumbrado ni sabía cómo manejar. En absoluto. El hecho de que sintiera celos por su culpa era una mala noticia.

Mientras le sonaba una alarma de advertencia en la cabeza, se apartó de ella y bebió un buen trago de cerveza mientras se obligaba a dejar de mirarla y a concentrarse en el bar. Tal como esperaba, el fotógrafo los había seguido al interior y en ese momento hacía fotos «discretas» con el móvil desde el otro lado de la estancia. Varios clientes los miraban, a algunos incluso los reconocía del pasado o desde que había vuelto a Port Jeff. Varios meneaban la cabeza, pero casi todos los miraban con evidente curiosidad.

—Dos Bates. —Alguien le puso una mano en el hombro, y cuando se volvió, descubrió un hombre más o menos de su edad al que no reconoció. Lo acompañaba una mujer que, con la cara muy colorada, intentaba

ocultarse tras la bebida. Tenían un mapa turístico desplegado en la barra.

—Soy Mike, y ella es Cheryl. —El desconocido se pasó una mano por la cara—. Le dije que no te diría nada, pero siempre has sido el elegido de mi mujer para ponerme los cuernos sin que yo pueda protestar.

Sintió que se le abría un boquete en el estómago al oír esas palabras. ¿Por qué no había considerado esa posibilidad? La de que su personaje lo persiguiera en público. El hecho de que Georgie fuera testigo hacía que resultara muchísimo peor que antes.

—¿De verdad? —Se obligó a esbozar una sonrisa tensa—. Es un honor.

El hombre soltó una carcajada y se volvió más hacia él, y Travis se arrepintió de inmediato de no haber cortado la conversación de raíz. El reportero ya había olido sangre y se acercaba a un lugar desde el que oír la conversación.

—Puedes meterla en tu ocupada agenda, ¿verdad? —siguió el tal Mike mientras señalaba con el pulgar por encima del hombro—. Así yo podría disfrutar por fin de una noche tranquila.

Travis asintió con un gesto tenso de la cabeza mientras la vergüenza afloraba a la superficie. Quería echarse a Georgie al hombro y marcharse.

—La agenda está llena por esta noche, colega —consiguió decir al tiempo que se disculpaba con Georgie con la mirada.

Saltaba a la vista que Mike no pensaba dejarlo estar.

—Pues que sea mañana. Ya deberías estar dispuesto para otra, ¿no? Ese es el estilo de Dos Bates. Darle y largarte...

La rabia lo abrumó. Estalló como el monte Santa Helena en su interior. La broma que acababa de hacer a su costa le revolvía el estómago, pero que sugiriese que iba a acostarse con Georgie y a dejarla tirada hizo saltar un interruptor, y lo vio todo rojo. «Esto es lo que piensan de mí». Golpeó la barra con un puño y se volvió, acercándose a Mike.

—¿Quieres reírte de mí? Adelante. Pero nunca, jamás de los jamases, hables de ella de esa manera, hijo de la gran puta —añadió de modo que solo él pudiera oírlo—. De lo contrario, lo único que colaré en mi agenda será darte una paliza. ¿Entendido?

Mike levantó las manos en señal de rendición, pero Georgie se interpuso entre ellos. Travis no podía verle la cara, pero la tensión de su cuerpo le indicó que estaba furiosa. ¿Por él?

—¿Cómo te atreves a hablarle así? Como si existiera para entretenerte.

No lo conoces. No es así. Ya no —añadió y retrocedió de un salto contra el pecho de Travis cuando la cámara empezó a hacer una ráfaga de fotos.

Travis le rodeó la cintura con gesto protector de forma automática, porque la necesidad de sacarla del restaurante lo estaba comiendo vivo.

—Chiquitina, vámo…

—Discúlpate… con mi novio. Ahora mismo, por favor.

—Esto… —mascculló Mike, con la barbilla pegada al pecho—. Lo siento, me he pasado de la raya.

—Gracias —resopló Georgie.

Con el corazón en la puta garganta, Travis observó a la hermana pequeña de su mejor amigo reconvertida en mujer de armas tomar beberse el vodka de un trago antes de golpear la barra con el vaso y volverse hacia él con expresión desconcertada.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí —logró decir con voz ronca y lanzó unos billetes a la barra tras lo cual la guio para rodear a Mike y a Cheryl de camino a la salida. Andaba como sumido en un trance, apenas consciente del fotógrafo que los seguía, aunque el hombre estaba hablando en voz baja y apresurada por teléfono en ese momento. ¿Se podía saber qué acababa de pasar? Estaba a punto de hundirse en el pozo de la vergüenza, y en un abrir y cerrar de ojos, tenía la impresión de que lo estaban sacando a hombros del campo.

Ni siquiera después de haber accedido a esa farsa con Georgie esperaba perder de golpe y porrazo su imagen de seductor. ¿Qué sentido tenía intentar cambiar la opinión pública cuando ya habían tomado una decisión? ¿Se había estado subestimando? ¿Lo defendería ella con semejante convicción de no ser así?

Llegaron al aparcamiento y se dirigieron sin necesidad de hablar hacia el coche de Georgie.

—En fin —la oyó decir—, esta noche no te habrá convencido de que dejes de pedir comida a domicilio para cenar, ¿verdad?

—Georgie —gruñó al tiempo que la detenía junto a la puerta del conductor. Ella echó la cabeza hacia atrás, haciendo que reparase en los mechones de pelo que se le habían escapado de la trenza mientras la luz de la farola se reflejaba en el brillo de sus labios. Despampanante. Cabreada también. Por él—. Gracias. —Fue incapaz de ocultar la incredulidad que sentía—. Nadie había hecho eso por mí jamás.

—¿El qué?

Le puso la mano en la nuca y dejó que sus dedos se le metieran entre el pelo. Joder, era maravilloso tocarla. Sobre todo cuando soltó ese suspirillo y se pegó a su palma.

—Defenderme.

Ella lo miró fijamente un par de segundos.

—¿Cuánto tiempo llevan hablándote así?

—Bastante —susurró mientras le latía el pulso en las sienes.

—Pues no deberían. Te mereces algo mejor —replicó ella, que se puso de puntillas para darle un dulce beso en los labios, justo cuando se producía una sucesión de fogonazos que hizo que ella pusiera los ojos como platos. Volvió a echar el peso sobre los talones y se apartó de su mano—. Yo… Esto que tenemos entre nosotros… conseguirá que paren, ¿no?

«Esto». «Esto». El trato que habían hecho, que acabaría cuando los dos estuvieran satisfechos con los resultados.

«Por eso estás aquí».

—Sí —consiguió decir, aunque se moría por apoyarla contra el coche y apoderarse de su boca hasta dejarla sin aliento, y a la mierda con la imagen de personaje familiar que quería conseguir. Que Dios lo ayudara, pero fue incapaz de controlar el cuello para no inclinarse y respirar una vez, dos, contra su boca—. De eso se trata, ¿no? —Lo dijo más para recordarse que su relación no era real. Pero lo invadió la decepción cuando Georgie captó la indirecta, se apartó, se subió al coche y se alejó del aparcamiento.

Pasó junto al exultante fotógrafo en dirección a su camioneta mientras rezaba para que esa noche hubiera bastado. Porque esa relación de pega iba a matarlo antes de conseguir el trabajo… o empezaría a parecer demasiado real antes de que se acabara.

15

Georgie se despertó de la siesta con treinta y un mensajes de texto y catorce llamadas perdidas.

También tenía una barrita de cereales a medio comer pegada en la frente, pero de eso era mejor no hablar.

Se incorporó de golpe, se quitó un trocito de chocolate de una ceja y se lo llevó a la boca mientras se encogía de hombros.

A media mañana, tuvo una fiesta de cumpleaños para un niño de un año, que debería haber sido fácil, pero las dos hermanas de la organizadora se habían resfriado y no había nadie que ayudara a decorar y servir la comida, así que le había tocado hacer doble trabajo. También se llevó una buena propina, aunque no era necesaria. Agradeció mucho más la franqueza de la mujer mientras emplataban láminas de manzana y buscaban cerillas en la casa para encender las velas de cumpleaños. Se enfrentaron a la tarea juntas, en vez de ser empleada y empleadora.

Casi podría decirse que su experimento con Travis ya estaba funcionando, pero no podía ser cierto. No había pasado el tiempo suficiente para que la gente se enterara y...

Ya espabilada del todo, miró de nuevo el móvil. Ah, era eso.

Lo de Travis era la noticia del día.

Sus amigas, que llevaban meses sin molestarse en enviarle un solo mensaje, habían hecho acto de presencia y tenía cinco mensajes de cada una de ellas.

¿Estás saliendo con Travis Ford?

¿Ya has… ejem… has visto el segundo bate?

¡Qué calladito te lo tenías!

Georgie frunció el ceño sin apartar la mirada del móvil. Ese tipo de preguntas no eran extrañas entre sus amigas y ella, pero leerlas hacía que experimentase un vacío. No sentía emoción alguna por responderles y contarles más de la cuenta, como acostumbraban a hacer cuando tenían novios antes de que el tiempo y la distancia provocaran un distanciamiento. Dado que todo era un engaño, obviamente no existía el típico impulso femenino de contarle algo a chillidos a sus amigas.

Sin embargo, no solo era eso. Al leer los mensajes, recordó a la pareja de la noche anterior en el Waterfront. Su forma de tratar a Travis, como si fuera un chiste, y el hecho de que él hubiera permitido que ocurriese, hasta cierto punto, como si lo tuviera merecido. Se levantó de la cama con renovada irritación y siguió revisando el montón de mensajes y llamadas perdidas. Casi todos eran de su madre, y en ese caso prefería pasarlos todos por alto como una cobarde. De momento. A Vivian Castle no le gustaba vivir en la inopia, así que en breve se enfrentaría a un ataque pasivo-agresivo, pero ya se preocuparía por eso a su debido tiempo.

Bethany había llamado varias veces. Nada de Stephen. ¡Ja, qué raro! No sabía si eso la sorprendía o no. Por un lado, su hermano no se interesaba por su vida social. Por otro, estaba saliendo con su mejor amigo. De cara a la galería, al menos. ¿Se lo habría contado Travis? Por alguna razón, la posibilidad de que hubiera tomado esa decisión hizo que sintiera mariposas en el estómago.

A lo bestia. Algo que era una estupidez.

Aunque a lo mejor le había dicho que todo era de pega.

Las mariposas dejaron de batir las alas. Quizá por eso Stephen no la había llamado. Se habría limitado a menear la cabeza en privado por las últimas travesuras de su hermana pequeña.

Sin embargo, no tenía tiempo para seguir analizando el tema. Esa noche era la reunión de la Liga de las Mujeres Extraordinarias, y cuanto antes se enfrentara al pelotón de fusilamiento —también conocido como su hermana —, mejor. Había prometido ser más comunicativa con ella, pero ¿tan malo sería guardarse el secreto por el momento? ¿Dejar que todos creyeran que Travis y ella eran pareja de verdad?

Resuelta a tomar la decisión durante el trayecto, se apresuró a ducharse y

después se puso una de sus nuevas mallas ajustadas y un jersey holgado de cuello de pico. De camino a la puerta, se calzó unas bailarinas y llegó a casa de Bethany en tiempo récord. Antes de atravesar la puerta principal, respiró hondo y se preparó para el aluvión de preguntas. En cambio, su hermana sorbió por la nariz y Rosie la miró preocupada.

—Pues hola.

Eso fue el detonante para Bethany. Su hermana se pellizcó el puente de la nariz y empezó a pasearse de un extremo a otro de la cocina.

—¿Cómo que «Pues hola»? ¿Se hace viral una puta foto tuya besando a Travis Ford en el aparcamiento del Waterfront y no contestas llamadas?

La confusión de la siesta más las prisas por salir de casa habían hecho que olvidara por completo investigar cómo se había enterado todo el mundo de lo suyo con Travis.

—¿De qué foto hablas?

—¡Elige una! Hay como… —Bethany levantó su iPad de la encimera de mármol y pasó un dedo furioso por la pantalla— Once. Doce…

«¡Ay, no! Esto se nos ha ido de las manos». Sintió un nudo en el estómago mientras se dirigía al otro extremo de la cocina.

—Déjame ver. —Un vistazo a la pantalla y puso los ojos en blanco—. Esto no es viral. Esto es el periódico del pueblo, el *Port Times Record*.

—Es viral para Port Jefferson —replicó Bethany—. Y la foto en la que estás en la barra, regañando a ese hombre, salió en *SportsCenter,* así que no solo ha aparecido en las noticias locales. Lo comentaron hasta en «Las mejores jugadas de la semana», Georgie. Mamá me ha dicho que papá estuvo a punto de atragantarse con un hueso de pollo.

Georgie se sentó en un taburete, maravillada por el rostro que la miraba desde la pantalla. ¿De verdad esa mujer que parecía tan feroz y apasionada era ella? Sí, lo era. Y fue incapaz de arrepentirse por haber defendido a Travis. Ni por un segundo. No pudo evitar sentir de nuevo mariposas en el estómago al ver la foto del beso, aunque sabía que el sentimiento que lo impulsaba era artificial. Solo se trataba de una muestra de afecto para la cámara. Sin embargo, el corazón empezó a latirle con fuerza al llegar a la última foto. Travis la seguía por el aparcamiento con una expresión en su apuesto rostro que jamás le había visto. Quizá se debiera al ángulo de la cámara. Travis jamás demostraría el menor anhelo por ella. Ni de broma.

—Mmm… —murmuró—. ¿Así que papá se atragantó con un hueso de

pollo?

Bethany estampó la palma de una mano en la encimera.

—¿Qué está pasando?

—Quedamos para salir. —En busca de una aliada, se volvió hacia Rosie, que fingía una repentina fascinación por un vaso de tequila lleno hasta arriba—. Decidimos que eso estaba permitido.

—Lo está. ¿Pero él, Georgie? ¿¡Travis!?

—Sí, Travis. —La indignación se apoderó de ella con rapidez y ferocidad. No era solo la pareja del Waterfront. Era todo el mundo, ¿verdad? Todo el mundo lo consideraba un símbolo sexual descerebrado. Hasta el punto de que tenía que salir con el payaso tonto de las fiestas de cumpleaños del pueblo para que la gente lo tomara en serio. Ambos querían exactamente lo mismo, ¿verdad? Ni más ni menos. No le diría a nadie que su relación era una farsa. Se mostraría orgullosa de su falso novio—. No lo has tratado desde que volvió. Ya no se le considera un mujeriego ni mucho menos.

—Sí, pero ¿ha dejado de serlo de verdad? —Su hermana soltó el aire de golpe, y Georgie se percató de que estaba deseando decir algo más, pero logró contenerse—. Supongo que no has hablado con mamá. Tiene derecho a que le cuentes este tipo de información, y haberse enterado por la tele ha sido un mazazo. El próximo domingo te enfrentarás a su cara de «Estás sentenciada» cuando vayamos a cenar.

Georgie se sobresaltó. Su familia estaba muy unida, pero como estaban tan ocupados, sus cenas eran más bien de tipo espontáneo. Ella aparecía para el almuerzo o Stephen se pasaba por casa con unos *bagels* y satisfacía la necesidad de su padre de hablar de la empresa. Las cenas formales con todos presentes solo se organizaban cuando alguien lo solicitaba.

—¿Cena de domingo? ¿Quién la ha convocado?

—Yo. Voy a dar la noticia de que empiezo a trabajar por mi cuenta. —Bethany la miró por encima de la nariz—. Si hubieras llegado a tiempo, lo sabrías.

—Lo siento. Estaré allí. Por solidaridad y tal. Blablablá.

—¿Vas a traer a Travis?

Se puso colorada. ¿Llevar a Travis a una cena familiar? Casi mejor se colgaba en un museo para que todo el mundo pasara por delante y la destrozara.

—Se lo preguntaré.

Rosie le frotó la espalda trazando un círculo.

—¿Quedaste al final con el de la chimenea?

—No. Me surgió otra cosa —contestó. Pero al mirar a Rosie y ver su expresión suave y alentadora, el sentimiento de culpabilidad la golpeó con fuerza—. Rosie, tengo que decirte una cosa. De verdad que no tengo ninguna excusa para no haberte llamado antes… Es que he estado muy distraída. Pero puedes darme un puñetazo en el estómago después si lo necesitas.

Rosie retiró la mano despacio.

—¿Qué pasa?

—Dominic sabe que escondes los periódicos debajo del colchón. Se lo mencionó a Travis. —Miró a su amiga con expresión contrita—. Es mejor que busques un nuevo escondite.

Las mejillas de Rosie se sonrojaron.

—¡Oh!

—Lo siento.

—¿Por qué lo vas a sentir? —Rosie señaló la botella de tequila, invitándola a que se sirviera una copa con un gesto que todo el mundo entendía—. A ver, que tú no eres el hombre adulto que pasa por completo de su mujer en vez de preguntarle qué está haciendo y mantener una conversación normal. Eso sería demasiado pedir. ¡Qué estúpido! ¡Qué imbécil! —Se tapó la boca con una mano.

Tras servir una ronda de chupitos, Bethany se hizo con un bolígrafo y escribió algo en un bloc de notas que tenía cerca.

—Esta semana tendremos que reunirnos dos veces. Es imposible que hablemos de hombres y hagamos cosas importantes.

—¿Bethany? —dijo Georgie.

—¿Qué?

—Olvida la agenda.

Su hermana mayor soltó el bloc.

—Rosie, ¿puedo sugerir que, en vez de esconder periódicos debajo del colchón, mañana dejes una rata muerta?

—Estaba pensando más bien en mi vibrador. Últimamente me da más cariño que Dominic —replicó Rosie, mirándolas con timidez—. El tequila me suelta la lengua.

—Para eso estamos aquí. Para hablar de todo —murmuró Georgie, mientras se compadecía de su amiga por sus problemas de pareja—. ¿Has

encontrado ya un local comercial para el restaurante?

—He visto uno —susurró Rosie—. Uno que me gusta. Pero no estoy preparada para… —Meneó la cabeza—. Todavía no estoy preparada. Por ahora voy bien con mis periódicos.

La puerta principal de la casa de Bethany se abrió de golpe, y Kristin entró con una cesta llena de magdalenas.

—Hola, guapas —dijo con su acento sureño de Georgia—. Me he enterado de que teníais una reunión esta noche y he venido para unirme al club.

Bethany miró con los ojos entrecerrados a su cuñada, que estaba ya junto a la encimera, repartiendo las magdalenas en distintos platos.

—¿Cómo sabes lo del club?

—Stephen se ha enterado por tu madre.

—¡Mierda! —murmuró Bethany—. ¿Por qué le contamos cosas a esa mujer? Es como un colador y, sin embargo, seguimos informándola de todo.

—Así que se trata de hacerles la puñeta a los hombres, ¿no? —siguió Kristin con entusiasmo, al tiempo que se sentaba en uno de los taburetes de la isla con un elegante movimiento mientras levantaba tres platos de magdalenas—. Si es así, cuenta conmigo. Voy a dejar a tu hermano. Esta vez ha metido bien la pata.

Georgie se mordió el labio inferior para no reírse.

—¿Qué ha hecho Stephen?

Kristin resopló.

—Le preparé el almuerzo para que se lo llevara esta mañana al trabajo. Pollo con nueces pecanas, panecillos recién horneados y una ensalada de pepino. ¿Os podéis creer que se lo dejó en el frigorífico? —Soltó los platos con estrépito, cerró los puños y los apoyó en las rodillas—. Lo habría perdonado, pero esta tarde al llegar a casa del trabajo no ha dicho ni pío al respecto. Ni que ha sufrido por no haberse comido mi pollo ni lo horrible que ha sido el almuerzo por haber tenido que conformarse con comida rápida. Nada de nada. Así que he esperado a que se metiera en la ducha y me he largado. No voy a consentir que me menosprecie.

—Kristin —dijo Rosie—, quizá solo estaba cansado por el trabajo y el cerebro no le funcionaba bien. Seguramente tarde o temprano abrirá el frigorífico y recordará que se le olvidó llevarse tu pollo.

—Además —añadió Bethany con fingida sinceridad—, justo estábamos hablando de meteduras de pata y…

—Pollo con nueces pecanas —la interrumpió Georgie con suavidad, dándole unas palmaditas a Kristin en el brazo e intentando disimular que su queja le parecía ridícula—. Uno de sus platos favoritos, ¿verdad, Kristin?

—No lo sé. —Miró hacia el techo—. Ya no lo sé.

Al otro lado de la isla, Bethany empezó a contar hacia atrás articulando las palabras con los labios.

«Tres, dos…».

Se oyó el chirrido de las ruedas de un vehículo que se detenía en el exterior, seguido de un portazo y de unos pasos furiosos que avanzaban por el camino de entrada. La puerta de la casa de Bethany se abrió sin que llamaran y allí apareció Stephen, con los pantalones de un pijama de franela y una sudadera, y el pelo todavía húmedo por la ducha.

—Kristin, sube a la camioneta.

Su mujer se mantuvo firme, sin moverse del taburete, y se negó a volverse para mirarlo.

—Esta es la gota que ha colmado el vaso —replicó con un deje trágico en la voz—. Disfruta de tu vida de patatas fritas y carne falsa.

Stephen señaló a Bethany.

—Esto es culpa tuya. Le has comido la cabeza con tus ideas.

—¡Eres tú quien se ha dejado en el frigorífico su pollo con nueces! —estalló Bethany—. Esas tonterías son importantes.

—Anda, ahora sí se lo parece —dijo Georgie con retintín mientras extendía un brazo hacia el tequila.

—Mira quién fue a hablar. Este club de mujeres —replicó su hermano, agitando una mano con gesto furioso— te ha sorbido el seso.

Georgie hizo caso omiso de la punzada de dolor que sintió en el pecho y mantuvo una expresión firme mientras rellenaba los vasos.

—Supongo que has visto las fotos.

—No me lo recuerdes. Sabía que acabaría pasando y sigo deseando no haberlas visto.

La esperanza sustituyó a la incómoda punzada que se le había clavado en el pecho y fue creciendo como un globo.

—¿Sabías que acabaría pasando? ¿Cómo?

—Travis me dijo hace un par de días que estáis saliendo —contestó sin más, como si sus palabras no hubieran conseguido que su hermana flotara hasta la luna—. Era solo cuestión de tiempo que todo el mundo se diera

cuenta. No hacéis precisamente buena pareja. Por una buena razón.

Bethany se puso del lado de Georgie con firmeza y miró a su hermano echando chispas por los ojos.

—Ni se te ocurra seguir por ahí. Ya ha tenido suficiente por esta noche.

El gesto de su hermano traicionó por un instante que estaba preocupado, incluso tal vez que se compadecía de ella.

—Georgie, te va a dejar tirada cuando se canse de ti.

—Eso es problema mío, Stephen. No tuyo —replicó ella con firmeza. Y, joder, qué bien se sentía no solo al enfrentarse a su hermano, sino al obligarlo a que la mirara con nuevos ojos. «Exacto. No solo soy la tonta de tu hermana pequeña».

—Muy bien —refunfuñó él al final—. Bastante tengo con mis propios problemas.

Kristin se puso en pie de repente.

—¿Ahora soy un problema?

—No. No, cariño, yo... —Stephen se pasó una mano por el pelo húmedo—. ¿Podemos hablar de esto en casa?

Su mujer se cruzó de brazos y esperó.

Su hermano movió los pies, nervioso.

—He echado mucho de menos tu pollo, Kristin. Iba a decirte que el olvido me ha arruinado el día, pero me puse a mirar el calendario y... Ya sabes, el que dice cuando estás... —Carraspeó con fuerza—. El que dice cuándo estás, en fin... ovulando. Así que mi idea era acabar con todo lo más rápido posible, para que pudiéramos... Bueno... Quería...

—Creo que lo hemos entendido —lo interrumpió Georgie, levantando una mano—. Tengo bastante claro lo que ha pasado y no necesito más detalles. ¿Quién está conmigo?

Todos levantaron una mano, incluyendo a Kristin y a Stephen.

—Ya puedes llevarme a casa, Stephen Castle —dijo Kristin, que alzó la barbilla—. Chicas, podéis quedaros con las magdalenas.

Apenas había terminado la frase cuando Stephen levantó a su mujer en brazos y se fue por donde había venido, cerrando la puerta de una patada y dejando la cocina totalmente en silencio. Sin embargo, Georgie aún tenía el pulso a mil por hora atronándole los oídos. Travis no le había hablado a Stephen sobre el trato que habían hecho. Su hermano no sabía mentir, así que no le cabía la menor duda. Había guardado su secreto. Había respetado

sus sentimientos sin que ella tuviera que pedírselo. Eso hizo que estuviera aún más decidida a cumplir su parte del trato. A validar las esperanzas de Travis de la misma manera que él lo estaba haciendo por ella. A formar parte de su equipo. Para lograrlo, necesitaba conocerlo mejor. Descubrir las cosas que había pasado por alto debido a su juventud.

—Vosotras estabais en el curso de Travis, así que recordáis lo que pasó con sus padres. Yo era más pequeña y no recuerdo bien los detalles. —Soltó una carcajada carente de humor porque cayó en la cuenta de algo—. Creo que es de lo único de lo que no hemos hablado.

Bethany hizo una mueca.

—Fue un divorcio bastante desagradable. Recuerdo oír a mamá y papá hablar del tema.

—¿Cómo de desagradable?

—Hubo una batalla por la custodia. Los padres de Travis no quedaron contentos con la sentencia del tribunal, así que lo utilizaron para cabrearse mutuamente. —Su hermana frunció el ceño—. ¡Uf! Esto me hace sentir mal por haber sido desagradable con él. Cambia pronto de tema, ¿te importa?

—Estaba tan pendiente de Dominic por aquel entonces que casi no recuerdo nada más —dijo Rosie—. Pero sí, me acuerdo de que siempre necesitaba que lo llevaran al instituto. Algunos días iba andando y otros, en autobús. A veces, lo llevaba tu madre. Era raro que sus padres lo llevaran.

—Iba de mano en mano —añadió Bethany—. No tenía mucha... estabilidad.

—De mano en mano —repitió Georgie en voz baja, y los latidos de su corazón parecieron ralentizarse junto con el tiempo, como si fueran a detenerse—. Eso es horrible.

«Siempre has sido el elegido de mi mujer para ponerme los cuernos sin que yo pueda protestar». Las palabras de la noche anterior le provocaron toda una serie de recuerdos. Travis en la prensa con una mujer nueva todos los días de la semana durante los primeros días de su carrera. Hasta que dejó de aparecer. Más o menos cuando empezaron a pasarlo de equipo en equipo sin darle apenas tiempo a familiarizarse con su taquilla del vestuario.

De mano en mano.

«Ya no soy el entretenimiento de nadie».

¿Habría tenido alguna relación estable en la vida? ¿Sabría lo que era?

¿Habría logrado alguien que se sintiera digno de mantener una relación

duradera?

Siempre había pensado sin lugar a dudas que Travis era su alma gemela. Pero eso fue antes de conocerlo. Esa idea procedía de un enamoramiento adolescente. ¿Lo que sentía por él desde que volvió a casa? No tenía comparación. Era algo profundo… Y aterrador.

No se hacía ilusiones de ser la elegida de Travis. Claro que no podía negar el extraño sentido de la responsabilidad de demostrarle que era digno de que encontrara y mantuviera a su lado a la mujer que eligiera. Aunque no fuera ella. Cuando nadie intentaba siquiera sacarlo del pozo sin fondo al que había caído, ella le arrojó fideos *lo mein* a la cabeza. ¿Tendría el valor necesario para dar un paso más?

Aunque su relación fuera una farsa, ¿y si ella lograba que pareciera real?

Lo bastante real como para que Travis se diera cuenta de lo que era capaz de hacer.

—Georgie, ¿estás bien?

—Sí —respondió, dándose unos golpecitos en los labios—. Mmm…¿Qué es lo siguiente en tu infame agenda?

Sin embargo, mientras Bethany se animaba y empezaba a leer lo que había escrito en el bloc de notas, Georgie estaba ocupada con sus propios planes.

16

Georgie le puso pegamento en barra al último recorte que iba a pegar en el tablero de inspiración para la fiesta de cumpleaños zombi y colocó la receta para hacer moco verde debajo de una imagen de hielo seco y una luz estroboscópica. Sus fiestas de cumpleaños estaban evolucionando. Por fin lo veía claro. Niños envueltos en rollos de gasa y arrastrando tripas falsas mientras caminaban a cámara lenta por el patio trasero e intentaban completar la búsqueda del tesoro del apocalipsis antes de que se acabara el tiempo. Hasta el momento, había organizado fiestas para niños de cinco años o menos, pero de repente había caído en la cuenta de que no organizarlas para los más mayores le suponía unas pérdidas enormes. Con esas edades, no se asustarían tan fácilmente, y los zombis nunca habían pasado de moda. Estaba deseando subir esa opción al sitio web.

En ese momento, llamaron al timbre y se levantó del suelo del salón de un brinco para ponerse en posición de combate, a punto de soltar un chillido.

Menos mal que los más asustadizos eran los menores de cinco años…

Tras recuperar la compostura, echó a andar hacia la puerta y la abrió. No había nadie al otro lado, pero quien hubiera llamado al timbre le había dejado algo. Tardó un minuto en darse cuenta de lo que era incluso después de agacharse para recoger el objeto.

Habían dejado un trofeo en el porche de su casa. Era barato y chillón, y llevaba una pequeña placa en la parte inferior que rezaba «GANADORA DE LA COMPETICIÓN PARA SALIR CON TRAVIS FORD». Salió hacia la calle con una mueca contrariada en la cara en busca de la persona que le había dejado el desagradable trofeo, pero no vio a nadie. De manera que cerró de

golpe la puerta de su casa mientras resoplaba indignada, echó a andar hacia la cocina y arrojó el trofeo al cubo de la basura, donde lo enterró debajo de los posos del café y de las cáscaras de huevo.

Acto seguido, empezó a pasearse de un lado para otro de la cocina. El trofeo hizo que se decidiera con más ahínco a demostrarle a Travis su valía. Tenía que ponerse en marcha. Ya.

Desconectó el teléfono del cargador y echó a andar hacia el salón, donde se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Ya les había enviado mensajes de texto a hombres, no era una novata en esos menesteres; pero como siempre había sido de las que se dejaban llevar por la amistad, nunca había tonteado por teléfono. Sin embargo, si iba a ayudar a Travis a ser consciente de su propio potencial, suponía que lo mejor era empezar poco a poco en vez de lanzarse de cabeza a la piscina.

Se frotó el teléfono contra los labios, tratando de conjurar el mensaje perfecto y fácil de leer. No podía dejar clara su verdadera intención, pero quería que él le respondiera como… si fuera novio. Su verdadero novio. La clave estaba en no olvidar que la relación era una farsa de cara a la galería y nada más. Frunció el ceño mientras se colocaba el móvil en el regazo y empezaba a teclear sobre la pantalla.

G: ¡Hooooola!

Eliminado.

G: Oye, ¿me has llamado? No he oído el tlf. Ahora q estoy disponible… ¿quieres q hablemos de lubricantes de sabores?

No.

G: Me han dicho q un café moca con caramelo y sal marina te pone de buen humor. Si estás libre, invítame a uno.

—¡Uf, esto está muy bien! —murmuró, con el dedo posado sobre el botón de enviar—. ¿Me atrevo a enviar este mensaje de texto tan bien pensado, o me acobardo?

Levantó la cara hacia el techo y respiró hondo por la nariz, mientras

pulsaba el botón azul con el pulgar. Enviado. ¡Hala! Ya estaba hecho. Había invitado a Travis a tomar un café por la tarde y él podía decir perfectamente que no.

El móvil vibró y lo levantó del suelo.

T: ¿Qué ha sido eso?

G: ¿El qué?

T: Ese tonillo, señorita Castle. ¿Estás tonteando conmigo?

G: ¿Vas a ponerme de buen humor? ¿O tengo que hacerlo yo sola?

Un momento. ¿Eso era un tonteo o era una proposición sexual? Un tonteo. Seguramente. Desde luego que lo era. En cuanto envió el mensaje, se dejó caer sobre la alfombra y chilló con la boca cerrada. «¡Dios mío!». Por eso sus amigas de la universidad iban por ahí flotando en una nebulosa hormonal. Había algo estimulante en hacerse vulnerable al sexo opuesto. ¿La emoción por ver cómo reaccionaba? Era como una caída libre. Una vocecilla le dijo desde el fondo de la mente que no se sentiría así con cualquiera, pero pasó de ella y levantó el móvil cuando volvió a vibrar.

T: Mejor que sea yo quien te ponga de buen humor. Molienda en 20.

—¿¡Veinte minutos!?

Se levantó del suelo como un rayo, tropezando en su camino hacia el dormitorio, donde sacó el primer conjunto que vio al abrir el cajón de la cómoda. Una falda vaquera y una camiseta azul de tirantes. Se quitó los pantalones deportivos y la camiseta, y se puso la ropa nueva, arrancando las etiquetas mientras abría el armario con un pie en busca de zapatos. Al cabo de un momento, enfiló a la carrera el pasillo haciendo que las sandalias resonaran sobre el suelo de madera y salió de casa.

No se acordó del sujetador hasta que aparcó delante de la cafetería Molienda.

Se acordó de que no se había puesto ninguno.

Si no llevara a un *paparazzi* pegado, no habría accedido a tomarse un café con Georgie. Al menos eso es lo que se decía mientras aparcaba en la puerta de Molienda y observaba el Cadillac Escalade blanco que se detenía en la acera de enfrente. No había ido solo para conseguir su dosis de Georgie. O porque había conseguido que se empalmara con un simple mensaje. Lo hacía por el trabajo. Su representante estaba entusiasmado con las posibilidades que tenía de conseguirlo. Joder, lo llamaba por teléfono más que cuando era jugador profesional. Estaba a punto de llegar a lo más alto de la lista. Pero necesitaba a Georgie para conseguirlo.

La buscó por la calle. Pese a las ganas de verla, sentía cierta culpabilidad. Parecía que el plan que habían puesto en marcha lo beneficiaba a él mucho más que a ella. Por supuesto, la gente del pueblo (y de todas partes) no paraba de hablar de cómo Georgie lo había defendido en el Waterfront la otra noche. Casi todos los titulares de los periódicos eran del tipo «No hay quien le tosa a la nueva novia de Dos Bates». Muchos hombres habrían sentido su masculinidad en entredicho con una mujer que salía en su defensa, pero él sentía todo lo contrario, joder. Y esa cálida sensación no desaparecería por mucho tiempo que pasara.

Necesitaba darle algo a cambio para que el hecho de salir con él mereciera la pena. Su familia era la principal razón por la que ella había hecho el trato, ¿no? ¿Cuándo podría devolverle el favor que le había hecho la otra noche? Invitarla solo a tomar una copa o un café no parecía adecuado.

Detuvo los dedos con los que estaba tamborileando sobre un muslo cuando la vio cruzar la calle. ¡Por Dios! ¿Dónde iba así para tomarse un café entre semana? Esa falda que se le ceñía a las caderas y al culo era puro pecado. Pero ¿por qué llevaba un pañuelo al cuello?

Travis salió de la camioneta con una ceja levantada.

—Te das cuenta de que es verano, ¿verdad?

—Sí —respondió ella al instante mientras se detenía al otro lado de la puerta de la camioneta, que quedó entre ellos—. Tengo frío.

La preocupación se apoderó de él.

—¿Has pillado algún resfriado?

Ella se aferró a esa explicación como si fuera un clavo ardiendo.

—Seguramente. Sí, es posible.

De nuevo, sintió el anhelo de hacer algo más por ella. La regla de evitar estar a solas con ella se esfumó al pensar que lo necesitaba. ¡Lo necesitaba!

—En ese caso, te llevo a casa. Conozco la receta de un batido que te ayuda a cortar los resfriados. Me lo preparaba antes de los partidos cuando sentía que había pillado algo durante el viaje. —Sin ser consciente de lo que hacía, pasó la mano por encima de la puerta y se enroscó un mechón de su pelo en un dedo—. ¿Te parece bien, chiquitina?

Georgie se tambaleó un poco, pero pareció reponerse.

—¿Hay una cámara?

—¿Una qué? —Tardó un momento en entender a qué se refería—. ¡Ah, sí! El Escala de blanco.

¿Se había atenuado el brillo de sus ojos o eran cosas suyas? Antes de que pudiera decidirse por una opción, Georgie rodeó la puerta abierta de la camioneta y lo abrazó por la cintura. La perfecta fusión de sus curvas contra su cuerpo casi lo dejó sin aliento. Solo atinó a concentrarse en mantener la respiración uniforme mientras inclinaba la cabeza para besarla en la coronilla. Ella se acurrucó más contra él… ¡No, fue él quien la pegó más! ¿Desde cuándo la abrazaba con tanta fuerza?

—No tengo frío, te he mentido —la oyó decir con la voz amortiguada por su torso.

Aliviado y confundido al mismo tiempo, apoyó una mejilla sobre su cabeza y se dijo que lo hacía para las fotos.

—¿Por qué?

Georgie se apartó un par de centímetros y le echó una miradita al fotógrafo por encima del hombro.

—Llevo un pañuelo porque se me ha olvidado ponerme sujetador.

Antes de que pudiera adivinar sus intenciones, ella se desató el pañuelo y lo abrió sin más. En cuanto la vio, se le escapó un gemido ronco y se le puso dura. Como era más alto que ella, no solo le veía la parte superior de las tetas. No solo le veía los pezones apretados contra la camiseta azul celeste de tirantes. Le veía hasta el ombligo desde arriba.

—¡Por Dios! Ponte otra vez el pañuelo. Eso e ir desnuda es lo mismo.

Vio que se le teñían las mejillas de rosa mientras volvía a taparse.

—Veinte minutos para arreglarse no son suficientes.

Travis dejó ver su exasperación.

—Fuiste tú quien me envió el mensaje, Georgie.

—No esperaba que quisieras ponerme de buen humor tan pronto.

—Deja de decirme que te ponga de buen humor —gruñó, apoyándola contra la puerta todavía abierta—. O lo haré de verdad.

—Cadena de televisión familiar —susurró ella al tiempo que le daba un empujón en un hombro.

«Acabaré con dolor de huevos», pensó mientras retrocedía un paso y se llevaba una mano a la cara.

—Vamos dentro.

—Buena idea.

La vio esforzarse por sonreír y apartarse para que él pudiese cerrar la puerta. Una vez que lo hizo, ella le tendió la mano y se apoyó en su hombro mientras se la aferraba, con la sensación de que la dinámica de pareja era demasiado real. Le sujetó la puerta de la cafetería para que entrase, y descubrieron que el lugar estaba casi vacío, ya que a esa hora ya había pasado el almuerzo y quedaba un buen rato para la cena. Dado que no había nadie que los viera juntos, la realidad de su relación le resultó aún más evidente, pero olvidó dicha preocupación al ver que Georgie leía la carta con un mohín en los labios. Su forma de moverse y de humedecerse los labios, tan dulce y fresca, mientras esperaba que la camarera anotara el pedido, hizo que empezase a pensar en el sabor de su cuello. Y en el del interior de su muñeca.

Al cabo de unos minutos, estaban sentados uno frente al otro a una mesa.

—¿Quieres verme otra vez las tetas?

Travis estuvo a punto de escupir el primer sorbo de su café moca con caramelo y sal marina.

—¿Qué?

Ella se rio mientras tragaba.

—Era una broma. Es que pareces muy tenso.

—No estoy tenso.

—Lo que tú digas —replicó ella, imitando su voz grave—. ¿De verdad me habrías llevado a casa y me habrías cuidado?

—Te habría hecho un batido —la corrigió.

—Eso es cuidarme. Me habrías cuidado.

No supo si reír o si menear la cabeza.

—No sé cómo se cuida a alguien para que recupere la salud. A no ser que incluya fisioterapia o un baño de hielo.

Allí estaba de nuevo, diciéndole a Georgie cosas que no esperaba oír fuera de su propia mente. Sin embargo, ella no hizo que se arrepintiera. Se limitó a devolverle la mirada con solemnidad, como si estuviera asimilando la información. Como si estuviera asimilándolo a él. Se limitaba a vivir el momento, sin expectativas ni decepción por el hecho de que no fuera el famoso deportista que había visto en la televisión.

—¿Has hablado con tus padres desde que volviste a Port Jeff?

—No. —Travis se apoyó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos por delante del pecho, como si quisiera ocultar el repentino traqueteo que sentía en la caja torácica—. En realidad, no he hablado con ellos desde que me fui a la universidad.

—¿Casi diez años? —susurró ella, con cara de asombro—. Yo era pequeña y la verdad es que no me di cuenta de nada durante lo del divorcio y demás. Siento que las cosas no hayan mejorado entre vosotros.

—Yo no.

Tras la seca réplica, supuso que ella dejaría el tema, pero no fue así.

—¿Alguna vez te has preguntado en mitad de un partido si te estaban viendo?

Travis se mordió el interior de un carrillo.

—Sí —se oyó admitir. En voz alta. Y todavía había más—. En todos los partidos.

Oyó a Georgie tragar saliva desde el otro lado de la mesa.

—Deberían haberlo hecho. Deberían haberte visto como padres orgullosos. Deberían estar orgullosos de ti ahora mismo, Travis. No es fácil volver a empezar.

Llegados a ese punto, debería darle las gracias o buscar otro tema del que hablar, pero sintió el impulso de confiar en ella. Quería ofrecerle una parte de sí mismo, porque sabía que ella lo trataría bien.

—Es él, sobre todo. Mi padre. —Apretó la lengua contra el interior del carrillo—. Mi madre era joven. Se encontró atrapada en un mal matrimonio y no supo cómo afrontarlo. Si él la maltrató psicológicamente como hizo conmigo, no la culpo por querer mantenerse bien lejos.

Georgie hizo ademán de discutir, pero él le guiñó un ojo para hacerle saber que estaba bien, y ella se relajó.

—Es mi padre el que me hizo daño —añadió al cabo de un momento—. El que me hace daño todavía. Se aseguró de que siga oyendo su voz en la cabeza cuando ya no debería hacerlo.

—¿Qué te dice?

Soltó el aire.

—Que no soy tan bueno como creo que soy. Que soy un impostor.

La vio apretar los labios hasta que perdieron el color y luego lo recuperaron cuando aflojó la tensión.

—El hombre que se deslizó hasta la base y le sacó la bola del guante a Ted Church para ganar el segundo partido de las Series Mundiales no era un impostor. Formas parte de la historia del béisbol. Algunas personas no soportan la idea de que ellas ni siquiera son una nota a pie de página.

Sintió que una sensación cálida le invadía el estómago. ¿Cómo era posible que Georgie supiera exactamente lo que necesitaba oír? No un tópico cansino, sino algo real y tangible que podía recordar y reinterpretar a través de sus ojos.

—Gracias.

—¿Crees que soy tonta y egoísta por querer más de mi bonita e increíble familia semifuncional cuando tú no has conseguido nada de la tuya?

—No. —Extendió un brazo por encima de la mesa y entrelazó sus dedos sin pensarlo—. No, chiquitina. Ni mucho menos. Tienes que luchar por lo que te mereces. Lo que tú quieres no es ni más ni menos importante que lo que quieren los demás.

Georgie lo miró fijamente unos segundos.

—Cuando entré en tu piso el primer día, me dijiste que volver al pueblo como un supuesto fracasado te asemejaba a tu padre. —Meneó la cabeza—. Además de decírmelo, haces que me sienta importante. ¿Cómo es posible que no veas el potencial que tienes para ser un héroe, dentro o fuera del campo?

En esa ocasión, Travis sí cambió de tema. Había escuchado muchas frases vacías a lo largo de su carrera deportiva. El tipo de frasecita motivadora que acababa impresa en un cartel en el vestuario de un instituto. Sin embargo, lo que Georgie había dicho lo hizo pensar. Aunque había salido de la pocilga y se había reincorporado a la vida, una parte de sí mismo seguía en la oscuridad. Claro que cada momento que pasaba con Georgie lo acercaba un poco más a la luz.

Siguieron hablando mucho tiempo después de apurar los cafés. Georgie le habló de sus planes para una nueva campaña publicitaria y de un nuevo tema para una fiesta de cumpleaños zombi que estaba sopesando. A su vez, él le contó la anécdota sobre aquella vez que el autobús del equipo de la universidad se estropeó de camino a un partido y los miembros de una secta les repararon el motor. Se sentía bien haciéndola reír. Se sentía bien riéndose con ella. Cuando la acompañó a la salida, ya había pasado una hora y él tenía que volver al trabajo.

A la luz del sol, Georgie le sonrió de forma un tanto jadeante, con una mano en el cuello como si estuviera nerviosa. Por primera vez desde que Stephen le dijo que estaba enamorada de él, se preguntó si sería cierto. ¿Georgie lo quería? De ser así, no debería relacionarse con ella de esa manera. Cuando ambos consiguieran sus objetivos, le haría daño, y hacerle daño a esa mujer lo mataría.

Abrió la boca, con la intención de confesar lo que le había contado Stephen, rezando para que ella lo negara. ¿Verdad que quería que lo negara? No quería que estuviera enamorada de él. En absoluto.

—¿Parezco lo bastante enamorada? —le preguntó ella con una ceja levantada, antes de que él pudiera hablar—. Nuestro amigo está haciendo fotos desde el otro lado de la calle.

—Pues sí. —«¡Qué idiota!», se dijo. Claro que no estaba enamorada de él. Era solo para la cámara, como todo lo que había pasado desde que hicieron el trato—. Yo... mmm... no estaba seguro de que nos hubiera esperado.

Se produjo un momento de silencio.

—¿Vas a besarme?

Lo deseaba. Su boca parecía madura e increíble, y sabría a caramelo y a Georgie. ¿Por qué de repente le parecía mal besarla para que quedara inmortalizada en una foto?

—Sí —contestó con voz ronca, al tiempo que se inclinaba sobre sus labios y se detenía antes de rozarlos—. Sí.

Georgie frunció el ceño, confundida, mientras miraba de reojo hacia la calle.

—¿Travis?

Al final, le rozó los labios y respiró hondo, apoderándose por completo de su boca, y a punto estuvo de meterle la lengua. De reclamarla. Se apartó de ella haciendo un gran esfuerzo, retrocedió y la ayudó a mantenerse en

pie.

—¿Cuándo nos veremos otra vez?

—Mmm… —Georgie parpadeó—. ¿Quieres venir a la cena familiar del domingo?

Tras recordar la promesa que se había hecho a sí mismo de esforzarse más para ayudarla, asintió con la cabeza.

—Allí estaré.

Ella le sonrió, y tuvo que morderse la lengua para no volver a besarla.

—¿Qué tal va lo tuyo? ¿Algún progreso con la cadena de televisión?

Que se hubiera olvidado por completo de contarle la última llamada de su representante era una prueba fehaciente de que su relación con ella había llegado a terreno peligroso. Había perdido totalmente de vista el objetivo por el que estaban saliendo de cara a la galería.

—Kelvin, el presidente de la cadena, nos ha invitado a cenar en su casa. La semana que viene, en Old Westbury. —Vio la cautelosa emoción que apareció en su cara—. Probablemente eso significa que soy el mejor candidato.

—¡Dios mío, Travis! Y esa podría ser la prueba final. —La expresión que apareció en esos ojos verdes, que abrió de par en par, le resultó inescrutable —. En mi caso, las cosas ya están cambiando. Para mejor. Si consigues el trabajo, ya no tendremos que hacer esto.

—Exacto —dijo con un brusco asentimiento de cabeza—. Sí. —¡Por Dios! Tenía que mentalizarse. Ese temor que empezaba a sentir en la boca del estómago no era una buena señal—. Ya te contaré los detalles de la cena —añadió mientras le daba un último beso en una mejilla y se alejaba—. Adiós, Georgie.

—Adiós, Travis —le dijo ella por encima del hombro mientras cruzaba la calle, con el pañuelo aferrado al pecho—. ¡Por cierto, lo has conseguido! —exclamó (¿con demasiada alegría, quizá?) al tiempo que lo miraba por última vez antes de volverse para irse—. ¡Estoy de muy buen humor!

Él no podía decir lo mismo.

17

En fin, qué situación más incómoda, joder.

Stephen lo miraba con el ceño fruncido desde el otro lado del salón de la familia Castle, apretando tanto la botella de cerveza que tenía los nudillos blancos. Habían trabajado juntos unos cuantos días desde que los medios de comunicación empezaron a publicar fotos suyas con Georgie, pero habían evitado las conversaciones que no tuvieran que ver con materiales de construcción o con planos. Los gruñidos, los gestos y los carraspeos masculinos se habían convertido en su método de comunicación favorito. Algo que funcionaba muy bien en una obra ruidosa, pero no tanto en un salón tranquilo.

Travis empezó a pasearse inquieto por delante de la chimenea. ¿Dónde estaba Georgie?

La puerta principal se abrió, y tensó todos los músculos, pero fue Bethany quien entró, no su hermana. Llevaba sin ver a Bethany desde el instituto, aunque la recordaba bien. Y no se dejó engañar ni un momento por su deslumbrante sonrisa. Lo odiaba a muerte. Si no recordaba mal, le había escrito en el anuario: «A todo cerdo le llega su san Martín».

—Me alegro de verte, Travis —lo saludó ella con entusiasmo—. Gracias por dejar de arruinar la vida de las mujeres un rato y tomarte un descanso para estar con nosotros.

—Por favor —replicó él levantando la cerveza y pasando del vacío que sentía en el estómago—, es lo menos que puedo hacer.

Bethany unió las manos por debajo de la barbilla.

—Tan altruista como siempre.

Kristin salió con paso alegre de la cocina y se detuvo frente a Stephen

para meterle un canapé en la boca, tras lo cual él lo masticó mientras refunfuñaba:

—Debería ser yo quien lo ataque, no tú.

—El trabajo en equipo es fundamental en esta familia. —Bethany soltó el bolso y se sacudió las mangas de la blusa—. Aprovechando que te tenemos presente, debo decirte que me parece muy bien que salgas con Georgie.

Travis levantó una ceja con escepticismo.

—Ya lo veo.

—Es inteligente. Graciosa. Desinteresada —replicó Bethany, que fue extendiendo dedos a medida que cantaba los méritos de Georgie—. Y ha decidido hacerse cargo de su sexualidad.

Stephen soltó un enorme suspiro mientras decía:

—¡Por Dios!

—En cuanto este asunto llegue a su fin, tendrá muchísimo donde elegir. —Se sacudió una manga de nuevo—. Estoy deseando verlo.

Travis sintió que se le revolvía el estómago. Desde la cocina les llegaba el ruido de las ollas y las sartenes, mezclado con las características discusiones del matrimonio Castle. Eran imágenes y sonidos de su juventud que agradecía en ese momento, porque lo distraían del mareo que sentía. Georgie saliendo con otros. Y cuando se dieran cuenta de que era lo mejor que les había pasado en la vida, no dudarían en encerrarla para que no se les escapara. Él solo sería el umbral. Que ella atravesó en el pasado. Antes de que Bethany pudiera asestarle otro golpe, la puerta principal volvió a abrirse.

En la décima de segundo que tardó en ver a Georgie, se sintió invadido por la expectación y… la alegría. Sí, alegría. A partir de ese momento, todo iría bien. Tendría de su lado a Georgie, con su ingenio, sus divertidas expresiones faciales y su forma de mirarlo. Como si entendiera cada uno de sus pensamientos sin que él necesitara abrir la boca siquiera. Eso pensó antes de que la viera.

«¡No me jodas, Georgie! ¿Intentas matarme?», pensó.

Estaba tan guapa que hasta dolía. Desde luego cierta parte de su cuerpo estaba dolorida. Mucho.

¿Por qué? El vestido amarillo de manga larga ni siquiera era revelador. El escote de pico le marcaba las curvas de las tetas, pero era tan alto que ni siquiera podía calificarse de escote. No, era el largo de la falda lo que le había

hecho la boca agua. Aunque era suelto, dejaba los muslos tan a la vista que le dieron ganas de llorar. Le daba miedo que se diera la vuelta. Ni siquiera quería saber cuánto le tapaba por detrás. ¿Siempre había tenido las piernas tan brillantes?

Un momento. Un momento, joder. Se había hecho la cera.

Eran unas piernas dignas de estar en un hotel de Las Vegas, estiradas en una tumbona de la piscina. Lo que lo llevó a una pregunta muy desconcertante. ¿Qué más se había depilado?

—Georgie —dijo Kristin, que dio una palmada—. ¡Estás divina!

Bethany se metió dos dedos en la boca y silbó.

—Esconde a tus hijos, Port Jefferson —dijo al tiempo que le guiñaba un ojo a Travis—. Y hasta ha llegado tarde y todo, para hacerlo bien. La alumna ha superado a la maestra.

—Más bien me he demorado hablando con la señora Casey sobre una fiesta para sus trillizos. —Georgie soltó la botella de vino que llevaba y sus ojos se posaron por un instante en él. Un intenso rubor se apoderó de sus mejillas y, joder, esa reacción tan natural multiplicó el deseo por diez. Esa mujer era capaz de postrar a un hombre de rodillas y ni siquiera lo sabía—. Quiere que el tema sea el fondo del mar, así que al parecer iré con gafas de buceo y aletas.

—¿Hacen trajes de baño de payaso? —replicó Bethany entre carcajadas.

—No —masculló Travis—. No los hacen.

Todo el mundo lo miraba fijamente, incluida Georgie. Le gustaba tener toda su atención. Ponerse en esa incómoda tesitura merecía la pena solo para que ella lo mirase, para que lo centrara, para que le demostrara esa honestidad tan rara que no obtenía en ningún otro sitio. Sí, él también la estaba mirando fijamente, así que agradeció muchísimo que Vivian y Morty salieran de la cocina con otro plato de queso.

—Yo lo llevo —dijo Vivian, entre dientes—. Así dejarás de comer aceitunas antes de que todos tengan la oportunidad de ver mi obra maestra.

—Es comida —protestó Morty mientras tanteaba en un bolsillo en busca de las gafas—. Se supone que la comida es para comer, no para admirar.

Vivian se detuvo de golpe y le tendió el plato de queso a su marido.

—¡Georgie! ¿Eso es un vestido? ¿Llevas un vestido?

—¿Ah, sí? —Georgie bajó la mirada—. Me lo habré puesto por error.

—¡No! Nada de errores. —Vivian la miró por delante y por detrás—. Mira

tú. Resulta que hasta tiene piernas. Y no son precisamente palillos. ¿Qué te parece, Travis?

—No contestes a eso —dijo Stephen, que apuró su cerveza.

—Mamá —masculló Georgie—, estás consiguiendo que no vuelva a ponerme un vestido jamás para venir a esta casa.

—Mis labios están sellados. —Vivian se atusó el pelo y le arrebató el plato a Morty, justo a tiempo para impedir que siguiera robando aceitunas—. Me parece bien que Georgie venga acompañada a la cena del domingo. No me importa en absoluto que haya avisado con tan poco tiempo. Ni que haya que poner un cubierto más en la mesa, ni la relación en sí. Supongo que me entero de las cosas en su momento. Así es la vida de una madre.

Travis casi soltó una carcajada al ver que los tres hermanos intercambiaban una mueca de dolor.

—La cena está casi lista —anunció Vivian con voz despreocupada y alegre—. Bebeos una copa de vino y relajaos, ¿de acuerdo? ¡Qué alegría! Ver a nuestros hijos juntos.

La pareja se alejó de nuevo hacia la cocina.

—Stephen —dijo Kristin, tirando del brazo de su marido—, tengo unas magdalenas en el coche. ¿Puedes ayudarme a traerlas? He hecho suficientes para una boda.

Stephen miró a Travis y a Georgie, con obvia renuencia a dejarlos solos.

—Claro, cariño.

—¡Ah, ni hablar! Tres son multitud. Voy a llamar por teléfono —murmuró Bethany, que abrió la cristalera del patio y salió al exterior.

Y así fue como Travis y Georgie acabaron solos en tan solo unos minutos. El giro de los acontecimientos le aceleró el pulso y lo acaloró. Mal. Aquello iba mal. Porque no encontraría alivio alguno. Su objetivo era convencer al mundo exterior de que estaban saliendo, no satisfacerse mutuamente con caricias. Ni con besos. La atracción estaba allí, pero no le haría ni caso. No cuando era inevitable que tuvieran que pasar página después.

Sin embargo, no se atrevió a hacer ninguna de esas advertencias en voz alta, ya que Georgie atravesó la estancia en su dirección, con esas piernas moviéndose de forma tan sensual por debajo de la falda de vuelo. ¿Cómo era posible que hubiera dicho que sus piernas eran normales? «Es que no puedo ser más tonto». Eran delgadas, pero fuertes y del color de la arena caliente. Sintió deseos de…

Georgie se detuvo frente a él y le congeló el pensamiento. Preciosa. Preciosísima, con esos labios rojos y la nariz bañada por el sol. ¿Había estado al aire libre? Ese afán protector que lo invadió de repente debía de deberse a su altura, porque apenas le llegaba al hombro, pero al mismo tiempo y en cierto modo ansiaba refugiarse en ella.

A esas alturas, nada tenía sentido.

La oyó susurrar algo en voz tan baja que no alcanzó a entenderlo al tiempo que se movía, inquieta. Antes de que pudiera pedirle que lo repitiera, ella lo tocó. Georgie lo tocó, y no había ni una sola cámara alrededor. Le colocó las palmas de las manos en los pectorales y... separó los labios para tomar una trémula bocanada de aire... y fue subiendo las manos hasta rodearle el cuello al tiempo que se pegaba a su cuerpo por completo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con voz ronca mientras se tambaleaba por el impacto de su inesperada cercanía—. Georgie...

Ella se había puesto de puntillas para rodearle el cuello con los brazos. Al verla trastabillar un poco, no le quedó más remedio que pasarle un brazo por la espalda con afán protector. El otro la siguió poco después, y así acabó pegándola por completo a él. Le metió la boca entre el pelo y soltó el aire. Su cuerpo entero reaccionaba al hecho de tenerla amoldada contra él. El caos que había experimentado en su interior durante toda la semana desapareció mientras se formaba otro tipo de tumulto. Sintió que ella separaba los labios contra su cuello y se empalmó hasta un punto doloroso.

«¡Por Dios!».

—¿Qué es esto?

—Nos estamos abrazando —susurró ella, rozándole de nuevo la piel con los labios—. Nada más.

—No hagas eso. No me hables con esa vocecilla inocente. No cuando tengo todo tu cuerpo pegado al mío y llevas ese vestido que me la está poniendo dura. —Intentando recordar dónde estaba en todo momento, movió las caderas y la oyó contener el aire—. Me estás poniendo cachondo y lo sabes muy bien.

—¿Ah, sí? —Georgie se inclinó hacia atrás lo justo para mirarle la boca un segundo, dos—. Solo intento ser natural. ¿No es así como una novia saluda a su novio?

Un dolor palpitante se extendió por todo su cuerpo. Empezó el corazón. No, en los testículos. Joder, en los dos sitios. A la vez. Le dolían horrores, así

que solo fue capaz de decir con brusquedad:

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Georgie le subió las manos por los hombros para tomarle la cara con ellas.

—Me alegro de que estés aquí. Me gusta tenerte cerca.

Con esas palabras suspendidas en el aire, se zafó de él y abandonó el salón en dirección al comedor, contoneándose como una seductora de manual. Cada uno de esos pasos equivalía a nueve latidos de su corazón, que le estaba atronando los oídos mientras sentía el vacío de su ausencia en las manos. ¿Se podía saber qué acababa de ocurrir? Estaba preparado para una cena incómoda, teniendo en cuenta que los hermanos de Georgie querían cortarle la cabeza con un hacha. En cambio, ella había aparecido de repente y lo había descolocado por completo.

Se reunió con ella en el comedor sumido en una especie de trance. De adolescente, siempre se sentaba entre Stephen y Morty, pero en esa ocasión la silla situada junto a Georgie estaba libre. Intercambiaron una mirada mientras él se sentaba, y vio que el rubor le oscurecía de nuevo las mejillas, algo que lo dejaba sin aliento. Deberían hablar, ¿no? Por desgracia, habían estado a solas únicamente un par de segundos. Morty y Vivian entraron hombro con hombro, chocando el uno contra el otro como un par de planetas pegados, mientras trataban de hacerse con la bandeja del asado. Bethany apareció de repente y se dejó caer en su silla, enfrente de su hermana, pero él estaba concentrado en Georgie, de manera que solo vio la mirada preocupada que esta le dirigió, seguida de una sonrisa de apoyo. Allí pasaba algo.

—Muy bien. —Stephen entró en el comedor y se sentó a la derecha de Morty. Kristin lo siguió con elegancia y se sentó a su lado con una sonrisa radiante—. Bethany, tú has convocado la cena. ¿Cuál es tu queja?

—¿Quién dice que tiene que haber una queja? —protestó Vivian desde la cabecera opuesta de la mesa, con la copa de vino en el aire—. ¿No podemos intercambiar primero comentarios agradables? Tu hermana se ha puesto un vestido, Stephen. Dile que está guapa.

Georgie escondió la cara detrás de la servilleta.

—¡Por Dios, mamá!

Stephen suspiró.

—Estás guapa, Georgie. El amarillo te favorece.

—Bueno, no es un traje de payaso… —comentó Morty, riéndose de su propio sarcasmo.

El brillo rosado desapareció de las mejillas de Georgie, y Travis frunció el ceño. Antes de que pudiera decir algo en su defensa, aunque no sabía el qué, Stephen volvió a hablar:

—¿Te arreglas por influencia del club de mujeres o por él?

—No es un club de mujeres. —Bethany taladró a su hermano con una mirada—. No nos reunimos para maquillarnos, imbécil. No tenemos doce años.

—Georgie, lo que quiero decir es que estabas bien con el peto y el… —Stephen movió la mano por encima de la cabeza para referirse al moño despeinado que le faltaba—. Deberías gustarle a quien sea por ti misma, no por tu aspecto.

Travis miró a Stephen fijamente.

—Me gustaba mucho con el peto.

Se produjo un silencio que duró unos segundos.

—¿Por qué no estoy en ese club? —preguntó Vivian con jovialidad, poniéndole fin a la tensión—. ¿Soy demasiado vieja?

Morty cortó el asado con entusiasmo y empezó a lonchear la carne.

—No eres demasiado vieja. Eres demasiado feliz.

Bethany tomó un honda bocanada de aire para serenarse.

—No nos dedicamos a hacer cambios de imagen, ni tampoco lanzamos dardos a fotos de genitales masculinos.

Vivian soltó una carcajada que tuvo parte de resoplido.

—Bethany Castle…

—En realidad, acabo de apuntarnos a Rosie, a Georgie y a mí a una carrera de obstáculos Tough Mudder.

—¡Oooh! ¿Qué es eso? —preguntó Kristin—. Quiero ir.

Stephen gruñó y empezó a pasar los platos que acompañaban al asado.

—Explícate.

Bethany enderezó la espalda.

—Es una carrera de ocho kilómetros, que incluye algunos obstáculos. Un ejercicio para fortalecer equipos. En el barro.

Georgie se quedó blanca.

—Apenas sobrevivimos a la clase de Zumba, so loca.

—¡Lo conseguiremos! —Bethany levantó su copa de vino—. El próximo

viernes en Bethpage. Estáis todos invitados para venir a animarnos.

—Allí estaré —dijo Travis automáticamente. Si Georgie iba a correr ocho kilómetros y a saltar muros en pleno verano, podía hacerse daño. O deshidratarse. Pensar en ello casi le quitó el apetito. Cuando levantó la vista para dejar de echar las patatas en el plato, descubrió que Stephen y Morty lo miraban echando chispas por los ojos—. ¿Qué? Podría torcerse un tobillo o… —La estancia se quedó en silencio y se detuvo hasta el ruido de los cubiertos contra los platos. «¡Dios! Contrólate, por favor», se dijo. Pasó el cuenco que tenía en las manos y clavó el tenedor en la enorme montaña de patatas que, al parecer, había estado apilando durante todo un minuto—. Nunca se sabe qué tipo de asistencia médica tienen estas actividades —refunfuñó como explicación final.

—No irás —masculló Stephen dirigiéndose a Kristin, antes de suavizar el tono y añadir—: Por favor.

Kristin alzó la barbilla.

—Ya veremos.

—Discordia —apostilló Morty—. Bethany, tu club está creando discordia.

—El club no es solo suyo —lo corrigió Georgie—. Lo creamos juntas.

—Sin embargo, tú sigues el camino de tus hermanos mayores, que son los responsables de dar un buen ejemplo a los pequeños.

—Tiene veintitrés años —señaló Bethany—. Si esto fuera la Inglaterra victoriana, a estas alturas la llamarían «solterona».

La carcajada de Georgie no tuvo su alegría habitual.

—Podrías haber omitido esa parte.

Travis guardó silencio entre bocado y bocado, atento al desarrollo de la conversación a su alrededor. Hacía años que no oía una discusión a la mesa de los Castle, pero esa actitud despectiva hacia Georgie le resultaba más evidente porque sabía cómo la afectaba. Ella había cambiado. Había crecido. ¿Por qué no se daban cuenta?

Volvió a clavar el tenedor en las patatas con el ceño fruncido.

—Ahora que todos nos hemos servido todas estas delicias… —dijo Bethany y carraspeó—. Vamos a hablar de la razón por la que estamos aquí. Quiero empezar diciendo que no le va a gustar a nadie. Pero tranquilos, que lo superaremos.

Georgie dejó el tenedor y cruzó las piernas, un gesto que llamó la atención de Travis. La falda amarilla del vestido se le subió casi hasta la

cadera y vio cómo se flexionaba el músculo de su muslo…, momento en que se le secó la boca. Sin embargo, su lenguaje corporal dejaba claro que se estaba preparando para la batalla en nombre de su hermana, y esa constatación provocó que se vertiera un aluvión de sustancias químicas en su torrente sanguíneo. Ver a Georgie prepararse para una discusión lo puso en alerta, porque se habían convertido en compañeros de equipo. Eso eran, ¿verdad?

—¿Quieres hablar de lo de dirigir tu propia reforma? —le preguntó Stephen.

—Sí.

—¿¡Cómo!? —Morty inclinó la cabeza—. Que el Señor nos ayude.

—Le he comentado a Stephen varias veces la posibilidad de llevar a cabo mi propia reforma, de principio a fin, y se ha negado. Así que he decidido comprar una propiedad y trabajar por mi cuenta, sin contar con Brick y Morty.

La traición que asomó a la cara de Morty fue dolorosa de ver. Soltó despacio el tenedor y se apoyó en el respaldo de la silla, mientras cruzaba las manos sobre la mesa.

—Bethany, tú te encargas del interiorismo y la decoración —dijo Vivian en voz baja—. Tú misma elegiste ese papel.

—Sé que lo hice, pero ahora quiero probar más cosas.

—Quizá fue un error dejarle la empresa a mis hijos —dijo Morty—. ¿Es eso lo que estás diciendo? Solo llevo un año jubilado y ya estás desmantelando el negocio.

—Bethany quiere un papel más activo. Eso es lo contrario de desmantelar la empresa, papá. Es…

Morty levantó una mano.

—Deja hablar a los adultos, Georgie.

El puño de Travis golpeó la mesa tan rápido que todos se sobresaltaron. No lo había planeado, pero la ira se apoderó tan rápido de él que la mano se le movió sola. Sin embargo, ese gesto no logró aplacarlo. Ni una pizca.

—Señor Castle, con todo el respeto que le tengo, más que a mi propio padre, no voy a quedarme aquí sentado oyendo que trata a Georgie como si su opinión no contara en absoluto. Esa actitud no es propia de una buena persona como usted. Y está claro que Georgie es demasiado importante para que la interrumpan o la regañen como si fuera una niña.

Su arrebato fue recibido de distinta manera por cada uno de los comensales. Stephen lo miró fijamente, sorprendido y pensativo. Bethany parecía dispuesta a vitorearlo. Morty estaba obviamente arrepentido. Sin embargo, él no pudo apartar la mirada Georgie el tiempo suficiente para percatarse de todo lo que sucedía. En realidad, al mirarla su enfado aumentó, porque esa mujer que lo había obligado a salir del pozo hacía tantas semanas parecía agradecidísima cuando debería haber dado por sentado que alguien saldría en su defensa. Se merecía eso y más.

—Travis tiene razón —dijo Morty, con expresión contrita—. Georgie, te pido disculpas. Por favor, termina lo que ibas a decir.

Georgie y él no habían dejado de mirarse desde el Gran Puñetazo en la mesa. ¡Le encantaba ponerse de su lado! Le gustaba demasiado la idea de que contara con él. También le gustaba ver esos bonitos labios separados. Al recordar lo que sintió al rozarlos con los suyos, se le puso dura. Allí estaba, empalmado por la hija pequeña de la familia en la cena de los Castle. No había podido evitarlo. Se le había subido tanto el vestido por el muslo que casi veía lo que había entre ellos. Unos centímetros por encima estarían sus bragas. Y seguro que estaban mojadas.

«Sé que estás mojada, chiquitina», pensó.

—Yo… —Georgie carraspeó—. Papá, solo iba a decir que… —Bethany soltó una risilla que quedó amortiguada por la servilleta y Georgie la miró—. A Bethany le encanta Brick y Morty, y ella es una de las principales razones de su éxito. Quiere ayudar a que se expanda. Si Stephen tuviera la paciencia de guiarla a llevar a cabo una reforma completa, la empresa podría duplicar el número de proyectos que acepta. Nunca ha fracasado en nada, salvo en sus relaciones sentimentales.

—Gracias, hermana.

—Beth se merece una oportunidad —añadió Georgie, dirigiéndose a Stephen—. Tú detestas los cambios y necesitas mantener el control. Todos lo entendemos. Pero esto no es como el columpio del lago cuando éramos pequeños. Y sí, todavía me molesta que nos obligaras a apuntarnos en una hoja para organizar los turnos. Solo era un columpio, colega. Ya somos adultos y no deberíamos ponernos zancadillas en nombre de la tradición. Haz ese esfuerzo, Stephen.

—Me lo pensaré —dijo su hermano al cabo de un momento, tras lo cual siguió comiendo—. De momento, tendrá que conformarse con eso.

—Bien —replicó Bethany con un brusco movimiento de cabeza.

—Bien —repitieron todos los presentes a la mesa, salvo Travis.

El silencio se prolongó durante unos minutos.

—¿Dónde está Coco? —preguntó Vivian, al tiempo que echaba un vistazo por el comedor—. ¿Hemos metido a la perra del jardín, Morty? —Sin esperar respuesta, añadió—: Georgie, ¿te importaría salir a buscar a Coco? Dios no quiera que se haya comido algún sapo.

—Claro, mamá.

Georgie ya se había levantado de la mesa e iba en dirección al salón. Travis fue incapaz de no seguirla con la mirada, pero en un momento dado se cruzó con la de Vivian.

Que le guiñó un ojo.

Dividido entre la risa y el pasmo por la sorpresa, soltó la servilleta sobre la mesa.

—Voy a ayudarla.

18

«¡Por Dios!».

Georgie salió al jardín trasero, gritando el nombre de Coco con voz ronca. Le temblaban las rodillas y el corazón le martilleaba con fuerza entre las costillas. Si su madre no la hubiera enviado al jardín, habría estallado en llamas. El deseo se concentraba entre sus muslos, palpitante y tenso, implacable. ¿Cómo iba a afrontar el resto de la cena, con Travis sentado tan cerca, actuando como un héroe?

—¿Coco? —dijo al tiempo que se apartaba el escote del vestido y se soplaba para refrescarse. ¡Ah, qué bien! Tenía los pezones duros como piedras—. Ven aquí, preciosa.

Nada. No oyó el tintineo del collar de la perra.

Se adentró en el jardín, girando a la izquierda y bajando la pequeña pendiente hacia la piscina. Pasar junto al alto roble al que solía subirse en su infancia le provocó muchos recuerdos. Los únicos que rememoraba en ese momento estaban relacionados con Travis. Su despertar sexual se produjo encaramada a ese árbol, cuando deseó que le crecieran las tetas.

La culminación de sus febriles ensoñaciones viró hacia un terreno más adulto la tarde que recibió la tarea de limpiar el desván. Allí fue donde encontró una caja de viejas cintas de vídeo VHS, entre ellas una con la etiqueta PASIÓN OBSESIVA. Dado que sus padres habían salido, puso el antiguo reproductor de vídeo que nadie usaba, pero que todavía no habían tirado. Stephen no era el único miembro de la familia que odiaba los cambios. Se sorprendió gratamente al descubrir que la película estaba protagonizada por Mark Wahlberg y Reese Witherspoon, y decidió que la cinta seguramente fuera de Bethany. La película llevaba más o menos una

hora cuando llegó la escena.

La de la montaña rusa, cuando Mark acaricia a Reese con el dedo.

Hasta aquel momento allí sentada en la salita, Georgie no sabía lo que significaba la expresión «ponerse cachonda». Y, ¡por Dios!, menudo sentimiento de culpa. Mark Wahlberg interpretaba a un sociópata abusivo de lo peor en la película, pero se excitó tanto que repitió la escena nueve veces. Al final, cerró los ojos, se tumbó de espaldas y se imaginó a Travis recreando la escena con ella. Con su uniforme de los Hurricanes. Se metió las manos en los vaqueros y tuvo el primer orgasmo de su vida en el suelo de la casa de sus padres viendo una cinta de VHS, mientras tenía a escasos metros la posibilidad de buscar porno gratuito en internet.

¿Por qué nunca había podido hacer las cosas de la forma más fácil?

En vez de huir a toda prisa de un hombre no disponible, había decidido demostrarle que estar disponible no era tan malo. Entre invitarlo a tomar un café y llevarlo a cenar esa noche, se había propuesto demostrarle a Travis que no tenía por qué pasarse la vida de mano en mano. Sin embargo, había contado con contener al menos una pequeña parte de sí misma en el proceso. Para aminorar el golpe cuando él acabara marchándose. O encontrara a otra persona. O se diera cuenta definitivamente de que las relaciones no eran lo suyo, con o sin inseguridades. Pero ¿contenerse delante del hombre que había estado a punto de hacer añicos la vajilla buena por defenderla?

No iba a ser tan fácil.

Cada vez que estaba con Travis, él le revelaba algo más. Un trozo del pasado, una esperanza para el futuro, una faceta tierna. Ese día había demostrado que le importaba. Había ido a la cena por ella. Aunque se había creído enamorada de la chulesca estrella del béisbol, estaba a punto de enamorarse de ese hombre nuevo y mucho más complicado. Más profundamente de lo que podría haberse enamorado del Travis ideal de su adolescencia.

Oyó que alguien abría y cerraba la cristalera a su espalda. Se dio media vuelta y el pulso se le disparó cuando vio que Travis bajaba la pendiente tras ella. El deseo que vio en su cara la hizo retroceder. ¡Oh! Al parecer, lo de seducir se le daba bien. Ya lo había conseguido. ¡Hurra!

En cuanto Travis llegó a su lado, se agachó y se la echó sobre un hombro mientras le preguntaba:

—¿Dónde?

Ella intentó, sin éxito, no hacerle caso a esa nueva panorámica de su trasero.

—¿Que dónde está la perra?

—La perra está encerrada en el dormitorio de atrás —respondió él con paciencia pero sucintamente—. No está en el jardín.

—Entonces, ¿por qué me ha dicho mi madre que salga a buscarla?

Travis no dijo nada.

—¡Oooh! —exclamó, alargando la palabra—. Señoras y señores, mi madre, la celestina.

—¿La caseta de la piscina o el garaje, Georgie?

No había duda del motivo por el que Travis buscaba un lugar privado, y eso hizo que se acalorara todavía más. Y, al estar boca abajo, la mayor parte de la sangre, calentita por el deseo, se le subió a la cabeza y se mareó. Que así fuera. Acababa de expresar su opinión en una reunión familiar y en ese momento Travis quería besarla. Si eso no era motivo para que algo se le subiera a la cabeza, que bajara Dios y lo viera.

—La… mmm… la caseta de la piscina, supongo.

Al cabo de unos segundos, atravesaban el umbral de la diminuta caseta. La puerta se cerró de golpe tras ellos y se encontraron rodeados por la oscuridad. Mark y Reese quedaban a la altura del betún a su lado, porque jamás había estado tan a punto a de estallar. Travis respiraba con dificultad mientras se la bajaba del hombro, y ella le rodeó la cintura con las piernas. Esa parte tan delicada de su anatomía quedó suspendida sobre ese cuerpo tan duro y se oyó un gemido, casi un sollozo. Acto seguido, dichas partes empezaron a moverse con delicadeza la una contra la otra, provocando unos cuantos jadeos. Un gruñido. Y después Travis se abalanzó y la estampó contra la pared, momento en el que sus bocas se enzarzaron en una batalla febril.

La mente de Georgie apenas podía funcionar por la pasión del momento. Por la intensidad. Sus sentidos parecieron renacer, ajenos por completo a lo que eran el tacto y el gusto. Esperaban ansiosos que Travis les enseñara cosas nuevas, y eso fue lo que hizo. Su boca se movía con sensualidad, como si prefiriera la calidad a la cantidad. Alargó el momento, disfrutando de cada roce de sus lenguas, de cada movimiento de sus labios. De cada bocanada de aire que tomaba cuando se apartaba de ella. La saboreaba, unía sus frentes,

bebía de su boca, jadeando y tragando saliva. Hacía que se sintiera como la primera y la última mujer que habían besado desde el principio de los tiempos. Mientras tanto, esas ásperas manos ascendieron por sus muslos y le rodearon las caderas para aferrarle el trasero con ansia. Para abarcarlo a placer, con las palmas y los dedos.

—Abre los ojos y mírame, Georgette Castle —le dijo con voz ronca en la penumbra, alto y claro. Nunca lo había oído así, tan concentrado y decidido. Tan serio. Quizá un poco nervioso—. Mírame.

—Te estoy mirando —susurró ella mientras se preguntaba si sería consciente de que sentía su erección contra las bragas de seda y de que no era realmente un momento oportuno para mantener una conversación—. Estoy aquí. Te estoy mirando —susurró ella de todos modos.

—Bien. —Le dio un beso, brusco, y luego volvió a mirarla con seriedad—. No puedo hacerlo. No puedo evitar hacerte mía. —Gimió contra su boca y usó las manos para levantarla un poco más y restregarla contra su cuerpo—. Necesito metértela ahí pero ya.

Una nube de chispas se extendió por su cerebro, como si alguien hubiera arrojado café sobre el panel de control que la mantenía anclada en la realidad.

—¿Ah, sí?

Travis empujó con fuerza entre sus muslos, aprisionándola contra la pared con sus caderas.

—No me vuelvas a preguntar eso cuando está claro que quiero follarte hasta que llegue la Navidad.

—Pues hazlo —susurró—. ¡Por Dios!

—Lo haré. Cuando pueda tomarme el tiempo necesario. —Levantó una ceja y la miró con gesto elocuente—. Eres virgen.

—Ya. Se me había olvidado.

—A mí no. —Rotó las caderas muy despacio, uniendo aún más la parte inferior de sus cuerpos—. Hace un tiempo que no pienso en otra cosa.

Georgie sintió que empezaban a temblarle los muslos junto con las entrañas.

—Eso es… mmm… ¿bueno?

—Bueno. —Esbozó una sonrisa arrogante—. Claro, chiquitina.

En otras palabras, que en cuanto se le presentara la oportunidad, iba a convertirla en un charco balbuceante de miembros y órganos. Anotado.

—¿Qué se supone que debo hacer hasta entonces?

Travis echó las caderas hacia atrás, permitiendo que pudiera bajar las piernas al suelo, pero la mantuvo pegada a la pared.

—¿Necesitas algo? —Le recorrió la cara interna de un muslo con la yema de los dedos—. Puedo acariciarte un poco con los dedos mientras aclaramos ciertas cosas.

—¿Como...? —Jadeó al sentir que le metía los dedos debajo de las bragas y que uno de ellos le acariciaba el húmedo sexo—. ¿Como qué?

—Como tú. Tentándome para que ceda y te folle —le susurró al oído.

Los espasmos se apoderaron de la cara interna de sus muslos.

—¡Sí!

—Dalo por hecho. Voy a ceder como un imbécil. Tengo que hacerlo. —Jadeó durante un instante—. Pero el trato original... sigue en pie. —Lo vio fruncir el ceño—. Georgie, quiero que entiendas que, aunque esto solo vaya a durar hasta la cena con el presidente de la cadena de televisión, será lo más que he durado así con una mujer.

—¿Así cómo?

—Como algo más que un rollo pasajero. —Lo oyó tragar saliva—. Nuestros futuros son diferentes, Georgie. Yo no tengo el gen familiar y tú... lo llevas en la sangre. No puedo ser lo que quieres, pero antes muerto que verte arrepentida de esto. De lo nuestro. De haberme dejado meterme en tu cama. Mientras esto dure, dime qué necesitas para sentirte... importante.

«A ti. Solo a ti. Por entero», pensó.

—Que me apoyes en una discusión familiar —susurró—. Eso ha sido un buen comienzo.

Oyó un gruñido desdeñoso procedente de su garganta.

—Eso no ha tenido ningún mérito, Georgie. Había que hacerlo. ¿Qué más?

La yema de su dedo corazón la penetró un poco y después se retiró para acariciarle el clítoris en lentos círculos con la humedad que había encontrado.

—Mmm... —Sintió una descarga en las entrañas y perdió la fuerza en el cuello—. Eh, no sé. ¿Gestos románticos? ¿Eso existe?

—Sí. —No parecía estar seguro al cien por cien—. Flores y demás, ¿no?

Eso le arrancó una risilla.

—Un ciego guiando a otro ciego.

La boca de Travis le puso fin a la risa. Le separó los labios y se quedó así un instante antes de buscarle la lengua con la suya. Solo una vez. Una reprimenda. Una promesa. Sin el apoyo de ese cuerpo que la aprisionaba contra la pared, se habría dejado caer al suelo por pura excitación sexual.

—Tengo dos preguntas más. Y una exigencia egoísta. ¿Estás preparada?

—Sí —contestó mientras sentía que aceleraba las caricias del dedo corazón sobre su clítoris, rodeándolo minuciosamente, pasando por encima y dándole un pellizquito de vez en cuando. La verdad, Travis parecía tan concentrado en lo que estaba a punto de decir que no entendía cómo era capaz de dividirse tan eficazmente para hacer dos cosas. Era un Dios del Sexo. Su novio de pega era un Dios del Sexo de verdad—. Sí, lo estoy.

—Primera pregunta. ¿Te lo has depilado por mí?

Ella lo miró con los párpados entornados.

—¡Ajá!

Travis soltó una exhalación temblorosa.

—Respuesta correcta. —La penetró con el dedo índice despacio y hasta el fondo, al tiempo que soltaba un gruñido ronco—. La próxima que vez que estemos juntos, voy a tratarte como mereces.

—¿Ves? Gestos románticos —replicó ella—. Ya eres un profesional.

Travis soltó una trémula carcajada.

—Soy un novato en materia de vírgenes y, joder, ya que estamos hablando de eso, te siento tan apretada en torno a mi dedo que seguramente sea incapaz de mirar a tu padre a los ojos en la vida. —Soltó el aire con fuerza—. ¿Cómo te has… imaginado tu primera vez?

El entusiasmo en su tono de voz le provocó una punzada en el pecho. ¿Cómo podía alguien dejar de lado a ese hombre? Sin importar que su relación fuera real o no, Travis le estaba dando la importancia que merecía a su primera vez. Sin embargo, no podía decirle toda la verdad. Que llevaba imaginando su primera vez con él desde que llegó a la pubertad. Pero dado que el momento requería que le contestara con cierta sinceridad, hizo lo que pudo.

—No te rías, pero siempre me lo he imaginado en el sofá. Como si no pudiéramos controlarnos y se nos fuera de las manos…

—Quieres ver Netflix y que las cosas se vayan calentando.

—No me juzgues.

—No lo hago. —Esbozó una sonrisa torcida mientras se inclinaba

despacio para besarla, uniendo sus labios en un minucioso baile que le robó la cordura—. Mi única intención es darle a la milenial lo que desee. Hasta tenerla desnuda y retorciéndose debajo de mí.

—¡Oh! —Sintió que sus músculos internos se cerraban en torno a ese dedo y el deseo palpitante que experimentaba se hizo más acuciante, más intenso, hasta que se vio obligada a apretar los muslos. Conocía bien las señales que advertían de la cercanía de un orgasmo, pero nunca se había visto obligada a hablar durante uno. Y tampoco había vivido la experiencia de que otra persona la mantuviera al borde de este, como si el objetivo fuera el disfrute en vez de llegar a él lo antes posible—. ¿Y la exigencia egoísta?

Travis le recorrió el labio inferior con la lengua.

—Te pido muy amablemente que me dejes reformarte la chimenea, Georgie —contestó—. Rechaza el presupuesto del padre soltero.

El corazón de Travis latía tan fuerte que hasta ella sentía las vibraciones. ¿Tan importante era eso para él? ¿En serio?

—Lo haré —susurró y su curiosidad aumentó cuando lo oyó exhalar aliviado—. Muy bien, me toca a mí —murmuró—. No quiero… Mmm… A ver, me refiero a mientras esto dure. Si puedes…, bueno, no lo digo porque esté celosa ni nada, pero…

—¿El qué? —Esos ojos azules se clavaron en los suyos con una mirada intensa—. Dilo ya.

«Échale valor, chica», se dijo.

—¿Puedes estar solo conmigo, por ahora, sin nadie más?

La miró con los ojos entrecerrados, y los latidos de su corazón se hicieron más fuertes; los sentía perfectamente contra su cuerpo.

—Nadie más nos tocará hasta que decidamos lo contrario. —La penetró con un segundo dedo y empezó a moverse con firmeza, pero despacio, hasta arrancarle un gemido—. ¿Te sirve así?

—Sí —consiguió responder Georgie, al tiempo que empezaba a mover las caderas en busca de la fricción—. Me gu-gusta mucho. ¡Travis!

Él se apoderó de su boca justo cuando empezaba a acariciarle el sensible clítoris con ese pulgar tan grueso.

—Mójame la mano.

—¡Oh, sí! —Contrajo el abdomen y se retorció—. Sí.

—Joder, nena, ¡qué estrecha eres! —lo oyó susurrar entre gemidos mientras las yemas de sus dedos alcanzaban un punto maravilloso en su

interior. Uno que transformó su cuerpo en una boca de incendios sin cerrar en verano y que liberó la compuerta a nuevas sensaciones—. Será mejor que elijas una película aburrida, porque no vas a ver ni un minuto de ella. Cuando nos sentemos mañana en el sofá, no pienso sacártela hasta los créditos.

—De acuerdo. —Intentó concentrarse un momento, pero falló—. *Cold Mountain* está en Netflix. Debería funcionar.

La última palabra le salió entrecortada. Sintió un estremecimiento que le llegó hasta la cabeza, estimulante y aterrador al mismo tiempo. Travis pareció percibir que estaba llegando al punto álgido, porque le dio un mordisco en el mentón y luego le recorrió el cuello con la boca abierta mientras seguía penetrándola despacio con los dedos y le torturaba el clítoris con el pulgar.

—Déjate llevar, chiquitina. —Le rozó con los dientes la base del cuello, justo encima de donde le latía el pulso—. Cuando volvamos a entrar, sabré que estás sentada a la mesa de tus padres, con las bragas de seda empapadas.

Le clavó los dientes con suavidad.

El espasmo que sintió fue tan intenso que se le llenaron los ojos de lágrimas y se quedó sin fuerzas para seguir de pie. Travis la sujetó rodeándole la cintura con un fuerte brazo mientras experimentaba un orgasmo similar a una fuerza de la naturaleza. Al igual que la última vez, sintió el instinto innato de complacer a Travis, así que buscó a tientas su erección y frunció el ceño cuando él le agarró la muñeca, y le apartó la mano.

—No, no —le susurró al oído—. No vas a salirte con la tuya y a cascármela. La próxima vez lo quiero todo. Quiero tumbarte de espaldas y metértela entera.

De haberse encontrado en un estado coherente, hasta se habría avergonzado de lo empapados que le había dejado la mano y los dedos, pero él parecía encantado. La prueba estaba en cada caricia de su lengua en el interior de su boca, en cada jadeo que le agitaba el pelo.

—¡Ay, Dios! Yo… Tú… has hecho eso tan… ¡Uf!

Travis le mordió el lóbulo de una oreja.

—Llama al padre soltero y dile que no.

—Hecho —susurró—. Nada de padres solteros.

—Así me gusta.

Unos minutos después, que a ella le parecieron eternos porque seguía mareada, Travis le enderezó las bragas y utilizó una toalla que encontró en una estantería cercana para secarle los muslos. Hasta le pasó los pulgares por la cara para arreglarle el maquillaje. La peinó con los dedos. Y la acompañó de vuelta a la casa, con una mano posada en su culo con gesto posesivo. Su sonrisa era tan segura y reconfortante que debió de imaginarse el ligero temblor que creyó sentir en sus dedos.

19

Cada vez que los tacones de aguja de la agente inmobiliaria repiqueteaban sobre el suelo de madera surgía una nueva duda.

No podía hacerlo. Pagar el alquiler de una oficina sería demasiada presión. Trabajaba de payaso, ¡por el amor de Dios! Los payasos no tenían oficinas.

Sin embargo, las empresas de animación exitosas sí tenían. Eso era lo que quería, ¿no? Ofrecerles a sus futuros empleados a tiempo completo un lugar de confianza donde pudieran ir a trabajar, celebrar reuniones y guardar el material. Un lugar donde ella pudiera recibir a los clientes y presentarles las opciones para las fiestas de cumpleaños de sus hijos, y mucho más. Gracias a las entrevistas de esa mañana, tenía un malabarista, un mago y dos imitadoras de princesas Disney con los que la empresa podía contar dependiendo de los encargos que consiguiera. No había ninguna norma que dijera que debían detenerse en las fiestas de cumpleaños. Las posibilidades eran infinitas.

Claro que en el piso de dos habitaciones situado sobre la tienda de *bagels* no había ni un solo mueble. De manera que se dedicaría a montar muebles de Ikea hasta que dominara el sueco. Habría presión. Si llegaba un mes lento, tendría que hacer sacrificios. Si uno de sus colaboradores no podía cumplir con su parte del trato, debería prescindir de sus servicios. Había llegado el gran momento.

Se dio cuenta de que la agente inmobiliaria la observaba desde el otro lado de la estancia iluminada por el sol, con la calle principal a su espalda en las dos ventanas idénticas.

—Mmm… —Georgie giró en círculo—. ¿Cuántos metros cuadrados has

dicho?

—Cien —contestó la mujer mientras tecleaba en su teléfono—. No es muy grande, pero lo agradecerás en invierno.

—Bien.

¡Por Dios! Se sentía como pez fuera del agua. Se había puesto un vestido de verano suelto y se había peinado, esperando que el hecho de arreglarse le diera un empujón de confianza, pero seguía sintiéndose un poco intimidada por la elegante agente inmobiliaria. La mujer ni siquiera establecía contacto visual con ella. Estaba a punto de darle las gracias por su tiempo y prometerle que la llamaría más tarde para comunicarle su decisión, pero solo era una excusa para huir. Para evitar tomar una decisión. Ese lugar era perfecto para lo que necesitaba; solo tenía que dar el salto.

Se acercó a la ventana y miró el pueblo que tan bien conocía. El paisaje desapareció y, de repente, vio su reflejo en el cristal. ¡Cuánto había cambiado por fuera! ¿Había cambiado también por dentro?

Respiró hondo y cerró los ojos, buscando algo (cualquier cosa) que la ayudara a creer que era capaz de alquilar ese lugar y de convertir su pequeño negocio en una próspera empresa.

A su cabeza acudió el recuerdo del puñetazo de Travis sobre la mesa del comedor de casa de sus padres.

«Georgie es demasiado importante para que la interrumpan o la regañen como si fuera una niña».

Un escalofrío le recorrió la espalda. Los ojos azules de Travis la miraban como si fuera importante, ¿verdad? Como si no solo le interesaran sus pensamientos, sino también… necesitara conocerlos. Se había propuesto llevar a cabo una misión furtiva para lograr que Travis creyera en sí mismo, pero él había ido haciendo lo mismo por ella poco a poco. Eso era lo que habían hecho el uno por el otro, ¿verdad?

Se apartó de la ventana, sin estar todavía decidida del todo. La agente inmobiliaria levantó la mirada con expresión inquisitiva, y Georgie empezó a asustarse, pero se tranquilizó al oír el repiqueteo de unos zapatos de tacón subiendo la escalera. Al cabo de unos segundos, su hermana entró en el piso.

—Hola, Georgie. —Sonrió para enseñarle todos los dientes a la agente inmobiliaria—. Hola.

La mujer irguió la espalda.

—¿Tenías una cita?

—Es mi hermana —respondió Georgie, y después bajó la voz solo para que solo la oyera Bethany—. ¿Qué haces aquí?

—Pasaba por el barrio —le contestó al tiempo que hacía ademán de quitarse las enormes gafas de sol y observaba el espacio haciendo un giro completo sobre los zapatos de tacón—. ¿Cuánto piden de alquiler?

Georgie le dijo la cifra y la vio hacer un mohín, tras lo cual le pasó un brazo por los hombros y la alejó de la agente inmobiliaria.

—Es un precio decente, pero podemos hacerlo mejor.

—No, en el pueblo es imposible.

—No. Ese el precio que piden en Main Street. Lo entiendo. —Hizo chocar sus caderas—. Como nunca te has involucrado en el aspecto de la compra de las propiedades con Brick y Morty, no sabes que el precio inicial nunca se acepta. Ni siquiera cuando decoro las casas para que parezcan la portada de *Casa y Jardín*.

Georgie echó un vistazo a su alrededor.

—Pero esto es un alquiler.

—Las reglas se hicieron para romperlas.

¿Se había tomado Bethany alguna vez la molestia de enseñarle algo sin una orden directa de su madre? No lo recordaba. Sin embargo, aquello no era forzado en absoluto. Solo eran dos mujeres hablando, trabajando por un objetivo común. Bethany había aparecido para ayudarla porque quería hacerlo, y solo por eso ella se sentía mejor. Se sentía validada. Como si tuviera todo el derecho a estar allí, tomando la decisión de alquilar una propiedad comercial y de adentrarse en territorio desconocido.

La inyección de confianza hizo que se le ocurriera una idea.

Más erguida que antes, se volvió hacia la agente inmobiliaria.

—Brick y Morty es nuestra empresa familiar. Si puedes convencer a los propietarios de que rebajen un diez por ciento el precio del alquiler, hablaré con mi hermano, Stephen, para que te haga una oferta próximamente.

La mujer separó los labios.

—Eres Georgie Castle. Yo… —Ya estaba marcando un número de teléfono —. No había caído en la cuenta. Déjame ver qué puedo hacer.

Bethany silbó entre dientes.

—Joder, nena, iba a sugerir un descuento del cinco por ciento por pagar en efectivo. —Le dio una abrazo a Georgie—. Has hecho que me sienta orgullosa.

Georgie parpadeó para que no se le humedecieran los ojos.

—Gracias.

Gestos románticos.

Sí.

Travis sabía tanto de gestos románticos como de tendencias de moda de primavera. Sin embargo, había renunciado a la imposible batalla de mantener las manos alejadas de Georgie. Y eso era lo que ella decía necesitar para sentirse bien. Así que allí estaba. En su casa. Allanándola.

Hizo girar el llavero alrededor del dedo índice y observó la alegre puerta roja de la entrada. Los novios de pega podían ir a casa sin avisar, ¿no? A ella no le importaría. Seguramente.

Tampoco había ido a revolcarse entre sus sábanas ni a robarle las bragas mientras ella no estaba en casa. Tenía una misión. El contenido del cajón de su camioneta lo demostraba. Había madrugado y, tras llamar a la puerta de los Castle, se sintió aliviado cuando fue Vivian quien abrió. No mentía cuando le dijo a Georgie que necesitaría un tiempo antes de mirar a su padre a los ojos. Claro que siempre le resultaría un poco difícil, ya que planeaba hacer todo tipo de cosas escandalosas con Georgie. Empezando cuando llegara a casa después de la fiesta de cumpleaños en la que estaba trabajando.

Eso sí, quería hacer algún progreso antes de llegar a ese punto.

Introdujo la llave en la cerradura y la giró, entrando en la casa sin permiso de su dueña. Atravesó el silencioso interior, sonriendo al pasar por encima de un par de zapatos de payaso, y salió al patio trasero por la puerta de atrás. Después de asegurar la puerta de la valla para que no se cerrara, empezó a sacar los materiales de la camioneta y colocó la sierra de mesa y la lijadora en el césped. Llevar sin ayuda el último elemento fue una tarea difícil, porque era complicado girar con una rama de árbol en un hombro, pero se las arregló.

Horas después, había cortado la rama del árbol en trozos iguales y había comenzado el proceso de lijar la áspera madera para que quedase suave al tacto. Hizo un descanso, pero se dio cuenta de que no tenía agua. Así que no tuvo más remedio que entrar en la cocina de Georgie pese al serrín y la suciedad para buscar una botella fría. Allí de pie en la diminuta estancia con

los muebles antiguos y el cuadro que rezaba «LAME LA CUCHARA» sobre la cocina, se le ocurrió una idea. Después de llamar por teléfono a un restaurante local, salió de nuevo y siguió lijando.

Gestos románticos. Ese seguro que lo era, ¿verdad?

No había presenciado muchos en su vida. Una vez, durante su primera temporada en los Hurricanes, un compañero de equipo se declaró a su novia antes de subir al autobús. Hincó una rodilla en el suelo, allí mismo, delante de todos los amigos, que procedieron a burlarse de él sin piedad durante el trayecto hasta el aeropuerto. Sin embargo, al novio en cuestión le resbaló todo. Estaba contentísimo de que ella hubiera aceptado y lo demás le importaba muy poco. En aquel momento, a él le resultó imposible creer que un hombre quisiera atarse voluntariamente a una mujer. Decidió que era un imbécil.

No había cambiado de opinión al respecto, pero reconocía para sus adentros que no le importaría ver a Georgie tan feliz. De hecho, lo ansiaba. Y eso le daba mucho miedo.

Apagó la lijadora y bebió un sorbo de agua mientras se pasaba la muñeca del guante de trabajo por la frente. Un grueso y largo tablón yacía de lado en la hierba, con los nudos y las vetas bien visibles en toda su superficie. Esa pieza sería la repisa. Algún día, Georgie pondría en ella las fotos enmarcadas de sus hijos. Encendería el fuego en invierno y pasaría los dedos por la suave madera. ¿Pensaría en él?

Se había quitado la camisa por el calor, pero el repentino escalofrío que sintió hizo que la echara de menos. Se alejó de la lijadora y se golpeó el muslo con la botella de agua. Ya no veía el patio trasero ni los árboles a su alrededor. En algún momento, su padre debió de tener gestos románticos con su madre. Seguramente le regaló flores y la invitó a salir.

Hasta que él llegó y le puso fin a todo eso, ¿no? Además de acabar con todo el romanticismo, provocó una guerra total. De repente, afloró un recuerdo, no muy diferente de otros innumerables que giraban continuamente en su cabeza. Después de separarse, sus padres discutieron una noche porque los dos habían hecho planes para salir con sus respectivas amistades.

«—Llévatelo.

»—Esta noche no. Necesito salir.

»—Yo también lo necesito. Lo he tenido durante cuatro noches seguidas.

»—¡No me digas, cuatro noches! ¡Eso se llama «paternidad»!

»—¿Me estás sermoneando? ¿Qué clase de madre se niega a cuidar a su hijo?

»—Una que quiere recuperar su vida. ¿Qué te parece?».

Una mano familiar se posó en su hombro, y Travis se volvió, respirando como si acabara de correr por la ladera de una montaña. Georgie le devolvió la mirada, con la mano aún en el aire. Tragó saliva con fuerza, luchando contra el impulso de abrazarla y hundir su cara en la parte de su persona que estuviera más cerca. Tenía aspecto de recién lavada, como si acabara de limpiarse el maquillaje de payaso. El pelo de alrededor de la cara estaba húmedo. Las pestañas, también. Lo miraba con esos labios rosados separados. Estaba a pleno sol, que le caía sobre las piernas desnudas, y la luz resaltaba la preocupación de sus ojos.

—Hola —murmuró ella—. Estás aquí.

Travis carraspeó, pero no consiguió aclararse la voz.

—Sí —replicó mientras ella lo observaba con curiosidad, captando demasiado, pero no tenía estómago para explicarle qué lo había dejado tan tocado. Así que esbozó una sonrisa forzada antes de que ella pudiera preguntarle—. Aquí estoy.

Esos ojos verdes descendieron por su torso y por su abdomen, y acabó poniéndose colorada.

—Estás aquí.

—Eso ya lo has dicho.

La vio cerrar los ojos con fuerza.

—Yo… solo lo estaba confirmando.

Aquello era increíble. Un minuto cerca de Georgie, y el calor volvió a asaltarlo, haciendo que se sintiera normal de nuevo. Centrado.

—¿No vas a preguntar por lo que está pasando en tu patio trasero?

—¿Cómo dices? —le preguntó a su vez, sobresaltada, y en ese momento se percató por primera vez de la maquinaria y la madera—. ¡Oh! ¡No me digas! ¿Estás trabajando en mi chimenea?

Travis asintió una vez con la cabeza.

—¿Reconoces la madera?

Esos ojos verdes se clavaron en su regazo.

—Un momento… ¿Qué?

—La madera para la chimenea, chiquitina. —Se le escapó una carcajada

—. ¡Por Dios! Será mejor que rompamos el precinto de la virginidad antes de que te dé un ataque de nervios.

Ella levantó las manos.

—¡Bueno, es que no puedo evitarlo! Has convertido mi inocente patio trasero en una peli porno de trabajadores de la construcción. Lo único que necesitamos es un poco de *jazz* ligero.

—¡Puaj! ¿Qué tipo de porno estás viendo?

—El que le gusta a las señoras respetables.

—Mentirosa.

Georgie se apartó el pelo de la cara con un gesto exagerado.

—No, no reconozco la madera. ¿De dónde la has sacado?

Travis dio un paso hacia ella, muy consciente de que no se habían tocado lo suficiente para su gusto. Distraído por lo mucho que necesitaba sentirla piel contra piel, no se paró a pensar lo que decía.

—Me he pasado el día pensando en ti.

—Gracias —susurró ella, que se apartó hacia la derecha—. Yo también he pensado en ti.

La levantó en brazos, manteniéndola erguida.

—¿Recuerdas los veranos que pasabas en el árbol del patio de tus padres? Te sentabas allí arriba, con las piernas colgando, leyendo... ¿Qué leías?

—Eran revistas para adolescentes que le robaba a Bethany y que escondía dentro de los libros. Hacía los cuestionarios de personalidad una y otra vez hasta que lograba la respuesta que quería.

Travis se rio, sorprendido.

—No bajabas del árbol hasta que Vivian te amenazaba con darle tu cena al perro.

Georgie frunció el ceño y clavó la mirada en la repisa que había estado lijando.

—Travis Ford —se llevó una mano al pecho—, ¿qué has hecho?

—Convencer a Vivian de que me dejara cortar la rama me costó un poco, pero le recordé que tiene unos quince árboles en el jardín trasero, así que cedió.

Georgie se abalanzó sobre él y le hundió la cara justo entre los sudorosos pectorales, dejando los brazos inmóviles a los lados.

—¡Ay, no! Odio llorar —se lamentó, y él sintió la caricia de su aliento en el

abdomen—. ¡Por Dios! Ya estamos. No puedo evitarlo.

El alivio se apoderó de Travis y la acercó más, porque si a Georgie no le importaba su olor a sudor, a él tampoco.

—¿Te gusta?

—¡Muchísimo! Me encanta. Gracias.

Sintió sus lágrimas en la piel y el tiempo pareció ralentizarse. Hasta tal punto que podía oír cada uno de los latidos de su corazón mientras le acariciaba el pelo de la coronilla.

—¿Me perdonas por haber faltado a la cita?

—Ya te he perdonado —contestó, y su voz sonó amortiguada.

—Sí, pero ahora lo dices de verdad. No a regañadientes.

—Haces que parezca que estaba enfadada.

Intentó no besarla en la frente. El gesto resultaba demasiado íntimo, y era muy consciente de la falta de cámaras en los alrededores. Solo estaban ellos dos. Pero no tenía la menor posibilidad de resistirse a sus impulsos cuando ella parecía tan suave. Posó los labios justo por debajo del nacimiento del pelo y la estrechó contra él.

—Estabas haciendo pucheros.

Georgie le hincó un dedo en las costillas.

—Estás intentando que deje de llorar.

—Me has pillado.

Le echó la cabeza hacia atrás y acercó los labios a los suyos para lamerle la sal de las lágrimas. Para robársela de la lengua. ¡Dios! No podía cerrar los ojos, porque esa expresión emocionada y feliz era demasiado estimulante. ¿De verdad era eso lo que había hecho? Siguieron un buen rato en el patio trasero bajo la sombra de los árboles, rodeados por los restos de madera. Georgie permitió que la conquistara con esos besos que nunca había practicado. La besó como si estuviera... cuidando de ella. Tranquilizándola. Haciéndole saber que él haría guardia mientras ella lloraba. Y esa responsabilidad hizo que se sintiera más hombre que nunca.

Se le puso dura como una piedra, pero en vez de acercar sus caderas para frotarse contra ella, eligió el dolor. Pasó por completo de su cuerpo, de la erección que le tensaba los vaqueros, y se concentró en la mujer que tenía delante. En la mujer que le ofrecía su boca de una forma que lo hacía sentirse... digno.

La sensación le provocó tal mareo que no se dio cuenta de que Georgie se

había apartado de él.

—¿Travis? —dijo mientras le acariciaba el mentón con los pulgares—. ¿En qué estabas pensando cuando he llegado?

Hablarle a Georgie de los monstruos que acechaban en los rincones más profundos de su mente no lo asustaba. Ya no. Pero esa noche no quería su compasión. Esa noche ella era lo importante. Así que volvió a besar esa boca tan suave, aumentando la presión hasta que ella jadeó contra sus labios.

—Voy a ducharme, ¿de acuerdo? —le preguntó al tiempo que le pasaba los dedos por la curva de un hombro, tras lo cual le presionó el cuello con el pulgar y se lo masajeó—. Antes de presentarte a Dios, te daré de comer.

20

¿Qué pasaba con las bragas?, se preguntó Georgie.

Se había comprado un montón de ropa interior y, en cuestión de una semana, la mitad de las bragas de seda había sido abducida por los extraterrestres o había acabado en el purgatorio de la lavadora.

¿Dónde estaban sus bragas?

Rebuscó en el cajón de los calcetines con la esperanza de encontrar allí una de sus carísimas bragas, pero no hubo suerte. Todas estaban en el fondo del cesto de la ropa sucia, donde no iban a ayudarla a echar un polvo.

«No necesitas ayuda para echar un polvo. Las cosas como son».

—Bien.

De todas formas, en vez de estrenarlas todas de inmediato, podría haber reservado alguna para una ocasión especial. No hacía falta que limpiara la casa con un tanga de organza, aunque se había sentido elegantísima mientras fregaba el inodoro. Respiró hondo por la nariz y echó a andar hacia el armario, intentando no mirar por la rendija de la puerta del cuarto de baño. Travis estaba desnudo al otro lado, frotándose ese cuerpo tan impresionante con jabón y preparándose para introducirla en el sexo. Nada del otro mundo, ¿verdad?

Abrió la puerta del armario y examinó su contenido. Un vestido sería pasarse mucho para una noche en el sofá. Los vaqueros serían demasiado difíciles de quitar y, como no tenía bragas que ponerse, le resultarían incómodos. Más que nunca. Cuando imaginaba que echaría su primer polvo viendo Netflix, se veía cómoda e informal con un jersey ancho que le dejaba un hombro al aire y unas mallas ajustadas. Un atuendo sencillo y práctico. Pero no tenía nada parecido. Joder con Tracy la Dependienta.

El agua de la ducha se cortó.

En un arranque de pánico, descolgó una camiseta enorme de una percha, y después de colocarse las tetas de la mejor manera posible para aumentar su tamaño dentro de las copas del sujetador de encaje, se la pasó por la cabeza. Perfecto, ¿verdad? Se le veía un hombro. Como en sus sueños húmedos…

Hurricanes. Era la camiseta de los Hurricanes, con el nombre y el número de Travis en la espalda. ¡Oh, no! No, llevar su ropa sería demasiado exagerado. Si se daba cuenta del cuidado con el que había planchado y colgado la camiseta en su armario, seguramente deduciría que se había pasado la adolescencia y los primeros años de la veintena encaprichada con él, lo cual era algo impensable. Se imaginaba la cara que iba a poner: puro espanto mientras buscaba la salida más cercana con la mirada. Jamás podría volver a mirarlo a la cara, y mucho menos tener un rollo con él aunque fuera por poco tiempo.

¿A quién quería engañar? Esa relación era lo más alejado de un rollo pasajero que podía imaginar. Por lo menos para ella. Que Travis correspondiera esos nuevos e intensos sentimientos de adulta era una esperanza irreal y absurda que debía desterrar cuanto antes. Claro que él le estaba poniendo las cosas muy difíciles. Iba a reformarle la chimenea con el árbol favorito de su infancia. La besaba con esa… pasión. Sí, pasión. Había descubierto que era algo real. Su intención había sido la de demostrarle que merecía un compromiso. Que era digno, y punto. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar, cuando cada segundo que pasaba con él intensificaba el amor que siempre había sentido?

Casi se había quitado la camiseta cuando el suelo crujió al otro lado de la puerta del cuarto de baño. Volvió a tirar de la prenda de algodón azul hacia abajo con el corazón a punto de salírsele por la boca. Atrapada. Estaba totalmente atrapada. Ese momento se recordaría en los anales de la historia como la huida despavorida de Travis.

Se abrió la puerta.

Y ella se dio media vuelta.

—Mira qué gracioso…

Travis salió rodeado por volutas de vapor que rozaban su cuerpo y su pelo mojado. El vello rizado de su torso. Estaba mojado. Por todos lados. La toalla que le rodeaba las caderas estaba tan baja que casi podía ver el

nacimiento de su vello púbico. ¡Y lo que había debajo! Mientras dejaba atrás las volutas de vapor, una sonrisa transformó su rostro.

—¿Esa es mi camiseta?

Georgie se estremeció.

—Yo… solo la compré porque no tenían la de Núñez.

Se detuvo frente a ella y le levantó la barbilla con el dedo índice. Porque, como no podía ser de otra manera, había clavado la mirada en lo que se adivinaba por debajo de la toalla.

—Mentirosa. —Le colocó los dedos en un hombro y recorrió la costura de la camiseta—. ¿Te la pones mucho?

—No —contestó demasiado rápido.

Lo vio fruncir el ceño, y una emoción que no logró identificar pasó por su mirada, como si hubiera caído en la cuenta de algo. ¿O era culpa? No, seguro que se equivocaba.

—Me gusta verte con ella —dijo mientras se inclinaba para darle un beso lento y erótico que le llegó hasta los dedos de los pies, pasando antes por todas sus zonas erógenas—. Pero no esta noche.

Inclinó la cabeza de nuevo para volver a besarla, y esos ojos azules le parecieron completamente negros por el deseo. Sus bocas se encontraron, y Travis le agarró el borde de la camiseta para levantársela.

En ese momento, alguien llamó al timbre.

Travis apoyó la frente en la suya y soltó una carcajada carente de humor que le acarició los labios.

—¡Por Dios! Esto es el karma, ¿verdad? Viene a por mí.

Georgie trató de pensar pese a la lujuria que le nublaba el cerebro.

—¿Quién es?

Travis giró la cabeza para mirar la hora en el reloj de su mesita de noche.

—La cena que he pedido en mi infinita sabiduría.

—¿Fideos *lo mein*?

Travis se rio y tiró de ella para acercarla, tras lo cual hizo un giro de noventa grados y salió con ella del dormitorio besándola mientras la hacía avanzar de espaldas, andando a la vez.

—Como no te la meta pronto, voy a necesitar una camisa de fuerza.

Sintió que le ardían las mejillas.

—Me gustas más en toalla.

—Sí, me he dado cuenta, pervertida.

Llegaron a la puerta principal y la inmovilizó contra ella, pasando por completo del repartidor cuya silueta se atisbaba a través del cristal. La besó con fuerza, pegando sus caderas y arrancándole un jadeo por lo que sintió.

—Hablar. Tenemos que hablar. Hablar es bueno. —Le acarició el labio inferior con un pulgar de lado a lado antes de introducirle el dedo en la boca —. Pero antes la comida —añadió con voz ronca—. ¡Dios! Ahora mismo odio la comida.

El timbre volvió a sonar.

—No puedes abrir la puerta así —susurró ella y lo vio levantar una ceja.

—He pedido pollo a la parmesana en Marciano's.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Cómo sabes que es mi plato favorito?

Travis se encogió de hombros.

—Es posible que tu madre lo haya mencionado.

No, él se lo había preguntado, y lo supo por sus intentos de disimularlo. Lo llevaba crudísimo si eso era lo que Travis entendía por «rollo pasajero».

—¿Por qué no has abierto la puerta todavía?

Travis la besó en la frente con una sonrisa en los labios y pasó por delante de ella para abrir la puerta, aunque se colocó de forma que el repartidor no la viera. De todas formas, Georgie no pudo resistirse y se asomó para ver que el repartidor se quedaba boquiabierto al encontrarse con el antiguo jugador profesional de béisbol de las grandes ligas cubierto tan solo por una toalla de tamaño diminuto.

—Entrega para Ford —dijo el repartidor tras carraspear—. Travis Ford, ¿verdad? Pensaba que vivías en esa casa de tres plantas de Caroline Avenue.

—Sí. —Travis alcanzó la bolsa y se la pasó a Georgie con un guiño—. Esta es la casa de mi… novia.

Saber que la había llamado así para aparentar no impidió que Georgie casi levitara.

—Lo que tú digas. Novia. —El chico se rio como si se tratara de una broma, pero se puso serio al ver que Travis lo miraba fijamente en silencio—. Oye, estaba esperando que hicieras un pedido algún día. Juego en el equipo del instituto y nos darías un alegrón si vinieras a impartir unas clases en otoño o algo así. Para enseñarnos algunos de tus trucos y eso, ¿sabes?

—De momento, no —contestó él con una sonrisa tensa, y Georgie se dio cuenta de que no le hacía gracia desilusionar al muchacho—. A lo mejor

cuando no tenga tanto trabajo.

Aunque no pudo verle la cara al repartidor, percibió claramente su desilusión.

—De acuerdo. Oye, ¿puedo hacerte una foto?

—Solo llevo una toalla, colega.

—Sí, nadie se lo va a creer.

Georgie se había llevado una mano a los labios para contener la risa y vio que Travis la miraba con expresión pensativa.

—Claro, haz la foto —claudicó. El chico se dio media vuelta y levantó el móvil para hacerse un selfi. Travis levantó el brazo derecho y sacó bíceps—. Asegúrate de que la dirección sale en la foto.

—Claro.

Travis cerró la puerta al cabo de un momento y resultó más que obvio que pasaba por alto su mirada recelosa mientras se agachaba para echársela al hombro.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? —replicó Georgie, que se las arregló como pudo para mantener derecho el recipiente con el sagrado pollo a la parmesana—. Creía que nuestro objetivo era agradar a un público familiar. No hay nada de familiar en tu…

—¿En mi qué?

Georgie sintió que le ardía la cara.

—La toalla no esconde nada.

El mundo se enderezó cuando Travis la dejó en la fría encimera y se colocó entre sus muslos con una sonrisa traviesa.

—¿Estamos hablando de mi pene?

—Así es. —¡Por Dios! Allí tan cerca, con esa sonrisa sensual y oliendo a su jabón… ¿De verdad estaba ese hombre en su cocina, planeando alimentarla y desvirgarla? ¿Todo en la misma noche?—. Me refiero a que no lo esconde precisamente.

—No. —Lo vio apretar la lengua contra el interior de un carrillo—. Es difícil esconderlo.

«¡Madre del amor hermoso!», pensó.

—Ya. Aunque supongo que mientras la cadena de televisión piense que soy la única que lo ve, no pasa nada.

Esos ojos azules se ensombrecieron de repente.

—Exacto.

Georgie deseó no haberle recordado que su relación se basaba en alcanzar un objetivo. Ansiosa por volver a la situación cómoda en la que se encontraban antes, levantó las manos para colocárselas en el torso, pero se arrepintió y las dejó en el aire.

—¿Qué te pasa? —Travis frunció el ceño al ver sus manos—. Parece que dudas a la hora de tocarme. Como si no estuvieras segura de que yo lo desee.

«Llevo tanto tiempo soñando con tocarte que tener la oportunidad me parece surrealista», pensó.

—No, yo…

—¿El abrazo que me diste ayer en el salón de tus padres? —dijo él mientras le rozaba los muslos con las palmas de las manos, provocándole un ramalazo de deseo en las entrañas—. Me he masturbado pensando en ese momento. Me he masturbado con un abrazo, Georgie. Tus manos necesitan ponerse manos a la obra.

Le colocó despacio las manos en los pectorales y le metió los dedos entre el vello, ya seco.

—Como quieras, Travis.

Sintió el estremecimiento que recorrió su torso y su abdomen.

—Déjalas ahí quietecitas. —Tras dirigirle una mirada sombría, Travis se inclinó hacia un lado y abrió la bolsa de comida para sacar el contenido con movimientos bruscos. Ella oyó el ruido de los tenedores y los cuchillos de plástico, pero fue incapaz de apartar la mirada de esos tríceps flexionados el tiempo suficiente para descubrir qué estaba haciendo. Hasta que le acercó a la boca un trozo de pollo cubierto de salsa de queso—. Come. Estoy al límite.

Georgie aceptó el bocado, y gimió mientras tragaba.

—Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

—Hoy he firmado el contrato de alquiler de una oficina —le dijo y él se detuvo mientras el orgullo le iluminaba los ojos. La dejó sin aliento. Deseó guardarse para siempre esa reacción en el corazón para no olvidarla jamás. Porque hizo que deseara poder demostrarle el mismo orgullo. Devolvérselo.

—¡Toma ya! Enhorabuena, chiquitina.

Georgie intentó no sonreír.

—La agente inmobiliaria iba de punta en blanco y parecía sobradísima, ¿me entiendes? Mientras intentaba reunir el valor necesario para decirle que

quería alquilar el piso, me acordé de ti cuando me defendiste durante la cena.

Él la miró a la cara.

—¿Ah, sí?

—Sí, eso me dio el empujón que necesitaba. —Se rindió al impulso de echarle los brazos al cuello e hizo una mueca al sentir que aplastaba entre ellos un trozo de pollo. Sin embargo, cuando intentó apartarse, Travis soltó el tenedor de plástico y la rodeó con sus brazos—. Así que ahora te devuelvo el favor —susurró—. Solo un rápido recordatorio de que eres algo más que el béisbol. Puedes seguir disfrutando de él. Jugándolo o viéndolo. Y seguirás siendo quien eres. No lo necesitas para ser tú mismo.

Sintió el roce de su aliento en el cuello.

—¿No lo necesito?

—Has pedido mi comida favorita y has convertido una rama del árbol al que siempre trepaba en la repisa de mi chimenea. —Le acarició con los dedos el pelo que se le rizaba en el cuello—. Estás que te sales bateando gestos románticos, Ford.

Travis levantó la cabeza y su expresión seria se convirtió poco a poco en una socarrona.

—¿La referencia al béisbol ha sido intencionada?

—Intentaba no alejarme mucho del tema.

Travis la levantó de la encimera, arrancándole un chillido y haciendo que moviera rápido las piernas para rodearle las caderas. El cuello se le quedó lacio y él aprovechó el momento para lamérselo y explorar esa piel sensible. Mientras la llevaba al salón, sintió que le hundía los labios entre el pelo.

—A partir de este momento, ya no seremos románticos ni sentimentales, Georgie. Así que espero que hayas tenido bastante.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Su expresión se tornó seria mientras la bajaba al sofá y mantenía la boca a escasos centímetros de la suya—. Así es.

No podía apretar los muslos porque Travis estaba en medio, pero ¡por Dios, cómo lo necesitaba! Necesitaba aliviar el doloroso deseo que él había despertado. El hombre atento y vulnerable se estaba desvaneciendo, y en su lugar aparecía una criatura erótica y sexual, que se lamía los labios y la miraba de arriba abajo.

—¿Y ahora qué toca?

—Ahora seremos malos. —Sacó el preservativo que se había escondido en la cintura, debajo de la toalla, que se quitó de un tirón y dejó junto al sofá —. Muy malos, chiquitina.

21

Cuando aplastó a Georgie en el sofá debajo de su cuerpo, Travis sintió el peso de cientos de rollos de una noche en la espalda, algo que lo pilló desprevenido. Y eso lo atormentó porque nada, ni nadie, había hecho que se sintiera como se sentía con ella. Con el sabor de su boca transformándolo en un animal hambriento, se preguntó por qué se había conformado con tan poca cosa cuando ella estaba en el mundo.

¡Por Dios, si hasta le temblaban las manos! Sí, estaba muy cachondo teniendo en cuenta que solo deseaba a Georgie desde… ¿cuándo? ¿De verdad había sido solo cuestión de semanas? Le parecía imposible cuando su cuerpo se amoldaba al suyo como si fuera arcilla. Como si pensara: «¡Aaah! Por fin he llegado. Lo he conseguido. No quiero ni salir a respirar».

O así podría sentirse si su pene no lo estuviera poniendo de vuelta y media, exigiendo saber por qué siempre se detenía cuando estaba a punto de follarse a Georgie. «¡Esto no es propio de nosotros, colega!», parecía gritar en su mente, cada vez más duro y dolorido. Sobre todo cuando presionó con ella entre sus muslos y sintió su tembloroso jadeo en la boca como recompensa.

Y lo que le decía esa parte de su anatomía tenía razón. No estaba acostumbrado a esperar. Pero gracias a Dios lo había hecho. Si la hubiera engullido de un solo bocado, se habría perdido la oportunidad de saborearla, cosa que nunca le había importado antes. ¿En ese momento? Sus sentidos parecían despertar y suplicarle. El olor limpio de su piel, los roces tímidos de su lengua, las yemas de sus dedos acariciándole los costados. En el silencio del salón, solo se oían sus respiraciones alteradas, junto con el sonido de sus cuerpos moviéndose sobre el suave cuero del sofá, además del crujido de los

muelles.

—Netflix —dijo con voz ronca interrumpiendo el beso, aunque se lanzó hacia su cuello para saborearlo—. Se suponía que íbamos a ver… *¿Cold Mountain*?

—No —contestó Georgie, retorciéndose bajo su cuerpo y rozándole las caderas con la cara interna de los muslos—. Mmm… Olvídate de la película.

Se movió contra su sexo, y ambos gimieron.

—Quiero hacerlo bien, Georgie. Justo como tú querías que pasara.

—Si esto fuera según el plan, llevaría un hombro al aire en plan sensual y habría preparado un cóctel famoso, así que…

Solo ella era capaz de hacerlo reír cuando tenía las pelotas a punto de estallarle. Sin embargo, pasó de la risa al nudo en la garganta en un abrir y cerrar de ojos. Un buen nudo. Porque allí sonrojada y mirándolo con esos brillantes ojos verdes, Georgette Castle era lo más bonito que existía sobre la faz de la tierra. Quería darle placer. Quería protegerla. Y al cuerno con las consecuencias, quería convertirse en su adicción. La próxima vez que entrara por la puerta principal de esa casa, ella no podría quitarle las manos de encima. Ni esa boca tan erótica. Se acabaron los titubeos.

—Un hombro al aire en plan sensual, ¿eh? —murmuró mientras se acercaba para besarla, pero antes de rozarle los labios se desvió y empezó a descender por su cuerpo bajando por el sofá. Fue deslizando la boca por la camiseta al tiempo que se la subía—. Quizá la próxima vez. Ahora mismo, te quiero desnuda.

Vio que Georgie encogía el abdomen bajo su mirada.

—¡Ah! Si ya casi lo estoy…

—¿Dónde están tus bragas? —le preguntó, y la última palabra apenas fue un gruñido, dado que a esas alturas tenía delante de su boca ese sexo tan suave y delicioso. Mientras tuvo las caderas entre sus muslos, la camiseta la tapaba, así que no tenía ni idea de que ella iba sin ropa interior. Sin embargo, en ese momento era imposible pasarlo por alto. Era imposible no fijarse en el color rosado de esos labios que tanto ansiaba separarle con la lengua—. Olvida la pregunta. No te pongas nunca bragas cuando estemos solos. Pregúntame por qué.

La oyó tragar saliva.

—¿Por qué?

Antes de responder, bajó la boca y le plantó un beso firme donde más

ansiaba hacerlo.

—Porque si no te lo estoy comiendo, estaré buscando la manera de separarte los muslos para poder hacerlo. —Le separó los labios con los dedos y después saludó con un lametón a lo que había descubierto. Joder, ¡qué dulce! ¡Se la comería entera!—. Georgie, está claro que eso es lo que quieres, porque estás empapada.

—Por favor —replicó, casi avergonzada mientras levantaba las caderas, como si quisiera hacerse la interesante pero su cuerpo no se lo permitiera—. Por favor.

—Me gusta que me digas «por favor». —La penetró despacio con el dedo corazón y bajó la cabeza de golpe al recordar lo estrecha que era—. «Métemela más». «Más fuerte». «Más rápido». «Muévete más». Todo eso también funciona.

La vio poner los ojos en blanco mientras separaba los muslos un par de centímetros. Muy confiada para ser virgen. ¿Se debía a que confiaba en él?

Sí, debía de ser eso. Necesitaba que lo fuera, aunque pecara de imprudente.

Siguió penetrándola con el dedo, metiéndolo y sacándolo, sin perder detalle de lo que le provocaba. El temblor de sus muslos, las contracciones de su abdomen. La hinchazón del clítoris, que parecía suplicarle que lo lamiera. Que parecía tentarlo. Ansiaba experimentarlo todo con ella, su olor, su textura, su sabor. Así que no le quedó más remedio que inclinar más la cabeza y penetrarla también con la lengua, mientras la oía contener la respiración y no soltar el aire hasta que se la sacó. Fue ascendiendo con ella sin dejar de meterle y sacarle el dedo cada vez más rápido para prepararla, siempre atento a los sonidos que provocaba su creciente humedad y que lo estaban volviendo loco mientras le lamía el clítoris. Mientras sorbía sus estremecimientos.

—Travis.

—Dime si vas a…

—¿Cómo quieres que lo sepa? Esto no es lo que siento cuando estoy…

Le metió el dedo hasta el fondo y le acarició el punto G, esbozando una sonrisa dolorida cuando la oyó gritar al tiempo que levantaba las caderas del sofá.

—Ya lo sabrás.

La vio arquear la espalda.

—¡Ah! Creo… —Le clavó las uñas en los hombros—. Sí, creo que… ya.

Apartó la lengua a regañadientes y buscó el condón que había dejado junto al sofá. Tras ponérselo rápidamente y estirar bien el látex, se colocó sobre su cuerpo, silenciando con un beso sus susurros para que se apresurara.

—La próxima vez, dejaré que te corras en mi boca, chiquitina —le dijo, y sus palabras quedaron amortiguadas contra sus labios—. Te lo lameré como si fuera un helado. Pero esta primera vez te vas a correr mientras te la meto hasta el fondo, para que no te olvides nunca de quien ha sido el primero.

No era su intención metérsela con tanta fuerza la primera vez, pero no tenía remedio. No había opción de ir despacio cuando verlo sobre ella la había dejado más excitada y jadeante si cabía. Su cuerpo respondió en consecuencia, reconoció lo que Georgie quería, lo que necesitaba, y se lo dio sin ambages. El primer envite le arrancó un grito, aunque no fue exactamente de dolor. Fue de alivio. Sintió el alivio que experimentaba con su invasión. Saber que Georgie llevaba tiempo conviviendo con una necesidad insatisfecha aumentó su propia necesidad de satisfacerla. De superar todas sus expectativas.

—Otra vez —le susurró ella contra el hombro, con los ojos desenfocados —. No te pares.

Travis se apartó un poco y volvió a penetrarla, acicateado por la vena posesiva que ella había despertado en él.

—Mírame mientras te enseño a follar.

—Sí —gimió ella, moviéndose de tal manera que Travis tuvo que apretar los dientes—. Por favor.

«Quiero que sea mía», pensó. Hacerla pronunciar su nombre entre jadeos hasta que la oyera en sueños. Era un impulso que le recorría los músculos y le provocaba un deseo tan voraz que apenas veía. Acababa de arrebatarle la virginidad, y semejante responsabilidad hacía que deseara más. ¡Más! La realidad con Georgie era mucho mejor que cualquier fantasía que pudiera haber imaginado. La sentía caliente, estrecha y deseosa, pero esos ojos verdes… lo miraban y lo reconocían. No había nada mejor en ese puto mundo. ¡Dios! No había nada que se pudiera comparar.

La oyó soltar un gemido ahogado y se dio cuenta de que estaba moviendo las caderas con frenesí, hundiéndose en ella hasta el fondo y rotándolas para provocarle mayor fricción. Dejando huella. Esos ojos verdes

dejaron de mirar los suyos y descendieron hasta el lugar donde sus cuerpos se unían, momento en el que la vio morderse el labio, y la expresión febril que tenía hasta entonces la abandonó en parte. Esa era la prueba de que Georgie lo obsesionaba, de que le había llegado al alma, porque era capaz de leerle el pensamiento.

—Oye… —Se inclinó hacia delante y capturó sus labios con un beso exigente—. ¿Qué te pasa?

Ella negó con la cabeza y dijo con voz entrecortada:

—Nada, me gusta mucho…

Otro beso. Otro más largo con lengua.

—¿Y? —insistió mientras rotaba las caderas en dirección contraria, provocándole un estremecimiento.

—Estaba… preguntándome si a ti también te gusta tanto como a mí.

Esa mujer que había aparecido de repente y le había devuelto la vida a gritos, le había llevado comida y le había dado donde más le dolía… la tenía bien calada. Era generosa en todos los aspectos. Y, en ese momento, debía convencerla de que aceptara sin más lo que él quería darle. Porque era él quien le estaba ofreciendo algo y quería que lo aceptara. Algo que solo había sucedido con ella. Solo con ella.

—Nunca me había parado a pensar en momentos así, Georgie. Suelo estar a un millón de kilómetros de distancia. —Con el corazón martilleándole las costillas, le rozó la sien con los labios separados—. Pero estoy aquí mismo. Siento cómo me aprisionas en tu interior y también el roce de tu aliento en la boca. Me gusta tanto que ya estoy pensando la manera de volver a estar contigo. ¿Te preocupa que no me guste? Estoy intentando no explotar demasiado pronto como un imbécil.

Si los ojos pudieran adoptar forma de corazón, los de Georgie seguramente lo habrían hecho en ese momento. Le tomó la cara entre las palmas de las manos, y él inclinó la cabeza hacia ella, dejando que su suspiro le bañara la cara.

—¿De verdad?

—Sí. ¡Dios! Las cosas que te voy a hacer… —Le hundió la cara en el cuello y empezó a penetrarla con más fuerza, soltando un gemido por lo perfecto que le parecía el cuerpo mojado que tenía debajo—. No te preocupes más por mí. Cuando haga algo que te guste, dímelo.

Sintió que sus uñas le recorrían la espalda en dirección al culo, que le

agarró con timidez y después con más confianza.

—Me encanta que me enseñes.

Se vio obligado a contener la respiración, porque estaba a punto de correrse. Joder. ¡Joder! De un tiempo a esa parte, no se había masturbado lo suficiente pensando en Georgie como para aguantar siquiera una buena media hora… «Aguanta. Haz que sea perfecto para ella», se dijo.

—¿No te duele?

Sintió el roce de su aliento contra el cuello. Una vez. Dos.

—No me importa. Creo que… me gusta.

A esas alturas, ya no controlaba la velocidad de sus caderas, que parecían moverse por sí solas, y su deseo aumentaba con cada sonido procedente del lugar donde se unían sus cuerpos, con cada gemido que brotaba de la garganta de Georgie. ¡Dios! Sentirla tan estrecha y tan caliente era maravilloso. Nunca había experimentado un deseo tan fuerte por nadie. Ni se había sentido tan deseado. Sintió una presión en la nuca que fue descendiendo por la columna hasta enroscarse en la base. «Haz que se corra».

—¿Quieres que te enseñe a correrte mientras te la meto?

Ella parpadeó varias veces, y la sintió contraerse a su alrededor.

—Sí.

Le mordisqueó los labios.

—Tócate. Busca con los dedos el clítoris que acabo de lamerte. —Georgie lo obedeció con la respiración acelerada e introdujo una mano entre sus caderas hasta que la oyó jadear—. Muy bien. Usa los dedos para que no se esconda. Queremos que te lo frote todo, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza de forma vigorosa, y movió las piernas a ambos lados de su cuerpo.

—Sí, por favor. Frótalo.

Travis le colocó un brazo debajo del cuello en busca de apoyo y la besó con ternura.

—Dime cuándo te estoy dando bien, nena —dijo con voz ronca, acariciándole la lengua con la suya—. Si quieres aprender, ábrete bien de piernas y deja que te folle. Déjame hincharte ese clítoris tan bonito que tienes.

Usando los dedos de Georgie como guía, se movió sobre los resbaladizos pliegues, presionando con facilidad sobre su clítoris, rotó las caderas y volvió

a empezar. Las primeras veces que realizó el movimiento, ella puso los ojos en blanco y contuvo el aliento, pero a esas alturas estaba casi sollozando, invitándolo a ir más rápido, a moverse con más fuerza, lo que aumentaba la fricción de sus cuerpos húmedos, ardientes y desesperados.

—Joder, Georgie —masculló—. Abre más las piernas. Quiero darte más.

Ella arqueó la espalda y sacó la rodilla derecha por el borde del sofá, ofreciéndole más espacio para apoyarse, de manera que sus embestidas adoptaron un ritmo enloquecedor. Georgie gimió, levantó las caderas para recibirlo y empezó a contraerse en torno a él muy despacio. Travis casi no podía ni mirarla, preocupado por la posibilidad de que esa sexualidad que empezaba a florecer en Georgie lo llevara a correrse antes que ella y lo fastidiara todo. Sin embargo, descubrió que apartar los ojos de ella, apartarse de ella de cualquier forma, le resultaba imposible. Se iba a correr. Pronto. Ya. Era inminente.

La delicadeza desapareció de repente y se tumbó sobre ella, gimiendo y jadeando con todas sus fuerzas. Le separó los muslos mientras se la metía una y otra vez y la oía gritar su nombre con voz ronca, algo que pensaba atesorar para siempre. Ese momento al completo.

Sus bocas se encontraron y se dieron un festín, mientras Georgie empezaba a golpearlo en el culo para que se la metiera más hondo, más rápido, de manera que reaccionó por instinto y bajó la cabeza. La metió entre esas tetas que se movían sin parar y le chupó el pezón derecho entre gemidos mientras se corría en su interior y llenaba el condón con su semen caliente sin poder dejar de moverse.

—¡Mierda! —Demasiado pronto—. ¡No, no! Nena…

Georgie se quedó inmóvil un instante y luego empezó a estremecerse de forma violenta al llegar al orgasmo, ¡menos mal! Lo aprisionó de tal manera en su interior que él gritó con la boca pegada en su cuello mientras le aferraba las piernas y se las subía para poder moverse con total libertad. Estaba hecho polvo, era incapaz de hilar dos pensamientos seguidos, pero su cuerpo siguió moviéndose hasta que acabaron inmóviles en el sofá, abrazados y besándose, y dejó de moverse poco a poco.

«¡Por Dios!». La mejor experiencia de su vida. Nada se le acercaba.

Aunque le dolía el pecho. Mucho. Tenía la boca seca, y sus manos seguían deslizándose sobre ella para memorizar su piel. Después del sexo llegaba el alivio, ¿no? ¿Se podía saber qué le pasaba?

Normalmente, el final de un polvo significaba decirse adiós antes incluso de que se le enfriara el sudor en el cuerpo. Nunca le había parecido mal ese final, porque para empezar ni siquiera conocía a las mujeres en cuestión. Sin embargo, el pánico lo atenazaba en ese momento y se negaba a desaparecer. Si Georgie intentaba irse o le decía que se fuera, no le haría ni pizca de gracia. No, eso lo cabrearía.

Ella no se iría, ¿verdad?

—¡Madre mía! —le susurró ella al oído, con los dedos metidos entre su pelo—. El porno es una mierda.

El pánico se alejó, y esbozó el asomo de una sonrisa. Había cierta inseguridad en la expresión de Georgie, seguramente por culpa de su silencioso ataque de pánico. Así que tomó entre las manos esa preciosa cara y le dio un beso en la boca.

—¡Qué va! Es que juntos somos así de buenos. —Apoyó la frente sobre la suya—. ¿Cómo te sientes?

La vio bostezar y desperezarse como una gata, y sintió un nudo en la garganta.

—Así —contestó mientras sonreía con cierta timidez—. Pero también me siento muy satisfecha, porque ha sido mejor que… En fin. Mejor de lo que esperaba. Y también me siento ufana porque tú también pareces satisfecho. ¿Lo estás? ¿Te ha gustado?

—Joder, ni siquiera me siento las piernas.

La vio esbozar una sonrisa que le llegó hasta los ojos. Preciosa.

—Nos lo hemos ganado —dijo Georgie.

¿Podría oír los atronadores latidos de su corazón?

—Desde luego que sí —consiguió decir a través del nudo que sentía en la garganta—. Venga, vamos a llevarte a la cama.

—¿A mí? —replicó ella con un mohín—. Si eres tú quien está muerto de cansancio.

Travis se puso en pie con un gemido y la levantó en brazos.

—Una vez y ya te vienes arriba, ¿no?

Ella le apoyó la cabeza en el hombro.

—La alumna se ha convertido en la maestra.

—Ya veremos. —Travis bostezó y fingió tambalearse—. Mañana.

Se rieron entre dientes, y sus bocas se encontraron para darse un beso apasionado. Cuando se apartó, vio que Georgie lo miraba con los párpados

entornados.

—¿Te quedas?

La tensión se apoderó de sus hombros, pero no sabía de dónde procedía. ¿De la preocupación de que ella se hiciera una idea equivocada y esperase un compromiso? ¿O de la preocupación de que el compromiso no le pareciera una idea tan ridícula cuando significaba poder llevar a esa mujer a la cama con regularidad?

—Un rato.

La llevó a su dormitorio y se acostó a su lado. Sus cuerpos se amoldaron el uno al otro, frente contra espalda, y eso le permitió dejarse llevar por el momento. Olvidó los pensamientos confusos gracias al calor de su piel, al rítmico sonido de su respiración.

No iba a retenerla. No podía hacerlo. Pero ¿y si se había equivocado y esa mujer que se ponía su camiseta y confiaba en él… albergaba sentimientos reales y duraderos por él? En ese caso, se estaría engañando al pensar que no acabaría haciéndole daño. Era un cabrón egoísta, simple y llanamente.

«Tengo que contarle lo que me dijo Stephen». Darle la oportunidad de confesar o de asegurarle que su hermano se equivocaba. ¿Qué prefería oír él? Daba igual. Estaba obligado a ser sincero con ella, aunque eso significara ponerle fin al trato. Sin embargo, Georgie se volvió entre sus brazos y le apoyó la cabeza debajo de la barbilla, y él descubrió que era incapaz de hablar.

22

Travis había pasado la noche con ella. En su casa. En su cama.

Tal vez, o más bien seguramente por un descuido, pero eso no cambiaba las cosas. Se había quedado como un tronco después de abrazarla y allí seguía. Aunque no hubieran comido mucho pollo a la parmesana, era una comida contundente. A lo mejor por eso él se había dormido abrazándola con un gesto tan protector. Tan grande, tan guapo, tan masculino…

Se le escapó un suspiro, pero se lo tragó al instante. No pensaba perder de vista la realidad. En lo referente a Travis, solo era una adulta que había consentido mantener una relación sexual temporal con alguien de la misma opinión. Nada de sentimientos persistentes ni de pensar en vivir juntos en la casa de sus sueños. Había estado segurísima de que sería capaz de mantener los pies en la tierra. De que tenía claro que esa relación tenía fecha de caducidad. Pero no había tenido en cuenta que él se metería en el papel tan rápido. Y de forma tan espectacular.

Apretó los labios alrededor del cepillo de dientes mientras intentaba que el ruido no lo despertase. Joder, dormía como un tronco. Estaba boca abajo, con los brazos y las piernas extendidas, y con ese culo tan duro desnudo, que era un regalo para los ojos, entre las sábanas.

¡Qué panorámica! Hasta podría vender entradas.

Tenía una sensación maravillosa en el estómago que se extendía hasta las costillas y presionaba contra sus partes íntimas. Que habían dejado de serlo la noche anterior porque quedaron bien expuestas en el sofá. Y después. Muchas veces. Y cada vez mejor que la anterior. Nunca había pensado que oír guarradas pudiera ponerla tan cachonda.

«Nunca habías pensando que pudieras ponerte tan cachonda. Punto».

Empezaba a tener la sensación de que se había buscado un fracaso estrepitoso. ¿Y si conseguía hacerlo creer que se merecía una relación sana… y después se largaba para buscarse otra? ¿Otra que quisiera un futuro con menos niños? Al fin y al cabo, fue él quien insistió en que la farsa siguiese incluso después de haberse acostado. Después de estar con ella de esa manera, ¿sería capaz de ponerle fin como si nada?

¿Qué haría si eso pasaba?

Incapaz de desterrar el mal presentimiento, regresó al cuarto de baño para enjuagarse la boca y después guardó el cepillo de dientes en el botiquín. Había dejado uno nuevo en el lavabo para Travis cuando por fin se despertara. Con suerte, lo de tener su propio cepillo de dientes no le provocaría un ataque de pánico. A lo mejor debería guardarlo y sugerirle que se lavara con un dedo. Eso era lo que una chica lista y sin compromisos haría, ¿verdad? No presentarle su alijo de Costco después de la primera noche.

Se oyó un gemido ronco procedente del dormitorio, seguido por el crujido del somier. Sintió una punzada de deseo entre los muslos y descubrió que estaba un poco dolorida. Había esperado que su primera vez fuera más dolorosa, sobre todo después de ver la erección de Travis. Pero estaba tan excitada y tan… mojada… que solo sintió urgencia. De que la tumbara y se la metiera. De complacerlo. De que la complaciera a su vez. Misión cumplida.

Se volvió para mirarse en el espejo y arreglarse la coleta, y vio que estaba como un tomate. Se abanicó las mejillas y se ordenó no mostrarse tímida. Travis había pasado la noche con ella. Eso no cambiaba nada.

Se oyó un golpecito en la puerta del cuarto de baño.

—¿Georgie?

Se le endurecieron los pezones al oír esa voz ronca y somnolienta.

—¿Sí?

La voz de Travis se volvió más grave.

—¿Te importa volver a la cama?

¡Uf, por Dios! Y ella preocupada por la posibilidad de que se sintiera acorralado al darse cuenta de que había pasado la noche en su cama… Se había equivocado por completo. Respiró hondo para tranquilizarse y, cuando abrió la puerta del cuarto de baño con un pie, descubrió allí delante un hombre totalmente desnudo.

—Buenos días. —Con los nervios a flor de piel, decidió ocupar las manos colocándose un mechón de pelo que se le había escapado de la coleta—. Iba a preguntarte cómo lo llevabas, pero ya lo veo.

Sin hacerle el menor caso a la erección que se balanceaba entre ellos, Travis la obligó a entrar en el cuarto de baño.

—¿Por qué estás vestida?

Al llegar al lavabo, Georgie recordó el cepillo de dientes con su envoltorio y lo tiró a la papelera a escondidas.

—Me prometí que empezaría a entrenar hoy para la Tough Mudder. No quiero deshonrar el apellido familiar.

Sin inmutarse, Travis se inclinó a su lado y sacó el cepillo de dientes de la papelera. Acto seguido, desenvolvió el cepillo rojo, que se pasó de una mano a otra.

—Tengo unas zapatillas de deporte en la camioneta. Dame unos minutos. Te acompaño.

—Claro.

Travis echó pasta de dientes en el cepillo, lo mojó un poco y se lo metió en la boca.

—Otra vez estás dudando si me tocas o no. Y ahora me resulta más curioso, porque nos hemos pasado la noche pegados el uno al otro.

—¿En serio?

—Sí. —Se cepilló los dientes y escupió. Como un jugador de béisbol—. ¿Por eso estás tan rara? ¿Porque se me olvidó irme?

—¿Estoy rara?

La miró con pura exasperación masculina.

—Tienes hasta que termine de lavarme los dientes para dejar de comportarte así. De lo contrario… —pausa dramática— vamos a acabar en Cosquillandia.

La alarma le provocó un escalofrío en la columna.

—No te atreverías.

—Claro que sí. —Una pasadita, y otra—. Las plantas de los pies, ¿verdad?

—Ya somos adultos. —Fue acercándose a la puerta del cuarto de baño con disimulo—. No puedes usar contra mí una debilidad que descubriste cuando era niña. No es ético.

Travis se enjuagó la boca y escupió antes de colocar el cepillo de dientes junto al suyo, en el botiquín. El corazón empezó a latirle a lo bestia, a la

espera de su respuesta.

—Anoche le di a la hermana de mi mejor amigo su primer revolcón en un sofá. Tampoco me contuve mucho. —Clavó la mirada entre sus piernas mientras apretaba los dientes—. Te aseguro que no pensé en la ética ni una sola vez.

—Bien —susurró con voz trémula—, soy más que la benjamina de los Castle.

—No me digas.

¡Por Dios! Tenía las rodillas a punto de flaquear.

—Pero todo esto es irrelevante porque ya estoy normal. Las cosquillas son innecesarias.

Travis echó a andar hacia ella contoneándose como un vaquero. Con una buena tranca.

—¿Por qué has tirado el cepillo?

Se le escapó una carcajada histérica.

—Creo que el jurado estará de acuerdo en que ha sido un accidente.

Travis se detuvo y cruzó los brazos por delante del pecho. Esos brazos enormes y musculosos tan definidos y abultados. ¡Uf! El cuarto de baño tenía una luz increíble.

—Todavía no me has tocado. Empiezo a enfadarme.

—¿Puedes estar enfadado y excitado a la vez? —Cambió el peso del cuerpo a la parte delantera de los pies y se preparó para salir corriendo—. Eso lo puedes poner en el currículum, ¿no?

Sus palabras todavía flotaban en el aire cuando Travis se abalanzó sobre ella y se la echó al hombro. Desorientada, consiguió deducir de alguna manera hacia dónde se dirigían, que era la cama, y chilló cuando la soltó mientras caía de espaldas.

—¡Ni se te ocurra!

—Ya has tenido tu oportunidad. —Travis meneó la cabeza y la inmovilizó poniéndole una mano en el pecho para quitarle una zapatilla de deporte—. No quería tener que ir a Cosquillandia, pero no me has dejado alternativa.

—Deja de llamarlo así —replicó ella con un sonido a caballo entre una carcajada y un grito mientras intentaba en vano tumbarse boca abajo—. ¡Dios! Un hombre desnudo me está haciendo cosquillas a la fuerza. Que nadie me vuelva a decir que los payasos dan miedo.

Abrió los ojos y se lo encontró con los dedos sobre el arco del pie derecho.

—Esto me va a doler a mí más que a ti.

—Travis, por favor…

El muy imbécil tuvo el descaro de guiñarle un ojo.

—¡Ah! Esas palabras que me gustan tanto.

Georgie tenía la piel en alerta máxima, a la espera de la odiada sensación.

—La expectación es lo peor —protestó ella—. Hazlo o suéltame.

—Solo hay una escapatoria.

La esperanza la llevó a sacudir las piernas e incorporarse, pero Travis la tumbó de nuevo.

—¿Cuál?

—Quiero que me des los buenos días como es debido, aunque no tengo ni idea de cómo es. Pero que sepas que te quería tumbada a mi lado cuando he abierto los ojos. —Tenía una mueca burlona en los labios, pero la miraba con absoluta seriedad. Con intensidad. Se le aflojaron los muslos en respuesta—. Quiero que me toques. Que me beses en la boca. Y la próxima vez que salgas de la cama sin que lo hayas hecho antes, pienso ir a buscarte, bajarte los pantalones y darte unos azotes en ese culito que ha estado toda la noche pegado a mi regazo. ¿Entendido?

Georgie sintió que le atronaban los oídos y tensó los músculos vaginales como si deseara atraparlo en su interior. Como si buscara la fricción.

—Sí.

Travis la observó con los párpados entornados otro segundo antes de soltarle el pie. Se colocó en la cama, de rodillas, y esperó a que ella se incorporase. La intuición le decía que cualquier titubeo por su parte acabaría con ella de espaldas sin posibilidad de salvación, así que no titubeó. Se subió a él. Le rodeó la cintura con las piernas y le deslizó las manos por los hombros hasta tomarle la cara entre ellas. Y se dieron un beso abrumador, mientras notaba la presión de esa parte tan dura de su anatomía contra la costura de los pantalones de deporte. Travis le coló las manos por debajo de la camiseta, aferrándole la cintura y haciendo que fuera muy consciente de la diferencia de tamaño entre ellos.

Ese sabor a menta y a hombre le asaltó los sentidos e hizo que se mojara. Se pegó más al regazo de Travis, y él le puso fin al beso para observarla, con

detenimiento, mientras ella se frotaba contra su erección. Mientras se movía, él la agarró por la nuca y miró hacia abajo, observándola. Observando sus cuerpos moverse y frotarse.

—Oye, que mejor nos saltamos la carrera —susurró cuando Travis le atrapó el lóbulo de la oreja con los dientes.

—Vamos a salir. —Le deslizó una mano por el trasero y le dio un apretón al tiempo que levantaba las caderas contra ella—. Ahora tienes un incentivo.

Se negó a creer lo que decía.

—Pero…

Travis la interrumpió con un beso embriagador, pero había algo más. Sí, había deseo, pero lo conocía bien. Y empezaba a creer que lo había ofendido de alguna manera. O que había hecho que se preocupara.

—Yo tampoco estoy acostumbrado a despertarme con otra persona, Georgie.

—Lo sé.

La miró a los ojos con seriedad.

—Si te parece demasiado, no lo haré la próxima vez.

En ese momento, Georgie solo podía pensar en desterrar las inseguridades que ella había provocado.

—Como se lo digas a mis hermanos, te mato, pero… siempre miro debajo de la cama en busca de asesinos en serie antes de apagar la luz y dormirme. Anoche no me acordé siquiera del fantasma de Ted Bundy. —Ladeó la cabeza—. No tuve la menor preocupación contigo roncándome en la cara.

Eso le arrancó a Travis una carcajada estentórea.

—Menuda manera de estropear el momento. —La miró otra vez muy serio—. ¿De verdad te sientes más segura conmigo aquí?

—Segurísima.

Parecía satisfecho mientras le apartaba el flequillo de la cara.

—Me gusta saberlo.

Georgie lo miraba sin ocultarle nada. Lo sabía. Sabía lo mucho que le había revelado en ese momento. Durante diez años había alimentado un encaprichamiento adolescente que tomó por amor, cuando en realidad no sabía lo que era el amor. Eso. Eso era el amor. A veces tan pesado que era imposible levantarlo, a veces tan liviano que te hacía flotar.

«Protégete —le susurró una vocecilla en la cabeza—. Travis no te quiere. Ni antes ni ahora».

Se apartó de él con una sonrisa tensa. Saltó al suelo y salió disparada mientras le decía con voz rara por encima del hombro:

—Nos vamos dentro de cinco minutos. ¿Crees que eres capaz de seguirme el ritmo?

La ruta que tomó para el entrenamiento los llevó hasta el instituto. La verdad era que no lo había planeado. Pero después de eso le pareció lo más normal del mundo cruzar el campo de béisbol. Dado que faltaban meses para que empezase la temporada, el enorme campo verde estaba desierto bajo el nublado cielo matinal, con el sistema de riego funcionando a lo lejos. Sin mirar a Travis, se percató de la tensión que se iba apoderando de su cuerpo, así como su renuncia a correr hacia el diamante.

Había empezado a hablar cada vez más de béisbol, sobre todo desde que quería conseguir el puesto de comentarista para los Bombers. Pero la idea de jugar de nuevo parecía incomodarlo. Como si no se permitiera disfrutar por completo del béisbol a menos que pudiera ser el mejor. La abrumó la tristeza, que le provocó un sentimiento de pérdida en el estómago. Si parpadeaba, podía imaginárselo allí delante, vestido con la almidonada equipación gris de Port Jefferson, de pie en la base mientras se daba unos toquecitos con el bate metálico en los tacos de las botas. Intercambiando pullas con el receptor. Absorbiendo el amor y la emoción de los espectadores, sobre todo de ella. Era tan evidente que era el mejor que nadie había puesto en duda su superioridad. La habían celebrado. Si a eso le añadía que Travis Ford prácticamente brillaba mientras sujetaba un bate… Echaba muchísimo de menos verlo jugar. El deporte formaba parte de él.

Mientras corría a su lado por la parte externa del campo y recordaba los ensordecedores vítores de la multitud, el instinto le dijo que no dejara de presionarlo. Podía seguir ligado al béisbol por amor al deporte, aunque no pudiera ganar millones como jugador. Y, lo más importante y que ya le comentó la noche anterior, no tenía que ser el mejor jugador de béisbol para ser el mejor Travis.

Con todo eso en la cabeza, llegó a la conclusión de que no era una coincidencia que la mortecina luz se reflejase en un bate que alguien había dejado apoyado en el banquillo. No. Las coincidencias tan perfectas no existían.

Enfiló hacia la derecha mientras suplicó en silencio estar haciendo lo correcto.

—¿Adónde...? —Travis dejó de seguirla en la segunda base—. Georgie.

No permitió que su tono de advertencia la detuviera.

—Solo voy a por el bate. Lo dejaré en objetos perdidos más tarde.

—Seguro que alguien viene a buscarlo antes. —¡Dios! Parecía incomodísimo, moviendo los hombros con ese gesto tenso que le salía solo cuando estaba en territorio totalmente desconocido—. Deberías dejarlo ahí.

—Mmm... —murmuró ella—. Muy bien. —Hizo ademán de dejar el bate como estaba, pero, en cambio, se lo colocó al hombro y dobló las rodillas, adoptando una postura desastrosa—. ¡Qué pena que no haya pelota!

—Ni en sueños le darías a una pelota con semejante postura. —Travis hizo un gesto distraído que de distraído no tenía nada. Tenía los ojos clavados en ella—. Levanta el bate, Georgie. Si bateas así, vas a acabar en el suelo.

—Así es como me enseñó Stephen —replicó ella con el ceño fruncido.

—A Stephen siempre se le ha dado mejor el *hockey*. —Travis se adentró unos pasos en el diamante y suspiró—. Dobla las rodillas y carga el peso en la pierna de atrás.

Ella tensó las rodillas y se inclinó hacia delante.

Travis gimió con la cabeza echada hacia atrás.

—Me estás matando, chiquitina.

Cuando se acercó a ella a grandes zancadas, cruzando el montículo del lanzador y con aspecto de haber salido de la portada de *Sports Illustrated*, Georgie tomó aire para armarse de valor. Pero fue incapaz de contener la emoción que se le agolpó en el estómago.

—¿Qué?

—Sé lo que estás haciendo. —Se inclinó hacia ella y le gruñó junto al cuello—. Pero ven aquí. Te estás riendo de los dioses del béisbol.

Travis le pegó el pecho a la espalda de una forma tan maravillosa que tuvo que cerrar los ojos. Esos fuertes y hábiles brazos la rodearon; y el olor a sudor masculino y a la menta de la pasta de dientes no le dejó más remedio que mecerse.

—Mmm... ¿Quiénes son los dioses del béisbol?

—Ruth, DiMaggio y Gehrig. Sin lugar a dudas.

—¿Y nos están mirando ahora mismo? —susurró.

—Están demasiado ocupados revolviéndose en sus tumbas. Sube las manos, agarra con fuerza… e intenta no decir nada con segundas.

Se echó a reír como una auténtica colegiala, pero se las apañó para seguir las órdenes, incluso con la revolución hormonal que tenía en la sangre.

—¿Así?

—Muy bien —le dijo él con voz ronca al oído, pegando los muslos a los suyos, de modo que le dejó el trasero en el regazo—. Ahora deja caer un poco ese culito precioso. El peso en la pierna de atrás. —Gimió cuando ella obedeció, porque le frotó el culo justo encima de la creciente erección—. ¡Dios! Sí, así.

¡Oh!

Podía decir sin temor a equivocarse que la situación se le estaba escapando de las manos. Se había arriesgado a levantar el bate en un intento por devolverle a Travis lo que lo hacía feliz. Pero cuanto más tiempo pasaba, más probabilidades había de que acabaran con otro tipo de final feliz. Claro que no podía desperdiciar la oportunidad. A saber cuándo se le presentaría otra igual.

Decidió que había llegado el momento de la verdad cuando Travis le deslizó una mano por debajo de la camiseta para acariciarle un pecho y la besó con los labios entreabiertos en el cuello.

—Creo que lo tengo —dijo con voz trémula—. Pero ¿podrías hacerme una demostración para asegurarme?

Sintió el aliento de Travis en el cuello. Sobre ellos, el cielo se oscureció todavía más, difuminando sus sombras en el suelo y esparciendo una nota salada en el aire.

—Creo que ya hemos hecho suficiente por un día.

A sabiendas de que estaba jugando sucio, lo miró con una expresión inocente y suplicante a la vez por encima del hombro.

—¿Por favor?

Vio que le temblaba un músculo en el mentón.

—¿Por qué es tan importante para ti?

Era dificilísimo ocultar el amor. Esa mañana en la cama. En ese momento. Cada vez que llegaban a un punto en el que el corazón le dolía por la necesidad de sincerarse, se retraía, por temor a que él se diera cuenta. Sin embargo, en ese preciso instante, con algo tan importante en juego, se obligó a continuar pese a los nervios.

—Tenía por costumbre sentarme en las gradas y ver tus partidos. —Se volvió y se alejó al tiempo que miraba la zona de asientos en cuestión—. Cuando terminaban, tenía las marcas de las uñas en las palmas… y no se me quitaban en varias horas. Así de emocionante era verte. —Apretó los labios —. No por tu media de bateo. Solo porque hacías que todos quisieran amar algo tanto como tú amabas el béisbol. Sentir lo mismo que sentías tú.

Travis se quedó paralizado. O tal vez los dos lo estuvieran, porque ella era incapaz de moverse hasta que él reaccionara de alguna manera. Al final, vio que el pecho le subía y le bajaba con un estremecimiento.

—Cuando jugaba, siempre teníamos un montón de pelotas en el alero del banquillo. Seguramente haya alguna. —Sorbió por la nariz y le quitó el bate de las manos antes de sopesarlo—. Será mejor batear antes de que empiece a llover.

Ella ya se había dado media vuelta y caminaba a paso vivo hacia el banquillo gritando de alegría en su fuero interno. Estaba pasando. Lo había logrado. Se resbaló en un poco de tierra suelta al enfilar los escalones del banquillo y suspiró, aliviada, al ver la hilera de pelotas. Usó la camiseta a modo de bolsa y se metió todas las que pudo, tras lo cual regresó a toda prisa, sin duda pareciendo un pato mareado.

—¿Qué hago?

Travis bateó a modo de práctica, con los hombros muy tensos, y ella se dejó llevar por el pánico un instante. ¿Y si presionarlo tenía el efecto contrario?

En vez de contestar, Travis le tendió una mano.

Georgie le tiró la primera pelota. Él la atrapó con facilidad y la miró un segundo. Al cabo de un rato, miró las vallas con los ojos entrecerrados mientras su fuerte cuerpo se expandía. Se preparaba.

—Apártate, chiquitina.

Georgie bajó la mirada y se descubrió a pocos centímetros del puesto del bateador.

—¡Oh! —Se apresuró a retroceder—. Claro.

Contuvo el aliento mientras lo observaba lanzar la bola al aire. Habían pasado meses desde la última vez que usó un bate, pero su cuerpo adoptó el conocido movimiento sin problema. Con la pierna de apoyo doblada, los brazos llevando el bate hacia atrás y la lengua apoyada contra el carrillo. Memoria muscular. Y, ¡madre del amor hermoso!, con las piernas dobladas y

los brazos y el torso en tensión, era magnífico. El bate golpeó con fuerza la pelota, que salió disparada, hacia las nubes cada vez más oscuras hasta que se perdió más allá de los límites del campo para rebotar en la valla con un golpe seco.

Georgie fue tan incapaz de controlar el chillido de alegría como de parar la lluvia que empezó a caer sobre ellos. Travis se volvió hacia ella con sorprendido optimismo, de manera que no titubeó y le lanzó la siguiente pelota. Y la siguiente. Una a una, las pelotas acabaron fuera del campo o más allá de la línea de la tercera base, y cada golpe seco del bate metálico contra la pelota hizo que su corazón saltara de alegría. Empezó a llover con más fuerza, lo bastante como para que la lluvia les empapara la ropa y el pelo, pero no pararon hasta que se quedó sin pelotas en la camiseta. Si tuviera un millón más, se habría quedado allí lanzándole pelotas a Travis hasta que anocheciera, viéndolo ganar confianza con cada bateo, pero no podría haberse sentido más victoriosa cuando lo vio soltar el bate.

Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando él se le acercó y la levantó para darle un enorme abrazo. Se echó a reír a carcajada limpia mientras él la hacía girar sobre la última base y ella le echaba los brazos al cuello.

—Fanfarrón —le susurró al oído—. ¿Cómo te has sentido?

—Bien. —Meneó la cabeza—. No. Estupendamente.

Lo abrazó con más fuerza mientras se daba cuenta de que empezaban a moverse, pero sin importarle dónde acabasen siempre que él siguiera abrazándola. Al recordar que le había dicho esa misma mañana que él quería sus caricias, sintió que una presa se rompía en mitad de su cuerpo. Le lamió el agua que le caía por el cuello. Cedió al ardiente deseo de subir más los muslos por sus caderas y le hundió los dedos en el cuello de la camiseta para inmovilizarlo y así poder besarlo.

—Joder, Georgie.

—¿Qué?

—Gracias. —Le recorrió la cara con la mirada varias veces, acariciándosela con los dedos—. ¿Cómo lo haces? Me… aceptas. Tal como soy. Pero aun así me cambias para mejor.

«Te quiero. Así es como lo hago». Como no podía decirlo en voz alta, se inclinó para besarlo.

Cuando sus bocas se fundieron, no fue solo un beso. Fue gratitud y adrenalina. Emoción, apoyo y amor. Y fue un frenesí glorioso bajo la lluvia.

Georgie se dejó llevar tanto por el beso que no se dio cuenta de que habían entrado en el banquillo hasta que Travis se dejó caer en un banco, con sus piernas todavía alrededor de la cintura y las caras a pocos centímetros. Jadeando. El cambio de postura hizo que sus sexos quedaran uno contra el otro y la catapultó a un abismo de lujuria. Se aferró a sus anchos hombros y se frotó arriba y abajo sobre su duro miembro, alentada por el taco que él masculló.

—Por favor. Por favor, chiquitina. No te frotes así contra mí a menos que no lleves pantalones —gruñó contra su boca—. Necesito metértela.

—Haz lo que quieras —susurró con voz entrecortada; sumida en ese trance la ponía todavía más cachonda. Le encantaba que Travis expusiera sus necesidades para poder ser la encargada de saciarlas. Y después de la noche anterior, sabía que dejarle a él el control hacía que la adorase a cambio. Que se entregara también hasta quedarse físicamente exhausto. Saberlo aumentó sus ansias por estar a la altura de sus necesidades—. Dime lo que quieres.

La actitud de Travis cambió, y se la quitó del regazo con un taco al tiempo que le bajaba de un tirón los pantalones de deporte y las prácticas bragas blancas que llevaba debajo… Dejando al descubierto su acalorado sexo. Acto seguido, él se bajó la cinturilla de los pantalones cortos con un gemido y se la sacó para acariciársela con esa mano grande, sin apartar los ojos de ella en ningún momento.

—Ponte de rodillas y chúpamela.

Se agachó porque las piernas perdieron la capacidad de sujetarla. Detuvo la caída al aferrarse a esos dos musculosos muslos cubiertos de vello, con la cara a la altura del regazo de Travis. Exudaba un olor terrenal y masculino, almizcleño por la carrera… Joder, eso la excitaba todavía más. El punto guarrillo. Tener las rodillas clavadas en la tierra mientras el sudor se les enfriaba en la piel y una cortina de agua los rodeaba en la oscuridad. Era algo indecente y prohibido, y lo ansiaba con todas sus fuerzas.

Travis extendió un brazo y le acarició los labios con el pulgar.

—Dame un sitio dulce donde meterla.

Se había imaginado esa escena innumerables veces. Llevarlo al borde de la locura con la boca para después ofrecerle alivio. Tanto poder estando de rodillas… Separó las piernas y movió las caderas, presa de la necesidad, porque quería que la mirase. Después de tomar aire para infundirse valor, le

rodeó la base con las manos y se metió la punta en la boca, acariciándosela y chupándosela a la vez, girando las manos con fuerza como si de un mecanismo de cierre se tratara, tal como había visto que hacían en los vídeos.

—¡Uf, joder! —masculló Travis al tiempo que sufría un estremecimiento en los muslos y levantaba los pies antes de dejarlos caer de nuevo sobre el suelo—. Ve con cuidado, preciosa. ¡Dios! ¡Qué boca tienes!

¿Que fuera con cuidado? Era más fácil decirlo que hacerlo. Su sabor, salado y masculino, le llegó al fondo de la garganta, y solo quería más. El vello le hizo cosquillas en las muñecas y en las mejillas cuando se inclinó hacia delante para metérsela de nuevo mientras se la cascaba con la mano derecha.

—Tan húmeda y caliente… Y me estás matando. —Travis se levantó con un grito al tiempo que le colocaba una mano en la nuca y se sujetó a una viga del banquillo con la otra. Se colocó de tal manera que le dejó la cara entre los muslos mientras se la chupaba. Acto seguido, echó las caderas hacia atrás, dejándole la punta entre los labios, y avanzó muy despacio para llegar hasta el fondo, estirándole los labios para acogerlo en la boca por completo—. ¿Ese es tu límite, chiquitina?

Al percatarse de la preocupación de su mirada, asintió con la cabeza y le acarició el vello de los muslos con la mejilla. Animándolo a metérsela en la boca de nuevo… Y vaya si lo hizo. Le metió una mano entre el pelo con un gemido ronco y empezó un mete y saca lento, sin pasar nunca del punto que habían establecido, pero aprovechándose al máximo de todo hasta llegar a ese punto. Embestía con las caderas, llenándole la boca, y su cuerpo al completo, tanto por dentro como por fuera, reaccionó a esa perfección. Tenía la cabeza echada hacia atrás y las rodillas en el suelo mientras un hombre se la metía en la boca, y jamás se había sentido más mujer. Cuanto más le tiraba del pelo, más a fondo le llegaba, hasta sentirla bien en la garganta. Sus comentarios soeces resonaban en el banquillo por la fuerza con la que los pronunciaba. Achacar a una simple «necesidad» el estado en el que él la sumía, con los muslos temblorosos y el abdomen contraído, era quedarse cortísima.

—¡Arriba! —gritó Travis al tiempo que tiraba de ella. Le quitó la camiseta por la cabeza y le subió el sujetador deportivo hasta el cuello con movimientos desesperados. Sus bocas jadeantes se encontraron y se

fundieron al tiempo que él se sentaba en el banco, se sacaba un condón del bolsillo y se lo ponía. Acto seguido, la agarró por el trasero y la obligó a subirse a su regazo antes de inclinarse hacia delante para meterse un pezón en la boca—. Fóllame. Muévete. —Le dio un fuerte azote en el culo—. Ya. —Introdujo una mano entre ellos, y Georgie sollozó al sentir la gruesa punta en la entrada de su cuerpo, abriéndose paso. Estaba un poco dolorida por la experiencia de la noche anterior, por su intensidad, pero movió las caderas y lo aceptó por completo, sentándose sobre él hasta que le tocó los muslos con el trasero.

—¡Por Dios, qué grande!

—Eso es. Yo la tengo grande... —Le lamió la boca con los ojos nublados por la pasión—. Y tú lo tienes estrecho. Por eso te vas a pasar mucho tiempo con las bragas colgadas de un tobillo.

Por pura necesidad, Georgie se movió para encontrar una postura más cómoda y jadeó al sentir la fricción en el clítoris. Se frotó de nuevo contra su duro cuerpo, con la boca abierta y gimiendo contra uno de sus hombros. El movimiento hizo que subiera y bajara sobre él, que estaba disfrutando sin lugar a dudas, ya que tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos velados. Sin embargo, era consciente de que algo la frenaba a la hora de dejarse llevar del todo. Como la otra vez en el dormitorio de Travis, ansiaba el subidón de que la inmovilizara.

—No sé si puedo... —Se interrumpió con un gemido cuando él empezó a masajearle el culo, animándola a adoptar un ritmo erótico y constante, subiendo y bajando sobre él. ¡Dios, qué sensación más maravillosa! La fricción de la carne empapada; sus respiraciones jadeantes mezcladas con el repiqueteo de la lluvia; el vello del pecho que le rozaba los pezones... Sin embargo, no era tan arrollador como cuando lo tenía encima. Quería que él llevara las riendas—. No creo que pueda... así.

—¡Y una mierda que no! —Travis se incorporó y le dio un tirón de las caderas para pegarla más. Le tomó la cara entre las manos, respirando de forma agitada contra su boca—. Aunque tú estés encima, yo sigo al mando, ¿verdad? —Le dio un beso largo y brusco mientras ella asimilaba esas palabras—. Si quisiera tumbarte de espaldas en el banco y darte fuerte, no pediría permiso.

Mientras él hablaba, sus caderas empezaron a moverse solas. Por pura necesidad. Tensó los muslos, se alzó y onduló el cuerpo, a la espera de oír

más. Porque Travis tenía razón. Ella no dirigía el espectáculo. Estuviera encima o no, su placer dependía de que él se lo diera.

—Oye. —Travis le agarró la barbilla y alzó las caderas con un gemido. El rictus de sus labios y su forma de apretar los dientes dejaron bien claras sus intenciones—. La tengo tan dura que me duele. Haz algo para ayudarme.

Los titubeos acabaron después de oírlo decir eso. Experimentó una lujuria salvaje y abrumadora. Ese era el papel que se moría por interpretar. La personificación del alivio. La única persona que podía conseguir que Travis estallara. Cerró los ojos y usó el índice y el pulgar para pellizcarse los pezones sin dejar de subir y bajar sobre él. Los gemidos ahogados de Travis; el roce de sus manos ásperas y ansiosas en los muslos y en el trasero; todo incrementó su deseo hasta niveles insospechados. Sintió que su tamaño aumentaba a medida que seguía moviéndose sobre él y al oír sus bruscos gemidos supo que había llegado al límite.

Y eso fue lo que la hizo estallar, junto con la arrolladora fricción y la presión en los pezones y el clítoris: que Travis cediera ante lo inevitable. Que fuera incapaz de soportar el placer. Lo vi extender los brazos para aferrarse al banco y morderse el labio inferior con fuerza.

—No puedo más. No puedo más. Joder, ¡qué bien te la metes, chiquitina! Me estás malacostumbrando.

Georgie pegó su pecho desnudo a ese torso jadeante, acercó la boca a la suya hasta casi rozársela y… le dio un lametón tras el cual le dijo:

—Quiero que te corras a lo bestia.

—¡Hostia puta! —Travis volvió a colocarle las manos en el trasero, sujetándoselo mientras se ponía en pie de un salto… y procedía a hacerla rebotar como una marioneta sin cuerdas sobre él. El sudor le empapaba un lado de la cara, y sus cuerpos chocaban entre sí mientras la lluvia golpeaba el techo del banquillo—. Me vuelves loco, joder. No puedo más. ¡Dios!

Esas palabras, pronunciadas con voz gruñona, la lanzaron por el precipicio mientras tensaba los músculos internos con tanta intensidad que gritó, aunque la ansiosa boca de Travis se tragó el sonido. Le mordió y le succionó la lengua mientras ella se desataba y la tensión la abandonaba en forma de bruscos estremecimientos, con los muslos temblándole alrededor de las caderas de Travis.

—¡Travis, Travis, Travis!

—Me corro —susurró él sin dejar de besarla, y su gruñido le llenó la boca

abierta. En esa posición era imposible escapar del terremoto que le había provocado. Se tambaleó hacia la derecha, con la mandíbula desencajada, mientras su miembro se sacudía en su interior y dejaba un reguero a su paso. La imagen y los sonidos se le quedaron grabados en la mente, donde permanecerían para toda la eternidad: Travis recortado contra el banquillo de hormigón, la lluvia cayendo al otro lado, su viril gemido de placer resonando en el ambiente. Y, al final, su beso reconfortante y tranquilizador, la caricia de sus reverentes manos cuando se sentó de nuevo, acunándola contra su pecho—. Eres maravillosa. Tan preciosa...

Se había hecho añicos con el orgasmo, pero las piezas empezaban a recomponerse en ese momento, más fuertes que nunca, y brillaba por la felicidad.

—Tú sí que eres maravilloso —le susurró al tiempo que apoyaba una mejilla en su hombro—. Tan fuerte...

El pulso de Travis ya estaba acelerado, pero se le alteró al oír esas palabras y la rodeó con un férreo abrazo.

—Haces que me lo crea.

Levantó la cabeza y vio que Travis la estaba observando con gesto pensativo, y algo sucedió entre ellos. Algo que no era capaz de nombrar y que no se atrevía a explorar por miedo. Sin embargo, la alegría se extendió como mermelada sobre una rebanada de pan, razón por la que se sintió más frustrada todavía cuando oyó que la llamaban al móvil, que estaba en sus pantalones de deporte en algún lugar del suelo del banquillo.

—Debería contestar. Por si ha pasado algo.

Travis la besó una última vez y asintió con la cabeza antes de permitir que se pusiera en pie, pero no apartó la mirada de ella mientras contestaba.

—¿Diga?

—Georgie, te necesito en mi casa ya.

Se miró como estaba, desnuda en el banquillo.

—Estoy un pelín liada ahora mismo. —Travis gruñó para darle la razón y se la acercó de un tirón para mordisquearle la cadera—. ¿Por qué se oye tanto ruido?

—¡Ah! ¿Te has dado cuenta? —El sarcasmo de Bethany atravesó su nube de felicidad—. Nuestra cuñada le ha hablado a todo el pueblo de la Liga de las Mujeres Extraordinarias. Y ahora tengo a todas las mujeres de Port Jefferson en mi cocina, exigiendo unirse.

—¡Venga ya!

—Ven… a ayudarme.

Miró a Travis con expresión apenada.

—Voy enseguida.

Travis se quedó muy cerca mientras se vestían.

—La cena con el presidente de la cadena es mañana por la noche.

La alegría que estaba sintiendo se esfumó.

—Claro. —Junto con el recordatorio de la línea de meta llegaba la necesidad de protegerse todo lo posible, porque estaba enamorada de ese hombre al que tenía a menos de tres pasos—. Estaba pensando en ir a Old Westbury antes. Hay una tienda de muebles de saldo que quiero ver. Para la nueva oficina. —Lo miró con una sonrisa—. ¿Nos vemos allí?

Vio que tenía un tic nervioso en el mentón.

—¿Quieres llegar por separado a la cena cuando se supone que debemos convencerlos de que estamos juntos?

—Olvídalo —susurró—. No sé en qué estaba pensando.

La mirada torva de Travis le indicó que sabía muy bien lo que intentaba hacer. Distanciarse de él, aunque lo que deseaba en realidad era lanzarse de cabeza. Se metió como pudo unos mechones de pelo en la coleta y retrocedió hacia los escalones, agradecida al ver que empezaba a escampar.

—La cena es a las siete, ¿verdad? Estaré lista a las seis. —Sentía la sonrisa muy tensa—. ¿Nos vemos entonces?

—Tengo la camioneta en tu casa, Georgie. Vamos a volver juntos.

—¡Ah, sí!

Después de lo que le pareció un duelo de miradas interminable, regresaron a casa corriendo en silencio.

23

Georgie se quedó boquiabierta al salir del coche.

El caos reinaba dentro de la casa de Bethany. Las mujeres se agolpaban en la puerta y en el porche, y se protegían la cabeza con paraguas y periódicos. Un repartidor con un montón de cajas de *pizza* se abrió paso a codazos, sujetando en alto el tique de compra como una bandera blanca de rendición. Entre las mujeres, reconoció a su profesora de Física de tercero de Secundaria, a Tracy la Dependienta y a otras caras conocidas de Port Jefferson. Incluida su madre.

—¿Mamá?

—Georgie —Vivian interrumpió su conversación para indicarle que se acercara—, ¿te importa pagar las *pizzas*? No tengo suelto.

Claro. Era bien sabido que su madre llevaba todo lo que poseía en el bolso, pero era incapaz de sacar dinero en efectivo o tarjetas por culpa de las uñas acrílicas.

—¿Quién las ha pedido? —preguntó mientras rebuscaba en la cartera de camino a la puerta de entrada—. ¿Dónde está Bethany?

—Dentro, hablando de cosas. —Su madre apartó a las mujeres que la rodeaban para que ella pudiera pasar—. Venga, moveos. Hacedle espacio a la fundadora.

—No soy la… —Meneó la cabeza—. Solo se me ocurrió el nombre.

—¡Fundadora! ¡Fundadora! —coreó su madre. Nadie se le sumó—. ¿Por qué has tardado tanto en llegar? ¿Por qué no estabas en casa una mañana entre semana?

De repente, todas las mujeres que estaban en el porche parecían muy interesadas en su conversación.

—Estaba corriendo con Travis —contestó con las mejillas como un tomate—. He tenido que ducharme y cambiarme de ropa.

—Menuda ducha habrá sido… —comentó su madre, meneando las cejas.

—¡Ajá! —Georgie carraspeó—. Esto… ¿Todas queréis uniros a la Liga de las Mujeres Extraordinarias?

Los vítores resonaron a su alrededor, seguidos de un solitario:

—¡Que les den a todos!

En cuanto los aplausos y los silbidos cesaron, Georgie replicó con sequedad:

—A ver si podemos hacer algo al respecto. —Le dio unos billetes de veinte al repartidor y se detuvo en la puerta de la casa para asimilar lo que veía.

En el salón solo se cabía de pie, y todas hablaban a la vez. Bethany estaba encaramada a la chimenea y parecía decidida a poner orden en la conversación, y por lo tanto no se percató de su llegada. En la cocina, Rosie parecía una preciosa pelota de tenis de mesa que rebotara entre el horno y la isla, emplatando en bandejas lo que parecían empanadas. Había botellas de champán y de zumo de naranja por todas partes. Era un almuerzo que parecía sacado de un manicomio.

—¿Dónde dejo las *pizzas*?

Sin decir una sola palabra, Georgie le quitó las cajas al repartidor y echó a andar hacia la cocina.

—Rosie, ¿necesitas ayuda? —gritó para hacerse oír—. ¿Dónde está Kristin?

—¡Estoy aquí! —canturreó su cuñada mientras bajaba la escalera, con una sonrisa enorme en la cara—. ¿A que es fabuloso?

—No sé qué decirte.

—No, todo controlado —contestó por fin Rosie, que deslizó la bandeja de empanadas hacia ella—. Solo… ¿quieres probar una?

Al oír que le rugía el estómago, se percató de que estaba muerta de hambre. Aunque le costaba arrepentirse de no haber desayunado su tazón de cereales a cambio de echar un estratosférico polvo de pie con Travis. Sí. Desde luego que era su método favorito de sustento, aunque las reservas la abandonaran tan pronto. ¿Qué debía concluir de esa necesidad de las caricias de Travis, ya fuera emocionalmente saludable para ella o no?

Incapaz de pensar en ese problema, espantó el nubarrón que tenía en la

cabeza.

—Claro. —Se llevó una empanada rellena de carne a la boca y le dio un mordisquito, aunque tuvo que soplar antes de darle otro. Los sabores le explotaron en la boca. Era lo mejor que había probado. En la vida. Especiada, con un toque picante y mucha textura, todo envuelto en una masa crujiente y perfecta—. ¡Madre del amor hermoso, Rosie! ¿Las has hecho tú? ¿Desde cero?

—Sí. —La aludida sonrió contra la muñeca—. Bethany me dijo que tenía un montón de mujeres en casa y que no había comida, así que me pasé un momento por el supermercado.

—Podría vivir solo comiendo esto. Quiero vivir solo comiendo esto. —Tal vez fuera la claridad que llegaba después de la mejor noche de sueño de su vida, seguida del mejor sexo de la vida de cualquiera, pero de repente la asaltó una idea para que el sueño de su amiga estuviera un paso más cerca de hacerse realidad—. Rosie, ¿puedes preparar algunas más?

Rosie rebuscó en unas bolsas de plástico que había en la encimera.

—Tengo ingredientes para preparar tres hornadas más.

—Hazlas. —Georgie se volvió hacia su cuñada—. Kristin, tú eres la culpable de este follón. Puedes redimirte asegurándote de que todas las presentes se lleven una empanada a la boca.

Kristin protestó un poco, pero al final cedió con un gesto de la barbilla.

—Muy bien.

Rosie la miró a los ojos desde el otro lado de la isla.

—¿En qué estás pensando?

—En que en cuanto todas prueben lo que puedes hacer… y quieran más… —se encogió de hombros— a lo mejor podemos reunir los fondos necesarios para abrir tu restaurante.

Alguien le colocó una mano en un hombro, obligándola a apartar la mirada de la expresión sorprendida y esperanzada de Rosie.

—¿Dónde te habías metido? —gimió su hermana mientras la zarandeaba —. La directora del coro de la iglesia acaba de hacerle un calvo al repartidor de *pizzas* por la ventana del salón. Mis vecinos van a llamar a la policía.

—Lo siento, me estaba duchando. Voy a controlarlas.

—¿Duchándote nada más? —Bethany entrecerró los ojos—. No te lo crees ni tú.

Su madre se interpuso entre ellas.

—Chicas, se trata de que las mujeres nos unamos, ¿no? —Chasqueó la lengua—. Discutir ofrece el mensaje equivocado.

—Mamá, nuestras reuniones son discusiones en un noventa por ciento.

—Es nuestra forma de comunicarnos —convino Bethany.

Su madre meneó la cabeza.

—¡Qué triste!

Más mujeres entraron desde el porche, haciendo que se apretujaran todavía más. Por encima de sus cabezas, Georgie veía la bandeja blanca que regresaba vacía. Kristin apareció un momento después, sin aliento.

—En fin, ¡han desaparecido más rápido que un caramelo a la puerta de un colegio, señora Rosie! Están clamando por más. —Un brillo acerado apareció en sus ojos—. Pero nadie ha tocado siquiera mis magdalenas de maíz.

Su hermana agitó una mano en mitad del corrillo.

—A ver, me alegro muchísimo de que haya tantas mujeres interesadas en unirse al club, pero tenemos que reducir la manada. No podemos acomodar a tantas personas sin problema.

—Me pondré manos a la obra —dijo Georgie, que se subió a un taburete y se metió dos dedos en la boca para silbar. Cuando todas las cabezas se volvieron hacia ella, la timidez intentó obligarla a bajar. Pocas semanas antes, la idea de ponerse allí de pie delante de todas esas mujeres la habría aterrado. Pero recordó lo mucho que había progresado con su empresa de animación. Recordó que había alzado la voz en la cena familiar para que su opinión contara. Por último, recordó a Travis y el hecho de que formaban un equipo. Tal vez no fuera para siempre, pero en ese preciso instante sentía su presencia respaldándola—. En primer lugar, quiero daros las gracias a todas por vuestro interés en uniros a la Liga de las Mujeres Extraordinarias.

—¡Que les den a todos! —gritó alguien desde el fondo.

Georgie le hizo un gesto a su madre para que le preparase una mimosa.

—Va a ser duro de oír, pero necesito que todas seáis sinceras. —Una pausa—. No sé muy bien cómo os ha traído Kristin hasta aquí. Pero si habéis venido solo porque hay comida gratis, os pido que os hagáis con un trozo de *pizza* o una empanada y os marchéis para seguir con vuestras cosas. No se admiten mirones.

La mitad de las asistentes se encaminó a la puerta con trozos de *pizza* en la mano.

—Os agradezco vuestra sinceridad.

Su hermana suspiró aliviada e hizo un lento giro en el espacio recién liberado que la rodeaba. Su madre parecía disgustada cuando le ofreció el cóctel de champán y zumo de naranja.

—La Liga de las Mujeres Extraordinarias la creamos Rosie, Bethany y yo porque queríamos lograr algo. Individualmente y juntas. Tenemos objetivos. Si os veis representadas, si necesitáis ayuda para hacer lo mismo (y estáis dispuestas a apoyar de forma activa a las demás integrantes del club), nos encantaría que os quedarais.

—¡Creía que esto iba de decirles *sayonara* a los hombres!

Georgie estaba segura de que la mujer que gritó eso era la mismísima que había gritado lo de «¡Que les den a todos!».

—No va de eso en...

—Cuidado... —susurró su madre en voz baja.

—A ver, por supuesto, si hay una influencia negativa en tu vida, deberías... Esto... —Bebió un buen sorbo de mimosa—. Deberías replantearte tu situación.

Alguien levantó una mano. La mujer le resultaba familiar, pero no terminaba de identificarla. Aun así, sonrió y la animó a hablar.

—Kristin nos dijo que este club iba de empoderarnos. Pero también confirmó el rumor de que estás saliendo con Travis Ford. Hasta estuvo en una cena familiar. —Cruzó los brazos por delante del pecho—. No es un secreto que Travis cambia de mujer como quien se cambia de camisa. ¿Cómo se supone que vamos a hacerles caso a tus consejos cuando ni tú misma los sigues?

Se extendió un murmullo por el salón.

Su hermana se plantó delante de ella.

—Como te metas con mi hermana delante de...

—No —la interrumpió Georgie, que le dio unas palmaditas en el hombro—, no pasa nada. Pero Kristin, voy a decirte una cosa, te queda poco para que te echen de la isla.

Su cuñada se dejó caer contra la pared de la cocina y se metió una empanada en la boca.

—¡Oh! —dijo al tiempo que sorbía por la nariz—. Están muchísimo mejor que mis magdalenas de maíz.

Kristin no le había dado un segundo bocado a la empanada cuando

Stephen entró a grandes zancadas en la casa, otra vez con el pelo mojado. Ni siquiera abrió la boca mientras sacaba a su mujer de allí. Y el ceño fruncido que llevaba se aseguró de que nadie se lo impidiera.

Acabada la interrupción, Georgie miró de nuevo a las presentes. Sí, el plan era convencer al pueblo, a su familia y a la prensa de que estaba saliendo con Travis. Se había metido en la farsa con los ojos bien abiertos. Pero ¿allí plantada delante de todas esas mujeres que buscaban sus consejos? Se descubrió incapaz de seguir mintiendo. De modo que les dijo la verdad.

—Cortó una rama del árbol al que trepaba de niña. Y cuando volví ayer a casa, estaba en mi patio, cortando y lijando. Para convertirla en la nueva repisa de mi chimenea.

Se oyó un coro de jadeos.

—¿A que sí? En fin, la gente comete errores. Como organizar una competición para ver quién consigue salir con un hombre que no tiene el menor interés en convertirse en el trofeo —continuó, lanzándoles una mirada elocuente a algunas de las culpables—. A veces, cuando no se conoce a una persona, cuesta comprender por qué hace ciertas cosas, ¿verdad? —Se le desbocó el corazón—. No os pido que cambiéis de opinión sobre Travis, pero sí que os pido que no dejéis que otro la forme por vosotras. Ese es el objetivo del club. No se trata de echar a gente de nuestras vidas. Se trata de negarnos a aceptar menos de lo que nos merecemos. De darnos cuenta de que todos somos importantes pese a los errores, las malas relaciones o los trabajos anodinos. Incluso alguien con el apodo de Dos Bates. Y que a nadie se le ocurra preguntarme si lo cumple. —Miró a la mujer que había hecho la pregunta—. Para contestarte, no pido que nadie siga mis consejos. Todas las presentes estamos aquí para aprender y para crecer. Desde ahora mismo. ¿Quién se apunta? —Estuvo a punto de caerse del taburete cuando todas empezaron a aplaudir. La apoyaban. Apoyaban a Georgie Castle. ¿Significaría eso que la veían no solo como a una igual, sino como a una voz madura y lógica? Había empezado la farsa de salir con Travis con el fin de obligarlos a todos a verla con otros ojos, pero al final lo había conseguido ella solita sin darse cuenta siquiera, ¿verdad? Había descubierto otra forma de que las personas la escucharan.

Nada más bajarse del taburete, su hermana le dio un fuerte abrazo.

—¡Muy bien! —gritó Bethany por encima de su cabeza—. ¿Quién está

lista para matar primero y hacer preguntas después?

Todas las rodearon con las copas de champán levantadas a modo de saludo.

—Si de verdad queréis ser miembros —siguió su hermana—, podéis empezar por apuntaros para participar en la carrera de obstáculos Tough Mudder del viernes.

Otras doce mujeres salieron pitando por la puerta.

Travis contemplaba la casa en la que creció desde el otro lado de la calle.

Llovía con mucha menos fuerza, pero el agua se colaba por el tejado del oxidado garaje independiente, seguramente porque había una gotera. El jardín estaba lleno de latas de cerveza, por culpa de los chicos de la zona. La acera estaba levantada en una zona y el hormigón rajado porque la raíz de un árbol había salido a la superficie.

No sabía muy bien cómo había llegado hasta allí. La verdad era que se sintió inquieto en cuanto Georgie lo dejó esa mañana. De modo que se subió a la camioneta y se plantó allí. En el escenario de sus pesadillas.

Nada más aparcar, lo primero que se le pasó por la cabeza fue que debería haber esperado para que Georgie lo acompañara. Tendría el estómago en un puño de todas formas, pero no sería tan malo. Ella diría justo lo que necesitaba oír. Adivinaría su estado de ánimo y sabría cuándo presionar, cuándo retirarse y cuándo no hacer nada.

Cruzó la calle con un gruñido irritado para entrar en su jardín por primera vez desde que se fue a la Universidad Northwestern. Desde que se marchó con una maleta donde solo llevaba lo básico y no volvió a mirar atrás. La gravilla crujía bajo sus botas y la lluvia le empapaba los hombros. Deseó de nuevo que Georgie estuviera presente. Aunque así, en general, no era tan malo. Las noches que esperaba fuera a que su padre volviera a casa (o a que su madre fuera a buscarlo), el patio le había parecido enorme y muy oscuro. ¿En ese momento? En ese momento, todo parecía más pequeño que en sus recuerdos. Como el decorado de una mala obra de teatro.

Aunque su nombre aparecía en la escritura de la propiedad, no tenía llaves. Claro que abrir la puerta no fue difícil, ya que las bisagras se estaban desintegrando por el óxido. Bastó una buena patada para que se abriera de par en par. Un gato salió disparado por entre sus piernas, maullando como

un loco. Se tomó unos segundos para calmarse y entró.

La distribución de la casa siempre le había parecido ridícula y seguía pareciéndoselo. No había pasillo de entrada ni vestíbulo. La casa empezaba en la cocina sin más. Todos los muebles habían desaparecido, pero el espantoso papel verde con flores había resistido el paso del tiempo, y el suelo había amarilleado por los años. La casa estaba en silencio, salvo por el repiqueteo de la lluvia en el tejado, y casi esperaba oír el murmullo de la audiencia en vivo de un programa de televisión procedente del dormitorio de su padre, al fondo del pasillo. Allí era donde se pasaba la vida mientras lo dejaba que se las apañara como pudiera. De vez en cuando, se cruzaban de camino al cuarto de baño, y estaba seguro de que su padre siempre fruncía más el ceño al verlo y de que la amargura brotaba de su cuerpo en oleadas.

—¿Podré superar todo esto?

Recordar la pocilga en la que vivía antes de que Georgie lo ayudara a limpiar el piso hizo que le entrara la duda. Aunque algo lo acicateaba. Una necesidad que no había experimentado antes de echar raíces, sin la sombra de su infancia atormentándolo y diciéndole que era imposible. ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué de repente estaba ansioso por deshacerse de esa última pieza de su pasado para poder empezar a construir algo nuevo?

La sonrisa de Georgie apareció en su mente, pero la desterró con una carcajada. No, un compromiso duradero con otra persona era el siguiente nivel, ¿verdad? De momento, bastaba con que quisiera estabilidad. Conseguir ese puesto en la cadena de televisión y labrarse una vida de la que sentirse orgulloso. Se le formó un nudo en la garganta mientras seguía pensando en ella. En cómo la sintió entre los brazos esa mañana. En lo natural y lo… perfecto que le pareció empezar el día con ella. Y fue imposible fingir que estaba en su antigua casa por cualquier otro motivo que no fuera cambiar algo en su interior para mejorar. Para ser mejor por ella. ¿Con qué fin? Pues todavía no lo sabía, pero con la fecha límite de su trato acercándose a marchas forzadas, la idea de dejarla marchar era una amenaza para su cordura.

Se obligó a concentrarse en la tarea que tenía entre manos y se sacó el móvil del bolsillo para marcar el número que había guardado en favoritos años antes. No obtuvo respuesta, pero la cantarina voz de la grabación le dijo que dejara un mensaje.

—Hola. Soy Travis Ford. Quiero hablar con alguien para tasar una



propiedad.

24

Decidió pasar a por Georgie en una limusina en el último minuto.

No quería aparentar ni demostrar poderío. No, si era sincero consigo mismo, la llamada que había hecho en el tiempo de descuento a la empresa de limusinas surgió por la necesidad de empaparse de ella todo lo posible. Se acabó lo de mentirse a sí mismo. Dado que no podría leerle la expresión (ni, joder, tocarla) con las dos manos en el volante, acabó presentándose delante de su casa en el enorme coche negro. La mitad del vecindario estaba disfrutando de sus jardines cuando por fin se dispuso a recorrer el camino de entrada. Esa noche tenía todas las trazas de ser como la noche del baile de graduación. Iba con esmoquin, pasaba a buscar a su pareja y se suponía que la ocasión iba a marcar el final de algo.

Ese recordatorio hizo que una pelota de béisbol se le atascara en la garganta.

No estaba preparado para que lo que tenía con Georgie llegara a su fin.

De hecho, ser incapaz de darle un nombre empezaba a ponerlo de los putos nervios. Se sentía más cerca de ella que de ninguna otra persona en la vida. El día anterior en el campo de béisbol del instituto, hubo un momento en el que desechó todas las mentiras y permitió que Georgie viera todo lo que había en su interior. El amor que le profesaba al béisbol, la tristeza que sentía por no poder seguir jugando. Se había olvidado de enmascarar todas esas inseguridades que lo atormentaban a todas horas y las había expuesto, y seguía vivo. Mucho más que eso, en realidad. Se sentía liberado. Más fuerte. Como si fuera una mejor versión de sí mismo.

Todo por esa mujer.

¿Y se suponía que debía pasear a Georgie delante de los directivos

imbéciles de una cadena de televisión y despedirse de ella al final de la noche? ¿Despedirse para siempre?

El pánico hizo que el brazo le pesara demasiado para llamar a la puerta. ¿Por qué decidió ponerle un límite de tiempo a…, ¡mierda!, a lo que tenía con Georgie? Estar solo le había ido estupendamente en el pasado. Sin responder ante nadie, manteniendo relaciones cortísimas según sus condiciones. Sin embargo, lo que tenía con Georgie parecía escaparse a su control. Una llama que se alimentaba a sí misma…, y no tenía un extintor a mano.

Cuando la puerta se abrió, se quedó boquiabierto. Esa no era la misma mujer que lo había despertado del coma mental autoinducido hacía unas semanas. Salvo por los ojos. Sí, tal vez se hubiera vestido para alimentar sus fantasías, pero la autenticidad característica de Georgie seguía estando en sus ojos verdes. Era increíble que dichos ojos reclamasen toda su atención cuando estaba para comérsela. Llevaba un vestido que le dejaba los hombros al descubierto y tenía una falda de vuelo alrededor de los muslos. Unos muslos que parecían interminables gracias a los zapatos de tacón. Estaba buenísima y a la vez parecía inocente… y no había nadie como ella.

—¡Uf, vaya! —la oyó susurrar—. Estás… mmm… estás guapísimo. Con el esmoquin.

La parte inferior de su cuerpo reaccionó de forma tan intensa a esa voz ronca (la prueba de que se sentía atraída por él) que solo acertó a respirar hondo y soportarlo.

—No te gusta el vestido —dijo ella mientras se pasaba las manos por delante—. Sé que se supone que debo ser la chica inocente de pueblo que te ha salvado de una vida de perdición, pero no hacen vestidos lo bastante bonitos para eso.

—Georgie.

—Me probé uno con un escote más alto, pero no tenía el sujetador adecuado, así que se me veían los tirantes por los laterales y…

—Estás perfecta, joder. Tú eres perfecta.

La preocupación desapareció de esos ojos verdes.

—Gracias, Travis. —La vio quedarse boquiabierta por la sorpresa—. ¿Eso es una limusina?

—Sí. —Travis cruzó el umbral y la obligó a retroceder antes de cerrar la puerta de un puntapié. No se detuvo hasta que le pegó el trasero a la consola

de la entrada, sacudiendo las cosas que había encima y arrancándole un jadeo—. Oye —susurró contra su boca—, no te separes de mí en toda la noche.

Georgie le clavó los dedos en la chaqueta como si no pudiera controlarlos, y él deseó que se la arrancara y se le subiera encima, y a la mierda con la cena.

—¿Qué pasa? —Georgie le dio un titubeante beso en la barbilla—. ¿Estás nervioso?

—No. —Volvió la cabeza y se apoderó de su boca para darle un beso. Iba a ser un besito sin más, pero ella echó la cabeza hacia atrás, así que se abalanzó y la obligó a separar los labios para frotar sus lenguas—. No, la verdad es que no sé muy bien en qué estaba pensando. Este plan. Esto… Pasearte delante de todos para conseguir un trabajo. —Le acarició las mejillas con los pulgares—. No me gusta. No pensé en el futuro.

Georgie estaba respirando hondo con los ojos cerrados.

—La gente hace esto a todas horas.

—Ya lo sé. Por eso me parece mal contigo.

Esos ojos verdes se abrieron de par en par.

—No lo entiendo.

Se devanó los sesos en busca de las palabras adecuadas. Las palabras que no revelarían la lucha interna que le provocaba el hecho de que esa noche fuera el fin. Aunque la boca de Georgie lo distrajo, y solo le salió la verdad.

—No quiero exhibirte. No quiero… exhibir lo nuestro.

El pulso de Georgie se disparó en su cuello.

—¿Lo nuestro?

El chófer de la limusina tocó el claxon. Solo un toquecito, para hacerle saber que si no se iban ya, no llegarían a tiempo. Y gracias a Dios por el sonido, ¿verdad? Había estado en un tris de decirle a Georgie que quería que su relación siguiera después de esa noche. Que quería que fuera real. Quería el derecho de besarla, de salir con ella, de sentarse a su lado en las cenas familiares. Quería tirársela hasta lanzarla a la luna, salir a correr con ella, colarse en las fiestas de cumpleaños que animaba y, sobre todo, decirle a otros hombres que ni se acercaran. Quería el derecho a hacerlo a cualquier hora, cualquier día.

Ridículo.

No tenía ni idea de cómo ser el novio de nadie. Pero, ¡Dios!, «novio»

sonaba muchísimo más adecuado que «lo que tenía con Georgie». Con su dulce cuerpo pegado a él y el afán posesivo que le corría por las venas, lo suyo parecía tan poco una relación pasajera que estuvo a punto de soltar una carcajada. A punto. El ultimátum que se estaba dando a sí mismo lo ponía demasiado nervioso. Pero no podía ser su ligue por tiempo indefinido: Georgie se merecía algo mejor. La idea de dejarla marchar le provocaba la misma sensación que si estuviera en unas arenas movedizas, pero ella se merecía a un hombre con una visión sana del compromiso. Del matrimonio. Y él no era ese hombre. Nunca lo sería, jamás de los jamases.

Despedirse de ella esa noche o pedirle algo más. Esas eran sus dos únicas opciones.

—¿Travis?

Se apartó de ella después de inhalar por última vez el aroma de su pelo.

—Deberíamos irnos.

Georgie lo miró con detenimiento un segundo y asintió con la cabeza, tras lo cual él abrió la puerta para salir al porche, y ella cerró con llave. Aunque se recordó que no podían estar juntos, se descubrió tomándola de la mano de camino a la limusina, analizando su rubor, su musitado «¡Por Dios, por Dios!» cuando se dio cuenta de que los vecinos los estaban mirando. Una ráfaga de viento le lanzó un mechón de pelo contra la boca, y él estuvo a punto de tropezarse al llegar al bordillo.

¡Por Dios, era guapísima!

Pese a su incapacidad para dejar de mirarla, había cierta tirantez entre ellos de camino a Old Westbury. De todas formas, no le soltó la mano, como si el tiempo fuera a correr más deprisa si lo hacía. Permanecieron en silencio, mirando hacia delante, y recorrieron la autopista Northern State durante media hora, hasta que ya no aguantó más la distancia y se la colocó en el regazo, de costado. Ella se dejó hacer sin protestar y le colocó la cabeza por debajo de la barbilla al tiempo que hacía una mueca.

Sentir su peso en el regazo hizo que entornara los párpados.

—¿Te duele algo?

—Esta mañana he estado haciendo zancadas. La pista de atletismo del instituto enterita.

—¿Más entrenamiento para la Tough Mudder?

Ella asintió con la cabeza, golpeándole la barbilla.

—Tenemos treinta y un nuevos miembros, y todas parecen haberme

convertido en su líder oficiosa. No entiendo por qué. Pero ahora me siento obligada a dar buen ejemplo.

Le deslizó una mano por debajo de la falda y le recorrió la cara externa del muslo derecho con un pulgar. Decidió no ofenderse por el hecho de que su reacción fuera más eufórica que durante los orgasmos.

—En primer lugar, ¿treinta y un nuevos miembros?

—Sí —gimió ella, que cambió de postura sobre su regazo para que accediera mejor a sus doloridos músculos—. Mi cuñada les hizo creer que estábamos creando una utopía sin hombres. La cantidad de mujeres que se presentaron debería alarmaros.

Travis presionó con más fuerza un punto justo por encima de su rodilla y soltó una carcajada queda cuando ella se quedó desmadejada y gimió sin vergüenza alguna.

—¿Sí? Será mejor que envíe una circular masculina.

Georgie lo miró con los ojos chispeantes. Eso casi bastó para que se olvidara de la creciente erección entre sus piernas.

—¿Una circular masculina? ¿Cuatro garabatos en una servilleta al estilo de las pinturas rupestres?

—Es un código inquebrantable. Nunca lo descifrarás. —Le subió más la falda del vestido y empezó a masajearle la cara interna del muslo—. Lo retiro. Se te da muy bien conseguir que rompa códigos inquebrantables, ¿verdad?

—Supongo que te refieres al código de la hermana de tu mejor amigo —replicó ella con voz jadeante.

—A ese mismo —susurró él, que le deslizó un nudillo por el centro de las bragas negras.

—¿Te arrepientes?

Travis sintió la tensión en la garganta. En todo el cuerpo.

—No.

Nunca se había encontrado en esa situación: dividido entre el dolorido deseo de follar y la necesidad de hablar. De... abrazarla sin más. Hacer todo eso a la vez le parecía demasiado. Como si pudiera destrozarlo por completo. De modo que siguió acariciándola con rudeza mientras respiraba hondo. Memorizando la suavidad de sus muslos, la delicadeza de su abdomen, la curva de su cadera. No sabía cuánto tiempo pasó tocándola, pero al final Georgie se enderezó y le tomó las manos entre las suyas. Acto seguido, se

acercó a su boca y le dio un beso largo y apasionado. Un beso lento. Que se la puso dura debajo del trasero de Georgie, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder al ansia. Él sentía en su interior la necesidad de prolongar la noche, de detener el tiempo, y el beso consiguió hacerlo. Era húmedo e interminable, y ambos estaban temblorosos cuando por fin llegaron a la enorme mansión de estilo Tudor.

Georgie fue la primera en apartarse, respirando con dificultad contra sus labios.

—Yo… quería repasarlo todo contigo. Con quién vamos a vernos, los temas de los que debería hablar…

—Vamos a cenar con Kelvin Fisher. Su padre presidía la cadena antes de jubilarse, y Kelvin ha ocupado su puesto y ha empezado a hacer cambios. No lo conozco. Mi representante va a reunirse con nosotros para la cena, y esa cotorra no se calla ni debajo del agua, pero es una buena defensa. —Su mano se movió por voluntad propia para acariciarle el pelo y la mejilla—. No tienes que estar nerviosa por nada. Solo sé tú misma. —Nada podría haberle impedido inclinarse hacia ella de nuevo y besarla otra vez con lengua, con más pasión, hasta que empezó a mover el culo sobre su regazo—. Gracias por acompañarme, Georgie.

Ella asintió con la cabeza, con expresión aturdida, mientras se la quitaba del regazo. Los dos bajaron la vista hasta sus pantalones para ver cómo se la recolocaba y respiraba hondo varias veces para tranquilizarse.

—Eso tiene poco de imagen familiar.

—Poquísimo —masculló Travis—. No te enorgullezcas tanto.

El chófer de la limusina abrió la puerta y le tendió una mano a Georgie para ayudarla.

—¡Ah! Pero lo hago —le dijo por encima del hombro con un guiño—. Tómate tu tiempo.

Travis meneó la cabeza y salió tras ella. En la entrada de la enorme mansión, los esperaba un hombre con las manos entrelazadas a la espalda para acompañarlos al interior. Durante los últimos años, había estado en algunas casas alucinantes, algunas pertenecientes a los entrenadores y a sus compañeros de equipo, pero podía decir sin lugar a dudas que esa se llevaba la palma. No era ostentosa ni estaba decorada con peces y pantallas planas. Allí había dinero desde hacía siglos. Era elegante y sobria.

El mármol pulido brillaba en la entrada, que daba a un vestíbulo en un

lado y a una bodega en el otro. Había una escalinata justo a continuación, que se alzaba curvándose hacia la planta superior oculta. Era enorme, espaciosa y estaba iluminada por apliques de pared. Una música suave flotaba en el ambiente, mezclándose con el sonido de una fuente de agua que no se veía.

—El señor Fisher le está enseñando la casa a su representante —dijo el mayordomo—. Por favor, esperen aquí mientras los informo de que han llegado.

El hombre se marchó, dejándolos solos.

—¡Madre mía! —susurró Georgie—. Es como si hubiéramos entrado en una *piazza* italiana o algo. Seguramente. Nunca he estado en Italia.

—¿Quieres ir a Italia?

—Pues claro. —Se giró trazando un círculo maravillado, taconeando en el suelo, con los labios entreabiertos—. ¿Quién no quiere viajar?

Dio un paso hacia ella, sin saber si iba a besarla de nuevo o a exigirle que le dijera todo lo que quería hacer en la vida. Aunque no sabía para qué. Pero estaba preciosa a la tenue luz, maravillada por esa mansión. Y eso hizo que fuera muy consciente de que solo habían salido en un par de ocasiones improvisadas. ¿Eso era lo que ella recordaría del tiempo que habían pasado juntos?

—Georgie…

—Bienvenidos. —Kelvin Fisher entró en el vestíbulo como lo haría un rey, pero con menos pompa. Le tendió una mano con una sonrisa cálida y genuina a modo de saludo. El presidente de la cadena era más joven de lo que él pensaba, debía de tener treinta y pocos, y parecía lleno de energía—. Travis Ford —siguió—, soy un gran fan.

Él asintió con la cabeza.

—Gracias. —Levantó un brazo, y Georgie se coló debajo como si ese fuera su sitio. Joder. Daba la sensación de que era así—. Te presento a Georgie Castle. —Estuvo a punto de decir que era su novia y deseó haberla declarado como suya cuando Kelvin le besó una mano, sonriéndole por encima mientras ella se ruborizaba.

—Te he visto en los medios. Debo decir que nos encantó el artículo en el que el reportero describía cómo te plantaste delante de aquel hombre en el bar para cantarle las cuarenta. Bien hecho. —Ladeó la cabeza—. Me parece que nunca he conocido a un payaso profesional. ¿Tienes algún truco bajo la

manga esta noche?

Georgie se encogió de hombros con un gesto muy elegante al tiempo que movía una mano para hacer aparecer una moneda detrás de la oreja de Kelvin.

—No es mi mejor truco, pero me has pillado en mi noche libre.

La carcajada de Kelvin reverberó sobre el mármol de la entrada. Georgie le devolvió la sonrisa.

Y Travis deseó haberla besado una vez más en la limusina.

—A ver si lo adivino: Donny está en alguna parte contestando una llamada importante.

—Representantes deportivos —replicó Kelvin, que por fin consiguió apartar la mirada de Georgie—. No se puede vivir con ellos…

—Y no se puede firmar un contrato que merezca la pena sin ellos —terminó el aludido, que entró con paso chulesco en la estancia, vestido con un traje color crema—. Veamos si podemos firmar uno esta noche. ¿Os parece, chicos?

Travis se vio obligado a soltar a Georgie para abrazarlo y darle unos golpecitos en la espalda, pero no quería hacerlo. En cuanto terminó, la animó a regresar a su lado mientras seguían a Kelvin por el salón hasta la terraza.

—Esta noche cenaremos al fresco. Espero que no os importe —dijo Kelvin antes de hacerles un gesto a dos mujeres con delantales, que de inmediato desaparecieron de la vista—. El verano pasado estuve en la costa de Amalfi y ahora estoy obligando a todos a soportar la cultura italiana.

—Hay cosas mucho peores —replicó Georgie, maravillada de nuevo por lo que los rodeaba. Y sí, Travis se vio obligado a admitir otra vez que el ambiente era increíble. El sol desaparecía por el horizonte, y las velas parpadeaban en todas las superficies disponibles. Una araña de cristal iluminaba una mesa antigua tallada y decorada con flores blancas y amarillas.

—Georgie —dijo Kelvin al tiempo que le hacía un gesto a otro miembro de su personal—, ¿te apetece una copa de vino?

—Sí, por su…

Una niña salió al patio en tromba por la puerta trasera y se arrojó a las piernas de Kelvin.

—¡Papi! No tengo sueño.

Saltaba a la vista que no esperaba la interrupción, porque Kelvin se volvió con gesto incómodo mientras intentaba mirar a la niña que tenía pegada a las piernas.

—Seguro que estás cansada. Hemos montado en bici. Hemos construido un fuerte. Todo lo que hemos hecho hoy ha sido para que te cansaras. —Soltó una carcajada avergonzada—. Ya lo hemos hablado. Tengo una reunión esta noche. Mañana por la mañana soy todo tuyo.

—Hace frío en mi dormitorio.

—Podemos ajustar la temperatura.

La niña los miró, semioculta entre las piernas de su padre.

—¿Quiénes son?

En vez de contestar, Kelvin se volvió hacia la mujer que estaba sirviendo el vino y le dijo con los ojos «Ayúdame». La mujer dejó lo que estaba haciendo para acercarse a toda prisa y rodear la cintura de la niña con un brazo antes de intentar levantarla. Algo que, cómo no, hizo que la niña se pusiera a gritar.

Kelvin se masajeó la frente y los miró con una sonrisa a modo de disculpa.

—Se suponía que esta semana no me tocaba a mí, pero a mi ex le ha surgido algo. —Perdió la sonrisa cuando su hija empezó a llorar con fuerza—. La hora de irse a la cama siempre es complicada.

Georgie se apartó de Travis, rodeó la mesa tallada y se arrodilló delante de la niña.

—Hola, soy Georgie. ¿Cómo te llamas?

La niña se frotó un ojo con un puño regordete.

—Madison.

—¿Quieres ver una cosa muy chula?

No hubo titubeo.

—Sí.

Travis observó hechizado a Georgie mientras se hacía con tres limones del centro de mesa y empezaba a hacer malabares con ellos.

—Muy bien, Madison. Tienes que ayudarme. Toca las palmas para que no se me caigan.

La niña salió de detrás de su padre despacio mientras dejaba de llorar.

—No puedo… seguir… Se me están cansando los brazos…

Kelvin se acuclilló junto a Madison y empezó a tocar las palmas, lo que

por fin le dio a la niña el empujoncito que necesitaba para unirse. En cuestión de segundos, la niña estaba riendo y puso los ojos como platos cuando Georgie aceleró el ritmo.

¡Por Dios! Travis no sabía qué pensar de la feroz sensación que le atenazaba el pecho. No hacía falta esforzarse mucho para imaginarse a Georgie, a Kelvin y a la niña como una familia. Una familia tan unida que no podía dejar de hacerse carantoñas y arrumacos allá donde fueran. La expresión atolondrada con la que el presidente de la cadena de televisión miraba a Georgie le provocaba el deseo de tumbarlo de un puñetazo, aunque lo comprendía perfectamente. ¿Quién no la miraría como si fuera un puto ángel? Porque eso era ella en ese preciso instante. En todos los instantes. Un ser enviado desde el Cielo.

Se sentía helado, joder. Como un mendigo que viera a una familia comer la cena de Acción de Gracias a través de una ventana. Era una imagen ideal y maravillosa. Justo lo que Georgie se merecía. Justo lo que ella quería.

Justo lo que él jamás podría darle. Aunque otra persona, sí.

Estaba tan concentrado en el caos que tenía en el estómago que no se dio cuenta de que Kelvin se ponía en pie y se acercaba a él.

—Georgie es maravillosa. Eres un hombre afortunado.

—Gracias —consiguió decir—. No sé qué hace conmigo, la verdad —añadió, un comentario sincero que se le escapó sin pensar.

Kelvin soltó una risilla, pero lo miraba con expresión pensativa.

—No me lo creí cuando mi equipo sugirió que habías cambiado, pero parte de mi éxito radica en saber juzgar bien a los demás. No creo que una mujer como ella pueda equivocarse con alguien. —Hizo una pausa—. Aun así, no puedo tomar una decisión solo por eso. ¿Por qué quieres el trabajo, Travis?

Las dos últimas semanas acudieron a su mente en un tropel de colores y sonidos. Georgie estaba en primera plana de todos los recuerdos. Tirándole comida a la cabeza, lanzándole pelotas de béisbol en mitad de un chaparrón, sentada en la encimera de la cocina mientras le decía que él era más que el deporte. En algún punto, había empezado a creerla, ¿verdad?

—Si me lo hubieras preguntado hace un mes, no sé qué te habría contestado. La verdad es que habría querido el trabajo para no ser un fracasado. Crecí martilleado por la posibilidad de acabar siéndolo y no quería que se hiciera realidad. Cuando la liga me dio la patada, creí que el

pronóstico se había cumplido. Que me había convertido en un fracasado. —Clavó la mirada en los ojos de Georgie, y su presencia lo invadió, le infundió confianza—. Ahora es distinto. Quiero el trabajo porque me encanta el béisbol y trabajaría con ahínco. No desperdiciaría esa oportunidad. Pero ya te parezca adecuado para ser la voz de los Bombers o no, no soy un fracasado. Y no te defraudaré.

Permanecieron en silencio un buen rato antes de que Kelvin hablara por fin.

—No creo que vayas a hacerlo. —Se estrecharon la mano—. Bienvenido a los Bombers, Travis Ford.

25

Travis la abrazó con fuerza y entraron a trompicones en la limusina, en cuyo mullido asiento de cuero se dejaron caer, desmadejados.

—Has conseguido el trabajo, Travis —chilló Georgie mientras le dejaba una lluvia de besos por la cara—. Lo has logrado.

—No —la corrigió antes de apoderarse de su boca con un beso que sabía a lujuria, a asombro—. Lo hemos logrado los dos.

Georgie se apartó para mirarlo mientras le pasaba los dedos por el pelo antes de descender por sus mejillas, totalmente incapaz de no mirarlo sin ocultar lo que sentía. Por más que la emocionara que Travis hubiera conseguido el puesto, no quería pensar todavía en que todo se había acabado. El pánico la atenazó en ese momento, mientras la realidad la abrumaba. Había conseguido de forma indirecta el lugar que quería ocupar entre su familia y sus conocidos. En ese momento, Travis era la nueva voz de los Bombers, y no había nada que les impidiera bajar del barco en el que se habían subido juntos.

La intensa necesidad de retrasar lo inevitable la asaltó.

—Te deseo —susurró mientras le pasaba las manos por el abdomen y le metía los dedos en la cinturilla de los pantalones. Sus respiraciones agitadas se mezclaron. La mano con la que Travis la sujetaba de la nuca ejercía la presión justa. Tan cerca como estaban, se encontraba rodeada del olor que anhelaba. La loción para después del afeitado de Travis flotaba hasta ella en el fresco aire acondicionado del interior hasta tocarle la lengua—. Te necesito.

Travis se desabrochó el cinturón con un gemido y dejó colgando la hebilla, sabiendo sin necesidad de mirar lo que había dejado a la vista, por

debajo del elástico de los calzoncillos.

—¿Esto es lo que quieres?

Georgie se estremeció.

—Sí.

—¿Tienes frío, nena?

Incluso en la penumbra de la limusina, era imposible no ver la preocupación en sus ojos. No solo por el hecho de que se sintiera cómoda, sino… por otra cosa. ¿Era mucho esperar que la preocupación de su cara fuese por la idea de que todo llegara a su fin esa noche?

—Quítate el vestido. Yo te mantendré caliente. —Se aflojó la corbata y la tiró al suelo. Empezó a desabrocharse la camisa, con expresión cada vez más voraz. Un poco salvaje—. He dicho que te lo quites.

Georgie siguió paralizada por la intensidad de sus ojos. Por su repentina urgencia. Y su anhelo se disparó por el ansia de estar a la altura del de Travis mientras la tiraba al suelo y la hacía girar de modo que quedó de rodillas mirando los asientos.

—¿Quieres dejártelo puesto? Muy bien. Échate hacia delante —susurró contra su coronilla—. Ahora.

El deseo se agolpó en sus entrañas y le aflojó las piernas mientras un escalofrío le corría la espalda hasta la base de la cabeza. Apoyó las palmas de las manos en el ancho asiento y jadeó cuando Travis le separó las rodillas con un gemido gutural. Notó que se apartaba un poco de ella y que la miraba a placer, haciendo que le ardiera la nuca y que empezara a mojarse. Levantó la falda centímetro a centímetro, con insoportable lentitud, hasta que se la dejó arrugada en torno a la cintura. ¡Por Dios! ¡Ah, sí! Eso era… distinto. La expectación aumentó. Le esperaba mucho más. Más de lo habitual. No le cabía duda de que ambos querían que esa última vez entre ellos fuera importante. «No pienses en que se ha acabado».

—Mi chiquitina se ha puesto este vestido ceñido para mí. —Travis gimió mientras le enganchaba un dedo en la cinturilla de las bragas por la parte trasera y se las fue bajando y bajando hasta que al final se le quedaron trabadas en las rodillas. Dejándole el trasero expuesto—. ¿Qué vamos a hacer con este precioso culito? Dímelo. Has venido con él bien pegado a mi regazo. —Sin previo aviso, le dio un tirón de las caderas, la pegó contra sus muslos y le pareció enorme allí donde asomaba entre sus nalgas—. Mira lo que ha hecho. —Tiró de ella para subirla todavía más al tiempo que le daba un

lametón en el lóbulo de una oreja—. Mira lo que has hecho. Y no te arrepientes ni un poquito, ¿verdad? Aunque lo hagas, eso no te impide pegarte a esto que tanto has torturado. Frotarte contra ella como una gatita en celo.

—Lo siento —susurró, frenando los movimientos de los que ni siquiera había sido consciente.

No había terminado de disculparse cuando Travis se enredó su pelo en un puño y la obligó a echar la cabeza hacia atrás. Al máximo, hasta que sus miradas se encontraron.

—No te he dicho que pares.

Mover las caderas en esa postura (con la espalda arqueada y la cara mirando al techo) empezó siendo incómodo, pero la leve torsión hacía que sus muslos se rozaran de forma distinta, que sacara pecho y que su sexo quedara en un ángulo concreto, y..., ¡joder!, diez segundos de mover el culo desnudo sobre el regazo de Travis aumentaron por mil el deseo. Unos ojos muy serios la miraban desde arriba, oscureciéndose con cada movimiento de su trasero.

—Eso es. Discúlpate por ser una calientabraguetas poniéndomela todavía más dura.

—Me encanta sentirte —gimió ella—. No puedo parar.

El puño que le sujetaba el pelo la obligó a ladear la cabeza mientras le dejaba un húmedo reguero de besos en el cuello.

—Bien. No pares nunca. —Se acercó, muchísimo, hasta pegar el cuerpo a su espalda mientras le bajaba la cremallera lateral del vestido. El aire le rozó la piel cuando le quitó la prenda por la cabeza antes de volver a colocarse el culo sobre su regazo, separándole todavía más las rodillas y embistiendo contra su cuerpo. Delicada desnudez contra rudo hombre vestido. El contraste la puso tan cachonda que soltó un largo gemido—. Pónmela todo lo dura que quieras, porque los dos sabemos tu secretillo. No sabes cómo hacerlo sin rendirte. Quieres que te la meta hasta el fondo.

¿Era posible tener un orgasmo solo con palabras? Porque, ¡Dios!, estaba a punto. Sentía el clítoris hinchado y sensible por el roce de sus piernas. Le dolía la garganta por culpa de los jadeos entrecortados con los que respiraba. «Estoy ardiendo, estoy en llamas». Estaba tan abrumada que solo atinó a apoyar una mejilla en el asiento de cuero mientras Travis la guiaba para que adoptase la postura con mano firme. Solo oyó el tintineo de la hebilla de su

cinturón al caer al suelo, como a lo lejos, al tiempo que levantaba el culo sin pensar, de forma involuntaria.

«Métemela. Métemela ya».

—Nunca lo hemos hecho así, ¿verdad? —masculló Travis, golpeándole el culo con la verga. Tal como ella había visto hacer en algunos vídeos porno en internet… y ¿por qué le resultaba tan erótico y atávico? Un misterio. Que Travis hiciera algo así bastaba para enloquecerla y que clavara los dedos en el asiento. Oyó el sonido del envoltorio de un condón al romperse y, por fin, sintió que se colocaba en posición para penetrarla. contuvo el aliento y gimió cuando él le rozó el cuello con los dientes—. ¿Sabes por qué no te la he metido todavía desde atrás?

Ella soltó un trémulo suspiro contra el cuero, con el corazón a mil por hora.

—¿Por qué?

Travis la penetró con una sola embestida, y el grito de Georgie resonó en el interior de la limusina.

—Porque no estaba seguro de poder controlarme una vez que te tuviera de rodillas. Me preocupaba cruzar la línea que me llevara a ser irrespetuoso si tengo tu culo golpeándome la barriga…, y una parte de mí seguía pensando en ti como en la hermana pequeña de mi amigo. —Soltó un sonido estrangulado y se dejó caer sobre ella, embistiéndola con un gruñido—. Se acabó. Ahora eres mía. Te follaré como quiera.

Tras decir eso, Travis le acarició un hombro con los dientes, con la intensidad necesaria para que se sacudiera entre el placer y el dolor. No dejó de embestir en ningún momento, y sus duros abdominales se frotaban contra la curva de su trasero, mientras sus cuerpos se golpeaban. Y después esos dientes se alejaron de su hombro y se centraron en su nuca, que acariciaron de arriba y abajo, provocándole un subidón de satisfacción. Arqueó la espalda y separó más las piernas, convirtiéndose en la herramienta de placer de ese hombre. Tenía la boca abierta contra el asiento y solo atinaba a gemir su nombre como una letanía, deleitándose en los repetidos envites de su duro cuerpo mientras la penetraba una y otra vez entre gruñidos y palabras mascculladas que intercalaba con los mordiscos en el cuello, los hombros y la parte alta de la espalda.

—Mía —lo oyó decir con voz ronca. Algo que repitió de forma más insistente—: Mía.

Su mente enfebrecida acababa de asimilar el cambio en la voz de Travis cuando sus fuertes brazos la rodearon, estrechándola con fuerza. Con muchísima fuerza. Siguió penetrándola desde atrás, pero se le había alterado la respiración. Más de la cuenta, incluso para el estado en el que se encontraban. Como le había hundido la cara en el cuello, Georgie solo tuvo que volver la cabeza para vérsela… y descubrió que tenía los ojos cerrados con fuerza mientras susurraba su nombre.

—Travis —dijo con la voz entrecortada al tiempo que besaba los antebrazos que la sujetaban—, mírame.

Esos ojos azules la miraron con expresión atormentada, provocándole una punzada de alarma en el pecho. Se giró entre sus brazos, obligándolo a salir de su cuerpo. Travis cayó sobre ella, estrechándola con fuerza mientras se tumbaban de costado en el asiento.

—Joder.

—¿Qué pasa? —Le acarició la cabeza con una mano—. Háblame.

Vio cómo le subía y le bajaba la nuez al tragar antes de decir:

—Georgie, no puedo hacer esto.

El dolor le atenazó los pulmones al oírlo.

—¿Estás… terminando lo que hay entre nosotros? Sé que se suponía que solo iba a durar hasta esta noche…

Travis le cubrió la boca con una mano, con la respiración jadeante.

—Antes de nada, vamos a dejar de llamarlo así.

—Muy bien —susurró ella despacio contra su palma.

—Lo que has hecho por mí, chiquitina, sacarme de la oscuridad… Es un milagro. Vamos a ponerle nombre. Eres un milagro. —Cerró los ojos, así que no vio la expresión maravillada que puso ella—. Haces que sea mejor, y ojalá…, joder, ojalá pudiera hacer lo mismo por ti, pero solo puedo ofrecerme a mí mismo. Otros hombres pueden ofrecerte lo que tú quieres: familia, hijos. Yo no sé cómo darte eso. —La estrechó con más fuerza—. Pero tampoco creo que pueda dejarte marchar.

Georgie tuvo la sensación de que respiraba a través de una pajita.

—¿Estás diciendo que quieres estar conmigo?

—¿Querer? No. —Travis fundió sus bocas, dejando que sus lenguas se rozaran—. Estoy diciendo que te necesito. Estoy diciendo que no a terminar esta noche. Fui un imbécil al creer que era posible.

Sus palabras la dejaron conmocionada. ¿De verdad acababa de decir esas

cosas tan maravillosas? ¿Estaba soñando? No, el cálido cuerpo masculino pegado al suyo era real, al igual que lo era la emoción contenida en cada una de sus palabras. «Te necesito». ¿Sabría hasta qué punto ella lo necesitaba a su vez? A ese hombre, que había hecho saltar por los aires la percepción que tenía de él para reemplazarla con alguien real, cariñoso y carismático.

¡Gracias a Dios! Gracias a Dios que no se acabaría todo en cuestión de horas. Estaba tan aliviada por que quisiera seguir con ella que casi pasó por alto que había conseguido quitarle a Travis su fobia a las relaciones. Querían seguir juntos. Le metió los dedos entre el pelo y levantó las piernas para rodearle la cintura. Entre ellos, seguía teniéndola muy dura, y su cuerpo ansiaba ese orgasmo que casi había alcanzado.

—¿Por dónde empiezo? —le preguntó en voz baja mientras le acariciaba la cabeza con las uñas y veía cómo se le nublaban los ojos—. Travis…

«No es el momento, Georgie». Acababan de decidir que podían definir lo que tenían como una relación. Las declaraciones de amor quedaban muy lejos. A lo mejor nunca llegaban a ese punto. En resumidas cuentas, tenía que ir poquito a poco. Aunque parecía que el pecho le iba a estallar por las emociones contenidas.

Travis frunció el ceño.

—¿Qué ibas a decir?

Georgie le acarició la nuca con las uñas.

—Iba a decir que tengo veintitrés años, Travis. No quiero hijos ahora mismo. Ni un marido. Tengo todo el tiempo del mundo. —Las palabras sonaban huecas a sus propios oídos, y él siguió frunciendo el ceño, pero debía llegar a la parte que era absolutamente verdad—: Ahora mismo, solo… solo quiero…

—¿Un novio? —El pecho de Travis subió y bajó—. Si con eso basta de momento, déjame serlo.

«De momento». ¿Eso hacía que volvieran a ser algo temporal? Tal vez. Pero la idea de estar con Travis sin una fecha de caducidad inminente resultaba demasiado tentadora.

—¿Dónde firmo?

Travis aún parecía preocupado por lo que ella había dicho de que el futuro podía esperar, pero tras un breve titubeo, volvió a apoderarse de su boca. Y el movimiento de sus labios reavivó las llamas entre ellos como si fueran dos pedernales. Georgie separó las piernas mientras miraba con los

párpados entornados al hombre más sensual de la Tierra. Y él mordió el anzuelo como un sediento un trago de agua. Bajó las manos temblorosas y se colocó en la posición perfecta para penetrarla hasta el fondo con un gemido.

—Me muero por correrme dentro, chiquitina. —La tumbó en el suelo de la limusina—. Quiero quedarme ahí toda la puta noche.

Georgie dejó que le sujetara las muñecas por encima de la cabeza mientras el fuego se extendía por sus venas. Tenía tanto amor dentro que se preguntó si le explotaría el pecho.

—Dámelo todo.

Fue rápido y brusco, con la frente de Travis pegada a la suya y las miradas entrelazadas mientras la embestía una y otra vez. La penetró con un ritmo frenético, haciendo que sus caderas se golpearan entre sí y apretando los dientes cada vez que ella apretaba los músculos internos a su alrededor. Gimieron palabras que solo tenían sentido a sus oídos, gritaron el nombre del otro y se besaron como si estuvieran desesperados por memorizar el sabor, la textura, el movimiento y la respiración. Travis le soltó las muñecas para poder separarle más las rodillas, aumentando todavía más el ritmo hasta que fue algo salvaje, pero siempre pendiente de dónde necesitaba que la tocase, de rozar el punto más sensible para convertirla en una criatura que se retorcía sin parar mientras le clavaba las uñas en el culo a su novio. Animándolo a que le diera más, más fuerte, más rápido, a que la hiciera suya. Y eso hizo él. Hasta que Georgie sintió que las lágrimas le caían por las sienes, asaltada por un orgasmo tras otro hasta que su universo quedó reducido al lugar donde se unían sus cuerpos.

—Joder —masculló él contra su cuello con voz dolorida—. Necesito correrme ya, pero estás preciosa cuando lo haces. Ya vale.

—¿Quién, yo? —repuso ella con un hilo de voz, poniendo en práctica la falsa inocencia (su arma favorita), porque no soportaba verlo sufrir, y daba la casualidad de que también era kriptonita para él. Se desabrochó el cierre delantero del sujetador y arqueó la espalda para dejar el pecho desnudo a su alcance.

—¡Mierda! —murmuró él, que empezó a mover las caderas con rapidez, agitándole las tetas—. No. No, no, no… Quiero ver cómo te corres otra vez.

Georgie se acarició los pezones, pellizcándolos con dos dedos.

—Pero me encanta cuando me llenas a tope.

—¡Georgie!

—Hazlo. —Jadeó cuando Travis le tomó la barbilla con los dientes, gruñendo—. Métemela más fuerte. Puedes hacerlo, ¿verdad? No tienes que contenerte porque sea tan estrecha.

Travis se corrió con un rugido que duró una eternidad y flotó en el aire, y esa última embestida le indicó a Georgie lo desesperado que estaba. Y la expresión de absoluto placer masculino en esa cara tan maravillosa, junto con la húmeda fricción de sus cuerpos, la catapultó a un último clímax; un orgasmo lento y abrumador que hizo que se estremeciera con violencia. También hizo que Travis levantara la cabeza y lo presenciara con una expresión abrasadora.

—Preciosa —masculló él—. Joder, eres preciosa.

Se dejaron caer desmadejados, con las piernas y los brazos entrelazados, antes de que Travis le colocara la cabeza bajo la barbilla, estrechándola en un brazo inquebrantable. No había otro lugar del mundo donde quisiera estar salvo entre sus brazos, oyendo los frenéticos latidos del corazón de Travis contra su caja torácica mientras jadeaba en busca de aire.

Mientras recorrían la autopista, dejó que la vibraciones del motor y los latidos del corazón de Travis la adormilaran, negándose a entristecerse por las palabras que seguían atascadas en su garganta.

26

Travis se subió el cuello para protegerse del viento mientras caminaba por el aparcamiento. El otoño había hecho acto de presencia, llevando consigo una fuerte brisa desde el mar. Las hojas pronto empezarían a cambiar de color y la gente sacaría los jerséis. Dentro de poco, estaría esquivando niños disfrazados pidiendo caramelos la noche de Halloween por Main Street. Por primera vez, deseaba que llegara octubre no solo para las Series Mundiales. Lo deseaba para vivirlo todo.

Había recogido los materiales que necesitaba para darle los últimos toques a la chimenea de Georgie y ya se la imaginaba tumbada frente a ella. La noche anterior, después de que la limusina los dejara en su casa, ambos tuvieron claro que se quedaría a dormir. Eso era lo que hacían los novios, ¿verdad? Y descubrió que su novia acostumbraba a dormir con unos pantalones cortos de franela que se ceñían al culo; los había encontrado en el fondo del cajón de sus calcetines mientras buscaba un par porque Georgie tenía los pies fríos. La había convencido de que se los pusiera para ver cómo le quedaban y, a esas alturas, estaba prácticamente obsesionado con ellos. Cuando se imaginaba a Georgie delante de la chimenea que le estaba reformando, solo llevaba esos pantalones cortos y una sonrisa, con la piel iluminada por las llamas.

«No tienes que contenerte porque sea tan estrecha».

—¡Dios! —murmuró, aminorando el paso. No sería buena idea entrar empalmado en el Grumpy Tom's, sobre todo porque había quedado con Stephen para tomarse una cerveza. Por desgracia, así era como había pasado la mayor parte del día. Empalmado, o casi, por culpa de Georgie.

¿Siempre le había gustado el sexo? Claro, como a todos los hombres. Pero

hasta la fecha, lo que había conocido era una versión deslustrada y diluida. ¿El sexo con Georgie? Le excitaba el cuerpo. Y la mente. Sus cuerpos moviéndose juntos hacían que se percatara de cincuenta cosas a la vez. De su pulso, de su clítoris, de sus pezones, de la presión que ejercía su sexo a su alrededor, de su mirada desenfocada, de sus palabras, de su respiración, de la suavidad de su piel, del roce de sus uñas. Del afecto que le ofrecía. Era consciente de todas esas cosas increíbles a la vez y las asimilaba mientras experimentaba una sensación de pertenencia cálida y envolvente.

Joder. Georgie lo había pillado completamente por sorpresa. Y no dejaba de ser irónico que la persona más generosa del mundo lo motivara a ser egoísta. Eso era justo lo que sentía. Codiciaba a esa mujer. La quería solo para él, aunque su bondad estuviera destinada a brillar en otros lugares. Mientras la veía dormir esa mañana, no había podido evitar que su mente la proyectara a un tiempo y un lugar diferentes, donde había niños entrando en el dormitorio para saltar sobre ella, allí dormida. ¿Cuánto tiempo podría retenerla para sí mismo cuando sabía que soñaba con formar una familia?

Se le hizo un nudo en el estómago cuando entró en el bullicioso bar y oyó la retransmisión del partido de béisbol y la música *rock*. Sin importar lo que ocurriera más adelante, debía ser sincero con Stephen. Debía hablarle de su relación de pega con Georgie y del motivo por el que había empezado. De lo reales que habían acabado siendo sus sentimientos por ella. Stephen nunca había llevado bien que le mintieran y saltaba a la vista que estaba preocupado por su hermana. Necesitaba saber que haría todo lo que estuviera en su mano para hacerla feliz. Siempre que ella se lo permitiera. Por eso lo había llamado esa tarde y habían quedado a las siete para tomarse unas cervezas. Al día siguiente por la mañana se celebraría la Tough Mudder. Los hermanos Castle estarían presentes, y ya no quería más mentiras. Quería que vieran a su hermana con un hombre capaz de cualquier cosa con tal de hacerla feliz, y que no fuera solo de cara a la galería.

Sin embargo, no vio a Stephen mientras echaba un vistazo por el bar.

Una cara conocida en la barra le heló la sangre.

¿Su padre?

¿Su padre estaba en Port Jefferson?

Observó con horror que Mark Ford se tambaleaba hacia la izquierda en su taburete. Era una escena sacada de una de sus pesadillas. Y de sus recuerdos. Las imágenes que llevaba guardadas en la mente se actualizaron

con nuevos detalles, como el volumen extra alrededor de su cintura, o las entradas que tenía en la frente y el poco pelo que le quedaba. ¿Cuántas veces se había colado de pequeño por la puerta trasera del bar para intentar apartar a su padre de una botella? La sensación de hambre y vergüenza se apoderó de él, como si no hubieran pasado más de diez años.

—¡Pero bueno! —exclamó su padre al tiempo que estampaba una mano sobre la barra del bar y se giraba en el taburete—. Aquí está mi hijo. Sabía que aparecería tarde o temprano. Como siempre.

Consciente de la atención que les prestaban, Travis carraspeó y acortó la distancia que los separaba.

—¿Se puede saber por qué has vuelto?

Su padre se rio, lo que enfatizó las arrugas que le rodeaban los ojos.

—Menuda bienvenida…

—No eres bienvenido —le soltó—. Aquí no pintas nada.

—Eso es mentira —replicó su padre, mientras se llevaba la botella a los labios con torpeza. Una cerveza. Pero tenía varios vasos de chupito vacíos delante, como si fueran pequeñas y relucientes medallas de honor—. Me llamó el agente inmobiliario para decirme que vas a vender la casa.

Travis sintió una bofetada invisible en la cara. Por supuesto. Las escrituras estaban a nombre de los dos. El agente inmobiliario no habría tenido más remedio que avisarlo de la tasación. Su objetivo había sido empezar a enterrar el pasado, pero en cambio lo había hecho aflorar. Había traído al presente un recuerdo amargo y apestoso.

—Esta tarde he pasado por delante de la casa —siguió su padre en voz alta. Para que lo oyeran. Otra de sus formas de humillarlo de pequeño. Le echaba en cara en público lo mal que había jugado, sus hábitos alimentarios, su madre, y se reía de él mientras los demás lo observaban sumidos en un incómodo silencio—. Has dejado que se vaya a la mierda. Aunque tampoco era gran cosa en su día, ¿verdad? Siempre ibas por ahí como si te merecieras un puto palacio.

Pronunció la última palabra con desdén, y Travis cerró los ojos, suplicando paciencia. Suplicando encontrar la manera de conseguir que aquello acabara lo antes posible. Que acabara de una vez. No podía creerse que estuviera sucediendo.

—¿Quieres tu parte de la venta? Sin problema. No hacía falta que vinieras para conseguirla.

Su padre dio un respingo en el taburete y puso cara de asco.

—No me hables como si fuera un mendigo, muchacho. Este asunto también es cosa mía, y he venido para ver cómo va. Tengo todo el derecho.

El camarero se acercó a Travis.

—¿Va todo bien?

Él asintió con la cabeza sin apartar los ojos de su padre.

—Sí, todo controlado. —Su padre hizo ademán de replicar con otro nuevo arrebato de ira, pero lo interrumpió—. Te extenderé un cheque por la mitad del importe de la tasación. No hace falta que te quedes para todo el incordio del papeleo, ¿verdad?

Su padre soltó un largo suspiro por la nariz.

—¿Tanto dinero tienes por ahí que puedes adelantármelo sin más? ¿Eh?

—Pues sí. Tengo de sobra.

Su padre alcanzó una pajita de la barra y se la metió en la boca, tras lo cual empezó a masticar el plástico rojo.

—Muy inesperado todo, ¿no? ¿Por qué vendes la casa ahora? —Lo señaló con la pajita—. Hay una mujer, ¿verdad? —Había ido subiendo el volumen de forma constante hasta el punto de que todos lo oían por encima de la música y del partido de béisbol. Sin embargo, antes muerto que pronunciar de forma voluntaria el nombre de Georgie delante de ese hombre que tiznaba todo lo que tocaba, así que guardó silencio—. No voy a hacerme el tonto. He visto en los periódicos que sales con la pequeña de los Castle —siguió su padre, provocando el estallido de una bomba ácida en su estómago—. Seguro que encajas muy bien con una familia que cree que mea colonia.

La ira lo asaltó de golpe.

—Cierra la puta boca —soltó al tiempo que abría y cerraba los puños—. Se han portado mejor conmigo que mi propia familia.

El brillo del arrepentimiento iluminó por un instante los ojos de su padre, pero desapareció tan pronto como apareció.

—¿Y vas a pagarles echando por tierra la reputación de una de sus hijas? —Soltó una carcajada muy desagradable—. Sí, todo el mundo sabe cómo te comportas. Igualito que la puta de tu madre.

Cuando entró en el bar, era Travis Ford, el hombre. El hombre que había sufrido una racha de mala suerte en una profesión que lo entusiasmaba, pero que había conseguido salir adelante con un cambio de mentalidad. El que había conseguido un trabajo honesto y había encontrado buenos

amigos. El que estaba a punto de embarcarse en una nueva trayectoria profesional que lo asustaba un poco, pero que tenía la confianza necesaria para volcarse en ella. Y lo más importante, el hombre que había conseguido una mujer que lo hacía tan feliz que ni veía. Sin embargo, de repente se transformó en el muchacho que esperaba temblando sentado en el porche hasta medianoche, sintiéndose indigno de otra cosa que no fuera la desconfianza. Un muchacho que se convirtió poco a poco en el hombre que pasó de equipo en equipo como si fuera una pelota de tenis de mesa hasta que dejó de memorizar los nombres de sus compañeros, porque ¿qué sentido tenía, cuando se iría antes de que se secara la tinta de la firma de su contrato? Solo atinó a escuchar entumecido a su padre, que seguía hablando.

—Deberías hacerle un favor a esa chica y cortar con ella antes de que se haga ilusiones de que realmente eres una persona decente.

—¿De verdad crees que cambiaría por una mujer? —En cuanto esas palabras salieron de su boca, se odió a sí mismo. Sintió que el ácido le quemaba el estómago y la lengua. Sin embargo, no quería que ese hombre que lo envenenaba todo siguiera hablando de Georgie ni un puto segundo más. Su novia era lo mejor de su vida, y lucharía por mantenerla bien alejada de lo peor. No dudaba ni por un segundo que su padre encontraría la forma de hacerles daño si supiera lo importante que Georgie era para él. Así era como actuaba Mark Ford—. Es una cría encaprichada de un crío —siguió, sintiendo que las mentiras le quemaban la garganta—. Me he limitado a aprovecharme de eso para sacarle partido. Tienes delante al nuevo comentarista de los Bombers.

—Lo sabía. Quien nace lechón muere cochino. Esperemos que te vaya mejor con un micrófono que con el bate —se burló su padre mientras se llevaba la cerveza a los labios—. Le dejaré mi dirección al agente inmobiliario. Estoy deseando recibir ese bonito cheque.

—Que lo disfrutes —replicó Travis con la voz ronca—. Es lo último que recibirás de mí.

Disgustado consigo mismo por haber traicionado a Georgie, se dio media vuelta para marcharse…

Y se encontró directamente con Stephen. Con una cerveza todavía sin abrir en la barra. Era evidente que llevaba allí el tiempo suficiente para haberlo oído todo.

Fue incapaz de moverse. Ni siquiera pudo respirar mientras el hermano

de Georgie lo miraba de arriba abajo con asco antes de salir del bar.



27

—¿¡Te lo puedes creer, Georgie!? —gritó Bethany mientras se detenía en un semáforo en rojo—. Mi propio hermano. Advirtiendo a los agentes inmobiliarios de la zona que no me vendan ninguna propiedad. ¿Sabes lo que pienso? Creo que tiene miedo de que sola lo haga mejor.

Pensándolo mejor, ir a la Tough Mudder con Bethany podía ser un error. Su hermana estaba de subidón y no en el buen sentido. Aunque, la verdad, tenía todo el derecho a estar enfadada. Sin embargo, ese día no tenía cabeza (ni cuerpo) para aguantar quejas y protestas.

Travis no había ido a su casa la noche anterior. Sobre las ocho de la tarde le envió un mensaje diciéndole que no podía ir. Sin excusa ni motivo. Un escueto: «No puedo ir, chiquitina». Estuvo medio tentada de ir a su piso y llevar un par de cajas de fideos *lo mein*, pero se contuvo. Sí, no tenía experiencia en el mundo de las relaciones de pareja, pero seguro que no estaban obligados a pasar juntos cada momento del día. A lo mejor le apetecía ver el partido de béisbol y rascarse en lugares donde no podría hacerlo en su compañía. No era nada del otro mundo, ¿verdad?

Sin embargo, el presentimiento de que algo iba mal no la abandonaba. ¿Habría cambiado de opinión sobre su relación? Tal vez lo que dijo en la limusina se debió simplemente al calor del momento. A la luz del día, era posible que se hubiera dado cuenta de que se había precipitado y de que había cometido un error.

¿Aparecería ese día?

—Un momento, un momento —dijo mientras bajaba el parasol para mirarse en el espejo mientras se recogía el pelo en una coleta—. ¿Has hecho una oferta por una propiedad en el pueblo y no han querido vendértela

porque Stephen les ha advertido que no lo hagan?

—¡Ni siquiera me dan cita! —Bethany atravesó el cruce a toda velocidad—. No te enteras de nada. Si no fueras mi hermana, seguramente saldría contigo.

—Ahí te has pasado —murmuró Georgie, mientras se colocaba bien el pelo de la coronilla—. ¿Así que lo han admitido? Creo que eso raya en la ilegalidad. —Volvió a plegar el parasol—. Quizá sea un malentendido. ¿Va a venir hoy Stephen?

Su hermana resopló.

—¿Crees que Kristin perdería la oportunidad de provocarle un ataque al corazón? Va a participar en la Tough Mudder con nosotras.

—¡Venga ya! —Georgie soltó su primera carcajada del día—. Bueno, quizá tengas suerte y le dé un pasmo. Así podrás quedarte con todas las casas.

—Crucemos los dedos —murmuró Bethany, que dobló en un giro para salir de la carretera principal y adentrarse en un camino irregular flanqueado por árboles de ramas muy bajas—. Esto es un poco tétrico.

Avanzaron por el camino lleno de baches durante unos minutos, siguiendo las brillantes señales naranjas que las guiaban, antes de llegar por fin a un claro. Había tiendas de campaña montadas, con anuncios publicitarios en las lonas. La música retumbaba en los altavoces. La línea de salida se vislumbraba en la distancia. Los nervios empezaron a hacer mella en el estómago de Georgie cuando bajaron del coche y se dirigieron al registro. Se había comprado unas zapatillas nuevas para la ocasión y se había pasado la semana usándolas para ablandarlas. Aunque estaban destinadas a estropearse con el barro, agradeció habérselas comprado al ver lo bien equipados que iban los demás participantes. La gente se tomaba esa tontería en serio.

Mientras intentaba que no se le notara mucho, hizo un giro completo mientras esperaba en la cola para inscribirse y examinó las gradas de los espectadores en busca de Travis. No lo vio. Ya sabía que no estaba, porque no experimentaba el hormigueo que siempre sentía cuando lo tenía cerca.

«Que no cunda el pánico. Ya llegará».

—Ahí está Rosie —dijo Bethany, dándole un codazo en las costillas—. ¡Por Dios, qué guapa está! Debería ir siempre de lavanda—. Se llevó las manos a la boca—. ¡Oye, preciosa!

Rosie cerró la puerta del acompañante de la camioneta de Dominic y las

saludó. Pero no se acercó a ellas de inmediato. Se quedó esperando a que su marido, vestido con unos vaqueros y una camisa blanca ajustada que resaltaba el color oscuro de su piel, rodeara la parte delantera de la camioneta y…, ¡uf!, la animosidad existente entre la pareja quedó clarísima, aunque entre ellos había mucho más que un simple enfado. Dominic miró a Rosie de arriba abajo, con el labio inferior entre los dientes. Ella se atusó un poco el pelo, como si su escrutinio fuera un incordio, pero hasta Georgie se percató de que se ponía colorada, y eso que estaba lejos.

Dominic se acercó hasta invadir el espacio personal de su mujer y le levantó la barbilla con un gesto de los dedos, como si tuvieran una cuerda invisible que conectara sus movimientos. Se inclinó para besarla, pero sus labios no llegaron a rozarse del todo, y ambos dieron un respingo de cintura para abajo antes de que Rosie se diera media vuelta y lo dejara allí plantado. Dominic golpeó el techo de la camioneta con un puño.

—¡Por Dios! —suspiró Bethany—. Después de ver eso necesito un polvo.

Georgie asintió con la cabeza.

—Y yo. Y eso que ahora no puedo quejarme.

—Deja de chulear —la regañó su hermana—. Por cierto, ¿cuándo voy a enterarme de los detalles sexuales sórdidos?

—No sé yo si eso debería permitirse.

—Lo siento, es una nueva norma del club. Todas las hazañas sexuales deben ser descritas con gran detalle. Lo he añadido al orden del día esta mañana.

—Estás loca de remate.

Rosie llegó hasta ellas, con las mejillas y el cuello todavía ruborizados.

—Buenos días. —Miró a todas partes menos a sus ojos—. Esto es justo lo que necesito hoy.

—Sí, algo necesitas… —murmuró Bethany.

—Bethany… —la reprendió Georgie al tiempo que la golpeaba con una cadera.

—¿Qué? ¿Se supone que debo fingir que no los he visto a punto de liarse?

—Señora —dijo una voz exasperada a su derecha—, si va a participar, necesito ver alguna identificación.

Con la cara como un tomate, Bethany abrió el bolsillo de sus pantalones de correr y sacó su carnet de conducir. Rosie y ella siguieron su ejemplo, intentando no morir de vergüenza en el proceso. Una vez identificadas y

después de que les entregaran sus dorsales, se apartaron para esperar a que el resto de los miembros de la Liga de las Mujeres Extraordinarias hicieran lo mismo.

—Siento lo de antes, Rosie —se disculpó Bethany mientras se colocaba la etiqueta en la camiseta con los imperdibles—. No tengo tacto para ciertas cosas.

—No, no hace falta que te disculpes —replicó Rosie, que meneó la cabeza —. Hace tiempo que sé que algo no va bien entre Dominic y yo. Que algo va muy mal. Pero ver vuestras reacciones me lo confirma. —Clavó la mirada en un punto situado por encima del hombro de Georgie, y cuando esta se volvió, descubrió a Dominic observando a su mujer desde el borde de la multitud, con un cigarro encendido entre los dedos. Se la estaba comiendo con los ojos, literalmente—. Para ser sincera…

Bethany y Georgie esperaron.

—La verdad es que no hablamos. Nos evitamos mutuamente. Él está enfadado. Yo me enfado cada día más. Pero la atracción… es como un monstruo. A veces, se acumula durante semanas hasta que acabamos cediendo. Ahora estamos justo en ese punto. —Soltó una trémula bocanada de aire—. Como ya habéis visto. —Se encogió de hombros, y rompió el contacto visual con su marido—. Y después el círculo vicioso vuelve a empezar.

—Oye —dijo Georgie, dándole un apretón en la mano— tienes una larga historia con Dominic, y nadie conoce tu relación mejor que tú. Pero aquí nos tienes si quieres ayuda. O simplemente para hablar.

—Lo sé. Gracias. —Rosie empezó a calentar trotando en el sitio mientras el rubor empezaba a desaparecer de su piel—. Sin tu ayuda, no habría lanzado anoche mi Kickstarter. «Ayuda a financiar la Fábrica de Empanadas de Rosie». Esta mañana ya había superado los mil dólares —anunció, prácticamente temblando por la emoción—. Georgie, si no hubieras servido mis empanadas en la reunión, seguramente no le habría echado huevos.

Incrédula, Georgie soltó un suspiro, y sintió que su hermana le frotaba la espalda trazando círculos.

—¿Quién necesita huevos cuando tienes una masa hojaldrada rellena de carne?

—Efectivamente. —Los labios de Rosie esbozaron una sonrisa, que resultó la más optimista que le había visto hasta entonces—. Ahora mismo,

solo quiero dejar pasmado a todo el mundo con mis logros.

Bethany echó la cabeza hacia atrás y gritó:

—¡Estamos contigo!

En el kilómetro dos, lo único que querían era quedarse enterradas debajo del barro y dejar que la tierra reclamara sus cuerpos como abono.

—¡Por Dios! —resolló Georgie, trotando sobre otro montículo. ¿Cuántos llevaba? No se había entrenado para los montículos—. ¿De quién ha sido la idea?

Bethany soltó un sonido estrangulado.

—Del grupo…

—No. No, fue tuya —la corrigió mientras atravesaba una zanja honda llena de barro, salpicando a su alrededor—. Me debes unas zapatillas nuevas y dos horas de mi vida.

—No es tan malo —replicó Rosie entre jadeos al tiempo que superaba a las dos hermanas con un repentino impulso que le duró muy poco—. De acuerdo, es espantoso. Pero enseguida nos recuperaremos y se nos pasará el cansancio. He leído sobre el tema.

Todas se detuvieron en seco cuando una aparición rubia pasó casi volando junto a ellas.

—Hola, guapas. Siento llegar tarde. —Kristin se volvió y trotó hacia atrás, sorteando de algún modo el terreno irregular sin mirar—. ¡Hace un día precioso! Hay tartaletas de fresa en la línea de meta.

—Voy a matarla —gruñó Georgie—. ¿Quién se apunta?

Bethany y Rosie levantaron las manos y luego se doblaron por el esfuerzo físico.

—Eso es. Esa es nuestra motivación para terminar la carrera. —Georgie las tomó a las dos de los brazos y tiró de ellas—. Vamos a asesinar a mi cuñada. Seguid repitiéndolo como si fuera un mantra.

De alguna manera, las tres consiguieron correr cinco kilómetros. Pero entonces llegó la carrera de obstáculos. Varias de las integrantes de la Liga de las Mujeres Extraordinarias les dieron alcance a esas alturas. El deseo de ayudar a todas y cada una de las mujeres a superar tanto el muro que había que escalar como la zona por la que había que arrastrarse bocabajo distrajo a Georgie del dolor del esfuerzo. Esperaba una sensación de logro.

Satisfacción. Pero ¿acabar sentada a horcajadas sobre su profesora de Física del instituto y arrastrarla literalmente por un pozo de barro mientras se reían a carcajadas? Eso las unió. ¿Superar las barras de las que había que colgarse y volver al principio para ayudar a Bethany a sujetar a Rosie? No solo formaba parte de un equipo, ¡sino que lo lideraba!

No estaba segura de qué fue lo que la impulsó a volverse y mirar hacia los espectadores que se alineaban en la valla improvisada. Tal vez fuera el hormigueo que sintió en la nuca, pero cuando miró hacia ese lugar, allí estaba Travis de pie con una gorra de béisbol y una sonrisa en esa cara que tanto quería. Y lo que sintió la sobrepasó. La explosión de camaradería. El apoyo de su novio. El amor que había mantenido encerrado en su interior durante tanto tiempo. El pegamento que la mantenía unida empezó a evaporarse.

«Voy a decírselo. Tengo que contárselo todo. No me lo guardaré más».

—Has venido.

Lo vio fruncir el ceño.

—Por supuesto que he venido. —Sin embargo, algo iba mal. Lo percibía. Tenía ojeras y los hombros tensos—. Lo estás haciendo muy bien, chiquitina. Te espero en la meta.

Asintió, aliviada por tener una motivación mejor que asesinar a Kristin. Tras mirarlo una vez más con preocupación, se volvió y regresó con las mujeres, esforzándose al máximo por prestarles toda su atención. Se lo merecían. Una vez completados los diez obstáculos, cruzaron todas juntas la línea de meta y les entregaron de inmediato… ¿cerveza? Bethany, Rosie y ella se encogieron de hombros y brindaron con los vasos de plástico.

—Parece que acabamos de salir de un pantano —dijo Rosie entre carcajadas.

Bethany engulló la mitad de su cerveza.

—Lo conseguimos.

—¡Lo conseguimos! —La risa de Georgie se convirtió en un sollozo, y el cúmulo de emociones que la había embargado antes le provocó un nudo en la garganta—. Chicas, ahora vuelvo, tengo que hacer una cosa.

Le dieron un abrazo cubierto de barro a modo de despedida. Mientras se abría paso entre la eufórica muchedumbre, cayó en la cuenta de la magnitud de lo que estaba a punto de hacer. ¿Cómo reaccionaría Travis? ¿Cedería al pánico? ¿Se alegraría?

En cualquier caso, ya no podía mirarlo a la cara y seguir ocultando lo que sentía. Cada vez que se guardaba las palabras, le dolía. Y estaba convencidísima de que Travis no querría que sufriese de esa manera.

La multitud se separó y lo vio. ¡Por Dios! Estaba tan guapo que parecía irreal, con unos vaqueros y una sudadera azul marino remangada hasta los codos. Él también la estaba buscando y, cuando la encontró, todo ese fuerte cuerpo pareció relajarse por el alivio. Le daba igual parecerse a la Cosa del Pantano. Gravitó de forma natural hacia Travis, y cuando él abrió los brazos, echó a correr y saltó hacia ellos como si fueran las puertas del Cielo. Para ella, lo eran.

—Has estado increíble —le dijo con la cara contra su cuello—. Las motivaste cuando no podían más por el cansancio. Fuiste la líder.

La alegría le invadió el corazón.

—Les prometí que podrían ayudarme a matar a Kristin —dijo, y la risa de Travis fue tan genuina que se preguntó si había imaginado lo cansado que parecía—. ¿Me besas aunque esté cubierta de barro de dudosa procedencia?

Travis buscó su boca y le dio un mordisco burlón.

—Estás más guapa que nunca —dijo con voz ronca—. La sonrisa que tenías durante la carrera…, la que tienes ahora…

La decisión de sincerarse, el peso que se había quitado de los hombros. Eso debía de notársele en la cara.

—Travis, tengo que hablar contigo.

—Yo también tengo que hablar contigo, Georgie —replicó él con la preocupación de nuevo pintada en la cara, lo que le provocó un nudo en el estómago, aunque siguió besándola entre palabra y palabra, y eso la distrajo —. ¿Podemos ir a algún sitio…?

—Travis —la voz de Stephen disipó la neblina que los rodeaba y difuminaba todo lo demás—, ¿qué te parece si dejas a mi hermana en el suelo?

Travis apretó los dientes.

—Ahora no. Por favor, no lo hagas ahora.

—No me has dado opción.

—Puedo aclararlo todo —siguió Travis, mirando a Stephen—. Pero déjame hablar antes con ella. —Volvió a mirarla y apoyó la frente en la suya —. En fin, chiquitina. La he cagado. Las cosas van a ponerse feas. Prométeme que me darás la oportunidad de explicártelo todo.

Georgie sintió que se le aceleraba la respiración hasta el punto de que le atronó los oídos. Aquello parecía grave. Consciente de que necesitaba distanciarse un poco de la sensación reconfortante que la invadía cuando estaba con Travis, se bajó al suelo y se zafó de sus brazos cuando él trató de acercarla de nuevo.

—¿Qué vas a explicarme? —Mantuvo la barbilla en alto mientras miraba a su hermano, que tenía cara de cabreo—. ¿Qué ha pasado?

Stephen pareció acobardarse y titubear, y eso fue lo que empezó a preocuparla. Era muy raro ver a su hermano con actitud insegura, sobre todo desde que era un hombre hecho y derecho.

—Cuando Travis te defendió en la cena, llevaba razón. Mereces mucho más. Me he dado cuenta de que no te he tratado como debería y lo siento mucho. Así que ahora solo quiero hacer lo correcto por ti. Ojalá eso no signifique hacerte daño —terminó con voz ronca—. Es que… cuando me contó que estabais saliendo, creí ver un cambio en él.

Bethany se acercó en ese momento y se colocó al lado de Georgie.

—¿A qué vienen estas caras tan serias?

Georgie, que tenía la impresión de estar pegada al suelo con hormigón, pasó de su hermana y dijo:

—Sigue.

Stephen soltó un hondo suspiro.

—Todo era una farsa para él. Está contigo para conseguir el puesto de comentarista. Nada ha sido real.

El alivio le golpeó la cabeza como si fuera un bloque de cemento.

—¡Ay, por Dios! Muy bien, Stephen. Tenemos mucho de que hablar. Ahora no es el momento, pero Travis y yo teníamos nuestras razones para salir. Al principio. —Le dio un apretón a Travis en una mano—. Todo es muy complicado, pero, por favor, confía en mí cuando te digo que esto es real.

Su hermano se mantuvo ceñudo.

—Georgie, tengo muy claro lo que oí. Ayer te llamó «cría». Dijo que te ha estado usando para aprovecharse de la situación. Yo estoy tan sorprendido como tú.

—Georgie, mírame —le suplicó Travis—. Todo eso que dije son tonterías.

Ella no podía apartar los ojos de su hermano. Allí había algo más. El presentimiento hizo que tuviera la sensación de que tanto las manos como los pies se le habían dormido, de que los labios se le habían entumecido.

—Cuando Travis me confesó que estabais saliendo, le dije que se alejara de ti y no te hiciera daño —siguió Stephen, pasándose una mano por la cara—. Creí que si le decía que llevas enamorada de él desde que eras pequeña, te dejaría en paz. Pero no lo hizo. Lo… No me lo puedo creer, pero ha usado esa información. Dijo que solo eres una cría encaprichada de un crío.

La sangre la abandonó directamente. No podía respirar.

—¿De qué cojones hablas, Stephen? —murmuró Bethany.

Por alguna razón, que Travis la llamara «cría» fue el golpe más duro. ¿Cuántas veces había demostrado lo contrario con sus palabras y actos? Algo en la revelación de Stephen no acababa de encajar, pero estaba demasiado aturdida por la vergüenza como para analizarlo a fondo.

—Una cría encaprichada. ¿Así que durante todo este tiempo has estado al tanto de mis sentimientos? —susurró—. Pobrecita Georgie. ¡Por Dios, qué mal has debido de sentirte por mí!

Un aluvión de imágenes de las dos últimas semanas le pasó por la mente. Travis sobre ella, con la boca abierta mientras gemía. Travis en toalla, abriendo una caja de comida para llevar y guiñándole un ojo desde el otro extremo de la cocina. La mañana en el campo de béisbol cuando volvió a agarrar un bate. ¿Habría sido real algo de todo eso? Se le revolvió el estómago, y sintió unos pinchazos en el pecho. Donde más le dolía.

—No, no me sentí mal por ti. Sabía… —Travis apoyó el peso del cuerpo en los talones y se echó hacia atrás mientras se pasaba una mano por el pelo—. El amor del que me habló Stephen no era real. Solo era…

—¿Qué?

—El enamoramiento de una adolescente —contestó en voz baja, apretando los dientes—. La adoración del héroe.

El aire abandonó sus pulmones.

—Llegaste a esa conclusión sin preguntarme siquiera, ¿verdad? —La tristeza que la invadió fue como un puñetazo en el estómago—. ¿Te haces una idea de lo tonta que me siento ahora que he descubierto que lo has sabido en todo momento? Un payaso tonto con su enamoramiento tonto y ridículo. Supongo que tú tampoco me has tomado nunca en serio. Ni a mí ni a nuestra amistad —consiguió añadir mientras las lágrimas se le acumulaban en los ojos—. Ese amor no desapareció, Travis. Simplemente se convirtió en mucho más. Seguía enamorada del chico que bateaba en el campo y se pavoneaba delante del público. Y también estaba enamorada del

hombre imperfecto.

—No hables en pasado. Habla en presente —replicó Travis, que soltó un gemido ronco—. Y, por Dios, no llores. Por favor, no llores. —Intentó acercarse a ella, pero Stephen lo agarró del brazo para impedírselo—. Suéltame. Mi novia está llorando.

—No es tu novia.

Georgie ni siquiera estaba segura de quién había dicho esas palabras. La cabeza le daba demasiadas vueltas para seguir el ritmo. Solo sabía que era cierto. Travis la consideraba una cría estúpida, no la tomaba en serio, igual que todos los demás. En todo momento había sido consciente de sus sentimientos y los había descartado como si no fueran reales. Pero lo eran. Tan reales que su corazón zozobró bajo la presión de la ruptura.

—Georgie, lo siento. ¡Lo siento!

Dominic se unió a Stephen para alejar a un Travis que no cejó en sus intentos de librarse de ellos. Era una batalla perdida hasta que los vigilantes de seguridad se unieron y entre todos llevaron a un beligerante Travis hasta el aparcamiento.

—Soltadme, ¡joder! Tengo que hablar con ella.

Pese a todas las dudas que la paralizaban, el corazón le gritaba que corriera hacia Travis, y eso hizo que llorara todavía más. Sin embargo, al final, dejó que su hermana y sus amigas la rodearan y la protegieran de la multitud mientras asimilaba la realidad. La estaban protegiendo del hombre que le había destrozado el corazón.

28

Travis estaba tumbado en el sofá, a oscuras, frente a la puerta. Mirando fijamente las bisagras y el pomo, deseando que se movieran. Pero no lo hacían. No se movían.

Había perdido a la única persona que había echado su puerta abajo.

Tal como había hecho una y otra vez durante los últimos días, cambió de postura para buscar su olor en la almohada que se había llevado de la cama. Pero el olor también había desaparecido. Lo había absorbido todo el primer día. Lo absorbió en su torrente sanguíneo, junto con innumerables vasos de *whisky*, pero sin comer nada.

Faltaban pocos días para el primer partido en el que ejercería de comentarista, pero todavía llevaba pegada al cuerpo la ropa llena de barro que llevó a la Tough Mudder. No se había duchado ni afeitado desde entonces. Levantarse para ducharse o prepararse un sándwich le parecía más difícil que la formación para ser un puto astronauta. Nada podía levantarlo del sofá cuando le dolía todo el cuerpo. Por dentro y por fuera.

De todos modos, mantuvo la cara contra la suavidad de la almohada, preguntándose si podría morir por inhalación de dióxido de carbono si seguía en esa postura. Valía la pena intentarlo.

De repente, el recuerdo de Georgie llorando volvió a acicatear su conciencia y soltó un alarido contra la almohada, obligándose a recordar hasta el más pequeño de los detalles como penitencia. Verla replegarse en sí misma, pasando de la confianza a la inseguridad delante de sus ojos. Verla temblar y abrazarse por la cintura. La tortura mental demostró ser insoportable en cuestión de segundos, así que bajó la mano al suelo en busca de una botella de *whisky* que todavía tuviera algo.

—Vamos. —Apenas reconoció la voz hueca que salía de su propia boca—. Vamos.

Su mano se cerró en torno al cuello de una botella y se incorporó, haciendo una mueca de dolor mientras el cerebro parecía girar dentro de su cráneo. «Por favor, Señor, que haya suficiente *whisky* en esta botella para adormecer el recuerdo de haberle hecho daño a Georgie», suplicó. Porque, joder, le había hecho mucho daño.

Destapó la botella, pero cuando la inclinó hacia sus labios, se quedó mirando el contenido dorado. ¿Eso era lo que estaba haciendo? ¿Beber hasta caer en el estupor por haber perdido a una mujer? Eso era justo lo que había hecho su padre. O lo que había utilizado como excusa para beber hasta caer en el olvido. Quizá Mark Ford y él no fueran tan diferentes después de todo. Hizo ademán de empinar la botella de nuevo, pero se detuvo.

De repente, oyó una voz en la oscuridad. Una que conocía tan bien como la suya propia. La voz de Georgie. Las palabras que había pronunciado la última vez que se sumió en ese estado.

«Solo serás él si te pasas la vida acostado, haciéndote la víctima. Tú eres mucho mejor que él».

—No soy mejor que él. Te he perdido —dijo con la voz ronca en el silencioso salón.

«Tú sí que eres maravilloso. Tan fuerte…».

Echó la cabeza hacia atrás con un gemido lastimero. Tenía la botella de *whisky* muy cerca, en la mano, pero no se atrevía a beber con la voz de Georgie en la cabeza. En el corazón.

—¡Dios! Te quiero, Georgette Castle. —Soltó la botella y se agarró la cabeza entre las manos, consciente del dolor palpitante que sufría—. Estoy enamorado de ti.

No obtuvo réplica. Por supuesto que no. Georgie no estaba allí para oírlo caer en la cuenta, demasiado tarde, de que había empezado a enamorarse de ella el día que irrumpió en su piso y le tiró los fideos *lo mein* a la cabeza.

No, no estaba allí. Al menos no de forma física. Pero en todos los demás aspectos que contaban, Georgie ocupaba todos los rincones y superficies de su casa. La película *Ellas dan el golpe* seguía junto al televisor, guardada en su estuche. En los armarios de la cocina estaban sus fiambreras. Su voz resonaba en las paredes. Tal como debía ser. Sus cosas estaban destinadas a estar en la misma casa. Sus vidas estaban destinadas a estar entrelazadas y

unidas para siempre. Durante mucho tiempo, le había resultado poco realista comprometerse para toda la vida. Siempre le había parecido un camino directo a la amargura y el fracaso.

Sin embargo, se había equivocado. ¡Eso sí que era un fracaso! El estado en el que se encontraba. Haber tenido lo que necesitaba más que el aire y acabar perdiéndolo. Georgie había sido la única persona de su vida que lo había apoyado siempre para bien o para mal, incluso cuando era demasiado joven e inconsciente para darse cuenta. Ella lo había amado todo el tiempo. Y cuando él quería (o más bien necesitaba) estar a su lado para siempre, esa opción ya no estaba disponible.

«Solo serás él si te pasas la vida acostado, haciéndote la víctima».

—Te he oído, chiquitina —masculló—. Pero ahora me odias. Deberías hacerlo.

Sin embargo, el hombre que Georgie merecía no estaría así, regodeándose en la miseria, ¿verdad? No, ese hombre se pondría las pilas y buscaría la manera de hacerla entender. De lograr que lo perdonara. ¿Era él ese hombre?

Porque si recuperaba a Georgie, sería con la intención de darle todo lo que deseaba conseguir en la vida. Un hogar, un futuro. Hijos.

Cerró los ojos y se imaginó como padre por primera vez. Volvió a la noche de la cena en Old Westbury y sustituyó la imagen de Kelvin por la suya. Se vio en cuclillas junto a una niña con los ojos y la sonrisa de Georgie, aplaudiendo mientras la veía hacer malabares. Pensó en los dibujos hechos con pintura comestible secándose sobre el fregadero, tal y como Georgie se lo describió hacía semanas, solo que a esas alturas le parecía el paraíso en vez del infierno. Porque se veía a sí mismo en la imagen. Con ella. Con las vidas que habían creado. Era un buen hombre, capaz de conseguir mucho más que lo que había conocido. Georgie era de esa opinión y él la creía.

Sintió una oleada tan grande de satisfacción, y de responsabilidad, en el pecho que tuvo que esforzarse a fondo para respirar varias veces. Después se levantó del sofá y echó a andar a trompicones hacia el cuarto de baño, donde se quitó la ropa con dificultad y abrió el grifo de la ducha. Mientras se lavaba lo más rápido posible con una resaca espantosa, la visión de su futuro fue cobrando fuerza.

Algún día, le juraría a Georgie que había visto el futuro en esa ducha.

Ella le diría que todavía estaba borracho, pero le sonreiría y se echaría a

llorar.

¡No, ni hablar! Su Georgie no volvería a llorar. Por lo menos, no derramaría ni una sola lágrima más de tristeza. Lloraría por la emoción cuando él terminara la chimenea. El día de su boda. Cuando nacieran sus hijos. Cuando esos mismos hijos se graduaran en la universidad. Lágrimas de las buenas. Conseguiría que derramara lágrimas de las buenas durante el resto de su vida. Era capaz de hacerlo. Porque era ese hombre, no el hombre de antes. Si Georgie creyó en él una vez, podría hacerlo de nuevo. En esa ocasión sería diferente, porque él creía en sí mismo. Creía que podía hacerla feliz. Para siempre.

Claro que antes tenía que recuperarla.

Y no sería fácil.

Estaba claro que era la última persona que Bethany esperaba encontrar en su puerta.

—Estás de broma, supongo —dijo la hermana de Georgie con un hombro apoyado en el marco de la puerta, tras lo cual bebió un largo sorbo de vino blanco—. Mi hermana no está aquí. Aunque lo estuviera, preferiría exfoliarme con papel de lija antes de dejar que la vieras ni un segundo.

«Mantén la calma. Mantén. La. Calma. No le supliques que te diga dónde está Georgie. Ni lo que está haciendo. Ni si está bien». Porque todavía no tenía derecho a saberlo. En vez de hablar, se sacó una llave del bolsillo y se la ofreció a Bethany.

—¿Qué es eso?

—Es la llave de mi casa. En la que crecí —contestó con voz ronca porque hacía días que no hablaba, pero no intentó carraspear siquiera. Bastante le estaba costando no preguntarle por Georgie. Por cómo estaba. Lo que fuera —. Refórmala como quieras y quédate con los beneficios de la venta. Es tuya. Haz lo que quieras con ella.

Bethany se enderezó despacio.

—¿Me estás dando tu casa? ¿Por qué?

—Es importante para Georgie. Que tengas éxito. Que todas tengáis éxito. Ella es así. Es una buena persona, joder.

—La mejor.

Travis se tomó el momento necesario para respirar.

—Y la necesito, necesito que sepa que el pasado ha quedado atrás. Que ya no me afecta. —Reacio a recibir una negativa, le dejó la llave en la palma de la mano y Bethany cerró el puño con fuerza—. Pero voy a pedirte algo a cambio. Porque estoy desesperado, te lo juro.

—Tienes que estarlo si has venido a pedirme ayuda. Y que sepas que si me digno a hablarte siquiera es porque… —Apareció un leve atisbo de compasión en su mirada—. Porque tienes muy mal aspecto —refunfuñó y se llevó la copa de vino a los labios—. ¿Por qué no estoy disfrutando de esto tanto como debería?

—Porque sabes que estoy enamorado de ella. Por eso. —Decirlo en voz alta hizo que pareciera mucho más cierto. Exponer con palabras la verdad escrita en su alma resultó tan increíble que estaba deseando pasarse la vida diciéndolo una y otra vez. A Georgie. A cualquiera que quisiera escucharlo. A menos, por supuesto, que ella no lo aceptara, en cuyo caso lo diría con la cabeza contra una almohada en el futuro más inmediato—. La quiero de todas las formas conocidas. Y quizá de algunas que ni siquiera tienen nombre. Solo te pido que me ayudes a demostrárselo.

Bethany parpadeó para librarse de las lágrimas.

—Le has hecho mucho daño.

El dolor que lo desgarraba era tan intenso que Travis tuvo que apoyar una mano en la pared para sostenerse.

—Si decide que será más feliz sin mí, lo aceptaré. —Tragó saliva a duras penas—. A lo mejor es así. Pero no voy a perderla sin luchar.

Sintió que la hermana de Georgie lo miraba fijamente. Sin embargo, no tenía fuerzas para levantar la cabeza y confirmarlo.

—¿Qué tengo que hacer?

La esperanza cobró vida en su interior. Lo suficiente para que le funcionara el cuello y le sostuviera el peso de la cabeza a fin de mirar a Bethany.

—Por favor. Necesito hablar con Georgie y decirle muchas cosas. Convéncela.

—Cuéntame primero qué has planeado y lo pensaré.

Cuando terminó de hablar, Bethany hizo girar el vino de su copa y después lo apuró de un trago.

—De acuerdo. Te ayudaré. Pero la última palabra es suya. Y tendrás que respetarla. —Justo antes de cerrar la puerta, arrojó la llave al aire y después

la atrapó—. Gracias por la casa.

Travis bajó los escalones del porche sin la menor alegría. No, era demasiado pronto para alegrarse.

Al menos tenía un plan.

La simple promesa que eso encerraba bastaría para seguir luchando por su puta vida un día más. Por su vida al lado de Georgie.

29

Del cuello para abajo, estaba divina. ¿Lo que quedaba por encima?

No tanto.

Había reservado el vestidito negro para una ocasión especial. Celebrar que había pasado una semana desde la ruptura sentimental más traumática del mundo parecía bastante especial, ¿verdad? Lo cierto era que nadie, salvo las integrantes de la Liga de las Mujeres Extraordinarias, la vería con él, pero la seda ajustada hacía que se sintiera mejor. O al menos lo hizo durante cinco segundos. La racha más larga hasta el momento.

¡Por Dios! Cerró la aplicación de la cámara que había estado utilizando como espejo y soltó el móvil en el regazo. Siguió sentada en el coche, viendo a Bethany y Rosie a través de la ventana del salón, mientras se afanaban para que todo estuviera listo antes de la hora a la que habían quedado. Debería estar ayudándolas, pero en cuanto vieran sus mejillas demacradas y las ojeras que tenía, sabrían que se había pasado las noches sin dormir y llorando, aunque hubiera intentado engañarlas con mensajes de texto que aseguraban lo contrario. Además, necesitaría mucha energía para salir del coche y caminar hasta la puerta principal. Y luego tendría que llenar cuencos de patatas fritas y abrir las botellas de vino y…

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y gimió.

Era increíble lo mucho que echaba de menos a Travis incluso después de todo lo que había pasado. Se había levantado de la cama cada mañana por pura fuerza de voluntad, había devuelto las llamadas de los clientes y había reservado una cifra increíble de fiestas, tanto para ella como para los nuevos animadores. Podría haberse hundido en el pozo más hondo de la desesperación, pero la nueva y mejorada Georgie no pensaba regodearse en

la miseria. La gente contaba con ella. Y sí, el orgullo también era una gran motivación. Se había plantado delante de esas mujeres y había defendido a Travis, sin saber que no merecía semejante fervor, aunque enmendaría esa equivocación. Si no lo hacía en ese momento, se mantendría escondida para siempre.

Sin embargo, la tentación de hacer justo eso era muy fuerte. ¡Por Dios, qué tonta había sido! Había estado ciega, ajena al hecho de que sus secretos no eran secretos. De que la persona que la había estado animando no la creía lo bastante inteligente como para conocer lo que albergaba su propio corazón.

¿Por qué la había estrechado entre sus brazos con tanta fuerza por las noches, sabiendo que sus sentimientos superaban con creces los suyos? ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a ofrecerle un espejismo que nunca había pensado mantener?

Y, pese a todo eso, necesitaba a Travis. Sentía que le habían arrancado la mitad del alma.

Por enésima vez, o eso le pareció, cerró los ojos con fuerza y recordó los besos, los abrazos, las risas y el momento en el campo de béisbol bajo la lluvia. Lo que sentía por él siempre había estado presente, tan claro como el agua. Tal vez hubiera intentado fingir cierto desapego, pero el amor que sentía por él formaba parte de sí misma. Y lo había expresado durante todo el tiempo que habían pasado juntos. Cuando le llevó comida, cuando lo animó, cuando le tiró los fideos *lo mein* a la cabeza. Su corazón había creado una cavidad adicional para amar a Travis Ford. El hecho de que él hubiera sido testigo y aun así hubiera dudado invalidaba en cierta forma dichos sentimientos.

Su cuerpo se movió como si estuviera sumido en un terrible letargo mientras bajaba del coche, con cuidado para no tropezarse con las losas del camino. Los tacones altos no habían sido la mejor idea, teniendo en cuenta que las piernas no le funcionaban muy bien. Al igual que el resto de su persona, dichas extremidades se movían con gran lentitud. Acercó una mano al pomo de la puerta como si estuviera sumergida en un bote de vaselina.

La puerta se abrió antes de que lograra aferrar el pomo, y eso la hizo perder el equilibrio, de manera que trastabilló hacia delante. Bethany y Rosie la atraparon, y el simple contacto humano le provocó una oleada de

dolor.

—No estoy bien.

—Lo sé, cariño —dijo Bethany, que la ayudó a enderezarse y volvió a abrazarla. No antes de echar un vistazo decente a su cara, claro—. ¡Mierda! No te preocupes. Tengo un corrector arriba que podría camuflar las manchas de una puta vaca.

Rosie le frotó la espalda con movimientos circulares.

—¿Te apetece beber algo?

—No, gracias. Eso lo empeoraría todo —respondió mientras se apartaba de su hermana—. Bueno, quizá media copita de cualquier cosa.

—Iré a por unas copas y una botella, y me reuniré con vosotras arriba —dijo Bethany, dándole un último apretón en el hombro—. Tenemos tiempo más que suficiente antes de que lleguen todas.

Subió la escalera junto con Rosie, y fueron directas al cuarto de baño de su hermana. Se sentó en el borde de la bañera, reconfortada al instante por el lujoso empapelado de rayas de color crema y las mullidas toallas a juego. Las pequeñas hornacinas en la pared con la parpadeante luz de las velas ofrecía un resplandor extra, además de un aroma a pera y freesia. Mientras crecían, Bethany siempre se había quejado por tener que compartir el cuarto de baño con sus hermanos y se había jurado que algún día tendría un baño palaciego. Misión cumplida. Solo faltaba un minifrigorífico y podría vivir en él.

—Sé que ahora mismo tu mente está muy confusa —dijo Rosie con voz suave, apoyándose con elegancia en la pared—. Pero, Georgie, no sabes lo agradecida que estoy contigo. Esta mañana hemos alcanzado el objetivo de donaciones. Para el restaurante.

—¡No me digas! —exclamó ella mientras los nubarrones de tormenta se disipaban—. No puede ser. ¡Ay, Dios, Rosie! Es genial. —Salió disparada de la bañera para abrazar a su amiga—. No me extraña que lo hayas conseguido después de que se corra la voz.

—Me parece increíble —susurró Rosie—. No acabo de creerme que tanta gente quiera venir a mi restaurante. Tanto como para colaborar con dinero.

—Yo sí me lo creo —replicó Georgie, que se apartó de ella—. Pero todavía hay mucho trabajo por delante.

Rosie soltó un suspiro.

—Sí.

—Te ayudaremos —dijo Bethany con una sonrisa radiante mientras entraba en el cuarto de baño, llevando en las manos una bandeja de champán y tres copas—. Así me sentiré menos culpable cuando os ponga cascos para el día de la demolición. —Descorchó la botella con un rápido giro de muñeca—. He conseguido una casa.

Georgie se volvió hacia ella.

—¿Que has...? ¿¡Cómo!? —Dado que había sido un día de excesivas emociones, soltó una carcajada lacrimógena, aunque estaba muy contenta—. ¿Stephen ha cedido?

—No —respondió su hermana, que la empujó de nuevo hacia el borde de la bañera y le entregó una copa de champán—. Travis Ford me ha dado la llave de la casa de su infancia. Me ha dado permiso para reformarla y venderla, así sin más.

Oír su nombre en voz alta fue un golpe en el esternón. Solo acertó a sentarse y respirar. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar. ¿Qué había hecho Travis?

—No lo entiendo —susurró al final—. ¿Qué sentido tiene que haga eso?

Bethany puso los ojos en blanco.

—Dijo que para ti era importante que yo tuviera éxito. O algo así. Si te digo la verdad, no le presté mucha atención. —Soltó la copa de champán y tiró de un neceser de marca lleno de artículos de maquillaje para acercarlo—. Vamos a hacer algo con esas ojeras, ¿de acuerdo?

—Espera un segundo. —Georgie ni siquiera sentía la copa que sujetaba entre los dedos—. Travis vino a verte y... ¿Cómo...? ¿Qué...?

Bethany se echó un poco de base correctora en el dorso de una mano y, con la ayuda de una brocha de punta plateada, empezó a aplicársela en la cara.

—Como ya te he dicho, no le presté mucha atención. Estaba viendo *RuPaul: Reinas del drag* cuando llegó, y en esta casa es un pecado capital que me interrumpan en ese momento. —Inclinó la cabeza y le pasó la brocha con trazo firme entre las cejas—. Espero que alguien le esté poniendo corrector también a él, porque tenía cara de muerto. —Georgie sintió deseos de meterse en la bañera vacía y hacerse un ovillo después de oír eso—. La verdad, soltó un montón de ñoñerías. Que si Georgie por aquí, que si Georgie por allá. Georgie es buenísima. El pasado ya no me afecta. Y blablablá.

—¿Blablablá?

—Sí. Blablablá. —Una vez que terminó con la brocha, Bethany la guardó en el neceser y sacó una barra de color gris, cuya función Georgie desconocía. Sin embargo, se quedó boquiabierta mientras su hermana se la pasaba por debajo de los pómulos y empezaba a extender el producto—. Cuando me hice con las escrituras, descubrí que la casa también estaba a nombre de su padre. Resulta que Mark Ford volvió al pueblo durante unos días para asegurarse de que le diera la parte que le correspondía de la venta. Y, al parecer, intercambiaron unas palabras en el Grumpy Tom's.

—¿El padre de Travis ha vuelto? —soltó ella—. ¿Por qué no me lo ha dicho nadie?

¿Esa era la parte de la ecuación que le faltaba? Había estado tan hundida en la miseria que no se había parado a analizar por qué Travis la había llamado «cría encaprichada». Quizá hubiera una explicación razonable. Aunque no le hubiese contado que su hermano lo puso al día con respecto a lo que sentía por él, ¿no debería haberle dado la oportunidad de explicarse? La presencia de su padre en el pueblo había debido de alterarlo muchísimo. De hecho, no fue a su casa la víspera de la Tough Mudder…

—A ver, que a estas alturas, para qué hablar del tema, ¿no? —dijo Bethany con desgana—. Ha metido la pata hasta el fondo. Visto para sentencia.

Georgie miró a Rosie con una expresión que decía: «Ayúdame».

—Mmm… —Su amiga replicó con un leve asentimiento de cabeza para indicarle que no se preocupara—. ¿Qué más ha dicho? A ver, lo más normal es que quieras enterarte con pelos y señales de lo que un hombre ha dicho de ti. Seguro que dijo algo más.

—No, ya está. Apareció con cara de estar a las puertas de la muerte y me regaló su casa —repuso mientras le aplicaba un poco de rímel en las pestañas—. ¡Ah! Y Georgie esto y Georgie lo otro.

—¡Sé más específica! —exclamó ella.

—¡Estaba viendo *RuPaul: Reinas del drag*! —protestó Bethany a la defensiva—. A ver, mírate en el espejo.

Georgie se echó un vistazo con la intención de pasar de sus órdenes y estrangular a su hermana, pero se quedó boquiabierta.

—¡Pero bueno!

—No está mal, ¿verdad?

—¿Cómo has…?

—Contorno. Georgie, te presento a tus pómulos.

—Hola, pómulos —murmuró antes de volver a la realidad—. Bethany…

El sonido del timbre de la puerta les llegó desde la planta baja. Incluso a través de la ventana del cuarto de baño, oían las voces excitadas de las mujeres que esperaban fuera. Bethany se encogió de hombros y salió del cuarto de baño, agitando las llamas de las velas a su paso.

—¿Te lo puedes creer? —le preguntó Georgie a Rosie con voz chillona—. ¿Se supone que debo conformarme con «Georgie esto y Georgie lo otro»?

Antes de que su amiga pudiera responder, oyeron las voces procedentes de la planta baja. El sonido de los vítores de una multitud se abrió paso hasta la planta superior, pero parecía proceder de un gentío de miles de personas, era imposible que se tratara de las invitadas a la reunión. Georgie creyó ver el asomo de una sonrisa en los labios de Rosie, pero se desvaneció tan rápido que debió de equivocarse.

—¿Qué es eso?

Rosie la miró con una expresión inescrutable.

—Ve a averiguarlo.

Al cabo de un momento, Georgie bajó la escalera y entró en el salón, que estaba abarrotado de gente. El televisor estaba encendido, y de ahí procedían los gritos. Dado que sería capaz de reconocer el ambiente de un partido de béisbol incluso con los ojos cerrados, se detuvo en seco. ¿Cómo era posible que se le hubiera olvidado? Los Bombers jugaban en casa y era el comienzo oficial de Travis como su nuevo comentarista. Se le aceleró el pulso mientras se abría paso entre todas las mujeres, que la miraron a medida que avanzaba para sentarse en primera fila.

Allí estaba. Su exnovio de pega. Ese rostro tan apuesto que debía de ser un pecado mirarlo llenaba la pantalla, aunque parecía más serio de lo normal. O, al menos, más serio de lo que se había mostrado durante su relación de pega. ¿O era solo su deseo de que hubiera sido feliz? No, no lo era. En ese momento, era evidente la tensión alrededor de sus ojos y en las comisuras de sus labios, incluso mientras respondía a las palabras de bienvenida de su compañero.

—Hablo en nombre de todo el equipo de los Bombers cuando digo que echábamos de menos ver tu cara en la televisión y que estamos deseando verla mucho más.

—Gracias —replicó Travis, que carraspeó para aclararse la voz—. Es un

honor estar aquí.

—Tengo entendido que has venido acompañado.

—Pues sí. —La cámara se desplazó para mostrar los rostros asombrados de un grupo de adolescentes vestidos con el uniforme del equipo de béisbol del instituto, uno de los cuales Georgie reconoció como el chico que les llevó el pollo a la parmesana—. Ejercer de comentarista para los partidos de los Bombers no es mi único trabajo. Este es el equipo de béisbol del instituto de Port Jefferson, y voy a trabajar con ellos hasta que empiece la temporada. No creo que les importe ver hoy el partido desde aquí.

Los chicos expresaron su acuerdo, y eso le arrancó una carcajada al compañero de Travis.

—Algo me dice que tienes razón. —Acto seguido, se movió en su asiento y cambió de actitud de forma evidente, esbozando una sonrisa socarrona—. Claro que hubo una época en la que Travis Ford no se habría considerado como un mentor apropiado para los más jóvenes. —Travis esbozó una sonrisa irónica, pero guardó silencio—. ¿Qué ha cambiado?

Travis miró a la cámara con expresión intensa.

—He conocido a Georgie Castle.

Se oyó un grito ahogado en el salón, y varias manos se extendieron para sujetar a Georgie desde todas las direcciones.

—Ya la conocía de antes. Pero en esta ocasión he sido lo bastante inteligente como para enamorarme de ella. —Se quitó el auricular de la oreja y se pasó una mano por el pelo—. Me ha enseñado más sobre mí mismo de lo que nunca descubrí cuando tenía el bate en las manos. Ella es la razón por la que estoy sentado aquí ahora mismo. —Respiró hondo y miró a la cámara de nuevo. La miró directamente a ella—. No pensaba que alguien pudiera amar a un fracasado como yo. Por eso nunca creí que me quisieras de verdad. Ahora sí. Me has hecho creer que soy digno de ello. Y si puedo ser digno de ti, lo consideraré el mayor logro de mi vida. —Hizo una pausa—. Estoy enamorado de ti, chiquitina. Te quiero como esposa. ¿Crees que me voy a limitar a reformarte la chimenea? Voy a esforzarme todos los días para construirle a mi chica la vida que se merece. Si me das la oportunidad. Cásate conmigo, Georgie.

Georgie trastabilló hacia delante, mareada de repente, y se aferró al soporte de la tele. A su alrededor, la Liga de las Mujeres Extraordinarias enloqueció por completo, bebiendo cócteles antes de que pudieran

rellenarse las copas hasta arriba y coreando las palabras de Travis con absoluto asombro. ¿Aquello estaba ocurriendo de verdad? Se pellizcó el brazo y soltó un grito de dolor, tras lo cual se llevó las manos a la boca. ¡Por Dios! Travis la amaba. Y no era el Travis Ford que la había mirado fijamente desde el póster brillante del techo. Era el hombre que había detrás del uniforme. El hombre más increíble del mundo. Las lágrimas la cegaron de repente y empezó a girar y girar, a punto de estallar por la presión del amor que le llenaba la caja torácica.

—¿Qué hago ahora?

—¿Tú también lo quieres?

—¡Pues claro que sí!

Bethany se acercó a ella.

—Solo es la tercera entrada. —Esbozó una sonrisa cómplice y le lanzó el bolso—. Adiós, guapa.

Georgie se atragantó con un sollozo y se volvió hacia la puerta, pero Stephen la detuvo. Su hermano estaba en el borde de la multitud. A juzgar por el alivio (y el arrepentimiento) que se veía en su cara, había oído la declaración de amor de Travis en la televisión en directo.

—Últimamente meto mucho la pata —dijo su hermano al tiempo que señalaba con la barbilla hacia la puerta—. Vamos. Te llevo yo.

Travis estaba sentado en la parte delantera del autobús, doblado por la cintura, con la cabeza entre las manos. A su espalda, el equipo de béisbol del instituto de Port Jeff coreaba el lema de los Bombers, todavía de subidón por haber asistido al partido en calidad de vips. Los adolescentes intentaron que se uniera a ellos, pero se había quedado congelado en el tiempo. Durante los días que había pasado planeando su proposición, no había tenido en cuenta todo lo que tendría que esperar para obtener una respuesta, así de idiota había sido.

¿Habría cumplido Bethany su parte del trato y habría conseguido que Georgie viera su debut como comentarista? Si era así, ¿por qué no lo había llamado Georgie todavía? Claro que sería mucho más emocionante que aceptara su proposición en persona. Aunque a lo mejor no había querido rechazarlo en directo. Básicamente, su destino pendía de un hilo mientras el autobús que había alquilado avanzaba por la autopista Northern State

Parkway. Cuando se detuvo, bloqueado por un atasco, no pudo aguantar más. Se sacó el móvil del bolsillo y se dispuso a marcar el número de Georgie.

En la pantalla, apareció su nombre y una foto de ella con su camiseta de los Hurricanes. Un momento, ¿lo estaba llamando?

—¿Georgie? —dijo mientras se levantaba de su asiento con la cabeza gacha para no golpearse con el techo—. Di algo, chiquitina. Por favor. Echo de menos tu voz.

—Yo también echo de menos la tuya —susurró ella, provocando una cascada de alivio en su interior—. Pensé que podría llegar al estadio a tiempo, pero el tráfico está imposible.

Su risa no contenía ningún rastro de humor.

—Voy ya de camino a Port Jeff. ¿Puedes dar media vuelta? —Se dejó caer en el asiento y se tapó los ojos con una mano—. Necesito que estés allí cuando baje de este autobús. Si paso otra hora más sin verte, me muero. —Se armó de valor—. ¿Has visto el partido? ¿Has oído lo que he dicho?

—Sí. Travis, yo...

Un claxon sonó en la autopista, ahogando las palabras de Georgie. Sin embargo, se percató de que oía el pitido doblemente. En la carretera... y a través del móvil.

—Georgie, ¿dónde estás?

—En la Northern State Parkway. Cerca de la salida de Brush Hollow Road.

Travis emitió un gemido incrédulo. Se giró en el asiento y observó los carriles en dirección oeste al otro lado de la mediana. Había atasco en ambos lados de la autopista, algo habitual tan cerca de Manhattan. Tras unos segundos de búsqueda frenética, localizó un vehículo que nunca creyó que se alegraría de ver.

El puto monovolumen de Stephen.

—No te muevas, chiquitina. Voy a por ti. —Cortó la llamada y se guardó el móvil, pese a la exclamación de Georgie al otro lado. Sí, ya lo sabía. Era una locura bajarse del autobús en medio de la autopista. Y probablemente también fuera ilegal. Pero le importaba una mierda. Acababa de decir que se moriría si no la veía en breve, y su corazón lo había respaldado. Le dolía a rabiar mientras saltaba la mediana y corría hacia el monovolumen, y cada paso aumentaba el anhelo y la determinación.

Georgie no lo vio hasta que estuvo a unos pasos, momento en el que lo miró con los ojos desorbitados a través del otro lado de la ventanilla del acompañante. La puerta se abrió de golpe, plantó los pies en el asfalto y se arrojó a sus brazos, haciéndolo trastabillar hacia el arcén.

—Estás loco —le susurró ella contra el cuello—. Estás loco y te quiero.

El suelo se movía bajo sus pies.

—En presente, ¿verdad? Me quieres, no me quisiste.

—Te quise y te quiero. Las dos cosas. —Lo miró a los ojos—. Te quise y te quiero con locura.

Tras rezar una oración dándole las gracias al de arriba, Travis se echó hacia atrás lo justo para tomarle la cara entre las manos.

—Le dije esas cosas a mi padre porque envenena todo lo que toca. Por mí, puede envenenar todo lo que quiera, menos a ti. No soportaba oír tu nombre de sus labios. No podía permitir que siguiera hablando de ti ni un segundo más, así que dije algo horrible que no quería decir. Lo siento mucho, joder.

—Lo sé. Lo entiendo. —Georgie le rodeó el cuello con los brazos y permitió que la levantara del suelo—. Siento que hayas tenido que enfrentarte a él tú solo.

—Soy más fuerte cuando estás cerca, pero voy a mejorar a la hora de usar esa fuerza, aunque no estés a mi lado. —Depositó el primero de muchos besos en sus labios, casi ahogándose por la perfección de su sabor—. Si alguna vez descubro que me quedo sin fuerzas, pensaré en lo que sentí al perder a la mujer que me amaba, cuando ni siquiera yo era capaz de quererme. Y si aceptas casarte conmigo… —Tuvo que hacer una pausa para respirar—. Si dices que sí, Georgie, viviremos juntos los próximos cincuenta o sesenta años. Discutiremos y nos reconciliaremos mil veces. Y tendremos hijos. Quiero tener hijos contigo, sobre todo porque me haces creer que soy capaz de hacerlo. Que soy capaz de ser padre. De ser un buen marido para ti. —Le hundió la cara en el cuello y el ritmo caótico de su pulso lo tranquilizó —. Di que sí —susurró—. Por favor, chiquitina. Cásate conmigo.

Cuando la miró, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, Travis Ford. No me imagino ninguna de esas cosas con otro hombre. Me casaré contigo —susurró—. Al menos, el tiempo suficiente para que me termines la chimenea.

Travis la estrechó entre los brazos, y su risa resonó en la autopista

mientras la levantaba del suelo.

—¡Gracias a Dios que me has dicho que sí! —Se tambaleó un poco—. Pensé que ibas a mandarme a la mierda.

A su alrededor, empezaron a oírse las bocinas de los vehículos que los rodeaban. Todos empezaron a tocar el claxon hasta que el ruido fue ensordecedor. Junto a los aplausos y los vítores que salían a través de las ventanillas bajadas. Sin embargo, el alivio y la alegría impidieron que lo asimilara todo con claridad, de manera que no tardó en olvidarse del entorno pese al jaleo que reinaba. Se llevó la mano de Georgie a la boca y le besó los nudillos y la palma, antes de colocarle el anillo que guardaba en el bolsillo de la camisa, mientras a su alrededor los vítores y los bocinazos aumentaban de volumen. Se inclinó con la boca abierta para inhalar el aroma de su cuello y le colocó las manos en la parte baja de la espalda, un lugar muy peligroso.

—Ya verás cuando lleguemos a casa. —La puso de puntillas y le rozó el cuello con los dientes—. Voy a ponerte contra la pared y...

—Muy bien. Creo que entendemos la idea —dijo una seca voz masculina.

Travis giró la cabeza y vio que Stephen seguía sentado al volante, intentando contener una sonrisa.

—Seré tu padrino. No hace falta que me supliques.

Tragó saliva y le apartó el pelo de la cara a Georgie.

—Gracias, colega. —Miró a su amigo—. Me aseguraré de que todos los días sepa que es el aire que respiro. Te lo prometo.

El hermano de Georgie asintió vehementemente con la cabeza mientras se le llenaban los ojos de lágrimas y subió la ventanilla...

Dejándolos que se besaran en el arcén, hasta mucho después de que se reanudara la circulación.

ACERCA DE LA AUTORA

TESSA BAILEY es originaria de Carlsbad, en California. Un día después de graduarse en el instituto, metió en la maleta su anuario, sus vaqueros rotos y su ordenador portátil y atravesó en coche todo el país en dirección a la ciudad de Nueva York, adonde llegó en menos de cuatro días. Sus experiencias vitales más valiosas las aprendió a partir de entonces mientras trabajaba de camarera en el K-Dees, un *pub* de Manhattan propiedad de su tío. Entre esas cuatro paredes, conoció a su marido y a su mejor amiga, descubrió la magia del *rock* clásico y se las arregló para estudiar al mismo tiempo en el Kingsborough Community College y en la Universidad Pace. Tras varios intentos frustrados por entrar en el mundo laboral como periodista, siguió empeñada en escribir novelas románticas. Ahora vive en Long Island, Nueva York, con su marido y su hija. Aunque arrastra una increíble falta de sueño, está contentísima por haber conseguido que su sueño de escribir sobre gente que se enamora se haga realidad.

Descubre grandes autores, ofertas exclusivas y mucho más en harpercollins.com.